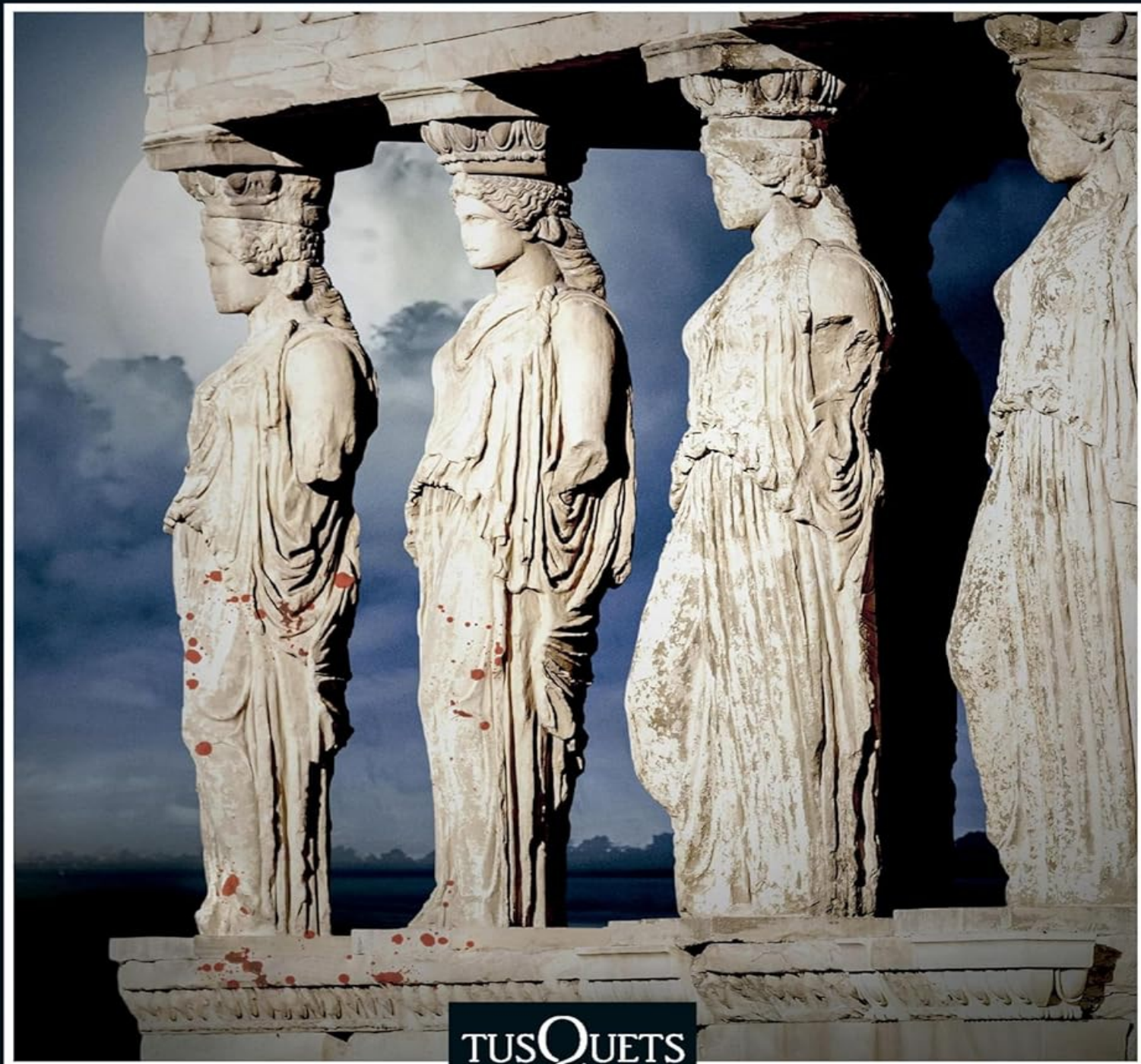


Petros Márkaris

LA REVUELTA DE LAS CARIÁTIDES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LA REVUELTA DE LAS CARIATIDES

Jaritos N° 16

La pandemia ha quedado atrás, y Kostas Jaritos ya es jefe de las Fuerzas de Seguridad del Ática, un logro que celebrará con su familia y sus amigos. Después de recibir las felicitaciones del ministro del Interior, regresa a Jefatura... esta vez con uniforme. Entre los cambios que provoca ese nombramiento, el más importante es el de su sucesión: por primera vez, será una mujer, Antigoni Ferleki, la que ocupe el puesto de jefa del Departamento de Homicidios. Pronto, Kostas debe garantizar la seguridad de tres ricos empresarios extranjeros que viajarán a Grecia con el objetivo de invertir en algunos recintos arqueológicos. Los medios de comunicación los acogen con entusiasmo, pero no todo el mundo está contento. Un grupo de mujeres, autodenominado 'las Cariátides', no ven con buenos ojos ese proyecto. Las consecuencias serán trágicas en esa Atenas que se transforma sin perder nunca su identidad.

Título Original: *Y exégersi ton kariátidon*

Traductor: Samará Spiliotopulu, Ersi Marina

©2023, Márkaris, Petros

©2024, Tusquets Editores

Colección: Andanzas

ISBN: 9788411074612

Generado con: QualityEbook v0.87

LA REVUELTA DE LAS CARIÁTIDES

PETROS MÁRKARIS

Traducción del griego de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

A Josefina, como siempre

Los sacos vacíos los hincha el viento; a los necios, la vanidad.
SÓCRATES

—LAS previsiones son muy optimistas, Lena. Todo el mundo está de acuerdo en que el PIB de Grecia experimentará el año que viene un aumento significativo. Algunas agencias internacionales calculan que subirá hasta un 8,2 por ciento.

—Es decir, nos esperan días mejores.

—Diría que excelentes, Lena.

Últimamente escucho estas noticias prometedoras todas las tardes, como hace años escuchábamos la canción *Los niños del Pireo*, de Jatzidakis, a todas horas. Ahora bien, por qué en pleno 2010, cuando recibíamos dinero a carretadas de los fondos de la Unión Europea, nos fuimos a pique, mientras que ahora, tras el coronavirus y el confinamiento, creceremos, es algo que no entiendo; aunque reconozco que soy un negado en asuntos económicos. Pero si se demuestra que los expertos tienen razón, acabaremos rezando para que el coronavirus no desaparezca, a ver si así aumentan nuestros ingresos.

Apago el televisor y me voy al dormitorio. No para dormir, sino para disfrutar de las vistas.

Las vistas no son de ningún paisaje, sino de un traje colocado en una percha que cuelga del pomo del armario. Me planto delante del armario para admirar mi nuevo uniforme de director de la policía del Ática. Hace una semana que me comunicaron mi ascenso. Mañana el ministro me nombrará oficialmente jefe de las Fuerzas de Seguridad del Ática, y me felicitará.

Contemplo el uniforme con un nudo en la garganta. Estoy emocionado, pero al mismo tiempo me obsesiona la idea de cómo me sentiré mañana cuando esté paseando como un gallito por los pasillos del Ministerio del Interior.

—¿Qué? ¿Admirando tu nuevo uniforme? —oigo detrás de mí la voz de Adrianí.

Los pecados de la infancia nos persiguen toda la vida, o sea que empiezo a justificarme, como siempre que me pongo nervioso:

—¿Qué le voy a hacer? El éxito también saca a relucir nuestras debilidades.

—Ya puedes estar orgulloso, te lo has ganado por tus méritos.

El sonido del móvil nos interrumpe: es Katerina, que me llama desde donde está pasando las vacaciones.

—Queremos desearte buena suerte para mañana. ¡Estamos todos muy orgullosos de ti!

—Gracias, hija mía.

—Y cuando volvamos, lo celebraremos en familia.

—Por supuesto. ¿Cómo va todo por Pilio?

—Estupendamente. Aquí hay mucha paz, no podemos pedir más.

Colgamos y le comento nuestra conversación a Adrianí.

—Pues sí —comenta ella—, parece que Pilio les está sentando muy bien. Por fin pueden relajarse y tomarse un respiro. ¡Lambros está entusiasmado con el mar! En fin, voy a preparar la cena...

—No, mejor no. Hoy cenaremos fuera para celebrar mi ascenso.

Adrianí me mira sorprendida.

—¡Pero si hemos decidido que lo celebraremos en familia!

—La celebración familiar vendrá después. Tú has estado a mi lado desde que era un simple agente, así que primero tenemos que celebrarlo tú y yo.

—Voy a vestirme —dice mi mujer con voz casi inaudible debido a la emoción.

Mientras Adrianí se arregla, pienso en dónde podríamos ir a cenar. De entrada, descarto los restaurantes porque no tendría sentido hincharnos a comer. Las cenas de celebración son para ir picoteando y charlando.

Subimos al Seat y pongo rumbo a la taberna Inozira, en Kesarianí. Pedimos marisco con verduras y sardinas rellenas, y, para beber, vino blanco. Después de llenar nuestras copas, levanto la mía.

—Venga, a nuestra salud.

—Por que disfrutes de tu ascenso y te sientas orgulloso de tu generación, Kostas —me dice Adrianí mientras chocamos nuestras copas.

—¿De mi generación? ¿Cómo se te ha ocurrido esto? —pregunto, sorprendido.

—Tu generación empezó de cero y, con esfuerzo, fue subiendo peldaño a peldaño, a veces a trompicones, hasta llegar a ser algo. Tú eres de los últimos que lo han conseguido. Las generaciones de hoy en día, con sus estudios y sus diplomas, empiezan desde arriba y van bajando peldaños hasta dar con una triste silla donde sentarse.

—Sí, pero tú eres de la misma generación.

—Para las mujeres de nuestra generación no había ascenso posible, solo teníamos un camino: ser buenas esposas, buenas amas de casa y buenas madres. Actualmente existe la división del trabajo. En nuestra época nosotras teníamos la división de la familia.

Me la quedo mirando, atónito, mientras ella prueba la ensalada de alcachofas y el marisco.

—A veces me dejas sin palabras. ¿Cuándo se te ha ocurrido esto?

—Mientras cocino. Aunque tú te deshagas en elogios de mis habilidades culinarias, yo estoy harta de guisos. Cada vez que preparo la comida, empiezo a pensar en otras cosas para apartar la mente de las cacerolas.

De repente se echa a reír.

—¿Y ahora qué pasa?

—Hasta ahora eras un policía con una hija abogada y un yerno cardiólogo. Ahora tu hija, la abogada, y tu yerno, el médico, tienen un padre y un suegro responsable de las Fuerzas de Seguridad del Ática. Ya estáis todos al mismo nivel.

El buen humor nos ha abierto el apetito y disfrutamos de los manjares que hay en la mesa. Estoy tan hambriento que engullo, y se me cae un trozo de marisco encima de la camisa, que deja una mancha enorme.

—Menos mal que no llevo el uniforme nuevo —me consuelo.

—No te preocupes. Aunque llevaras el uniforme, siempre sería una mancha de comida. Jamás sería una mancha en tu historial, como un soborno —me responde mi mujer con ironía.

Su comentario me sube la moral y pido medio litro más de vino.

Regresamos a casa trastabillando. Nos dejamos caer en la cama, ahítos de tanta comida y bebida. Y, por primera vez en muchos años, Adrianí me da las buenas noches estampándome un beso en la mejilla.

ME MIRO por última vez en el espejo. El uniforme me sienta bien. Adrianí me alisa los galones para que no abulten y camina a mi alrededor, con ojo crítico.

—Estás perfecto —me dice.

Me acompaña a la puerta y me desea mucha suerte.

Lo apropiado sería ir en coche oficial, como requiere la ocasión. Sin embargo, la ostentación agravaría mi ansiedad, que está ya por las nubes. Así que decido ir en el Seat. El tráfico es escaso, pero aunque hubiera embotellamiento, no me habría dado cuenta. Solo pienso en el ascenso y en mis nuevas obligaciones. El problema no es el director nacional de Seguridad —me he reunido con él en incontables ocasiones y ya nos conocemos—, lo que me atormenta es el encuentro con el ministro. No se me dan bien los discursos y los eventos oficiales siempre me generan inseguridad.

Llego a la sede del ministerio y dejo el Seat en el aparcamiento. Al verme con el uniforme, los policías de la entrada acuden a felicitarme. Sigue otra ronda de felicitaciones en la sala de espera del director.

Este se levanta de un salto cuando entro en su despacho, viene hasta la puerta y me da un caluroso apretón de manos.

—Me alegro de que aceptaran mi propuesta, y, además, por unanimidad. Ha sido ascendido al puesto que se merece. —Tras una pausa, me mira sonriente—. Le he preparado una sorpresa... —Se acerca al teléfono y marca un número interno—: Ya ha llegado —dice escuetamente.

Espero la sorpresa con impaciencia. Al abrirse la puerta me quedo estupefacto. En el umbral aparece el subdirector, acompañado de Guikas.

Al ver mi expresión, el director y el subdirector se echan a reír. Guikas me estrecha la mano con entusiasmo.

—Enhorabuena, Kostas —me dice—. Te has ganado el ascenso por tus propios méritos. Enhorabuena también a usted, señor director. Una elección muy acertada. —Se dirige de nuevo a mí al tiempo que me suelta la mano—: No quería felicitarte por teléfono, quería verte en persona y darte un buen apretón de manos.

—Muchísimas gracias, Guikas —le digo, incapaz de ocultar mi desconcierto. Es la última persona a la que esperaba ver el día de mi nombramiento.

—«Muchísimas gracias, Zanasís» —me corrige, y se vuelve hacia mis superiores—: Yo ya le he felicitado, así que me voy para que sigáis con lo vuestro.

Lo acompaño hasta la puerta.

—Muchísimas gracias de nuevo, Zanasis. Me has dado una gran alegría —le digo.

—Tú también me has dado una gran alegría con tu ascenso —contesta.

Se marcha tras un último apretón de manos. Jamás se me habría pasado por la cabeza que vendría hasta Atenas para felicitarme; estoy realmente conmovido.

—No hay mucho que decir —comenta el director cuando nos quedamos solos—. Ya hemos enviado la circular informativa a los distintos departamentos que dependen de usted y todos saben oficialmente que es su nuevo superior. Ahora vamos a ver al ministro para que pueda felicitarle también.

—Cuando terminemos con el ministro, me gustaría que habláramos los dos a solas —me dice el subdirector.

Al entrar en el despacho del ministro, este se levanta y se nos acerca. Después se dirige a mí:

—Quería darle la enhorabuena en persona —me dice—. No he oído más que elogios de usted. Estoy seguro de que el señor director ha hecho la mejor elección posible.

—Gracias, señor ministro —le respondo mientras nos estrechamos las manos, acompañados por las sonrisas del director y del subdirector.

—Quiero que sepa que la puerta de mi despacho estará siempre abierta para cualquier cosa que necesite —añade el ministro. Después se dirige al director—: Ahora que estamos reunidos por algo tan positivo, me gustaría comentar un tema importante. —De nuevo se vuelve hacia mí—: Se trata, sobre todo, de usted y de sus nuevas obligaciones.

Eso quiere decir que se han acabado las felicitaciones. Nos sentamos a la mesa de reuniones, presidida por el ministro.

—Esta mañana, el ministro de Desarrollo me ha informado de que un grupo de grandes empresarios extranjeros planea trasladar sus sociedades a Grecia. De hecho, ya están organizando un viaje para elegir los lugares donde ubicar las instalaciones. En estos momentos no dispongo de más detalles, pero imagino que comprende la trascendencia que tiene esta visita para nosotros.

—¿Cuándo nos visitarán? —pregunta el director.

—El ministro de Desarrollo no me ha facilitado la fecha exacta. Únicamente ha hecho hincapié en que tanto el primer ministro como el Gobierno en su totalidad consideran que, si el plan de los empresarios se materializa, Grecia podría convertirse en uno de los países económicamente más pujantes de Europa. —Tras un silencio, nos mira—: Como ven, la seguridad de estos empresarios es crucial. Por eso quiero que preparen un plan para su protección, aunque solo sea provisional.

—Sería conveniente tener el programa de sus desplazamientos por el país, señor ministro —le explico—. Elaboraremos un plan pormenorizado cuando sepamos la fecha de su llegada y las zonas que visitarán. Si nos apresuramos y lo organizamos todo al detalle antes de tiempo, está casi garantizado que se cometerán errores, lo cual podría provocar desajustes y, sobre todo, retrasos por nuestra parte.

—De acuerdo, tracen un plan inicial y volveré a informarles en cuanto tenga las fechas y su programa de visitas —me responde el ministro.

—Ha comenzado con buen pie en su nuevo cargo —me dice el director, satisfecho—. Usted, como responsable de Seguridad, tendrá que informarnos.

—Dejemos pasar un par de días —le contesto—. Toda la información debe comprobarse, así que no quiero precipitarme.

Asentimos y nos separamos. El director entra en su despacho mientras yo acompaño al subdirector al suyo.

—Hay otro asunto que tendríamos que discutir... —me dice en cuanto nos sentamos.

—Le escucho.

—Ahora que ha asumido la dirección de los Cuerpos de Seguridad del Ática, no tendrá tiempo para supervisar también el Departamento de Homicidios, así que deberíamos encontrar a alguien que se haga cargo de él. ¿Tiene algún candidato en mente?

Reflexiono un poco antes de contestar.

—El más adecuado sería Dermitzakis, que lleva muchos años en Homicidios. Sin embargo, no creo que sea buena idea que asuma el cargo alguien del propio departamento. Su ascenso podría suscitar envidias y animadversiones. Preferiría que alguien de otro departamento se hiciera cargo. Aun así, me gustaría que Dermitzakis recibiese el ascenso que se merece, sí, pero trasladándolo a otra división.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. El caso de Dermitzakis tiene fácil arreglo: hay un puesto vacante en la Brigada Central de Estupefacientes. Podría ocuparlo él. Pero volvamos al Departamento de Homicidios... —Hace una pausa y me mira—: Tengo una propuesta, aunque no sé qué le parecerá —me dice, dubitativo.

—Hable con confianza —le animo—. Dígame en quién ha pensado como candidato y lo pensaré.

—No es un candidato. Es una candidata.

No doy crédito a lo que acabo de oír.

—¿Propone nombrar a una mujer policía para dirigir el Departamento de Homicidios? —pregunto cuando logro recuperar la voz.

—¿No le parece que ha llegado el momento de que el Departamento de Homicidios lo dirija una mujer? La violencia y los crímenes contra las mujeres han aumentado exponencialmente, tanto que incluso ya no los llamamos homicidios, sino feminicidios.

—Ese departamento no se ocupa solo de los crímenes cometidos contra las mujeres, sino también de otros más graves, como el crimen organizado —le contesto mientras me esfuerzo por mantener la calma—. Eso en primer lugar. En segundo lugar, están las fricciones que se podrían producir dentro del propio departamento entre la directora y el personal masculino. En estos momentos solo hay una mujer en el departamento, que actúa como coordinadora y es la encargada del soporte informático y digital. Y en tercer y último lugar, ¿cómo se comportarían ante una mujer las divisiones que colaboran con Homicidios? Todo esto podría tener consecuencias muy graves para el curso de las investigaciones.

El subdirector me mira.

—No subestimo en absoluto sus reservas —responde tranquilo—. Por eso me ha parecido interesante que se reúna con la candidata para que pueda formarse una primera impresión. Luego ya podremos tomar una decisión definitiva. Se llama Antigoni Ferlekis y está esperando en el despacho de al lado.

—De acuerdo, pues. Tengamos ese primer encuentro y volvamos a hablar después.

No quiero rechazar su propuesta a la primera. Prefiero dejar la puerta entreabierta para no

crear un conflicto en mi primer día.

El subdirector vuelve poco después, acompañado de una oficial.

—Le presento a la comisaria Antigoni Ferlekis.

Tras la breve presentación se retira para que podamos hablar tranquilamente.

Ferlekis se sienta frente a mí. Debe de rondar los cuarenta años. Pertenece a esa categoría de personas que no llaman la atención. No es ni guapa ni fea. Ni alta ni baja. Ni gorda ni delgada. La clasificaría como incolora, inodora e insípida si no fuera por su sonrisa. Cuando el subdirector me la ha presentado, me ha sonreído y de repente se ha transformado en otra persona.

—¿Qué puestos ha ocupado en el cuerpo hasta ahora? —pregunto para romper el hielo.

—Mi primer destino fue en la Dirección de Formación y Desarrollo de Recursos Humanos. A continuación me trasladaron a la Dirección de Organización y Soporte Jurídicos.

—¿Tiene formación jurídica?

—Cuando ingresé en el cuerpo, continué con mis estudios de Derecho. Ahora estoy licenciada.

—¿Y después?

—Me destinaron a la Policía de Tráfico de Atenas, y actualmente presto servicio en Europol.

—¿Habla otros idiomas?

—Inglés e italiano.

—Me imagino que el subdirector ya la habrá informado...

—Me ha dicho que usted está llevando a cabo una exploración inicial para cubrir el puesto de director del Departamento de Homicidios.

Ha llegado el momento de adentrarnos en las cuestiones espinosas.

—Tiene usted una formación académica como pocos en los cuerpos de seguridad, y la felicito por ello —digo a modo de introducción—. Sin embargo, Homicidios es una división muy masculina. Con esto no me refiero solo al departamento en sí, sino, sobre todo, a los casos que investiga. Los criminales, en su inmensa mayoría, son hombres, al igual que los sospechosos a los que interrogamos a lo largo de cada investigación. Por lo tanto, usted se encontraría siempre rodeada de hombres.

Ella me mira y me dedica una de sus cálidas sonrisas.

—Señor director, mi experiencia con los hombres no deriva de relaciones amorosas ni matrimoniales. Deriva exclusivamente de mis relaciones profesionales en los diversos departamentos donde he prestado servicio, en su mayoría compuestos por hombres, desde el director o el superior jerárquico hasta el último compañero. En lo que se refiere a los criminales, tuve la suerte de formar parte de la delegación griega de Europol. Aunque deba esta suerte a mi conocimiento de idiomas, mi contacto con las distintas formas de delincuencia es cotidiano, ya que los casos que investigamos son casi exclusivamente crímenes y muchos de ellos están relacionados con el crimen organizado. —Hace una pausa y me vuelve a sonreír—. Europol tiene, además, otra ventaja: me ha puesto en contacto con colegas de otros países.

He empezado esta entrevista con cierto recelo, pero su experiencia en Europol y, sobre todo, sus respuestas han cambiado mi predisposición. No obstante, prefiero mostrarme cauto. Necesito tiempo para pensar con claridad.

—Creo que ya me ha dado información suficiente. Se lo agradezco —le digo.

Ferlekis permanece en su sitio, observándome.

—¿Dispone usted de un momento para que añada algo más?

—Por supuesto.

—Si viese que este cargo en Homicidios me va grande, yo misma solicitaría mi relevo. Hay otras vacantes en los cuerpos de seguridad, no necesito permanecer atada a un cargo para el que no doy el perfil.

—Un periodo de prueba sería la solución adecuada, tanto para usted como para mí —le contesto.

—Muy bien, después usted decidirá.

Sin más dilación se levanta, se despide y sale del despacho. El subdirector regresa inmediatamente.

—¿Cómo ha ido? Me gustaría oír sus impresiones.

—Le seré sincero: mi disposición inicial era negativa. Pero su cualificación y las respuestas que me ha dado me han parecido muy convincentes.

Le resumo la conversación y las últimas frases que hemos intercambiado.

—Fui su superior en Europol durante los dos primeros años y tengo una opinión inmejorable de ella —me explica el subdirector—. Se me había ocurrido la misma solución provisional, pero usted se me ha adelantado. Le propongo que la nombremos por un periodo de prueba de seis meses. Si al final del semestre vemos que no es la persona adecuada para el puesto, buscaremos a otro responsable.

—Estoy de acuerdo, aunque quisiera comentarle dos asuntos más. El primero, si ya puedo comunicar a Dermitzakis su ascenso y su traslado. El segundo tiene que ver con el personal de Homicidios: necesitamos a alguien que sustituya a Dermitzakis.

—El traslado de Dermitzakis está decidido. En cuanto a su sustituto, pronto lo encontraremos. No creo que haya ningún problema.

Me despido del subdirector visiblemente satisfecho.

—Sea como sea, vuelvo a constatar que es usted una persona de mente abierta. Cualquier otro no se habría dejado convencer con tanta facilidad —me dice a modo de despedida.

A PESAR de los elogios y las felicitaciones, todavía no he superado la incomodidad que me produce llevar el uniforme. No sé si debería volver a casa a cambiarme e ir de paisano, como siempre, o si debería aparecer vestido con el uniforme.

Al final, elijo la segunda opción. Por un lado, porque me parece apropiado que mis colaboradores me vean con el uniforme de director el día de mi toma de posesión. Por el otro, porque he de comunicar cambios en mi departamento. El uniforme, que infunde autoridad, atajará discusiones fútiles.

Durante el trayecto hacia la oficina intento recapitular mis impresiones de este día tan señalado de mi vida. Las felicitaciones del ministro forman parte del protocolo y no me dejarán un recuerdo imborrable. Pero la alegría del director y del subdirector por mi ascenso sí dejará huella.

La auténtica sorpresa, sin embargo, ha sido la presencia de Guikas. Ni en sueños me habría imaginado que se desplazaría desde Eretria para darme la enhorabuena. Es cierto que colaboramos durante mucho tiempo, con nuestros más y nuestros menos, pero nunca me había dado a entender que me apreciaba tanto, y eso me ha emocionado.

El asunto de Antigoni Ferlekis se ha resuelto de modo satisfactorio para ambos. La he aceptado de manera provisional y tengo seis meses para decidir su permanencia en el puesto. También el subdirector está satisfecho, ya que, de momento, su propuesta ha sido aprobada. Además, debo admitir que mi primer encuentro con ella me ha dejado un buen sabor de boca.

Dejo el Seat en el garaje y subo a la quinta planta. En cuanto me ve, Stela se levanta de un salto y se me acerca.

—Cuánto me alegro, señor Jaritos... —Calla y rectifica—: Perdón, señor director —dice, al tiempo que se olvida de los protocolos y me estrecha la mano.

—Si me llamas Jaritos a secas no haré que te detengan —bromeo.

Después le hablo de mi encuentro con Guikas, y ella me escucha sonriente.

—La jubilación le ha permitido liberarse —comenta al final.

—¿Qué quieres decir?

—Fui su secretaria durante muchos años y sé que es un hombre sensible. Sin embargo, el trabajo y su cargo le obligaban a ocultar sus sentimientos. Ahora que está jubilado, se ha liberado de estas ataduras.

—Sí, y se merecía ese descanso —le digo, y añado—: ¿Podrías, por favor, pedirle a

Dermitzakis que venga a verme?

Al hierro candente, batirlo de repente, dice el refrán. Será mejor que les informe de la reestructuración del departamento ahora que todo está tranquilo y no tenemos ningún caso complicado entre manos.

Al verme en uniforme, Dermitzakis se me acerca con una gran sonrisa.

—Enhorabuena, jefe —me dice con entusiasmo—. Hace muchos años que trabajamos juntos y me alegra mucho poder felicitarle por su ascenso.

—Gracias, Dermitzakis, aunque las alegrías no terminan aquí. Siéntate.

Él obedece y me mira, curioso.

—También tú has sido ascendido. Serás jefe —le anuncio.

En cuanto logra disimular su sorpresa, aparece la segunda gran sonrisa.

—¿Jefe? —repite, como si no acabara de creérselo—. ¿Dónde? ¿En Homicidios?

—No. Ascendes a director y serás trasladado a la Brigada Central de Estupefacientes.

La sonrisa sigue ahí, pero se nota que está reflexionando sobre lo que acabo de comunicarle.

—A usted se lo puedo decir —confiesa al final—. La verdad es que preferiría dirigir el Departamento de Homicidios.

—Lo entiendo, pero no puede ser. En estos momentos, debido a tus años de servicio, eres el primero entre iguales. Si de colega pasas a ser director del departamento, comenzarán los conflictos y las envidias. Esto sería malo para ti y también para el departamento. El procedimiento establecido es que el ascenso vaya acompañado de un traslado, precisamente para evitar esos efectos indeseados.

—Ya lo sé. Mis razones son sentimentales —responde con una nueva sonrisa—. Qué le voy a hacer. Pensaré en el ascenso para consolarme. —Hace una pausa antes de añadir—: En todo caso, se lo agradezco mucho. Sé que el ascenso se lo debo a usted.

Llamo a Stela y le pido que convoque a los demás miembros del departamento. Pronto aparecen Kula, Askalidis y Dervísoglu. Se produce una nueva ronda de felicitaciones.

—Os he llamado para informaros en persona. Como sabéis, hasta ahora he dirigido el Departamento de Homicidios, pero esa etapa se ha acabado. Mi ascenso conlleva otros cambios. El primero tiene que ver con Dermitzakis.

Les informo de su ascenso y del traslado. En este caso, las felicitaciones no solo son efusivas, sino que además van acompañadas de abrazos y besos.

—¿Y quién será nuestro nuevo superior? —pregunta Kula.

No quiero mencionar el nombre de Ferlekis. Si lo hago, me imagino que empezarán los comentarios, las llamadas telefónicas, la búsqueda de datos para saber más de ella... Todo eso sería perjudicial. Prefiero presentarla como un hecho consumado.

—Todavía estamos en fase de evaluación. No está decidido —respondo—. Pero no se trata solo de la dirección del departamento. También hay que cubrir la vacante de Dermitzakis.

El entusiasmo de las felicitaciones se transforma en un silencio reflexivo. Salen de mi despacho, Dermitzakis incluido. Estoy convencido de que se avecina un debate lleno de hipótesis y elucubraciones, y que cada uno de ellos sugerirá un nombre distinto como candidato a director.

Stela me comunica que los directores de los distintos departamentos quieren felicitar me. Llegan de uno en uno, me estrechan la mano y se retiran. El primero que tiene algo más que decir es Karametsos, el jefe de la Brigada Antiterrorista.

—Aclárame una cosa —me pide—. ¿A partir de ahora tenemos que llamarte Kostas o señor director?

—Cuando estemos entre nosotros podéis llamarme como queráis, pero ante terceros debemos guardar las formas.

El segundo que tiene algo que comentar es Velidis, de Delitos Informáticos.

—No te imaginas el alivio de tener a un superior a quien conocemos y con quien hemos colaborado con anterioridad —me dice.

—Lo mismo digo —le aseguro.

Termina, por fin, la última ronda de felicitaciones. Ahora que me he quedado a solas tengo que aprovechar la oportunidad para organizar mis próximos movimientos. Ya que el nombramiento de Ferlekis está decidido, no tiene sentido retrasar el anuncio. Lo único que conseguiría sería generar más chismes e hipótesis absurdas.

Llamo por teléfono al subdirector y le pido que Ferlekis acuda a mi despacho mañana para presentarla al departamento.

—¿Ya ha comunicado su nombramiento como directora?

—No, prefiero anunciarlo y presentarla a la vez, para evitar que se pongan a buscar culpables antes de conocerla —le explico.

Acordamos que Ferlekis vendrá a mi despacho a eso de las once de la mañana.

Considero que ha llegado el momento de deshacerme del uniforme. Ya ha cumplido su cometido. A partir de ahora solo me lo pondré en los eventos oficiales. Al llegar a casa, le comento mi decisión a Adrianí.

—De acuerdo, lo guardaré dentro de una bolsa de plástico para que no se estropee —responde mi mujer.

Buena idea. Sospecho que pasará mucho tiempo confinado.

EN CUANTO llego a mi despacho, informo a Stela de la cita con Ferlekis. Acto seguido, le digo que no quiero recibir ni hablar con nadie. Es prioritario trazar un plan para consolidar a Ferlekis como jefa del Departamento de Homicidios.

Solo hago una llamada al subdirector:

—¿Será usted o yo mismo quien informe del nombramiento de Ferlekis a los demás departamentos? —le pregunto.

Él se echa a reír.

—Por lo que veo, todavía no se ha familiarizado con lo que comporta su ascenso y su nuevo cargo. Todos los que han de ser informados son subordinados suyos. Es decir, debe informarles usted.

Redacto la circular, aunque de momento la guardo en el cajón. He llegado a la conclusión de que será mejor evitar informar a los demás departamentos antes de la llegada de Ferlekis. En estos casos, los hechos consumados aclaran el ambiente: recibes el mazazo y, para cuando te recuperas, la nueva situación está consolidada y tienes que amoldarte a ella.

A las once en punto, Stela anuncia la llegada de Antigoni Ferlekis.

Se ha puesto el uniforme. Eso está bien, facilitará el proceso. Le pregunto si le apetece un café, pero lo rechaza amablemente. Enseguida empiezo a ponerla al día.

—En el Departamento de Homicidios, comisaria, no hay término medio. Le puede tocar un caso que le haga ir de cabeza durante semanas, sin horarios ni tiempo para tomar aliento, seguido de un periodo de calma en el que la inactividad y la rutina la agobiarán. —Hago una pausa, por si tiene preguntas. Antigoni Ferlekis guarda silencio y continúo—: Otra característica de esta unidad es que, cuando se produce un crimen, las investigaciones se realizan *in situ*, ya sea en el propio escenario del crimen, ya sea en las zonas donde residen los implicados, testigos o sospechosos. Los interrogatorios solo se llevan a cabo en el departamento por motivos muy concretos: cuando queremos darle carácter oficial o cuando participan otros departamentos. Le recomendaría que estuviese al tanto del desarrollo de las investigaciones en todo momento. Así tendrá el control de la situación y evitará formarse opiniones basadas únicamente en lo que le comuniquen sus agentes.

—¿Puedo recurrir a usted para pedirle una opinión, hasta que adquiera suficiente experiencia?

—Claro que puede. La puerta de mi despacho estará siempre abierta para usted, comisaria.

—Se lo agradezco, eso me tranquiliza. Pero me gustaría pedirle un último favor.

—Desde luego.

—Le ruego que no me llame «comisaria», sino, sencillamente, Antigoni. Pienso pedirles lo mismo a mis futuros colaboradores. Prefiero ser una primera entre iguales.

Antigoni Ferlekis no cesa de sorprenderme.

—Con mucho gusto, aunque a menudo el cargo es como una barrera protectora —le explico.

Vuelve a dedicarme una de esas sonrisas que me desarmen.

—La igualdad no llegó a Grecia con la Guerra Civil ni con la izquierda, señor director —me contesta—. La igualdad llegó con el tuteo. Ahora todos nos tuteamos, o sea que todos somos iguales. En otros países el tuteo indica falta de cortesía, pero entre nosotros significa igualdad.

Me he metido en otro berenjenal, pienso. Hasta ahora tenía a Adrianí para dejarme sin argumentos en casa. Ahora tengo a Antigoni Ferlekis dejándome sin argumentos en Jefatura.

—De acuerdo, me has convencido, aunque tú tendrás que llamarme señor Jaritos. No es por respetar la jerarquía, sino por la diferencia de edad.

—De acuerdo —contesta ella, contenta.

Llamo a Stela y le pido que convoque a los miembros de la unidad en mi despacho. Ha llegado el momento más delicado.

Acuden todos, Dermitzakis incluido. En cuanto ven a Ferlekis de uniforme se detienen en la puerta. No necesitan ser adivinos para comprender que la oficial sentada frente a mi escritorio es su nueva superior.

—Pasad, os presento a la comisaria Antigoni Ferlekis, la nueva directora del Departamento de Homicidios —les comunico.

Antigoni se pone de pie para saludarlos. Los cuatro se acercan y ofrecen puños en lugar de apretones de mano. Veo caras de desconcierto en todos, excepto en Kula, que sonrío.

—Tú tienes la palabra —apremio a Ferlekis cuando nos sentamos a la mesa.

Empieza informando de su currículum y entra en detalles cuando llega al periodo en que trabajó en Europol.

—Eso debe de haber sido muy interesante —comenta Dermitzakis, al que se le ve más relajado, puesto que no tendrá que colaborar con Ferlekis.

—La mayoría de los casos que llegan a Europol son crímenes —le explica Antigoni, y se vuelve hacia los demás—. Y en Europol también aprendí que los crímenes se investigan en equipo. Por eso me gustaría dejar de lado las distancias que impone la jerarquía y trabajar como un equipo. No quiero que me llaméis «jefa» ni «señora comisaria», sino simplemente Antigoni, que es mi nombre de pila.

Las sonrisas empiezan a resquebrajar el hielo.

—Yo soy Kula —dice la muchacha.

—Y yo, Zanos.

—Me llamo Fotis —dice Dervísoglu.

Dermitzakis la mira.

—Yo me llamo Sokratis, pero no trabajaremos juntos. Comparto tu destino: me haré cargo de otro departamento.

—¿Cuándo puedes empezar a trabajar? —pregunto a Antigoni.

—Déjeme el resto del día para ocuparme de unos asuntos pendientes y a partir de mañana ya podréis empezar a ponerme al día.

—Perfecto, porque ahora mismo todo está muy calmado y podremos dedicarte la jornada entera —le dice Dervísoglu.

La reunión ha terminado y Antigoni Ferlekis se marcha. Recorro con la mirada a mis antiguos subordinados, deseoso de saber su opinión. Ellos intercambian miradas para decidir quién hablará primero.

—No sé si hará bien su trabajo, pero se la ve una mujer tranquila y simpática —dice Dermitzakis mientras los demás asienten con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, pero hay un problema —objeta Dervísoglu.

—¿Qué problema? —le pregunto.

—Ahora Kula tiene una aliada.

Nos echamos a reír y nos despedimos. Veo que Kula se queda la última y espera a que se vayan los demás para decirme:

—No cuento con ninguna aliada; simplemente, me ha hecho usted un regalo.

Me alegra no haber tenido que enfrentarme a quejas y reproches, aunque todavía es demasiado pronto para cantar victoria. Ya se verá sobre la marcha. Saco del cajón la circular sobre el nombramiento de Antigoni Ferlekis y se la doy a Stela para que la envíe a las demás unidades. Apenas he tenido tiempo de entrar en mi despacho cuando ella me alcanza corriendo.

—¿La oficial que ha venido esta mañana se encargará de dirigir Homicidios? —pregunta estupefacta.

—¿No dice eso circular?

—¿Sabe, señor Jaritos? Desde que llegó usted a Jefatura parece que se propuso hacer una limpieza a fondo. Pero una mujer a cargo de Homicidios... ¡Me deja de piedra! —dice, entusiasmada, y se aleja.

A este paso, hoy celebraremos el Día de la Mujer en la Jefatura de Seguridad del Ática.

No espero reacciones inmediatas al nombramiento de la comisaria. Si alguien quiere soltar su pulla, esperará el momento adecuado. Además, la calma que impera en estos instantes en el departamento no solo facilita la preparación de Ferlekis, sino también la aceptación de la nueva realidad sin alborotos.

Después de casi una hora de inactividad total, me llama Stela:

—El capitán Zonarás desea hablar con usted, si le va bien.

—Sí, dile que venga.

Zonarás es de Asuntos Internos, y me pregunto qué querrá. Descarto que tenga que ver con Antigoni Ferlekis; de ser así, el subdirector lo sabría. De pronto se me ocurre que podría estar relacionado con el ascenso de Dermitzakis y me pongo realmente nervioso. Estoy en ascuas hasta que aparece. Por suerte, entra en mi despacho sonriente, lo que me tranquiliza un poco.

—Veo que, además de tu ascenso, hay más cambios. —Calla y me mira como si se hubiera olvidado de algo—. ¿Debería dirigirme a usted con su nuevo grado, señor director?

—Llámame Kostas, como has hecho todos estos años. A estas alturas de la vida, las costumbres no cambian.

El hombre se relaja al instante.

—Bien. Me he enterado de que estás buscando a alguien para sustituir a Dermitzakis.

—Así es, necesitamos un sustituto.

—Tengo a un suboficial en mi unidad, Yannis Kollias, un joven muy inteligente, licenciado en criminología, que ahora se dedica a labores administrativas. Se me ha ocurrido que podrías entrevistarle. Si ves que está capacitado, le trasladamos a Homicidios. Está desaprovechado y es una lástima que pierda el tiempo con tareas burocráticas.

—Dile que venga a verme, ahora que tengo tiempo. Así lo conozco.

—Espero que te cause una buena impresión —dice Zonarás antes de retirarse.

Si ese..., ¿cómo le ha llamado Zonarás?..., Kollias es adecuado para el puesto, mataremos dos pájaros de un tiro a la hora de informar: comunicaremos las incorporaciones de Ferlekis y de Kollias al mismo tiempo, mientras dure la calma en el departamento.

Yannis Kollias llega sin hacerse esperar. Debe de rondar los treinta y cinco años. Se presenta, se sienta frente a mí y aguarda a que comiencen las preguntas.

—Tu superior me ha comentado que te gustaría que te trasladaran de Asuntos Internos. ¿Me puedes explicar las razones?

—Me interesa la investigación, el trabajo de campo, señor director —responde enseguida—. Disfruto descubriendo indicios que conduzcan al esclarecimiento de un caso. Actualmente, mi trabajo consiste en leer denuncias de comportamientos delictivos, evaluarlas y redactar informes. Al final de la jornada estoy agotado. No lo soporto.

—Me han comentado que has estudiado criminología.

—Sí, por las razones que le acabo de explicar.

—¿Tienes alguna experiencia en investigación?

—Sí, durante el año que pasé en la Brigada Antiterrorista —me responde—. Pero luego vino el traslado a Asuntos Internos y me quedé anclado en la rutina.

—De acuerdo, la información que me has proporcionado me vale por ahora.

Cuando Kollias se marcha, llamo al subdirector.

—Me ha causado buena impresión la pasión de Kollias por investigar —le comento—. Y sus estudios de criminología son una ventaja adicional.

—Entonces no hace falta buscar más, ¿no? Lo trasladamos y que trabaje unos meses a prueba, igual que la comisaria Ferlekis. Por cierto, ¿cómo le ha ido el primer encuentro con sus nuevos colaboradores?

—Si algo me ha impresionado hasta ahora es su capacidad para conectar con la gente.

Le cuento nuestra conversación sobre la igualdad y él se ríe.

—Es una mujer muy inteligente. Creo que no se arrepentirá de su decisión —añade para concluir.

ANTIGONI FERLEKIS ha llegado a Jefatura antes que yo. Me la encuentro esperándome en la antesala. Entramos en mi despacho y le comento la conversación que sostuve la víspera con Yannis Kollias.

—Mi primera impresión fue positiva —le cuento—. La investigación policial le apasiona y, además, ha estudiado criminología. Lo llamaré para que lo conozcas y así os pondremos al día a los dos a la vez.

Primero llamo a Zonarás, su actual superior, para informarle de mi decisión.

—El subdirector está conforme, de modo que el traslado es definitivo.

—Me alegro de que te haya convencido. Es el puesto adecuado para Yannis —me responde, satisfecho.

—Después comunicaremos oficialmente el traslado. ¿Le quedan asuntos pendientes en vuestro departamento?

—Se lo preguntaré, aunque ahora mismo creo que no tenemos nada importante entre manos.

—Bien, entonces dile a Kollias que venga para conocer a su nueva superior y a sus compañeros.

Kollias aparece poco después. Está pletórico, y no parece en absoluto impresionado por que la jefa de Homicidios sea una mujer.

Empiezo con las presentaciones. Askalidis es el primero en reaccionar:

—Yannis, no me lo puedo creer. ¡Seremos colegas! —exclama.

—¿Ya os conocéis? —pregunto.

—Estuvimos juntos en la Academia de Policía y después compartimos destino durante un tiempo —me explica Askalidis.

—A veces las cosas suceden en el momento adecuado —asiente Dermitzakis—. Hoy ha llegado la comunicación de mi traslado. Unos vienen y otros se van. Así es la vida.

Después de dar instrucciones para la puesta al día de los recién incorporados, indico a Ferlekis y a Kollias que pueden acudir a mí en caso de tener cualquier duda.

Parece que hoy las cosas suceden cuando toca, como ha dicho Dermitzakis: apenas he terminado con los asuntos del departamento cuando me llama el subdirector.

—El director acaba de informarme de que el grupo de empresarios llega mañana, así que recibiremos en breve su programa de visitas en cualquier momento. Opina que deberíamos

reunirnos para trazar de inmediato un plan de acción tan pronto como dispongamos del programa; así el ministro no se impacientará ni nos presionará.

Informo a Stela de la reunión y le encargo que me pida un coche patrulla. La cosa no está para atascos ni retrasos, como podría ocurrir con el Seat.

Voy directo al despacho del director. Le encuentro ya reunido con el subdirector. Tienen delante tres páginas impresas. Obviamente, el programa de los empresarios.

—Nos han fastidiado —dice el director en cuanto me siento a la mesa—. Piensan recorrerse medio país.

Para respaldar sus palabras, empuja las páginas del programa hacia mí. De un vistazo compruebo que tiene razón. Los empresarios saldrán del Ática, visitarán el Peloponeso hasta Vergina y terminarán en Eubea.

—¿Sabemos exactamente el propósito de su visita?

El director no contesta de inmediato.

—Los datos son un tanto confusos. Por un lado, se confirma lo que el ministro nos contó el día de su nombramiento: tienen la intención de recuperar las zonas de Eubea afectadas por los incendios para construir un centro de operaciones e instalar allí sus empresas. Sin embargo, a esta información se le han sumado algunos rumores imprecisos, algo sobre insuflar nueva vida a la antigua polis ateniense, tomando como modelo la cultura de la Grecia antigua. Le repito, no obstante, que no se trata de nada fiable. Nadie parece saber con exactitud cuál es el plan de los extranjeros.

—Cuando le hemos pedido más detalles al ministro, nos ha dicho que las conversaciones se llevan a cabo directamente con el primer ministro —añade el subdirector.

—Lo único que podemos hacer ahora es avisar a las comisarías de las zonas que van a visitar para que se preparen. Volveremos a contactar con ellas en cuanto conozcamos las horas exactas de visita en cada zona —dice el director y se vuelve hacia mí—. Como comprenderá, a usted le corresponde supervisar las actuaciones en toda la región del Ática.

—Muy bien, y deberíamos informar también a los de Patrimonio Cultural para asegurarnos de que no ocurrirá nada con todo este ajeteo —le contesto.

—Estoy de acuerdo, y quiero que se encargue usted del tema.

Por suerte, durante la reunión no se produce ninguna llamada del ministro. Vuelvo a Jefatura antes de que surja algún otro asunto que me retenga en el ministerio.

Le pido a Stela que cite urgentemente a Sarafidis, el responsable de Patrimonio Cultural, en mi despacho. Solo lo conozco de nombre, nunca he tenido la oportunidad de colaborar con él.

Stela me informa de que Sarafidis tardará en llegar a Jefatura, como máximo, tres cuartos de hora. Mientras lo espero, llamo al Departamento de Homicidios para ver cómo va la puesta al día de Ferlekis y de Kollias. Poco después entra en mi despacho el grupito feliz. Se sientan sonrientes frente a mí y, en esta ocasión, las sonrisas son generalizadas, no solo de Kula.

—¿Y bien? ¿Cómo va todo?

—Yannis y yo estamos encantados —afirma Ferlekis, y Kollias asiente con la cabeza—. Sokratis, Zanos, Fotis y Kula nos han informado a la perfección. Ahora lo único que nos falta es un asesinato que sirva de ejercicio práctico.

Todos se echan a reír. ¿De qué ejercicio práctico hablan? Estos están a punto de organizar una fiesta de bienvenida, me digo, y me alegra ver este ambiente tan cálido. Afortunadamente,

mis temores no han sido confirmados.

—Hemos escogido tres expedientes de los archivos y hemos informado con todo detalle a Antigoni y a Yannis —me dice Dermitzakis—. Les hemos explicado cómo organizamos cada investigación en función de las particularidades del caso, a veces en equipo y otras dividiéndonos en grupos más reducidos. Además, les hemos contado cuándo y cómo hablamos con los testigos o con los sospechosos, cuándo les convocamos a Jefatura y cuáles son las diferencias.

—¡Pido una investigación con urgencia! —exclama Kollias de pronto.

—No corras tanto. Se ve que has pasado hambre, pero nosotros vamos bien servidos —le contesta Dervísoglu.

—¿Cómo dices? —le pregunto.

—Que nosotros estamos atiborrados de casos. En cambio, Yannis tiene hambre y parece a punto de ponerse en la cola del comedor social —me explica.

Stela me avisa de que Sarafidis acaba de llegar. Mando al grupito feliz de vuelta a sus despachos e invito a Sarafidis a entrar.

El hombre ronda la cincuentena. En cuanto empiezo a informarle, saca una libreta para tomar notas. Continúa escribiendo mientras hablo, sin interrumpirme ni pedir aclaraciones. Cuando termino, levanta la cabeza y me mira.

—Lo primero que se me ocurre es prohibir la entrada al público cuando el grupo de empresarios extranjeros visite los recintos arqueológicos, para prevenir robos y otras complicaciones. Procuraré aumentar la vigilancia en los espacios abiertos que no cuenten con personal de seguridad. Eso sí, la seguridad de los extranjeros es responsabilidad suya.

Las anotaciones y su reacción inmediata me causan una primera impresión muy positiva.

—Por supuesto. De la seguridad nos encargaremos nosotros y los efectivos de policía locales —le aseguro—. Le enviaré el horario exacto de las visitas en cuanto lo reciba, aunque tienen prioridad las visitas en el Ática. Los extranjeros iniciarán su recorrido aquí.

La visita de Sarafidis ha terminado. Ahora es el turno de Alamanos, el jefe de la Brigada Antidisturbios; nos conocemos bien, y no necesita venir a mi despacho; podemos hablarlo todo por teléfono.

—Informaré a todas las unidades para que estén alerta —me dice cuando acabo—. Espero no llegar al punto de tener que movilizar a las patrullas motorizadas —añade con una risa.

Solo me queda redactar la circular para los cuerpos policiales de los enclaves con recintos arqueológicos del Ática. Se la paso a Stela para que la envíe y llamo al subdirector para ponerlo al corriente de todo.

POR LO general, cuando nos visitan políticos o magnates financieros, la víspera de su llegada se arma un gran revuelo. Periodistas y políticos compiten entre sí para decir lo mismo con distintas palabras, o para inflar las expectativas de manera aparentemente única. Las expectativas son casi siempre las futuras inversiones y la mejora de nuestro nivel de vida; sin embargo, esta mejora suele quedar estancada en una espera eterna, y el milagro queda aplazado hasta la siguiente visita.

En eso ando pensando mientras veo las noticias de la noche. La llegada de los empresarios, prevista para el día siguiente, provoca esa sensación de víspera festiva.

Las noticias comienzan con un breve parte informativo y a continuación se emiten varios reportajes que empiezan en la Acrópolis y el templo de Poseidón, en Sunio, pasan por el Peloponeso y terminan en cada pueblo donde queden dos columnas antiguas derechas y cinco losas de mármol. Todos, desde los directores de los recintos arqueológicos hasta los habitantes de los pueblos, están entusiasmados con la visita.

El recorrido termina en Eubea. Un reportero del canal de televisión visita las zonas afectadas por los grandes incendios forestales y entrevista a los habitantes de la isla. Aquí las reacciones son variopintas. Los propietarios de comercios, por ejemplo, están encantados: hablan del amanecer de una nueva época que no solo curará las heridas, sino que además convertirá a Eubea en uno de los grandes centros comerciales del mundo. Los agricultores y los ganaderos, por su parte, se muestran recelosos y amenazan con que, si los extranjeros tienen pensado quitarles sus casas y sus tierras por un mendrugo de pan, tendrán que pasar por encima de sus cadáveres.

La última noticia se refiere a la rueda de prensa que ofrecerán los empresarios mañana para revelar, por fin, sus planes. Además de encontrarse con el primer ministro, visitarán también a los ministros de Economía y de Cultura. Al menos no tendremos que ocuparnos de estos, ya que cuentan con equipos de seguridad personal.

—¿Podéis explicarme por qué celebramos las visitas de extranjeros como si hubiéramos ganado la lotería? —nos pregunta Adrianí, indignada, a mí y a Zisis, que sigue las noticias con nosotros—. Lo recuerdo desde que era niña. Cada vez que vienen extranjeros, sean turistas, políticos o ricachones, los recibimos con los brazos abiertos; y cada vez salimos escaldados.

—Nosotros nos quedamos con las promesas y otros con el dinero —comenta Zisis.

—¿Y por qué han de reunirse con el primer ministro? ¿Y con el de Economía?

—Pero, bueno, ¿no has oído que vienen para establecer sus empresas en Grecia? —le replica

Zisis.

Adrianí considera que no merece la pena replicar y se levanta para poner la mesa. Apago el televisor porque el resto de las noticias no me interesan, prefiero charlar con mi amigo.

—Tu ascenso empieza con un buen *tour* —me dice él, que ha venido para celebrar mi promoción.

—Por suerte, el mío se limita al Ática. Según dicen, lo más fastidioso será en el Peloponeso y en Eubea.

—Dejaos de charlas y venid a cenar —nos llama Adrianí.

Nos trasladamos a la mesa mientras mi mujer trae el primer plato.

—¡Calabacines con *tzatziki*! —exclama Zisis con entusiasmo.

—No te atiborres, que hay segundo plato —le advierte Adrianí.

Antes de sentarnos, mi mujer llena las copas de vino y nos las ofrece. Zisis alza su copa y me mira.

—Éramos adversarios y nos hemos convertido en familia. Aunque todavía no me cae bien la policía, reconozco que, si mis viejos perseguidores han hecho algo bien, ha sido ascenderte, amigo.

Brindamos y le abrazo. Me he emocionado y no sé qué decirle, aunque sé que sobran las palabras. Encontramos una vía de escape en la comida.

—Tu *tzatziki* es delicioso, Adrianí —le dice Zisis—. Incluso le hace la competencia al que cocinaba mi madre.

—Gracias, Lambros —le responde mi mujer mientras retira de la mesa la fuente con los calabacines sobrantes y el cuenco con *tzatziki*—. Os hincharéis y no os quedará hueco para el segundo plato...

Va a la cocina y pronto reaparece con una cazuela.

—¿Qué es esto? —pregunta Zisis.

—Cordero estofado con verduras.

—Yo pensaba que habría tomates rellenos, como en las grandes ocasiones.

Adrianí lo mira sonriente.

—El ascenso de Kostas conlleva un aumento de sueldo, así que podemos permitarnos algún que otro exceso.

Nos reímos y nos lanzamos sobre el cordero en cuanto nos sirve.

—Enhorabuena, Adrianí. Está buenísimo —le digo tras el primer bocado—. Me alegro de que el aumento de sueldo sirva para degustar más manjares de los tuyos.

—Yo también me alegro, la verdad. Espero que con estos manjares, como los llamas tú, te olvides de los *suvlakis*.

Zisis suelta una carcajada y casi se atraganta. Adrianí lo mira con gesto grave:

—No te rías, Lambros. Dios nos ha bendecido con una familia muy unida: nuestra hija, nuestro yerno, nuestro nieto y tú. Aquí los únicos que tenemos un conflicto somos Kostas y yo, y es por su pasión por los *suvlakis*.

Me quedo con la respuesta en la punta de la lengua porque suena mi móvil. Es el subdirector. Seguro que no se trata de nada bueno; a estas horas, una llamada solo augura problemas.

—Mañana por la mañana no se moleste en pasar por Jefatura. Tiene que estar aquí a primera

hora —dice—. El ministro ha convocado una reunión.

—¿A qué hora?

—A las ocho y media.

La idea no me entusiasma. En lugar de estar en nuestros despachos, para coordinarnos y evitar tropiezos, estaremos reunidos e intercambiando opiniones mientras dejamos a los demás a su suerte.

Vuelvo a la mesa y veo la mirada de preocupación de Adrianí.

—Nada. Solo me han citado a una reunión mañana por la mañana —la tranquilizo.

Procuro disimular y mantener el buen humor que flotaba en el ambiente hasta el postre, que es una tarta que ha traído Zisis para que recordemos el dulce sabor de mi ascenso, según nos ha dicho.

Después lo llevo en coche al refugio. Ya es pasada la medianoche.

NO HAY mal que por bien no venga, se decía antiguamente. A mí me ha sucedido lo contrario: primero disfruté de la deliciosa cena que cocinó ayer Adrianí y luego llegó la indigestión, que me fastidió toda la noche.

Subo al Seat agotado por haber dormido poco. Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos y la mente despierta mientras circulo por calles demasiado concurridas, porque a esta hora todo el mundo va a alguna parte; los adultos, al trabajo, y los niños, a la escuela.

Llego al Ministerio del Interior a las ocho y media en punto. Solo pienso en una taza de café. Mis deseos se ven frustrados: mis dos superiores me están esperando para ir ya al despacho del ministro.

Por suerte, el ministro parece haberme leído el pensamiento:

—Como les he convocado tan pronto, imagino que no habrán tenido tiempo ni para tomarse un café —nos dice. Pide una ronda de cafés y echa un vistazo a la agenda—. Los empresarios llegan esta mañana en avión privado. Primero se reunirán con el ministro de Cultura en el Museo de la Acrópolis, luego se celebrará una conferencia de prensa, y por la tarde serán recibidos por el primer ministro y el ministro de Economía. Los actos oficiales concluirán con una cena ofrecida por el primer ministro.

—¿En qué hotel se alojan? —pregunta el director.

—En el Gran Bretaña.

—¿Y cuándo inician las visitas a los recintos arqueológicos? —pregunta el subdirector.

—Mañana por la mañana. Empiezan con el templo de Poseidón, en Sunio. Pasarán dos días en Atenas. Después se trasladarán al Peloponeso. La última parada será Eubea.

—¿Cuándo visitarán la Acrópolis? —pregunto yo.

—La Acrópolis no está en el programa. Según me han informado desde el Ministerio de Cultura, los visitantes consideran que la Acrópolis ya cuenta con una gran proyección internacional y no ven necesario detenerse en ella; prefieren centrarse en recintos arqueológicos menos conocidos. —Nos va distribuyendo los programas que tiene delante—. Quiero que enviéis a los departamentos de seguridad correspondientes instrucciones de actuación y que me mantengáis informado en todo momento.

Nos despedimos del ministro y nos trasladamos al despacho del director. Escucho con alivio que encarga una segunda ronda de cafés. Mi cerebro ya ha comenzado a funcionar a sus revoluciones habituales mientras hojeo rápidamente el programa de visitas por el Ática.

—Mi primera duda es cómo lograrán visitar todos los recintos arqueológicos del Ática en solo dos días... Quizás hayan previsto dividirse en grupos. Eso significa que las comisarías locales deberán permanecer alerta durante las próximas cuarenta y ocho horas, en especial las de Eleusis, Oropós, Braurón y Lavrio.

—¿Cómo nos organizamos? —me pregunta el director.

—En cuanto vuelva al despacho, convocaré a las comisarías correspondientes para que organicen la vigilancia. A las comisarías del Ática se las puede informar mediante una circular. Los demás territorios están bajo su responsabilidad.

—No se preocupe —me tranquiliza—. Céntrese en el Ática, es lo más urgente en estos momentos. Por lo demás, solo necesitamos estar en contacto permanente. Ya se puede imaginar las presiones que recibiremos por parte del ministro...

Nos despedimos con la promesa de mantenernos en contacto y tomo el camino de vuelta a Jefatura. Por suerte, el tráfico es más fluido y me libero del atasco matinal.

Al llegar, primero me detengo en el escritorio de Stela y le pido que convoque de inmediato a los jefes de comisarías en cuyas zonas se hallan los cuatro recintos arqueológicos, que al final acaban siendo cinco, porque incluyo a Sunio, puesto que las visitas comenzarán allí. A continuación llamo a Sarafidis, de Patrimonio Cultural, para ponerle al día. Me asegura que se ocupará de los dispositivos, que no me inquiete, y yo le creo. Ese hombre ha sabido ganarse mi confianza.

Stela entra en el despacho para comunicarme que los jefes de comisaría ya se han puesto en marcha. Le doy el programa de las visitas y le pido que envíe a cada comisaría la fecha y la hora correspondientes.

De pronto se me ocurre que, a lo largo de los próximos dos días, quizás tenga que ir y venir del ministerio a Jefatura, y que necesito que ocupe mi lugar alguien con quien puedan comunicarse los jefes de comisaría en caso de incidentes. El más adecuado para eso es Alamanos, de Antidisturbios.

Enseguida le pido que acuda a mi despacho.

—No te preocupes —contesta él cuando termino—. Diles que, si no te pueden localizar, se pongan en contacto conmigo inmediatamente.

—Lo mejor sería que estuvieras presente cuando les informe.

—De acuerdo. Avísame cuando lleguen.

Aprovecho el descanso para llamar por teléfono al Departamento de Homicidios. El nuevo escenario es muy reciente y, si ocurre algo, debo intervenir a tiempo. Kula me informa de que Antigoni ha ido a su unidad anterior para resolver algunos asuntos que tenía pendientes.

—Le ha llamado por teléfono para informarle, pero no le ha encontrado —me comenta.

—Sí, estaba en el ministerio. Subid a mi despacho y hablamos un poco.

Los cuatro llegan rápidamente. A juzgar por sus expresiones, todo marcha con normalidad.

—¿Habéis terminado con la puesta al día? ¿Necesitáis algo más de mí? —les pregunto.

—Hemos terminado, sí. Por eso Antigoni ha ido a finiquitar sus asuntos pendientes —responde Kula.

—A partir de mañana —añade Askalidis— volveremos a la normalidad, es decir, buscaremos la forma de matar el tiempo. Estamos en un periodo de tranquilidad total.

Nos interrumpe la llamada de Stela para informarme de la llegada de los jefes de comisaría.

Le pido que avise también a Alamanos. En cuanto se retiran los de Homicidios, entran los de las comisarías. Poco después aparece también Alamanos.

Comienzo a informarles con todo detalle. Ellos me escuchan en silencio, y se limitan a intercambiar algunas miradas. Cuando acabo, vuelven a mirarse unos a otros, esta vez para decidir quién toma la palabra.

—No creo que surjan problemas —dice el comisario de Eleusis—. Como usted mismo ha pedido, prohibiremos la entrada de otros visitantes y aumentaremos la vigilancia mientras los empresarios estén dentro del recinto arqueológico.

—El único problema que podría presentarse es que se convocasen protestas con la consigna de que los extranjeros vienen para robarnos o para comerciar con nuestras antigüedades —dice el comisario de Oropós.

—Si hay concentraciones, sean grandes o pequeñas, comunicádmelo de inmediato —interviene Alamanos—. De todos modos, me ocuparé de que en cada visita haya una unidad antidisturbios en la zona, por si acaso.

Eso los tranquiliza. No hay más preguntas. Les doy los programas con los días y horas de las visitas y damos por terminada la reunión.

—Yo tampoco creo que vayan a surgir complicaciones —me asegura Alamanos—. La llegada de unos empresarios extranjeros que van a visitar antigüedades no incita a altercados ni a enfrentamientos.

Llamo al subdirector para informarle de la conclusión de la reunión con los jefes de comisaría y de las medidas que hemos acordado.

—Excelente —responde satisfecho, y continúa—: En estos momentos los visitantes están ofreciendo una rueda de prensa.

Me toca respirar hondo y esperar hasta la noche para ver la rueda de prensa en las noticias, a ver si dicen algo que me pueda resultar útil. Además, esta noche estaré solo. Hoy regresan de sus vacaciones mi hija, mi yerno y Lambros, y Adrianí no aguantará más sin ver a su nieto.

Por suerte, no ocurre nada que sea prioritario y puedo salir puntual del trabajo.

Enciendo el televisor para ver las noticias y me topo con la rueda de prensa. Tres extranjeros están sentados frente a los periodistas. Me llama la atención que no haya ningún representante del Gobierno. Sigo la declaración en inglés, subtitulada en griego, de uno de los empresarios. Dice algo sobre las democracias liberales, pero como me he conectado a mitad del discurso no puedo seguir el hilo de lo que está diciendo. A continuación, congelan la imagen y toma la palabra el periodista que sigue el evento para comentarle a la presentadora las palabras de los visitantes extranjeros.

—Sostienen que el sistema político que se conoce como democracia liberal, que impera en la actualidad en Europa y en Estados Unidos, se encuentra al borde del colapso, Dafni —le dice—. Aunque todavía no he entendido por qué la democracia está al borde de la catástrofe.

Me quedo mirando la pantalla estupefacto. Nos hemos pasado el día entero hablando de las visitas a recintos arqueológicos y, de repente, estamos hablando de crisis y de política.

La voz de la presentadora me devuelve a la realidad.

—Quizás sea preferible dejar que nos lo expliquen ellos mismos.

La cámara enfoca al segundo extranjero.

—La democracia vive sus peores momentos desde 1945. Las consecuencias de la pandemia,

por un lado, y las continuas tensiones con Rusia y con China, por otro, podrían llevarnos a conflictos de consecuencias políticas y económicas devastadoras. Por todo ello, consideramos trasladar nuestras empresas a un país lejano y aislado. No solo nos interesa proteger nuestras fortunas, sino también velar por la supervivencia de nuestros negocios, para que puedan ser el trampolín de un nuevo comienzo a nivel mundial.

—Nuestra primera elección fue Nueva Zelanda, un país pequeño y ajeno a los conflictos —explica el tercero del grupo—. Después reconsideramos ese planteamiento y llegamos a la conclusión de que no solo necesitaríamos capital inicial, sino también un nuevo sistema político. Entonces se nos ocurrió que el sistema ideal para el mundo contemporáneo no es otro que la antigua polis griega, símbolo de la grandeza de la Antigüedad. Esa idea nos condujo a la decisión de construir una nueva polis inspirada en el modelo de la Atenas antigua, e instalar en ella nuestras empresas.

—¿Y dónde construirán esta nueva polis? ¿En Atenas? —pregunta un periodista.

—No, Atenas está superpoblada y no se presta a ello —niega el primero—. Nuestra intención es recrear la antigua polis griega en Eubea, que debe su nombre a Homero. Consideramos que la parte de Eubea que fue destruida por los incendios y las inundaciones es el lugar ideal. De esta manera transmitiremos el mensaje de que una nueva ciudad basada en el prototipo de la Atenas antigua puede resurgir de las cenizas.

—Es evidente que nuestro proyecto guarda una estrecha relación con la cultura de la Grecia antigua, que fue la primera civilización paneuropea —interviene el tercero—. La promoción de la civilización de la antigua Grecia será el cimiento de la polis ateniense contemporánea, pero también el centro de atracción de todos los extranjeros que deseen conocerla.

—¿Tienen algún plan concreto? —pregunta una periodista.

—Pensamos construir un puerto recreativo en Sunio.

—¿Por qué en Sunio? —se extraña la periodista.

—Nuestro anhelo es que los turistas que lleguen con sus embarcaciones puedan despertarse todas las mañanas contemplando el templo de Poseidón, para sentirse como los griegos antiguos.

Calla y mira al segundo, que enseguida toma la palabra:

—Además del puerto recreativo en Sunio, pensamos construir una vía férrea que recorra y comunique entre sí los enclaves antiguos del Peloponeso, desde Micenas y el Odeón Romano de Patras, hasta Epidauro y la antigua Corinto.

—Son ideas estupendas, pero hay un problema —objeta uno de los periodistas.

—¿Cuál es el problema?

—Que allí donde piensan construir la nueva polis ateniense solo hay ruinas.

El segundo del grupo esboza una sonrisa altiva.

—Se olvida de que hoy en día contamos con la inteligencia artificial —responde—. Podemos enriquecer el espacio con reproducciones de la Antigüedad gracias a la IA. Lo mismo haremos con el tren que recorrerá los antiguos recintos. En cada vagón recrearemos personajes de la Antigüedad que acompañarán a los pasajeros en su viaje. Estos no solo visitarán los recintos arqueológicos, sino que lo harán en compañía de los antiguos griegos.

—Hasta ahora considerábamos que las antigüedades representaban nuestra herencia cultural y constituían atracciones turísticas, Dafni —dice el locutor a la presentadora—. Pero estos empresarios han venido a proponer una nueva dimensión en lo que concierne a las visitas de los

lugares arqueológicos, que también implica una convivencia «real» con los griegos antiguos. Su objetivo es situar a los antiguos entre nosotros, en especial entre los turistas que visiten Grecia.

—Todo esto suena extremadamente interesante —comenta la presentadora.

—Pero todavía no ha oído lo más increíble e intrigante —responde el periodista.

—¿De qué se trata?

—El segundo en la mesa de la conferencia, el señor Lester, ha advertido que anunciará algo que tal vez parezca irreal, pero que no lo es en absoluto. Ha seguido diciendo que, hace poco, se ha abierto el espacio exterior a visitantes que no son, necesariamente, astronautas. Según Lester, la previsión es que pronto se podrá llevar a cabo una vida normal en el espacio exterior.

Termina de informar y la cámara se centra en Lester.

—Creo que, con la ayuda de la inteligencia artificial, podemos construir al mismo tiempo una réplica de la Antigüedad y una nueva vida en el espacio exterior basada en el modelo de la antigua polis ateniense.

—¡Extraordinario! —comenta la presentadora, enardecida—. Grecia tendrá el primer aeropuerto espacial de Europa y la vida en el espacio exterior se organizará tomando como modelo la antigua Atenas.

Ya no me interesa escuchar más declaraciones. Por lo general, los planes grandilocuentes terminan siendo lo contrario de lo que pretendían y entonces me toca a mí ir de cabeza.

Apago el televisor y reflexiono sobre lo que acabo de escuchar. Mientras los extranjeros se explayaban hablando de nuestra herencia cultural, aún era capaz de seguir sus planteamientos; no es la primera vez que oímos hablar de ello. Pero ¿de dónde ha salido eso de la polis ateniense? Ignoro cómo era la Atenas de entonces, pero estos que han venido a Grecia son empresarios. ¿Unos empresarios pretenden reconstruir la antigua polis ateniense? ¿Y dónde lo harán? ¿En Eubea? Es decir, ¿tendremos una polis griega contemporánea con capital en Atenas y una polis griega ateniense con capital en Eubea? Si le preguntara a cualquiera de nuestros políticos, seguramente me diría: «Espérate a que traigan el dinero y luego ya veremos».

A no ser que estos extranjeros piensen usar la inteligencia artificial para traernos a Platón y a Sócrates para que se encarguen de la construcción, claro.

COMO siempre, busco respuestas en el Dimitrakos, pero tampoco él puede ayudarme. He llegado al término «política», pero solo dos acepciones aclaran un poco mis dudas.

política. f. 1. La actividad de quienes rigen o aspiran a regir los asuntos públicos. 2. El modo de gestionar los asuntos públicos, la manera de actuar y comportarse. Constitución política, sistema político, régimen político. En la modernidad, el conjunto de sus instituciones y el régimen que gobierna un país.

—Ya estás ahí, embobado con el diccionario —oigo que me dice Adrianí.

Levanto la cabeza y la veo plantada delante de mí.

—Es para matar el tiempo hasta que vengas a contarme las noticias.

—Te he traído cena. Vamos a la mesa y te cuento.

Nos dirigimos a la cocina. Mi mujer ha preparado un guiso de alcachofas con guisantes, el plato favorito de Fanis.

—Nuestro nieto está irreconocible —dice cuando empiezo a comer.

—¿Qué quieres decir?

—Está muy moreno y los juegos en la playa y en el agua le han dado más seguridad en sí mismo. Ahora camina como todo un hombrecito.

—¿Qué tal les ha ido?

—Han vuelto rejuvenecidos y entusiasmados con Pilio. No solo han disfrutado del mar, sino también de la comida y de las excursiones. Es justo lo que necesitaban para descansar tras las tensiones de la pandemia.

—Estupendo, me has alegrado el día.

Nos acostamos y duermo de un tirón hasta la mañana siguiente. Me despierto relajado y descansado, cosa que agradezco después de estas últimas noches.

—Sarafidis ha preguntado por usted —me informa Stela en cuanto llego a mi despacho con el café y el cruasán.

Me imagino lo obvio: empiezan las visitas de los empresarios extranjeros y quiere comentar algunos detalles conmigo. El giro se produce cuando le llamo por teléfono.

—Esta mañana, el templo de Poseidón, en Sunio, ha amanecido cubierto de telas negras.

—¿Quién te ha avisado? —pregunto en cuanto me repongo de la sorpresa.

—La comisaría de Sunio. Los lugareños lo han visto y han llamado a la policía. ¿Qué

hacemos?

—Tomad fotografías del templo cubierto de negro y enviádmelas. Después quitad las telas. Los visitantes no pueden ver el templo así bajo ningún concepto. Evidentemente, es una señal de duelo, han cubierto el templo con simbólicos pañuelos de luto.

Cuelgo y llamo a la comisaría de Sunio. Les ordeno que inicien de inmediato una investigación por si alguien vio a desconocidos deambular por la zona o hubo algún movimiento extraño en el templo ayer por la noche.

A continuación telefono a Alamanos.

—Empieza la fiesta —comenta él—. Daré instrucciones para que acuda un pelotón de antidisturbios.

—Propongo que vayamos también nosotros dos con Sarafidis, el encargado de Patrimonio Cultural. Así, si se produce algún incidente, ya estaremos allí. Hablaré con él ahora mismo. Mientras tanto, por favor, pide un coche patrulla.

Por último, llamo al subdirector para informarle con todo detalle.

—Apenas hemos podido darnos los buenos días y ya se ha liado —dice él—. A este paso, creo que acabaremos nosotros expulsados al espacio exterior antes que las antigüedades.

Alamanos me está esperando en las puertas de Jefatura. Salimos sin pérdida de tiempo, y el agente que conduce pone en marcha la sirena. A lo largo del trayecto me atormenta la pregunta de si nos encontraremos con la típica manifestación o si las telas negras son una expresión simbólica de protesta.

Llegamos al templo y lo encontramos vacío. Los agentes nos informan de que los empresarios todavía no han llegado. Por suerte, las telas negras ya están en la comisaría y el templo ofrece su aspecto habitual.

El pánico remite y Alamanos se va para inspeccionar al pelotón de antidisturbios. Sarafidis nos informa de que los empresarios se encuentran abajo, en la playa, con el encargado del recinto arqueológico; al parecer, están buscando el punto que ofrece las mejores vistas al templo para construir allí su puerto deportivo.

Alamanos regresa primero, seguido poco después por los empresarios, que son tres en total. Esto confirma mi sospecha de que se iban a dividir en grupos para poder ver todos los recintos del Ática en solo dos días. Pasan de largo el templo y se ponen a contemplar el mar; no hace falta ser adivino para darse cuenta de que el puerto es su prioridad. Después conversan entre sí mientras el encargado del recinto los observa. A modo de despedida, se detienen casi por obligación ante el monumento antiguo, escuchan una breve explicación del arqueólogo y emprenden el camino de vuelta.

—Ya está —dice Sarafidis con alivio—. Por suerte no ha habido más complicaciones.

—Quienes colocaron las telas sabían que después el recinto estaría bajo vigilancia y se han escondido —le comenta Alamanos.

—Yo no descartaría que hayan actuado en otro lugar —les digo—. Lo sabremos cuando volvamos a Jefatura.

Nos separamos, y Alamanos sube conmigo al coche patrulla. Durante el trayecto no intercambiamos ni una palabra. No solo porque no tenemos nada que decir, sino también para disfrutar del famoso refrán «Bien está lo que bien acaba».

Al llegar, le pido a Stela que me traiga los periódicos. Quiero echar un vistazo a las

reacciones tras la conferencia de prensa de ayer.

Los titulares triunfales por la polis ateniense y la proyección de nuestra cultura antigua llenan las portadas. Las declaraciones del primer ministro corroboran el entusiasmo generalizado:

En lo que respecta a las alusiones que han hecho sobre la democracia liberal, diré que es una opinión personal que no hace falta comentar. Lo que es de enorme importancia para nosotros es la idea de revivir la antigua polis ateniense y la promoción de nuestra civilización antigua. Por fin, Grecia vuelve a ocupar el lugar y el pedestal que le corresponden en el espacio internacional.

Dejo de lado toda esa exaltación para informar al subdirector y calmar su ansiedad.

—Me alegro de que no hubiera más complicaciones, aunque hemos recibido un golpe de otro lado —comenta él cuando termino.

—¿Qué ha pasado? ¿Más incidentes? —pregunto, alarmado.

—Llame a Velidis para que se lo cuente —me responde él.

Le llamo de inmediato al Departamento de Delitos Informáticos y me suelta la bomba:

—Hoy hemos localizado en las redes una publicación que es cualquier cosa menos tranquilizadora. Te la envío para que la leas y luego hablamos.

Es como una montaña rusa, o como un péndulo, pienso: en unos minutos paso de la alegría a la angustia. Intento conservar la calma hasta leer el texto; podrían ser simplemente palabras vacías o amenazas de algún listillo.

Stela me trae el texto. Leo la primera frase y me quedo perplejo.

Somos las cariátides, las columnas que decoraban los antiguos templos. Ese era el destino de las mujeres en aquellos tiempos: ser adornos o víctimas de los hombres. Nosotras nos salvamos porque, antes de convertirnos en columnas, fuimos sacerdotisas de la diosa Artemisa. Recordad a Ifigenia, a quien Agamenón, persuadido por Ulises y Menelao, entregó a Calcas para que este la sacrificara a Artemisa. Acordaos de Antígona, condenada a muerte por Creonte. Pensad en el sufrimiento que padeció Casandra a manos de Áyax, para que luego Agamenón se la llevara a Micenas y la convirtiera en su amante. Todos estos crímenes han sido olvidados, pero permanece indeleble el recuerdo de una única asesina, Clitemnestra, que mató a Agamenón, para que luego su propio hijo la matara a ella.

Hoy en día hablamos de feminicidios. Sin embargo, en la Antigüedad, los feminicidios parecían no tener fin. Desde los relatos mitológicos hasta la historia antigua, todos los grandes acontecimientos incluyen el asesinato de una mujer.

Sin embargo, el conflicto entre hombres y mujeres debe quedar ahora en segundo plano, porque nos enfrentamos a un problema más urgente: la amenaza de los piratas. Llegaron ayer con el pretexto de invertir en la antigua ciudad de Atenas. Sin embargo, sospechamos que esta inversión no es más que una cortina de humo tras la que esconder el dinero negro que ganarán al explotar la antigua civilización griega.

No permitiremos que Zeus, Atenea, Solón y Fidias se conviertan en la decoración de un tren turístico. Tampoco permitiremos que el templo de Poseidón sea el panorama que se contemple desde los yates de un puerto deportivo. Y, por supuesto, no dejaremos que los antiguos griegos, ni siquiera los hombres que nos atormentaron, sean enviados más allá de la atmósfera a bordo de naves espaciales, como si de un *delivery* se tratase.

Somos las cariátides y no somos adornos, sino columnas. Y como tales nos convertiremos en pilares de una civilización. Hoy es un día de luto. Mañana empieza la batalla. Hacemos un

llamamiento a todo el mundo para que se levante y luche a nuestro lado.

Releo el texto tres veces, convencido de que nos enfrentamos a unas mujeres fantasiosas que han encontrado la oportunidad de convertirse en *trending topic* en las redes. Sin duda esto tiene su lado bueno porque, más allá del barullo, no creo que suceda nada que provoque graves problemas; como mucho, algunas concentraciones de protesta.

A pesar de todo, me parece oportuno contrastar mi opinión con las de mis colaboradores. Le pido a Stela que llame a Velidis, de Delitos Informáticos, a Alamanos y a Karambetsos, el jefe de la Brigada Antiterrorista.

Cuando ya estamos reunidos les transmito mis elucubraciones sobre la publicación.

—Estoy de acuerdo en que, si hay movilizaciones, se limitarán a simples actos de protesta —dice Velidis—. Ahora mismo las redes sociales están revolucionadas. —Hace una pausa antes de añadir—: Claro que el jaleo no va en una única dirección. Muchos se muestran a favor de los empresarios extranjeros. Alguien ha llegado a escribir que deberíamos ofrecer a los que protestan un teatro al aire libre donde puedan celebrar sus concentraciones porque sus manifestaciones no son más que un espectáculo, y que los que quieran ver la obra deberían acudir al teatro pagando entrada, como cualquier espectador.

—No obstante, yo he dado instrucciones a mis hombres para que estén en alerta, por si acaso —interviene Alamanos, y se echa a reír—: Quien ha hecho ese comentario tiene razón: en los últimos tiempos, las concentraciones se han convertido en espectáculos públicos.

—Una cosa es segura: las telas negras y el texto de «las Cariátides» no tienen nada que ver con una organización terrorista —dice Karambetsos—. Yo creo que algunas mujeres han encontrado una nueva oportunidad para llamar la atención. Últimamente, hacerse notar se ha puesto de moda. —Hace una pausa y me mira—: Y eso debería preocuparte también a ti, que has nombrado a una mujer jefa del Departamento de Homicidios.

—La ley no distingue entre hombres y mujeres en los cuerpos de seguridad, Karambetsos. Así que la elección depende de los méritos y la experiencia profesional de cada uno —replico.

La verdad es que Karambetsos no me cae particularmente bien. Velidis y Alamanos no tienen nada que añadir, así que damos por terminada la reunión.

En cuanto me quedo solo, telefono al subdirector para informarle. Me responde, sin esconder su desconfianza:

—Esperemos que usted y sus colaboradores estén en lo cierto. De no ser así, nos meteremos en un buen lío.

Con todo el jaleo me había olvidado de Antigoni. Puede que sea la persona más adecuada para darme un punto de vista bien fundado. Primero le doy el texto de las Cariátides para que se lo lea sin prisas.

—Quiero que me des tu opinión.

—La primera parte de esa proclama es bastante clara. Son mujeres que se sitúan dentro o muy cerca del movimiento feminista actual. Nada de todo lo que dicen habría preocupado a las mujeres de la Antigüedad, ni siquiera a las que mencionan.

—¿Y su conclusión?

—¿Me pregunta si considero que puedan recurrir a la violencia?

—Eso también.

—No lo descartaría —responde ella sin titubeos. Viendo que me ha dejado estupefacto, se

apresura a explicarse mejor—: Usted sabe mejor que yo, señor Jaritos, que quienes han sido víctimas de alguna violencia consideran a veces que se han ganado el derecho a ejercerla sobre otros. El análisis que hacen las redactoras del texto de la violencia que padecieron las mujeres de la Antigüedad parte de la violencia que sufren las mujeres en la sociedad actual. Por lo tanto, no podemos descartar que estas personas se crean con el derecho de ejercer la violencia. —Y añade —: Por otra parte, que yo sepa, el comité de empresarios que han venido a visitarnos se compone únicamente de hombres.

—Gracias, Antigoni. Has sido de gran ayuda —le digo.

—Usted lo ha entendido, no como Creonte —responde con una sonrisa y se pone de pie.

Deberías estar aquí, Karambetsos. A ver si abres los ojos de una vez.

HAY VECES en que verse desmentido es una de las mejores cosas que pueden pasarte. Es lo que ha ocurrido con la visita de los extranjeros. Sus dos días de estancia en el Ática concluyen sin incidentes: ni concentraciones ni enfrentamientos con la policía. Nada. Las muestras de admiración de los extranjeros hacia nuestros tesoros arqueológicos inundan los programas de televisión, y todos, desde el ministro del Interior y el director hasta el último responsable de mantener el orden, nadamos en un mar de felicidad.

Cuando ya estoy seguro de que el final feliz de esta historia es inminente, decido pasar la velada con la familia de mi hija. Doy por terminado el trabajo antes de lo acostumbrado y subo al Seat. Tengo muchas ganas de disfrutar de mi nieto; estoy impaciente por ver cuánto ha crecido y cómo me recibirá.

El pequeño, que está con su abuela, grita de alegría nada más verme:

—¡Abuelo, abuelo! —Ya tiene tres años y se comunica sin dificultad.

Adrianí tiene razón, el niño camina con más firmeza. Me coge de la mano, me lleva a su habitación, que está llena de libros esparcidos por el suelo, y me señala uno que está encima de la silla.

—¿Por qué tantos libros? —me extraño.

—Katerina dice que ya tiene bastantes juguetes y que puede empezar a hojear algunos libros —explica Adrianí.

Lambros da una palmada de entusiasmo a una página y se ríe a carcajadas. Es el dibujo de un dragón rechoncho de un cuento infantil ilustrado.

—¿Qué es lo que te gusta más, el dragón o el cuento? —le pregunto.

En lugar de contestar, Lambros sale corriendo de la habitación.

—Ha oído la puerta. No se le escapa nada —me explica Adrianí riéndose.

Desde la entrada no llega el sonido de una voz, sino de dos. Primero la de Katerina, que grita: «¡Hola, mi niño!», y luego otra, que pregunta: «¿Qué tal, Lambros?».

—Ha venido Maña —anuncia Adrianí.

Vamos a saludarla también; hace meses que no la vemos.

—Enhorabuena por el ascenso, señor Jaritos —me dice ella, abrazándome.

Nos dirigimos a la sala de estar. Lambros se lo pasa pipa corriendo de uno a otro mientras recibe mimos y palabras de cariño.

—¿Os habéis tomado vacaciones este año? —pregunto a Maña.

—Sí, primero hemos ido dos semanas a Alemania para que Uli pudiera ver a su padre. Por suerte, el hombre ha superado el problema de salud que tenía. Y después hemos pasado una semana en Astipalea.

—El año que viene no vayáis a las islas, sino a Pilio —le dice Katerina.

—¿Es bonito?

—El mar, la comida, los parajes naturales... Puro disfrute, mira lo que te digo.

—Cuando dices parajes, ¿te refieres a lugares donde hacer caminatas? —le pregunta Maña.

—¿Bromeas? Hay de todo: playas, pueblecitos y montañas.

—Entonces iremos encantados, pero solo si vamos con vosotros, no solo nosotros dos —le responde Maña.

—¿Por qué? —se extraña Adrianí.

—Porque Uli se dedicará a caminar por valles y montañas, lo que los alemanes llaman hacer *wandern*, y yo no tendré más remedio que ir con él o quedarme sola en la playa —contesta Maña.

Vuelve a sonar el timbre de la puerta. Es Uli, que llega en el momento oportuno, como si hubiera oído la palabra *wandern*.

—Os veo de buen humor —comenta.

—Gracias a ti —le responde Maña.

—¿A mí? —Uli no entiende nada.

—Oye, cuéntanos cómo está tu padre —intervengo para cambiar de tema.

—Por suerte, todo ha ido muy bien y se encuentra estupendamente —me contesta Uli.

—Tu griego sigue siendo impecable, Uli —lo felicita Adrianí, y el joven sonríe satisfecho.

—Menos mal que utiliza el alemán en el trabajo. Si no, cualquiera diría que ha nacido en Kalamata —comenta Maña.

Katerina se pone de pie entre risas.

—Voy a prepararle la cena a Lambros.

Nada más oír eso, el niño empieza a llorar y a patalear.

—¿Otra vez lo mismo? —se queja mi hija.

—¿Qué le pasa? —quiere saber Maña.

—No quiere comer aparte. Quiere sentarse a la mesa con nosotros —le explica mi hija.

—¿Y qué más da? —tercia Adrianí.

—Mamá, ¿quieres que se acostumbre a trasnochar ya a su edad?

—¿Qué te preocupa? ¿Que se convierta en un juerguista noctámbulo? —replica Adrianí.

Katerina la fulmina con la mirada, pero se traga la respuesta, porque acaba de llegar el que faltaba: Fanis.

—¿Hay cónclave? —pregunta al vernos a todos reunidos.

—Sí, reunión de vecinos para hablar de los gastos de la comunidad —le responde Adrianí, que está de buen humor.

Fanis se sienta a Lambros en el regazo y se vuelve hacia Katerina:

—La semana que viene estaré tres días fuera —anuncia.

—¿Adónde vas?

—A Tesalónica, a un congreso de cardiología.

—Un cambio de aires te sentará bien —le contesta Katerina.

Adrianí se levanta para preparar la cena. Lambros se pone de pie de un salto y corre tras ella.

—Como veis, ahora tengo pinche —comenta Adrianí.

—No te quejes. Lo tienes a tu lado en la cocina mientras preparas la comida; y encima, aprende —le dice su hija, que también se levanta para poner la mesa. Maña va a ayudarla.

—¿Quién empieza a hablar de política? —pregunta Uli inesperadamente.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Quieres que hablemos de las banalidades políticas de siempre? —se extraña Fanis.

—¿No se hace así en los hogares griegos? Las mujeres preparan la comida y los hombres hablan de política —replica Uli.

—¿Lo habéis oído? —grita Maña—. De aquí poco me exigirá que le lleve las zapatillas cuando llegue a casa. Todo el desprecio que sienten los alemanes por los griegos se esfuma en cuanto se acostumbran a nuestras comodidades...

—Menos mal que os habéis dado cuenta —le dice Uli con ironía.

—Ya nos habíamos dado cuenta, pero, por desgracia, tarde, como siempre —repone Maña.

Adrianí entra en el comedor con una fuente de *pasticcio*. La deja encima de la mesa y va a buscar el acompañamiento: una ensalada de brócoli.

—La próxima vez tenéis que venir a comer a casa. Cocinará Uli —dice Maña.

—¿Habrà comida alemana? —pregunta Adrianí, sorprendida.

—Ni en broma, Adrianí. Uli prepara una cebada con marisco para chuparse los dedos.

—Te felicito, Uli. Espero la invitación —digo yo.

—No deja de ser un consuelo —continúa Maña— saber que, si mañana tenemos problemas económicos, podemos mudarnos a Alemania y abrir un restaurante griego. Uli será el cocinero.

Suena una risotada general; Uli, en cambio, se limita a esbozar una humilde sonrisa de satisfacción.

Más tarde, subo al coche de buen humor, pero Adrianí se sienta a mi lado absorta y mira por la ventana.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—Tendré que ir unos días a la semana al refugio para ayudar a Zisis. Llevaré a Lambros conmigo.

—¿Está enfermo? —inquiero, y casi se me escapa el volante de las manos.

—Tranquilo. No está enfermo, solo que los años empiezan a pesarle y no tiene la misma fuerza que antes —me explica mi mujer—. No quiere delegar nada entre los del refugio para que no surjan rivalidades entre ellos.

—Ningún problema. Además, en el refugio todos están vacunados. Nuestro nieto no querrá irse de allí... ¡Todas las mujeres lo mimarán como a un rey!

Entramos en casa con la alegría de haber pasado una entrañable velada. Lo único que no me ha gustado demasiado es el *wandern*. No me gusta caminar. Prefiero el Seat.

ES HORRIBLE despertarse después de haber tenido una pesadilla. Te echa a perder el día entero. Sin embargo, hay algo todavía peor: tener la pesadilla después de despertarse.

Hace dos noches dormí como un lirón y por la mañana llegó la bofetada de las Cariátides. Ayer disfruté de otra velada agradable, rematándola con el sueño de los justos, como solía decir mi padre, oficial de carabineros.

Esta mañana entro en mi despacho con el café y el cruasán, aliviado porque la visita de los extranjeros en el Ática ha concluido sin incidencias, pero antes de darle el primer mordisco al cruasán suena el teléfono. No es el subdirector, que es quien suele llamarme, sino el director. Sin darme siquiera los buenos días, suelta la cachetada:

—Se ha producido un incidente grave.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, asustado.

—Ha desaparecido uno de los empresarios.

—¿Ha desaparecido? ¿Quién?

—Se llama Victor Golem. Anoche volvió al hotel a las nueve, con los demás invitados. Habían quedado en salir hacia el Peloponeso esta mañana después de desayunar, pero Golem no se ha presentado. Han llamado a su habitación y no ha habido respuesta. Entonces han pedido a los del hotel que abrieran la habitación. Estaba vacía, y la cama hecha. Al final, el recepcionista del turno de noche les ha informado de que Golem había vuelto a salir sobre las diez de la noche, y que después no lo vio regresar. Desde entonces se desconoce su paradero.

Me quedo atónito. Más que una bofetada, es un puñetazo, y no puedo pensar con claridad. El director me devuelve a la realidad:

—¿Qué hacemos?

—Creo que los demás deben continuar su viaje con normalidad. Pero, ojo: que no se les escape ni una palabra sobre la desaparición. Debemos mantenerlo en secreto el mayor tiempo posible. Iniciaremos la investigación enseguida y le mantendré informado.

—El Gobierno está conmocionado. El ministro nos ha convocado para una reunión urgente.

—No es momento de reuniones —replico—. Esto es una carrera contrarreloj. Debo quedarme en mi despacho para coordinar la investigación. Le ruego que disculpe mi ausencia y que se encargue usted de dar explicaciones al ministro.

—Tiene razón. Le informaremos nosotros, no se preocupe.

Le pido a Stela que convoque de inmediato a Velidis, Karambetsos y Alamanos. Al escucharme, reaccionan igual que yo: se quedan boquiabiertos. A continuación, Velidis llama por teléfono a su departamento.

—De momento, en las redes sociales no hay nada sobre esto —nos informa después de colgar.

—No tiene por qué haber sido víctima de una agresión —dice Alamanos—. Quizás salió a tomarse unas copas, se emborrachó y sufrió algún accidente, o está durmiendo la mona en cualquier sitio.

Velidis está de acuerdo.

—Esa gente vende una imagen de decencia en sus propios países, pero cuando viajan al extranjero, como nadie los conoce, se desinhiben.

—Será fácil comprobar si ha tenido un accidente.

Telefoneo de inmediato a Kula y le pido que llame a todos los hospitales de Atenas y pregunte si la noche pasada ha ingresado un extranjero llamado Victor Golem.

—Sea como sea, a mí no me parece un acto terrorista —interviene Karambetsos.

—¿Por qué lo descartas? —le pregunta Alamanos—. ¿Quién te garantiza que unos aspirantes a terroristas no decidieran pasar a la acción cuando leyeron la publicación de las Cariátides?

—Si ha sido un acto terrorista, pronto habrá una reivindicación —explica Karambetsos.

—Tienes razón, aunque no perdemos nada si registráis las zonas y los garitos que frecuentan los anarquistas y los aspirantes a terroristas —le digo—. Con un poco de suerte, sacaremos algo de información, porque ahora estamos dando palos de ciego.

La reunión ha terminado y mis tres colaboradores vuelven a sus respectivos despachos. Poco después, Kula me informa de que en ningún hospital ha ingresado nadie apellidado Golem.

En consecuencia, debemos empezar a investigar. El sentido común me dice que movilice a los agentes de Homicidios; son los más experimentados en esta clase de investigaciones. Además, así mantendremos la desaparición del empresario en un círculo reducido.

Sin perder un segundo los llamo a mi despacho para informarles. Cuando termino, se quedan todos callados. La primera en intervenir es Antigoni:

—Necesitamos urgentemente una fotografía del tal Golem. ¿Tenemos alguna? —pregunta.

Me maldigo a mí mismo por no haberlo pensado antes.

—Pediré al director una foto de la conferencia de prensa o del encuentro de los extranjeros con el primer ministro.

Antigoni se dirige a Askalidis:

—Zanos, ve al Gran Bretaña e interroga al personal de recepción y a las camareras de piso por si vieron algo sospechoso. Y pregunta a la dirección del hotel si tienen una fotografía, algún documento, una fotocopia, lo que sea, donde aparezca Golem. Cuando termines, llámame por teléfono y te diré dónde estamos para que vengas. Fotis, Yannis y yo iniciaremos la investigación de inmediato, empezando por la plaza Síntagma y los alrededores.

—A lo mejor encontramos su pasaporte en la habitación o en recepción —dice Askalidis.

—Ojalá, aunque no me parece probable —contesta Antigoni—. No saldría de noche sin llevar el pasaporte encima. —Se vuelve hacia Kula—: Busca en internet y en los medios de comunicación una foto de Golem. No importa que sea una foto de grupo, basta con que aparezcan los nombres para que podamos identificarle. Si la encuentras, ve directa al fotógrafo

de la Científica para que la edite y podamos utilizarla. Cuando termines, te unes a la investigación, con foto o sin ella.

De momento, la rapidez con que Antigoni organiza todos los pasos es lo único positivo. Guardo silencio porque no tengo nada que añadir. Antigoni se vuelve hacia mí:

—Estaremos en contacto permanente, señor Jaritos. En cuanto tengamos los primeros datos, le llamaré para informarle.

Se marchan juntos, sin chistar. Debería llamar al subdirector para darle las gracias: me ha sorprendido la rápida reacción de una novata como Antigoni. Pero debo priorizar la llamada al director, porque urge encontrar una fotografía.

—Le diré al ministro que llame al despacho del primer ministro y le informaré a usted —me dice él.

Me devuelve la llamada diez minutos más tarde:

—Por desgracia, no se tomaron fotografías en el despacho del primer ministro. Ahora están revisando los medios de comunicación.

A punto estoy de decirle que nosotros estamos en lo mismo, pero me callo. Cuatro ojos ven mejor que dos.

Empieza un periodo de espera que se convierte en una verdadera tortura. No sabes cómo manejar la ansiedad ni cómo matar el tiempo. Las dos cosas se retroalimentan y, como resultado, te conviertes en un manojo de nervios.

Por fin me llama Kula:

—Lo he identificado en dos fotografías de grupo publicadas en la prensa. Voy corriendo a la Científica y luego me uno a la investigación.

Llamo a Dimitríu, de la Científica, para apremiarlo.

—Prioridad absoluta. Necesitamos las fotografías cuanto antes.

Poco después recibo una llamada de Velidis:

—Sigue sin haber nada en internet ni en las redes. Ni la menor referencia a la desaparición.

—Esto es lo único positivo. Si la noticia no ha circulado todavía, nos ahorramos un alboroto que solo nos perjudicaría.

Ya es mediodía cuando reaparece Antigoni.

—Hemos concluido la primera fase de la investigación —anuncia.

—¿Qué habéis encontrado?

—Nada en absoluto. Hemos recorrido la zona, Monastiraki y los bares de la calle Kolokotronis, pero no lo ha reconocido ningún camarero. Eso quiere decir que no fue dando tumbos de un bar a otro. Zanos ha aportado el único dato valioso: el recepcionista del turno de noche le ha dicho que, cuando Golem salió del hotel, le pareció que había un coche aparcado delante de la entrada, aunque no está del todo seguro.

—Aunque sea así, será imposible localizar el vehículo y averiguar adónde se dirigía. —No puedo ocultar mi decepción—. ¿Dónde están ahora tus colaboradores?

—Siguen con las pesquisas en la avenida Panepistimíu y las calles perpendiculares, hasta la plaza Kolonaki. No sé qué más podemos hacer.

—Tienes razón, aunque mucho me temo que, si no encontramos a Golem, vivo o muerto, no podremos avanzar ni un paso.

Antes de que ella pueda responder, suena su móvil.

—No es ninguno de los nuestros. Lllaman desde un teléfono fijo —me dice Antigoni antes de contestar. Su expresión cambia al instante—: Sí, soy Antigoni Ferlekis. Dígame. —Escucha un rato sin responder. Al final, dice—: Un momento, voy a anotar el nombre. —Me indica con una seña que quiere escribir. Le paso una hoja de papel y un bolígrafo. Ella anota un nombre y continúa—: Bien. En cuanto regrese, póngame con su habitación, por favor, necesitare hablar con él. —Agradece la llamada, cuelga y se vuelve hacia mí—: Era el recepcionista del turno de noche. Zanos le dio mi teléfono para que me llamara si recordaba algún detalle más. Y el recepcionista ha recordado que, mientras Golem salía del hotel, entró otro huésped, y se pregunta si quizás este último se fijó en el coche aparcado. Ha comprobado si se encuentra en el hotel, pero su llave está en recepción. Le he pedido que me ponga en contacto con él en cuanto vuelva.

—A lo mejor da resultado. Pero por ahora no tenemos nada más —comento.

Antigoni vuelve a su despacho y yo informo al subdirector del curso de las investigaciones. En otras palabras, le acabo de fastidiar el día.

Poco después, Antigoni me anuncia por teléfono que el equipo ha vuelto con las manos vacías: no han encontrado ni una sola pista que pueda ayudarnos a avanzar con las pesquisas.

He de esperar hasta las cinco para que Antigoni abra la puerta de mi despacho, y entonces entra agitada:

—He hablado con el huésped del hotel —anuncia—. Por suerte, es italiano y no hemos tenido ninguna dificultad para comunicarnos. En efecto, había un coche aparcado delante del hotel. Mientras entraba en el Gran Bretaña, vio que se abría la puerta del copiloto, seguramente para que subiera Golem. Le he preguntado si se había fijado en la marca y me ha dicho que podría ser un Fiat o un Renault, pero no está seguro.

—¿Le has tomado los datos?

—Sí. Se llama Luca Presti. También me ha dado su dirección en Roma.

Al menos ya sabemos que Golem se fue en coche y que no pasó la noche cerca del hotel. Que este dato nos ayude o no, eso está por ver.

A PRIMERA hora, mientras trato de poner orden en mis ideas y mis preocupaciones para arrancar bien la jornada, aparece Antigoni con una sonrisa de oreja a oreja.

—Todo arreglado. Se han acabado los dolores de cabeza —anuncia—. Resulta que Golem apareció ayer por la noche: volvió al hotel, hizo la maleta y se marchó. Dijo en recepción que le había surgido un problema familiar muy grave.

La llamada del subdirector me lo confirma:

—Los empresarios extranjeros acaban de informar al ministro de Cultura que Golem ha tenido que volver a Estados Unidos por motivos familiares. Nos hemos quitado un peso de encima.

—¿Los demás empresarios siguen en Atenas?

—Sí, para reorganizar su programa de visitas a los recintos arqueológicos. Después se irán hacia el Peloponeso. Terminarán su periplo en Eubea, para disponer de más tiempo y hacer una prospección con calma.

Colgamos el teléfono, pero hay algo que me chirría. Por suerte, caigo en la cuenta de qué se trata. Me dirijo a Antigoni:

—¿No te dijo el huésped italiano que había visto a Golem subir a un coche que estaba aparcado delante del hotel?

—Sí, eso me dijo.

—¿Cuándo surgió el problema familiar, pues? ¿Mientras daba una vuelta en coche? Aunque así fuera, ¿cómo se explica que Golem estuviera desaparecido casi veinticuatro horas? ¿Se pasó la noche entera y todo el día siguiente por ahí con un problema tan serio pendiente de resolver, hasta que decidió volver al Gran Bretaña para recoger sus cosas?

Antigoni reflexiona.

—Golem salió del hotel a las diez —recapitula—. Hay unas ocho horas de diferencia con respecto a Estados Unidos, aunque varía según el estado. Si le avisaron a última hora de la tarde, hora estadounidense, aquí sería de noche o ya de madrugada.

—Tienes razón. A pesar de todo, telefonead al aeropuerto para que nos confirmen que Victor Golem ha abandonado Atenas.

Antigoni vuelve a su despacho. Transcurre media hora hasta que me llama.

—Golem vuela ya hacia Ámsterdam. Desde allí tomará otro vuelo a Nueva York.

De acuerdo, al menos ya hemos confirmado que Golem va camino de Nueva York. Sin embargo, aún no hemos despejado el enigma del coche que lo recogió en el hotel y qué hizo durante esa noche y el día siguiente.

Veo misterios y sospechosos por todas partes, y eso es un vicio, lo sé, que me pone de malhumor. Por suerte, una llamada de Alamanos, de Antidisturbios, me saca del bucle de pensamientos.

—En la Antigüedad, la plaza Síntagma no existía —dice. Calla esperando mi reacción, pero yo no sé adónde quiere ir a parar. Al no recibir respuesta, continúa—: Por eso la marcha transcurre a lo largo de Dionisio Areopagita.

—¿Quiénes se manifiestan?

—Las Cariátides. ¿Quieres fotografías o prefieres verlo en directo?

—En directo, por supuesto.

—De acuerdo. Estaré esperándote en la esquina de Makriyannis con Dionisio Areopagita.

No hace falta que avise a nadie más. Voy en un coche patrulla. Desde el templo de Zeus Olímpico, enfilamos la calle Diakos y salimos a Makriyannis. Todavía no puedo ver a la muchedumbre, pero ya oigo el jolgorio. Bajo del coche patrulla antes de llegar y continuo a pie.

En la esquina me reúno con Alamanos y su equipo.

—Mira, sobran las palabras —me dice, señalándome la Acrópolis.

Observo con sorpresa a un grupo de jóvenes vestidas con túnicas; algunas hasta llevan velo. Alzan pancartas, una de las cuales reza: NO ESTAMOS EN VENTA. La de al lado: NO NECESITAMOS PROXENETAS NI AGENTES INMOBILIARIOS, y otra mujer lleva una pancarta con el lema: ÍCARO Y DÉDALO VOLABAN CON ALAS, NO EN NAVES ESPACIALES. Cerca distingo otra pancarta más: RECIBIMOS VISITAS DE EXTRANJEROS, PERO NO NOS PROSTITUIMOS.

Miro a mi alrededor. El público que mira con curiosidad no es más numeroso que las propias manifestantes. Entre todos no superan la cincuentena, y la mayoría son jóvenes.

—Os felicito, chicas —grita uno, entusiasmado—. Vosotras decís la verdad, no como los charlatanes de la tele.

—¡Viva el movimiento feminista de las Cariátides! —añade una muchacha.

—Si estas mujeres buscaban apoyo, lo han encontrado —digo a Alamanos.

Mi conclusión ha sido precipitada. De repente, desde la calle Roberto Galli, irrumpe en Areopagita un grupo de unos cincuenta hombres.

—Pero, bueno, ¿no os da vergüenza? —grita uno de ellos a las Cariátides—. Después de los batacazos de la crisis y la pandemia, necesitamos dinero; y ahora que vienen unos empresarios para invertir y contribuir a nuestro desarrollo, ¿vosotras queréis echarlos?

—No sois cariátides, sois gallinas —añade otro.

Una Cariátide les replica:

—Han venido para comerciar con nuestra civilización antigua. No se lo vamos a permitir.

—¡Nosotros os apoyamos! —les grita una chica del grupo de los jóvenes.

—Vuestros papis —continúa uno de los hombres— os lo han dado todo hecho y os hacéis las sabihondas con el cuento de la civilización antigua.

—Si entonarais el «Cristo ha resucitado» os aplaudiríamos, porque todos esperamos la resurrección de nuestro país. ¡Pero vosotras entonáis «La vida en la tumba»![\[1\]](#)

—Ahora que el turismo se ha convertido en nuestra principal industria, los griegos antiguos se han transformado en productos de consumo —grita una de las Cariátides con ironía.

—Cierra el pico y no provoques —la amenaza otro de los recién llegados, y añade—: Estaos quietecitas o tendremos que pararos los pies...

Alamanos me da una palmada a la espalda.

—Voy a movilizar a las unidades antidisturbios, la situación se está descontrolando —me dice.

No hace falta que me quede ni un minuto más. Me basta con lo que he visto hasta ahora. Me urge volver al despacho para hablar con el subdirector. Subo otra vez al coche patrulla y emprendemos el trayecto de vuelta. Por el camino veo a gente entrar en la calle Diakos, dirección a Makriyannis. La mayoría son jóvenes de la misma edad que los que ya están concentrados en Dionisio Areopagita. Esto confirma mis pronósticos: la gente va a apoyarlas, y empiezo a ponerme muy nervioso.

El subdirector, sin embargo, no pierde la calma. Me escucha en silencio y al final dice tranquilamente:

—Por suerte, no creo que la cosa vaya a más. Las protestas de este tipo se desinflan rápidamente. —Al ver que no respondo, me pregunta—: ¿Qué es lo que le preocupa?

—Que la protesta encuentre respaldo social. Los apoyos siempre abren el apetito de más.

—Piense que el viaje de los extranjeros por el Peloponeso ha empezado sin incidencias. Pasarán dos días allí, y acabarán en Eubea.

Ojalá tenga él razón y sea yo quien se equivoque.

La última comunicación es con Alamanos:

—¿Cómo van las cosas? —le pregunto—. De vuelta, he visto gente que se dirigía a Dionisio Areopagita.

—Ha crecido el número de simpatizantes. Ya no son cuatro gatos, sino un gentío.

—¿Y qué hacen?

—Siguen concentrados en la Acrópolis, delante de las columnas de las cariátides. Las actuales se han colocado delante de las antiguas y están rodeadas de admiradores. Los turistas pasan de visitar el Partenón y observan la concentración.

—¿Hay tensiones todavía?

—No. Mis hombres han cerrado el paso a la Acrópolis a los opositores, y estos, al ver que crecía el número de simpatizantes, se han largado.

El aumento de simpatizantes sigue preocupándome, pero no tiene sentido torturarme. Si hay novedades, mañana me enteraré.

ADRIANÍ está en el refugio de los sin techo, charlando con Zisis en la cantina. Un poco más allá distingo un caballito de juguete.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—El regalo de bienvenida de Lambros al refugio —me explica Adrianí y añade—: ¿Te das cuenta? No nos bastaba con las Cariátides, ahora tenemos también a un Alejandro Magno.

Zisis se ríe.

—¿Dónde está Lambros? —pregunto.

—¿Dónde quieres que esté? De regazo en regazo —responde Adrianí.

Miro a Zisis de reojo. Parece cansado.

—¿Te pasa algo? —le pregunto.

—No, estoy muy bien. Pero me he hecho viejo, ya no tengo las mismas fuerzas que antes. Me canso con facilidad.

Adrianí enseguida le regaña:

—No te quejes. Da las gracias porque todavía puedes cuidar de los demás y no necesitas que cuiden de ti.

Como de costumbre, le ha soltado una respuesta de esas que te dejan sin palabras y Zisis sonríe.

—¡Os traigo a la mascota del refugio! —anuncia Melpo en tono triunfal, pero, al ver el caballito, Lambros se escurre de entre sus brazos, lo monta y empieza a balancearse.

—Esta noche cenáis con nosotros, ¿no? —me dice Melpo—. Hemos preparado buñuelos de calabacín y arroz con mejillones.

—Fantástico. Si sobra, mañana vuelvo.

—Tengo suerte de que Adrianí aceptara echarme una mano, así podré aflojar un poco el ritmo —me dice Zisis.

—¿No hay nadie que te pueda ayudar en el refugio?

—El problema es que todos quieren ayudar, pero no todos pueden hacerlo. Si elijo solo a aquellos que son capaces, como saben que soy de izquierdas, me acusarán de crear facciones. Adrianí viene de fuera y la adoran, así me ahorro las quejas y los cotilleos a mis espaldas.

No me sorprende, aunque nunca me he podido explicar cómo Adrianí logra ser tan querida, con las pullas que suelta.

A Zisis se le escapa un suspiro.

—Cuando Adrianí se haga cargo del refugio, podré descansar como un residente más.

—Aunque Adrianí se haga cargo, tu opinión y tu experiencia contarán siempre.

En lugar de responder, sonrío satisfecho.

Los buñuelos de calabacín están deliciosos, aunque tampoco le hago ascos al arroz con mejillones. Esta visita al refugio es para mí un paréntesis muy necesario.

Cuando terminamos de cenar, mi mujer me dice que es hora de llevar a Lambros a su casa y acostarlo. El anuncio provoca gritos de desilusión y diez minutos de despedidas. Pero estos diez minutos también son didácticos: Lambros aprende a saludar chocando los puños.

—Tú llévate al chico y yo cargo con el caballito —le digo a mi mujer.

—No, el caballito se queda aquí para que tenga algo con que jugar cuando venga conmigo. Si no, los volverá locos a todos.

Los juegos y los mimos lo han dejado agotado y se queda dormido dentro del Seat. Adrianí lo despierta cuando llegamos a la calle Azanasías, pero mi nieto camina trastabillando.

—Espera a que aparque y lo llevo en brazos —me ofrezco.

Katerina y Fanis no han vuelto todavía. Adrianí lleva a Lambros a la cama y yo me siento en la sala de estar. He disfrutado de la cena, pero ahora me siento hinchado. Si pudiera, también me acostaría.

Justo en ese momento aparecen Katerina y Fanis, que han salido a cenar con unos amigos.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —les pregunto.

—Muy bien, hemos disfrutado mucho. Los echábamos de menos —me responde Katerina—. ¿Y vosotros?

—Nosotros también hemos disfrutado, pero la estrella de la velada ha sido tu hijo. Lo han vuelto loco de tanto abrazo y tantos mimos —le dice Adrianí.

—Mira por dónde, ya tiene su corte de aduladores —replica Fanis con ironía.

Mi hija se muestra más cauta:

—Mientras no lo malcríen...

Francamente, a estas horas no estoy para debatir sobre la educación de mi nieto, de modo que me levanto y le digo a Adrianí:

—Vámonos, que mañana me espera un día duro.

Subimos al Seat, y ahora soy yo el que tiene que esforzarse para mantener los ojos abiertos y no dormirse al volante.

—**P**ERO bueno, ¿qué se han creído que es Grecia? ¿Un burdel? —exclama Stela fuera de sí cuando llego a mi despacho con el café y el cruasán.

—¿De qué hablas? —pregunto sorprendido.

—Del extranjero ese. ¿Cómo se llama? ¿Golem?

—Golem ya está en Estados Unidos.

—Sí, pero antes de marcharse se montó una orgía. Llame a Velidis para que se lo cuente, ya verá.

Cuando lo llamo, me propone:

—Ven a leer el *post* conmigo. Tal vez debamos analizarlo —me dice Velidis.

Cojo mi café y voy a su despacho. Me lo encuentro sentado delante del ordenador y rodeado del resto de su equipo, que, de pie, mantienen la mirada clavada en la pantalla. Cuando llego, se retiran y me dejan a solas con Velidis.

Me acerca una silla para que pueda sentarme a su lado.

—El nuevo *post* de las Cariátides —me explica.

Usando el ratón, sube al comienzo de la publicación.

Veó una serie de fotografías. En la primera aparece un coche aparcado delante del Gran Bretaña, con la puerta del copiloto abierta, y Golem agachándose un poco para subir.

La segunda fotografía muestra a Golem sentado en un bar al aire libre en compañía de dos mujeres. Se le ve de muy buen humor, pero los rostros de las mujeres están pixelados y no se distinguen.

En la tercera fotografía aparece la sala de estar de un piso. Sentado en el sofá, Golem está abrazado a las dos mujeres de antes, cuyos rostros tampoco se ven.

La siguiente fotografía es también de la sala de estar, aunque ahora solo hay una mujer sentada en el sofá. Golem está de pie detrás de ella. Con la cara hundida en su cuello, tiene la mano metida por dentro de la blusa y le manosea el pecho.

La última fotografía muestra a Golem echado en una cama y en calzoncillos. Está mirando fijamente a la mujer, que, de pie junto a la cama, le mira a su vez. Está desnuda de cintura para arriba.

Sigue un texto:

Nos alegramos de que nuestros visitantes hayan comenzado a insuflar nueva vida a la antigua

polis ateniense de una manera tan acertada: con las heteras. La República de Platón puede esperar.

Las heteras son el primer objetivo y el más fácil de todos. La Grecia antigua es la meta final, la que generará beneficios. En cuanto a la polis ateniense, no es más que una cortina de humo, igual que las organizaciones benéficas, que surgen como setas.

No era nuestra intención revelar la debilidad de Victor Golem por las heteras. Pensábamos guardar estas fotografías como último recurso. Solo se las enseñamos al propio Golem, así que no debería sorprenderos que desapareciera en cuanto las vio.

Aquellos que nos increparon ayer en la concentración de protesta nos han obligado a publicarlas. Este es el tipo de desarrollo económico que buscan los inversores: que disfruten de este pequeño aperitivo.

Por suerte, también vino gente que está de nuestra parte para mostrarnos su apoyo. No nos rendiremos. Estamos decididas a seguir adelante.

Las cariátides

Velidis espera a que termine de leerlo.

—Son dos de las Cariátides, ¿no? ¿Y cómo se conocieron? —se pregunta.

—Solo puedo hacer conjeturas, pero es probable que Golem conociera por casualidad a una o más de las Cariátides. Lo fueron a buscar en coche, y lo hicieron con un claro objetivo. Si preguntamos en la recepción del hotel, es muy posible que nos digan que esa no fue la primera aventura nocturna de Golem. Seguramente fue así como conoció a las Cariátides. No podemos descartar que, en un principio, el objetivo fuera otro, pero las cosas acabaron en algo sexual. Entonces acordaron un segundo encuentro, que terminó con la orgía en el piso.

—Golem no se fue debido a un problema familiar, sino para evitar quedar en ridículo y comprometer a los demás —concluye Velidis.

—Me pregunto qué harán cuando se enteren...

—Sea como sea, en las redes hay otra orgía de comentarios sarcásticos —sonríe Velidis.

Nos interrumpe la llamada de Stela:

—El director quiere hablar con usted.

Le pido a Velidis que me envíe una copia de la publicación y vuelvo a mi despacho.

—No hace falta que le explique por qué le he llamado —me dice el director en cuanto levanto el auricular.

—No. Ya he visto la publicación con las fotos.

—El ministro está aterrado y quiere vernos enseguida.

—Voy para allá.

Soy consciente de que la situación no admite retrasos. Le pido al agente que conduce el coche patrulla que active la sirena para no quedarnos atrapados en un atasco.

La secretaria del director me informa de que ya están reunidos en el despacho del ministro. Este está sentado a la mesa de reuniones con mis dos superiores. Sin esperar siquiera a que yo también tome asiento, grita, fuera de sí:

—¡En menudo lío nos ha metido este imbécil! —Al ver que no recibe ninguna respuesta, continúa—: ¿Qué les decimos a los empresarios extranjeros? O, mejor dicho, ¿les parece oportuno que les informemos?

—Creo que no hará falta que les informemos. Ya lo habrá hecho su embajada —le responde el director.

—Tanto el primer ministro como los ministros competentes se encuentran en estado de *shock*, según me ha contado el jefe del gabinete del primer ministro.

—Lo comprendo, pero no es culpa nuestra si uno de su grupo salió de cacería nocturna y se topó con las Cariátides —comenta el subdirector.

—¿Y qué hacemos nosotros? —pregunta el ministro.

—Sugiero que el Ministerio de Cultura se ponga en contacto con los arqueólogos que acompañan a los extranjeros por el Peloponeso para averiguar si entre los empresarios han comentado algo —le respondo—. En mi opinión, los empresarios se aferrarán a la versión de que Golem tuvo que irse por problemas familiares y seguirán adelante con su programa.

—De acuerdo, contactaré con el Ministerio de Cultura y, desde luego, espero que tenga usted razón —me contesta—. Mientras tanto, procure localizar a esas Cariátides para poder adelantarnos a sus próximos movimientos.

El primer acto de la reunión en el despacho del ministro ha terminado y el segundo acto se desarrolla en el despacho del director.

—¿Qué hacemos con las Cariátides? —me pregunta el director después de sentarnos.

—Las probabilidades de identificarlas y localizarlas son escasas. Para empezar, las dos que estuvieron con Golem han pixelado sus rostros en las fotografías y no tenemos imágenes para compararlas con las que se manifestaron en Areopagita. En cuanto a las Cariátides que se manifestaron allí, debieron de ser unas cincuenta. Aunque consiguiéramos identificarlas en las fotografías de la concentración, no nos resultaría nada fácil localizar a algunas para luego hacer un seguimiento. Lo que me preocupa es lo que afirman en su publicación: que están decididas a seguir adelante. Tenemos que permanecer en alerta para adelantarnos a sus próximas actuaciones.

Vuelvo a mi despacho y llamo enseguida a Homicidios, el departamento más bregado en identificar a desconocidos y sospechosos. Por suerte, Kula ya les ha mostrado la publicación y están todos informados.

—Quiero que encontréis y estudiéis las fotografías de la concentración de las Cariátides de ayer —les explico—. Las probabilidades de identificarlas son escasas, lo sé, es como buscar una aguja en un pajar, pero, si tenemos suerte y durante la investigación encontramos a alguien que conozca aunque solo sea a una de ellas, tal vez podamos organizar un dispositivo de seguimiento.

—¿Con qué objetivo? —me pregunta Askalidis.

—Me preocupa su voluntad de seguir adelante. Y deberíamos organizar la vigilancia de algunas Cariátides para prevenir posibles concentraciones o futuras trampas, como la que tendieron a Golem.

—No me parece probable que se repita lo que sucedió con Golem —interviene Antigoni—. No solo porque las Cariátides no se arriesgarían una segunda vez, sino porque los extranjeros también irán con mucho cuidado para no volver a caer en una trampa.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Kollias.

Antigoni continúa:

—Por sus publicaciones, es evidente que son chicas cultas, y parecen saber bastante sobre la

Antigüedad clásica. Propongo que empecemos buscando entre el personal de los museos y de los recintos arqueológicos. Dependiendo de los datos que recopilemos, decidiremos cómo proseguir.

—Completamente de acuerdo —le digo.

—Bien, entonces vamos a buscar las fotos de la concentración para enviarlas a la Científica y que las amplíen —dice Kula.

Se marchan todos menos Antigoni, que permanece sentada.

—¿Tienes algo más que proponer? —le pregunto.

—Mi hermana es profesora de arqueología en la Universidad de Atenas. He pensado que podría enseñarle fotos de la manifestación, por si alguna de las muchachas fuera alumna suya o la conociera del Departamento de Arqueología.

—Muy buena idea —respondo, animado.

En cuanto se marcha, llamo al director para ponerle al día.

—Ojalá la investigación dé resultados porque, si surgen más líos por el estilo, la presión sobre nosotros se redoblará —es su comentario.

Por último, llamo a Velidis y le pido que su equipo nos ayude a peinar internet en busca de imágenes de las Cariátides. Mejor tenerlo todo bien atado. El director tiene razón: este caso no aguantará muchos fuegos artificiales.

ANTIGONI entra en mi despacho a primera hora de la mañana. Su sonrisa augura cosas buenas.

—¿Te pido un café? —pregunto.

Me mira extrañada.

—¿Por qué?

—Porque las buenas noticias se disfrutan más con un buen café.

Ella se echa a reír. Lo mejor de Antigoni es que no tiene la expresión agria típica del personal masculino. Ha comprendido que la mejor manera de sobrevivir en paz en un cuerpo dominado por hombres no es imponiéndose, sino confraternizando. Eso también explica el uso del tuteo desde el primer momento.

—Ya he hablado con mi hermana —me dice—. Ha reconocido a dos Cariátides. —Pone encima de mi escritorio una fotografía ampliada de la concentración y señala a dos jóvenes—. Esta es Melina Gavdís y esta otra se llama Sotiría Vekos. Las dos fueron estudiantes del Departamento de Arqueología.

—Pediremos sus datos a la secretaría de Arqueología. Esta información es la pista que necesitábamos.

—Eso sí, mi hermana me ha pedido que, por favor, no mencionemos su nombre. No quiere que se sepa que ha estado en contacto con nosotros porque, si sale a la luz, algunos estudiantes podrían acusarla de ser informante de la policía y tendría problemas.

—No te preocupes. Pediré a Patrimonio Cultural que nos dé los datos. Homicidios no se involucrará. Después las pondremos bajo vigilancia.

Cuando se va Antigoni, llamo a Sarafidis, el jefe de Patrimonio Cultural.

—No será difícil. Las localizaremos en un abrir y cerrar de ojos —me asegura.

—¿Alguna noticia de los extranjeros?

—De momento, parece que todo transcurre con normalidad, sin sorpresas desagradables.

Aguardo pacientemente el resultado de la investigación de las dos estudiantes, pero la espera no dura demasiado. Poco después de nuestra llamada, Sarafidis me proporciona los datos.

El domicilio de Melina Gavdís se encuentra en la calle Menelau, en Kalizea. Sotiría Vekos reside en la calle Kapodistriu, en Jalandri. Melina Gavdís está preparando su doctorado en historia del arte. Sotiría Vekos trabaja como guía turística.

Llamo a Antigoni para coordinarnos. Ella me dice que informará a las comisarías correspondientes para que empiecen con la vigilancia. Al verme dudar, me pregunta:

—¿Ha habido algún cambio?

—No, sencillamente no quiero involucrar a las comisarías. No sé hasta qué punto serían discretos con la vigilancia. Si los descubren, todo se irá a la porra. Preferiría que se encargaran de ello dos de tus agentes, que tienen más experiencia.

—Tiene razón. Se lo encomendaré a Askalidis y a Kollias.

Vuelvo a quedarme solo, aunque no por mucho tiempo. Pronto recibo la llamada del subdirector. Es una de las pocas veces, últimamente, en que su voz suena optimista:

—Tranquilidad, orden y seguridad, y un ministro muy feliz —anuncia—. Nosotros también estamos muy contentos porque nos hemos librado de las reuniones, que eran como una píldora amarga en ayunas.

Esta es una de las raras ocasiones en que la falta de actividad no me molesta. Bastante nos han hecho correr los extranjeros estos últimos días. Necesito un poco de calma.

La única información que recibo es a través de Antigoni, poco antes de poner fin a mi jornada laboral:

—Hasta el momento, ni Melina Gavdís ni Sotiría Vekos han aparecido en sus domicilios. He dado instrucciones a Askalidis y a Kollias para que continúen vigilando hasta las diez de la noche y, si no hay novedades, que vuelvan por la mañana.

Ninguna objeción. Decido privarme de ver a mi nieto y me voy directo a casa. Quiero ver las noticias para saber cómo va la visita de los extranjeros. Si ha surgido algo en el último momento, será mejor que me entere esta noche para estar preparado por la mañana.

Por suerte, no hay nada preocupante. Todo transcurre con normalidad, en medio de una euforia política y periodística.

Es norma no escrita de los programas de televisión llenar el tiempo con palabreo insulso cuando las noticias no tienen chicha. En la pantalla del televisor se abren dos ventanas, cada una con un arqueólogo. En cuanto los veo charlar, cada uno desde su ventana, me traslado de inmediato a mi infancia, cuando las vecinas chafardeaban asomadas a las ventanas de sus casas.

El primer arqueólogo es un tal Solon Varkatis, un cincuentón de gesto huraño.

—El plan de los empresarios extranjeros de reproducir la antigua polis ateniense es una iniciativa notable y, a la vez, novedosa —declara—. Me alegro mucho de que el desliz de uno de sus miembros no haya alterado sus planes. En cambio, me resulta inadmisibile el comportamiento de estas mujeres, que ofenden la figura de las cariátides. No solo porque le tendieron una trampa a su víctima, sino porque también hicieron pública su humillación después de que él mismo se percatara de su error y se retirara con dignidad. Ellas no son cariátides. Son heteras, y de la peor calaña.

—Estoy de acuerdo con usted en lo que se refiere a la humillación, profesor Varkatis —le contesta el vecino de la ventana contigua, un tal Zomás Eftijidis—. Pero no olvidemos que hoy en día todo forma parte de una interminable estrategia de *marketing*. ¿Por qué las casas de alta costura fotografían a sus modelos en la Acrópolis? Para que resulte más espectacular la promoción de su nueva colección. Y la gente se deja llevar y olvida que el objetivo de la promoción es el beneficio. ¿Por qué no se iba a perseguir lo mismo con nuestros tesoros artísticos? Las Cariátides han querido actuar como sacerdotisas de la Antigüedad y revelar el

objetivo oculto de estos empresarios que fantasean con la reconstrucción de la antigua polis ateniense. No olvidemos que lo primero que proclaman los traficantes de antigüedades es, precisamente, su amor por todo lo antiguo.

—¿Todavía estás con las Cariátides? —oigo a Adrianí, detrás de mí.

—¿Qué le voy a hacer? Me fascinan los antiguos.

—Me parece que te estás haciendo viejo...

—¿Por qué lo dices?

—Porque cuanto mayores son los hombres, menor es la edad de las mujeres que los seducen —responde ella con ironía, y se echa a reír.

Iba a decirle que me llamo Kostas Jaritos, no Victor Golem, pero no quiero empezar a discutir sobre los encantos de las Cariátides.

—¿Qué hay para cenar esta noche? —pregunto para cambiar de tema.

—No esperes nada del otro mundo. He traído judías verdes estofadas y haré hamburguesas a la plancha.

Voy con ella a la cocina para hacerle compañía. Adrianí saca las hamburguesas de la nevera y las coloca sobre la plancha.

—Por cierto, nos han invitado a cenar —comenta mientras vigila las hamburguesas.

De pronto recuerdo que habíamos quedado en cenar con mi hija y mi yerno para celebrar mi ascenso.

—¿En casa de Katerina? —pregunto.

—No, en el refugio. Toda la familia está invitada. Zisis y el refugio nos quieren agasajar.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

Espero que no surja ninguna complicación con los extranjeros y que pueda disfrutar de la cena y de la buena compañía de la gente del asilo. ¡Tampoco pido tanto!

LA PRIMERA visita de la jornada es de Antigoni.

—Cero resultados —anuncia—. Askalidis y Kollias vigilaron sus domicilios hasta la una de la madrugada, pero no apareció ninguna de las dos.

—Puede que trasnocharan y volvieran más tarde.

—Tampoco las han visto esta mañana, al menos hasta ahora. En el caso de Sotiría Vekos, podría tener una explicación: que esté haciendo de guía fuera de Atenas. Pero ¿y Melina Gavdís?

—No podemos hacer nada más que esperar. Ya aparecerán en algún momento.

Una llamada de Velidis resuelve el enigma poco después.

—Tenemos jaleo en Eubea. Si la cosa continúa, nos veo en pie de guerra pronto.

—¿En Eubea? ¿Por qué en Eubea? —me extraño.

—No puedo explicártelo. Ven a verlo con tus propios ojos.

Voy corriendo a su despacho, muy inquieto. Está sentado con Alamanos frente a un televisor. Seguro de que yo acudiría, tiene una silla extra preparada.

La pantalla muestra una zona de árboles calcinados, algunos en pie y otros ya caídos, junto con restos carbonizados de vegetación. Dos muchachas van montadas en burros y una tercera a caballo. Otro grupo de jóvenes se ha concentrado un poco más allá. Deben de ser unas veinte.

Todas ellas visten ropa actual, ni túnicas ni velos. Detrás de las muchachas, de pie, se alzan dos pancartas. Una reza: LOS ANTIGUOS NO VIAJABAN EN TREN, SE DESPLAZABAN EN CARROS O MONTADOS EN ANIMALES. La segunda pancarta completa la primera con una pregunta: ¿EN VUESTRA POLIS ATENIENSE SE DESPLAZARÁN EN MERCEDES?

Junto a las muchachas hay un puñado de chicos de la misma edad que ellas. También visten tejanos y camisetas. Una tercera pancarta se alza detrás de ellos: HEMOS TRAÍDO A UNOS *kuroi*^[2] CONTEMPORÁNEOS PARA QUE LOS CONVIRTÁIS EN ANTIGUOS CON VUESTRA INTELIGENCIA ARTIFICIAL.

Lo que me deja atónito es otra parte de la imagen. Muestra a un grupo de inmigrantes, todos varones. Algunos dirigen la mirada a las chicas y a los muchachos, aunque la mayoría miran a su alrededor, desconcertados. Al fondo, otro joven sostiene una pancarta: ESTOS SON VUESTROS ESCLAVOS, COMO EN LA ANTIGUA ATENAS, PARA QUE LOS RECREÉIS CON INTELIGENCIA ARTIFICIAL.

—¿De dónde han sacado a los inmigrantes? —pregunta Velidis.

—De Eubea. ¿De dónde, si no? Seguramente les han dicho que están empezando a reconstruir la zona y han ido corriendo a buscar trabajo —le contesta Alamanos.

Nos interrumpe la voz de la presentadora:

—Por el momento la zona permanece tranquila, pero seguiremos informando.

Alamanos continúa:

—Ojalá me equivoque, pero me temo que lo peor está por llegar.

—¿Crees que también podría haber altercados en Atenas? —le pregunta Velidis.

—No lo descarto. Este tipo de manifestaciones suelen ser contagiosas y cada vez más violentas.

Nos interrumpe una llamada de teléfono. Velidis descuelga y me pasa el auricular. Es Stela.

—La comisaria Ferlekis le está buscando —me dice.

La llamo de inmediato.

—¿Está viendo la concentración? —me pregunta.

—Sí.

—Nuestro dispositivo de vigilancia es inútil. Dos de las jóvenes en la primera fila del grupo de mujeres son Melina Gavdís y Sotiría Vekos.

—Al menos sabemos por qué no están en Atenas. Diles a Askalidis y a Kollias que abandonen la vigilancia y ya hablaremos.

Es muy probable que en esa manifestación también estén las dos jóvenes que sedujeron a Golem. La voz de la presentadora me distrae de mis reflexiones:

—Por desgracia, queridos telespectadores, aumenta la tensión. Conectamos con Eubea.

La imagen muestra de nuevo Eubea, aunque la escena ha cambiado por completo. En el centro ha aparecido un grupo, compuesto por hombres y mujeres, y las Cariátides y sus aliados han tenido que hacerse a un lado.

—No permitiremos que se queden con nuestras tierras para construir en ellas sus monumentos y sus empresas —grita uno de ellos.

—Que el Gobierno nos dé dinero para reconstruir nuestras casas y volver a sembrar los campos, eso queremos —exclama otro.

—Nos dan calderilla para cerrarnos la boca mientras nos obligan a vender nuestras propiedades a los extranjeros por un mendrugo de pan —añade un tercero.

—¡Aquí nacimos, aquí hemos vivido, aquí moriremos! —grita una mujer.

—¡Primero incendios y luego robos!

De pronto aparece un pelotón de agentes antidisturbios con todos sus pertrechos. Los gritos de protesta enmudecen de golpe. Los policías y los lugareños se desafían con las miradas.

—Empieza el baile —comenta Alamanos.

El jefe del pelotón antidisturbios da un paso adelante y se dirige al gentío:

—Ni vosotros ni nosotros queremos problemas. Dispersaos tranquilamente, sin gritos ni alboroto —les dice.

—¿Adónde queréis que vayan? Sus casas y sus trabajos están aquí —chilla una de las Cariátides.

—Nos ven como gallinas y quieren encerrarnos en gallineros —responde otra mujer.

—No nos moveremos de aquí —grita otro a los agentes—. El que se ha quemado en un

incendio no tiene miedo de las luciérnagas.

Uno de la muchedumbre se dirige a las Cariátides:

—Chicas, marchaos, que aquí habrá jaleo.

—Y llevaos a estos cuervos, que se creen que encontrarán pan para comer —añade otro señalando a los inmigrantes.

Velidis apaga el televisor. Nos quedamos todos callados. El primero en abrir la boca es Alamanos y se dirige a mí:

—¿Qué opinas?

—No tengo todavía una opinión, pero sí temores —le contesto—. Temo que, si los incidentes van a más, quizás se trasladen a Atenas, y aquí resultarán mucho más peligrosos.

—Lo mismo temo yo.

Stela nos interrumpe para decirme que el subdirector me está buscando. Vuelvo a mi despacho y le telefono.

—Las cosas pintan mal —son sus primeras palabras.

—Lo sé, lo he visto en la tele.

—Lo peor de todo es que los empresarios extranjeros llegan a Eubea esta misma tarde. No sabemos qué ocurriría si se topan con los enfrentamientos entre los lugareños y la policía. Voy a coordinar nuestros movimientos para intentar restablecer la calma antes de su llegada. Solo quiero pedirle que mantenga sus unidades alerta, porque no descarto la posibilidad de que se produzcan altercados en Atenas.

—Soy consciente de ello. Le propongo que, si va usted allí, se lleve a Alamanos. Tiene mucha más experiencia que la policía de Eubea y su presencia le será de gran ayuda.

—Tiene razón. Le informaré en cuanto tenga noticias —dice el subdirector y colgamos.

De todos modos, no creo que los altercados se reproduzcan en Atenas inmediatamente. Lo prioritario es calmar los ánimos en Eubea antes de la llegada de los extranjeros.

Aunque como policía miro con recelo cualquier heroicidad, no puedo negar que las Cariátides me han sorprendido. Sus protestas no tienen lugar en la calle ni en las plazas, y tampoco buscan el enfrentamiento con la policía. Cada vez encuentran una manera distinta de manifestarse y poner al adversario en evidencia. De hecho, los problemas en Eubea no han comenzado con las Cariátides, sino con la situación en que se hallan los campesinos de la zona.

Puesto que vaticino que no nos libramos de ellas en un futuro próximo, llamo a Antigoni, aprovechando que todavía hay calma, para intercambiar opiniones.

Antigoni me escucha y guarda silencio mientras ordena sus propios pensamientos.

—Le dije desde el principio que estamos frente a jóvenes con formación académica —comenta—. Melina Gavdís y Sotiría Vekos lo confirman. Lo mismo ha ocurrido en Eubea. Han pensado en los caballos y en los carros, en *kuroi* generados por la inteligencia artificial. Lo más perspicaz ha sido relacionar a los inmigrantes con los antiguos esclavos. Todo esto me lleva a pensar que su objetivo es denunciar los planes faraónicos de los empresarios mostrando la otra cara de la Antigüedad.

—¿Crees que van a seguir? —le pregunto.

—No me cabe la menor duda. Y nosotros no podemos intervenir. Son protestas pacíficas. Lo mismo ocurre con el caso de Golem: aunque identificáramos a las Cariátides que lo sedujeron, no podríamos hacer nada, porque nadie obligó a Golem a nada, cayó él solo en la trampa.

Antigoni tiene razón. Si se siguen manifestando pacíficamente, tendremos las manos atadas; no seremos más que meros espectadores. No me da tiempo a expresar mi opinión porque suena el teléfono y oigo la voz del subdirector:

—He cancelado mi desplazamiento a Eubea —me informa.

—¿Por qué?

—Porque los extranjeros se han enterado de los enfrentamientos y han aplazado su visita.

—¿Dónde están ahora? ¿En el Peloponeso?

—No, de camino a Atenas. Todavía no se sabe cuándo irán a Eubea. —Hace una pausa antes de añadir—: Mentiría si le dijera que me disgusta haber evitado el viaje a Eubea y lo que eso suponía.

Puede que el subdirector esté contento. Yo no lo estoy tanto: no sé cómo reaccionarán los políticos ni cuánta ansiedad nos causará todo esto.

ESCLAVO. m. 1. Persona privada de su libertad por estar bajo el dominio de otro (amo, déspota, etc.). 2. Esclavo de nacimiento en oposición al prisionero de guerra esclavizado, al reo condenado a la esclavitud o al cautivo vendido en el mercado. Ej.: «En el siglo XVII prosperaba el comercio de esclavos».

Las Cariátides presentaron a los inmigrantes como un equivalente de los antiguos esclavos, pero, de todas las acepciones del Dimitrakos, la que más se acerca a la realidad actual es la que hace referencia al siglo XVII. Hoy, como entonces, el tráfico de esclavos florece con los inmigrantes.

Cierro el diccionario, porque tengo que llevar a Adrianí a ver a nuestro nieto de camino a Jefatura. Presiento que el día de hoy tampoco nos dará tregua.

El subdirector confirma mi premonición:

—Los extranjeros han vuelto a Estados Unidos.

—¿Ya se han marchado? ¿Por qué?

—Por razones que de momento desconocemos. Dijeron a los arqueólogos que pensaban volver a Atenas, pero solo han pasado por el hotel para recoger su equipaje y se han ido directos al aeropuerto.

—¿No han dado ninguna explicación?

—Enviaron un mensaje al Ministerio de Cultura diciendo que darán explicaciones desde Estados Unidos. Todos los ministros involucrados, así como los arqueólogos, están que se suben por las paredes. La mitad por las Cariátides y los isleños, que con sus protestas han disuadido a los extranjeros de visitar Eubea, y la otra mitad por el comportamiento de los empresarios.

Colgamos y llamo a Velidis para averiguar si ha habido más reacciones.

—Nada más que los insultos habituales. Entre los unos y los otros solo cambia el objetivo: la mitad despótica contra los nuestros y la otra mitad contra los empresarios extranjeros. Quizás lo único que vale la pena que leas es un comentario de Solon Varkatis en Twitter. Te lo envío.

Poco después Stela me trae impreso el comentario de Varkatis.

Mi más cálida enhorabuena a las cariátides contemporáneas. Han conseguido ahuyentar a los que querían promocionar nuestros tesoros antiguos y el antiguo sistema de gobernanza de la polis ateniense. Antes solíamos acusar a las mujeres de malgastar el dinero, pero, hoy, las copias baratas de las cariátides apuntan más alto: han echado a los extranjeros que iban a crear puestos de trabajo y desarrollo. Su lugar no está en la Acrópolis, sino en un psiquiátrico.

Las peleas de gallos entre Varkatis y las Cariátides no solo exaltan los ánimos, sino que además son peligrosas porque despiertan bajas pasiones, y sus resultados son imprevisibles.

Por suerte, el resto de la jornada transcurre de manera habitual, sin sorpresas ni salidas a toda prisa.

Llego al refugio a eso de las seis de la tarde. Por un lado, porque no tengo nada que hacer en Jefatura y, por el otro, porque estoy impaciente. En el refugio siempre siento que puedo tomar aire y respirar. Me recibe Anna. Entro y me quedo atónito. Me encuentro ante un columpio como los que hay en los parques infantiles.

—¿Y esto? —pregunto.

—El regalo del refugio para tu nieto —responde ella, encantada de ver mi sorpresa—. Pensamos que, si ya tiene un caballito, es bueno que también tenga un columpio.

Dejo los agradecimientos para la familia y voy directo a la cantina. Zisis está supervisando cómo colocan las mesas para la cena. Cuando me ve, se levanta y se acerca, radiante de alegría.

—¿Cómo es que no estás en la cocina? —le pregunto.

—He dado las instrucciones y Melpo se encarga de ejecutarlas. Es una cocinera experta y su amor por la comida hará que cuide hasta el más mínimo detalle.

Me siento a su lado a una mesa.

—¿Qué me cuentas? —dice.

—No hay muchas novedades, solo ese asunto de las Cariátides y la Antigüedad —bromeo.

—Lo sé, y te diré que me quito el sombrero ante esas jóvenes.

—¿Por qué?

—Porque encuentran la manera de protestar sin gritos ni enfrentamientos, solo a través de ideas ingeniosas. La idea de llevar a inmigrantes para representar a los esclavos de la actualidad fue magistral.

—Aunque los polis detestamos las protestas y el desorden público por deformación profesional, reconozco que a mí también me han impresionado —confieso.

—Nuestras manifestaciones siempre terminaban con enfrentamientos, aunque ese no fuera nuestro objetivo. Pretendíamos mostrar el lado oculto, aquello que no se deja ver, y esas muchachas han encontrado una forma excelente de mostrárselo a todos.

La llegada de la familia interrumpe nuestra conversación. Oigo los saludos afectuosos y la voz sorprendida de Katerina:

—¿Qué es esto?

Recibe la misma respuesta que yo, acompañada de un «Ven, siéntate aquí, mi niño», invitación dirigida a Lambros. Siguen los gritos y el estallido de alegría del pequeño.

El resto de la familia entra en la cantina. Tras los abrazos y los besos, Katerina se dirige a Zisis:

—A ver, tío Lambros, ¿quieres empezar una competición de juguetes para ver con quién se queda más tiempo tu tocayo?, ¿si en casa con nosotros o aquí, en el refugio?

—No se trata de competir, sino de estar en igualdad de condiciones —responde Zisis, como siempre fiel a sus principios—. Queremos que Lambros tenga juguetes, esté en su casa o con nosotros, en el refugio.

—¿Recuerdas aquella vieja canción, *Dos puertas tiene la vida*? Pues mi nieto ya las tiene aseguradas —dice Adrianí a su hija, y todos nos reímos.

—¿Qué tal, Fanis? ¿Encontraré una cama en el hospital si me pasa algo? —pregunta Zisis a mi yerno.

—Para empezar, si, Dios no lo quiera, te pasara algo, lo último que debería preocuparte es la cama del hospital. Por lo demás, las cosas se han calmado y estamos mejor —le responde Fanis.

—En mi trabajo estamos igual. Los juzgados vuelven a funcionar y hemos recuperado cierta normalidad. Eso también ha traído un poco de paz a casa, ya no tenemos los nervios a flor de piel —añade Katerina, y se pone de pie—. Voy a ver qué está haciendo mi hijo.

Adrianí la detiene.

—No hace falta. Lo están cuidando sus damas de la corte.

—Necesito tu ayuda —dice Zisis a mi hija.

—Con mucho gusto. ¿En qué te puedo ayudar?

—Me ha llegado el rumor de que el Ayuntamiento está considerando trasladar el refugio a otro lugar porque quieren recalificar el edificio. En Grecia, el argumento más utilizado para desalojar a alguien es la recalificación del inmueble. Me gustaría que averiguaras si esa información es cierta.

—Por supuesto. Conozco a bastantes colegas en los servicios jurídicos del Ayuntamiento, así que puedo indagar.

—Tampoco sé adónde piensan trasladarnos... No queremos irnos de Kypseli, porque los vecinos son muy amables y nos ayudan en todo lo que pueden. He investigado un poco en el barrio y he encontrado algunos edificios vacíos a los que podríamos trasladarnos. Si la información es cierta, me gustaría que averiguaras si algunos de esos edificios son de propiedad municipal y que nos ayudases a convencer a los responsables de que cedan uno de ellos al refugio.

—No te preocupes, tío Lambros. Mañana mismo empiezo a investigar y te digo algo.

—Al margen de este problema con el edificio, ¿tenéis algún médico que venga a examinaros con regularidad? —pregunta Fanis.

—No. Si surge un problema de salud, el afectado va al ambulatorio o a urgencias.

—Los usuarios de refugios como este, por la edad que tienen, necesitan revisiones médicas periódicas. Le pediré a un colega que venga a pasar visita una vez al mes. Es un médico joven excelente. Se llama Aris Lefkatis. —Se vuelve hacia mí—: Tú ya le conoces.

—¿No es el chico que me habló de los antivacunas?

—Sí, pero desde entonces ha cambiado de opinión. Se ha puesto las tres dosis.

—Fanis, te lo agradezco. Harás una gran aportación al refugio —le dice Zisis.

Melpo aparece con los brazos abiertos y una gran sonrisa en los labios. Nos da besos a todos y se dispone a poner la mesa.

—¿Cómo es que no pregunta qué hay para cenar, señor Jaritos? —me dice.

—Somos vuestros invitados, preguntar sería una falta de cortesía —le contesto.

—Además, vuestras comidas son tan sabrosas que sobran las preguntas —la elogia Adrianí.

—Los cumplidos, para el señor Zisis —dice Melpo—. Ha preparado *sarmas*, las albóndigas de hígado y arroz envueltas, la auténtica receta de Asia Menor, y *pilaf* rojo con garbanzos. Recetas de su madre, todas ellas.

—¡Te has propuesto hacerme sentir acoirazada cada vez que venimos a comer aquí! —exclama Adrianí, y Zisis sonríe.

—Voy a buscar a Lambros —dice Katerina, como si se le acabara de abrir el apetito. Pronto reaparece llevando en brazos a Lambros, que grita y patalea—. No vuelvas corriendo al columpio —le advierte Katerina cuando lo deja en el suelo.

En lugar de poner rumbo al vestíbulo, mi nieto trepa al regazo de Zisis. Este le mira sorprendido y emocionado.

—Con la vida que me ha tocado en suerte, nunca pensé que tendría un heredero —dice—. Y, mira por dónde, ahora tengo un heredero y un tocayo. —Acaricia con la mano la cabeza de mi nieto, que le sonríe encantado.

Melpo empieza a poner la mesa, pero Katerina la detiene.

—No nos sentaremos todos juntos. Yo me pondré con vosotros —le dice.

Adrianí reacciona de inmediato:

—Y yo con Anna y con Stellos. Que los hombres se sienten aparte.

Cuando llega la cena, mi nieto salta del regazo de Zisis y empieza a corretear de una mesa a otra. Su madre le agarra y le hace sentarse a su lado.

—Ya está bien de correr, ahora tienes que comer algo —le dice seriamente.

Zisis alza su copa.

—Bienvenidos, y salud para todos. Kostas Jaritos y su familia son hoy nuestros invitados. Nosotros somos su otra familia, la del refugio. ¡Y esta noche celebramos la unión de las dos familias!

Todos le aplaudimos y empezamos a cenar. De pronto, en la cantina se hace el silencio y solo se oye el tintineo de los cubiertos.

—¡Qué gran cocinero está hecho, señor Zisis! Los *sarmas* y el *pilaf* están buenísimos —exclama Anna.

Están realmente deliciosos, aunque los *sarmas* son tan difíciles de digerir que me pregunto si conseguiré dormir esta noche.

Mi nieto desobedece a su madre y vuelve a correr de mesa en mesa. Él es quien menos cena y quien más se divierte.

Cuando llega la hora de la despedida, Zisis nos acompaña a la salida.

—Gracias a los dos por vuestra ayuda —dice a Fanis y a Katerina.

—¿No has dicho que esta noche se han unido las dos familias? Pues sobran los agradecimientos —le responde Fanis.

Adrianí y yo subimos al Seat, y Fanis, Katerina y mi nieto suben a su propio coche.

—Dime una cosa. Esos de Asia Menor, que comían platos tan contundentes, ¿qué tomaban después para hacer la digestión? —me pregunta Adrianí.

—No lo sé, pero sospecho que esta noche lo pasaremos mal —le respondo.

Me equivocaba. Nos quedamos dormidos en cuanto nos metemos en la cama.

LOS INTERROGANTES relacionados con la marcha apresurada de los empresarios se esclarecen en cuanto estos llegan a Nueva York. Al parecer, prepararon el discurso durante el vuelo, ya que nada más aterrizar emitieron un comunicado para una cadena de televisión.

De nuevo, es el subdirector quien nos informa:

—Les mando sus declaraciones. Cuando las hayan leído, llámenme y hablemos.

Stela me las trae traducidas al griego. Cuando empiezo a leer, comprendo por qué el subdirector me ha pedido que las lea:

Hemos decidido cancelar nuestro proyecto de revivir la antigua polis ateniense debido a la actitud hostil de gran parte de la ciudadanía griega hacia nuestros planes. Desde el mismo día en que llegamos a Grecia y presentamos nuestro plan, tuvimos que enfrentarnos a protestas que nos acusaban de querer explotar la antigua civilización griega con el propósito de obtener beneficios empresariales. Si hubiéramos seguido adelante con el plan, tanto el proyecto como nuestras inversiones habrían corrido grandes riesgos. Hemos llegado a la conclusión de que es menos expuesto invertir nuestro capital en un país con una disposición más amistosa y conciliadora, que garantice nuestra seguridad y sepa valorar la oportunidad que le ofrecemos.

Para terminar, nos gustaría dirigir unas palabras a los griegos: que no se quejen de que se los trata injustamente. Son ellos mismos quienes provocan eso, con su arrogancia y su hostilidad, desbaratando las oportunidades que se les ofrecen.

Estas declaraciones caerán como un rayo encima de nuestras cabezas, desde la del primer ministro hasta la del último ciudadano. Y no solo despotricarán contra los empresarios extranjeros, sino también contra las Cariátides. Antes de llamar al subdirector, me comunico con Velidis para que me cuente qué se comenta en las redes. La información que me da no hace más que confirmar mis temores.

—La cosa está mitad y mitad. Una mitad apunta contra los extranjeros y la otra mitad contra las Cariátides.

Hago una llamada más, esta vez a Kula. Le pido que no le quite ojo a internet y a las redes y que me mande cualquier publicación que, en su opinión, deberíamos evaluar. Por último, llamo al subdirector.

—No hace falta que le diga que esto es una bomba de relojería y que es cuestión de tiempo que estalle y salte todo por los aires —me dice en tono grave.

—Sí, y lo malo es que no sabemos ni dónde, ni cuándo, ni cómo estallará.

—El ministro convocará una reunión —responde él, tratando de sacar fuerzas de flaqueza.

—Ni el director, ni usted, ni yo podemos decirle al ministro cómo manejar la situación con el primer ministro y el resto del Gobierno. Lo que a nosotros debería preocuparnos son las reacciones a las declaraciones de los extranjeros. Si se producen, sin duda comenzarán en Atenas, y debemos estar preparados para hacerles frente.

—Tiene toda la razón. Hablaré con el director y le pediré que nos excluya de las reuniones. Tenemos otras prioridades.

Me dispongo a enviar una circular a las comisarías del Ática cuando llega Alamanos.

—Imagino que ya estás al día de las noticias —son sus primeras palabras.

—Sí, e iba a llamarte, pero te me has adelantado —le respondo—. Urge trazar un plan de acción, porque esto me da muy mala espina.

—Los lugares donde se concentran las protestas siempre son dos: las plazas de Síntagma y de Omonia. Tampoco descartaría una marcha hacia la embajada de Estados Unidos. Aparte de eso, podría haber concentraciones en algunos recintos arqueológicos, como Dionisio Areopagita, delante de la Acrópolis o del templo de Zeus Olímpico. Todos estos lugares estarán bajo vigilancia ininterrumpida para que podamos intervenir a tiempo.

—Ya he preparado una circular para las comisarías de Atenas. Si detectan movimientos inusuales, nos avisarán de inmediato.

Pienso que ya he completado el círculo de medidas preventivas, pero resulta que me equivoco. Tras la marcha de Alamanos, recibo la visita de Kula.

—Entre el pandemonio generalizado, he seleccionado dos *posts* que es importante que lea —me dice.

El primero es un texto de las Cariátides:

Ni puerto recreativo con vistas al templo de Poseidón, ni tren con personajes pretéritos al servicio de los pasajeros, ni Ícaro y Dédalo como astronautas en el espacio.

Celebremos la victoria de las cariátides.

El segundo lo firma el arqueólogo Solon Varkatis y destila veneno desde la primera palabra hasta la última:

Estas chicas no solo han ahuyentado a los extranjeros —y con ellos sus inversiones para la promoción de nuestra civilización antigua—, sino que encima sacan pecho. Y las siguen unos desgarbados que se han creído que se transformarán en los *kuroi* de la Antigüedad.

Me asalta una duda. Esta acción desastrosa, ¿no va a tener consecuencias? Han privado al país de unas inversiones, y en un momento en que son muy necesarias. Han asestado un golpe terrible a lo que podríamos llamar nuestra «industria pesada»: nuestra cultura antigua y el turismo. Lo mínimo que podría hacer el Gobierno es identificar a estas mujeres y, por su peligrosidad, inhabilitarlas para cualquier plaza en el sector público.

Si no lo hace el Gobierno, tenemos que hacerlo nosotros, los arqueólogos. Hay que impedirles el acceso a cualquier empleo relacionado con la arqueología.

El mero hecho de haber mancillado el nombre de las cariátides es suficiente. Las cariátides eran columnas, no unas sinvergüenzas.

—Has hecho bien en enseñármelos. Por favor, dile a Antigoni que venga a mi despacho.

Por un lado, las Cariátides, que se pavonean, y, por otro, Varkatis, cuya publicación levanta ampollas. La combinación de ambos es un polvorín. Antigoni ha tenido desde el principio una

opinión sensata de las Cariátides, así que quizás pueda aportar algunas ideas que nos resulten útiles. La nueva jefa de Homicidios ha sido nombrada en el momento oportuno para abordar el problema al que nos enfrentamos.

Poco después llega Antigoni y le pido que lea los dos comentarios. Cuando termina, alza la vista y me mira.

—Quiero saber tu opinión —le digo.

—En primer lugar, la declaración de las Cariátides era innecesaria. Han conseguido su propósito, no hacía falta presumir de ello. A fin de cuentas, no sabemos si los empresarios se marcharon por las manifestaciones de protesta de las Cariátides o porque temieron enfrentamientos y tensiones continuas con los habitantes de Eubea. Pero el comentario de Varkatis es aún peor: su ataque es una declaración de guerra y no sé adónde nos puede conducir.

—Tienes razón. Tendré que hablar con Varkatis, pero necesito más información sobre él. No sé quién podría facilitármela. —De pronto me acuerdo de nuestra conversación sobre las dos Cariátides—: ¿No me dijiste que tu hermana es profesora en el Departamento de Arqueología? ¿Crees que ella podría ayudarnos?

Antigoni reflexiona.

—Se lo diré, aunque estoy segura de que no querrá venir a Jefatura.

—Esto tiene fácil solución: venid a casa y hablaremos allí. Vivo en la calle Aristokleus, en Nuevo Pangrati. Podéis venir esta noche, o mañana, si os va mejor. Solo le pido a tu hermana que no tarde demasiado.

—La llamaré por teléfono y luego le digo algo, señor Jaritos.

Media hora más tarde me llama para decirme que su hermana está disponible hoy, así que quedamos en mi casa a las seis.

Por suerte, paso el resto del día tranquilo: no se producen protestas con altercados y mis superiores me eximen de llamadas y reuniones.

Salimos en dos coches hacia mi casa, yo con el Seat y Antigoni con su Datsun. A esta hora, Adrianí estará en casa de mi hija, con nuestro nieto. Ahora solo me preocupa el café. Si le ofrezco algo para beber a la hermana de Antigoni, lo más probable es que pida un café, y el que preparo yo no hay quien se lo beba.

Es lo primero que le confieso a Antigoni cuando llegamos a mi casa, pero ella se echa a reír.

—No se preocupe. Mi hermana no es cafetera, prefiere el té y sabe que no siempre hay en todas las casas griegas.

A las seis en punto suena el timbre. Antigoni va a abrir la puerta y regresa acompañada de su hermana, a quien me presenta como Elpida Ferlekis.

Salta a la vista que es la hermana mayor. Como buen anfitrión, le pregunto qué quiere tomar, pero ella, amablemente, dice que no quiere nada.

—Para empezar, le agradezco que haya aceptado nuestra invitación —le digo—. Necesitamos su ayuda para comprender mejor algunos aspectos de esta situación que se ha vuelto problemática.

—¿Qué quiere saber?

—En primer lugar, me interesa conocer su opinión sobre las Cariátides y su movimiento.

—Estoy totalmente de acuerdo con ellas —responde sin titubeos—. Todos esos proyectos pretenciosos de los que hablaban los extranjeros no son más que pretextos para ocultar el pecado,

como solía decirse. ¿Revivir la antigua polis ateniense y, para más inri, en Eubea? ¿Promocionar nuestra civilización antigua? Ya está requetepromocionada, y se sigue impulsando con exposiciones internacionales y con el turismo. Sus planes eran otros. Nos echaron el cebo de las inversiones y nosotros, como siempre, picamos.

—¿Y cuáles crees que eran sus verdaderos planes? —le pregunta Antigoni.

—No lo sé, Antigoni, y no quiero hacer conjeturas. En cualquier caso, a mí tampoco me entusiasma todo este ruido en torno a los empresarios.

—Tenemos otro problema, y es Solon Varkatis, su colega —le digo—. Urge hablar con él porque sus publicaciones en las redes son muy provocativas y podrían causar complicaciones.

—Solon Varkatis es profesor asociado en el Departamento de Arqueología, igual que yo. Su arrogancia lo ha distanciado del resto del profesorado, así que le prevengo: no será fácil conversar con él. Llame a la secretaria de nuestro departamento para que les pongan en contacto o le informen de cuándo estará en su despacho.

Apunta el teléfono del departamento y se lo da a Antigoni.

—¿Tiene más preguntas? —se dirige a mí.

—No, y se lo agradezco mucho. Ha resuelto todas nuestras dudas —le contesto.

Elpida Ferlekis se levanta y se despide de nosotros. Antigoni la acompaña a la puerta. No sé de qué hablan, aunque oigo que Antigoni le dice a su hermana: «Elpida, ¡no sabes qué alegría me das! Mañana te llamo».

Vuelve a la sala de estar radiante de alegría.

—Tu hermana nos ha mostrado un punto de vista sobre esos empresarios completamente distinto —le digo.

—Para serle sincera, yo también tenía mis dudas. Si les hubieran asustado los altercados en Eubea, podrían haber trasladado su proyecto a cualquier otro punto de Grecia donde fueran bienvenidos. No tenían por qué marcharse.

—Pero me temo que Varkatis será un problema. Por lo que nos ha dicho tu hermana, es un cabezota. Le encargaré a Stela que le llame, para que parezca todo muy oficial. Quizás eso ayude...

Me interrumpo cuando oigo que se abre la puerta del piso. Aparece Adrianí en la sala de estar, y, al ver a Antigoni, se la queda mirando, sorprendida.

—Te presento a Antigoni Ferlekis, la nueva jefa del Departamento de Homicidios. —Y a Antigoni—: Adrianí, mi mujer.

Antigoni se levanta para saludarla.

—Por fin una mujer en la fortaleza policial exclusiva para machos —dice Adrianí con entusiasmo, para mi sorpresa—. Hasta ahora no me apetecía mucho que los colaboradores de mi marido vinieran a casa, señora Ferlekis, porque eran todos hombres. La cosa cambia con usted. Puede venir cuando quiera.

—Se lo agradezco, pero ¿puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

—¿Podría tutearme?

—De acuerdo, siempre que lo haga usted también.

—Con mucho gusto, Adrianí.

—Muy bien. Para celebrar la victoria de las mujeres, quédate a cenar.

—¡Ah! ¿Hay cena? —pregunto, a sabiendas de la respuesta que voy a recibir.

—¿Te he dejado alguna vez sin cenar?

Antigoni se echa a reír.

Nos dirigimos todos a la cocina. Adrianí empieza a poner la mesa.

—Hay pastel de espinacas y *pasticcio* —nos informa.

—Vaya, otra vez pastel... —comento.

—Perdona, se me ha olvidado llamarte para pedirte que trajeses *suvlakis* —responde mi mujer con ironía, y se vuelve hacia Antigoni—: Si dejara que mi marido eligiera el menú, cenaríamos *suvlakis* con pan de pita y todos los aderezos habidos y por haber noche sí y noche también. Él estaría en el séptimo cielo y yo en los huesos, debido a la inanición.

En cuanto Antigoni prueba el primer bocado del pastel de espinacas, exclama con entusiasmo:

—¡Cómo me recuerdas a mi abuela, Adrianí! El mismo sentido del humor, los mismos comentarios mordaces y el mismo pastel de espinacas. No había probado ninguno tan sabroso desde que murió.

—Pues ven una noche para conocer a nuestra hija, a nuestro yerno y a nuestro nieto. Ese día prepararé pastel de verduras siguiendo la receta de un amigo muy querido.

La cena termina y Antigoni se marcha entusiasmada mientras mi mujer me suelta un elogio que pocas veces le he oído:

—Te felicito por tu elección. Es una joven estupenda.

NO ME despierta la indigestión, sino el teléfono móvil. Lo cojo y voy corriendo a la sala de estar para no despertar a Adrianí, que farfulla entre sueños.

—Siento despertarle —se disculpa Antigoni—, pero he creído que debía informarle.

—¿Qué ocurre?

—Han asesinado a Melina Gavdís.

—¿A Melina Gavdís? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Delante del bloque de pisos donde vivía, en la calle Menelau, hace una hora. Alguien la ha atacado por la espalda con un cuchillo cuando se disponía a entrar en el edificio. Ha recibido tres puñaladas. El forense, que ha llegado hace poco, ha certificado su muerte. Dos coches que pasaban cerca se han detenido y han visto que el asesino entraba en la calle Safo.

—¿Han podido verle la cara?

—El conductor de uno de los vehículos nos ha dicho que llevaba una capucha.

—Voy enseguida.

Quiero tener una impresión directa del crimen y de las primeras declaraciones. La exaltación y la agresividad que han acompañado a la aparición de las Cariátides me han preocupado desde el primer momento, pero nunca imaginé que culminarían en un asesinato. Estoy seguro de que los medios de comunicación empezarán a criticar la lentitud de la policía, que no tomó medidas para proteger a las Cariátides, así que debo formarme una opinión *in situ* del caso, porque preveo un alud de críticas que vendrán tanto del propio ministro como de las redes sociales.

Recojo mi ropa haciendo el menor ruido posible para no despertar a Adrianí, me visto y subo al Seat.

Las calles están desiertas. Por el camino pienso en la mala suerte que ha tenido Antigoni. Primero ha tenido que lidiar con todo el revuelo de los empresarios, y ahora tiene que vérselas con el asesinato de una mujer siendo la primera mujer al frente de Homicidios. Temo que no pueda soportar la tensión y empiece a sentir nostalgia de sus días en Europol.

Cuando llego a la calle Menelau, veo el coche patrulla habitual en estos casos y el precinto rojo de rigor que cierra el paso al escenario del crimen. Otros dos coches patrulla y la furgoneta de la Científica están aparcados en diferentes puntos de la calle.

Solo veo a Dimitríu, de la Científica, y a su equipo. Al parecer, el forense ya se ha llevado el cadáver para practicarle la autopsia. No hay nadie del Departamento de Homicidios. Dimitríu me repite los detalles que ya me había dado Antigoni. Expreso mis temores acerca de los reproches

que podríamos recibir.

—Por desgracia, podríamos enfrentarnos a una crítica más —comenta.

—¿Cuál?

—La comisaría del barrio está muy cerca, en la esquina de Menelau con Kremu. Nos echarán mierda encima diciendo que los polis oyeron ruido y gritos y no hicieron nada.

Un posible feminicidio y la indiferencia policial. Una combinación perfecta.

—¿Dónde está el equipo de Homicidios? —le pregunto.

—Han subido al piso de la víctima.

Mi primer impulso es subir yo también, pero me freno. Las malas lenguas dirían que he venido para supervisar el trabajo de la nueva jefa, y eso no sería bueno ni para Antigoni ni para mí.

Subo a uno de los coches patrulla y espero. Pasa media hora antes de que aparezca el equipo.

—¿Habéis encontrado algo relevante en el piso? —les pregunto.

—No. Compartía piso con una amiga, pero ella tampoco sabe dónde estaba ayer la víctima. Los padres de Melina Gavdís viven en Ioánnina.

—¿Habéis hablado con la comisaría? —pregunto.

—Sí, pero no han oído nada. Los vecinos tampoco, ha sido todo muy silencioso —responde Askalidis—. Parece que la chica no tuvo tiempo de oponer resistencia. También nos lo ha confirmado el conductor del coche: cuando han visto que Melina Gavdís caía desplomada, han corrido para ayudarla y ni han pensado en ir tras el agresor.

—Solo cuando han visto que estaba cubierta de sangre han avisado a los agentes de la comisaría —añade Antigoni—. No se descarta que el asesino tuviera un cómplice. Uno de los pasajeros de los coches nos ha dicho que oyó el rugido de una moto poco después de la huida del asesino.

—Hablaré con el subdirector para que emita un comunicado explicando el papel de la comisaría de policía. Si no, empezarán a acusarnos de negligencia. De lo demás podemos hablar en mi despacho mientras comenzamos a trazar un plan de acción —les digo.

Mis hombres suben al coche patrulla, ponen en marcha la sirena y salen a toda prisa. Los sigo con el Seat. Llegamos a Jefatura en tiempo récord y vamos directos a mi despacho. Lo primero que hago es pedirle a Antigoni un informe exhaustivo.

—No hay mucho que añadir a lo que le he comentado por teléfono. Su amiga no sabe dónde estuvo ayer la víctima ni con quiénes había quedado. Su amiga trabaja como psicóloga y asistente social. Asegura que conoce a algunas de las amigas de Melina Gavdís, pero ella no tiene ninguna relación con las Cariátides. Nos ha facilitado sus nombres, así que contactaremos con ellas a primera hora de la mañana.

—Urge averiguar qué hizo ayer Melina Gavdís —indico—. Dónde estuvo y con quién. Si fue a algún bar o a alguna cafetería, hay que preguntar a los camareros si detectaron algo raro, o si se fijaron en si alguien la seguía. Es muy probable que el asesino hubiera localizado el edificio donde vivía la víctima y la estuviera esperando allí, pero no podemos descartar otras posibilidades. Por eso es tan importante localizar e interrogar a Sotiría Vekos.

—¿Qué pasa con Varkatis y sus publicaciones? ¿Seguirá caldeando los ánimos? —me pregunta Dervísoglu.

—Hoy mismo hablaré con él —le contesto, y me vuelvo hacia Antigoni—: Dile a Kula que

esté atenta a las redes y que nos traiga todas las publicaciones que puedan contener algún dato útil o que le parezcan sospechosas. —Hago una pausa antes de dirigirme a todo el grupo—: Como comprenderéis, en unas horas nos lloverán palos de todo el mundo, de los políticos, empezando por el propio ministro, y también de los medios de comunicación. En casos como este, para combatir el pánico el único recurso es contar con un buen plan de acción.

—Tiene razón. Creo que tenemos que contactar con las Cariátides de inmediato —dice Antigoni—. Es materialmente imposible ofrecerles protección policial a todas ellas. Por lo tanto, ellas mismas tendrán que tomar medidas, ser cautas, y evitar circular solas por la calle, sobre todo de noche. También en sus puestos de trabajo: no le queda duda, señor Jaritos, de que serán objeto de mofa del personal masculino, y también recibirán comentarios hostiles que, aparentemente, no se dirigen a nadie en concreto, pero que apuntan al personal femenino. Si estos comentarios se vuelven demasiado pesados o agresivos, tendrán que informarnos enseguida.

—¿Habla con ellas aquí, en Jefatura? —pregunta Askalidis.

—No. Si alguien las está siguiendo, eso le alertará, y nos dificultará la identificación de los agresores. Habría que reunirse con ellas en terreno neutro. Hablarás tú con ellas —digo a Antigoni y añado—: De momento, creo que eso es todo.

—Venga, ahora a la cama otra vez —comenta Dervísoglu riéndose.

—Lo lamento, pero no hay tiempo para dormir —le responde Antigoni—. Tenemos los nombres de las amigas de Melina Gavdís que nos ha proporcionado su compañera de piso. Les daremos a los de la Científica los nombres para que busquen los números de sus móviles y podamos contactar con ellas. También urge ponernos en contacto con Sotiría Vekos, a ver si podemos averiguar más nombres.

Los agentes se van a sus despachos y yo decido aprovechar los privilegios de mi rango: pongo los pies encima del escritorio y cierro los ojos. Antes de darme cuenta, me he quedado dormido.

ADemás de desfiles nacionales y escolares, últimamente me toca lidiar con desfiles telefónicos. Todas mis jornadas comienzan con ellos.

La primera llamada es de Adrianí, que quiere saber qué me impidió dormir anoche. Le explico las razones y colgamos el teléfono sin más comentarios.

La segunda llamada es del subdirector, que me transmite la preocupación general:

—De todo lo que nos temíamos, nos ha tocado lo peor.

—Lo sé, la agresividad constante suele terminar en violencia.

—¿Qué tal la comisaria Ferlekis?

—Es lista y muy eficiente. Además, somos afortunados de tener a una mujer al frente del Departamento de Homicidios en un caso como este, por muy fuertes que sean las presiones que pueda recibir.

—Prepárese para una reunión con el ministro —me advierte.

Se lo dejo claro desde el principio:

—Mi asistencia depende del curso de las investigaciones.

Se me pasa por la cabeza llamar a Guikas para preguntarle si a él también lo convocaban tan a menudo en reuniones con los altos cargos del ministerio.

La tercera llamada es de Dimitríu.

—No hemos encontrado el arma del crimen. El asesino se la llevó —me comunica.

Le sigue la llamada de Stavrópulos, el forense.

—Ya he hablado con Antigoni Ferlekis, pero he pensado que era mejor contártelo a ti también, así no perdemos el contacto. La víctima recibió tres puñaladas: una en la nuca y las otras dos en la espalda, a la altura del corazón. La muerte fue instantánea.

La última llamada es de Antigoni. Me comunica que ya han reunido algunos datos y que le gustaría comentarlos conmigo. Pronto aparece todo el equipo y Antigoni empieza su informe:

—Hemos localizado a todas las amigas de Melina Gavdís, y también a Sotiría Vekos. Hemos quedado en vernos y hablar en profundidad. Por otro lado, una de sus amigas nos ha dicho que Melina Gavdís había quedado ayer por la tarde con unos amigos para hablar de sus respectivos doctorados. No sabe quiénes son ni si salieron después a tomar algo. No obstante, Melina Gavdís solía frecuentar un pequeño bar en Psirís. Todavía no hemos podido hablar tranquilamente con Sotiría Vekos, porque está con un grupo de turistas. Zanos y Fotis ya han empezado las pesquisas

para localizar a los amigos que quedaron ayer con la víctima. Yannis irá al bar para hablar con el personal. Queda pendiente la conversación con Sotiría Vekos.

—Ojalá el personal del bar nos dé alguna información —le digo.

—Y quizás también la propia Sotiría Vekos, si conoce a las personas con las que estuvo ayer Melina Gavdís —añade Dervísoglu.

—¿Alguna novedad en las redes? —pregunto a Kula.

—Nada, excepto la indignación de las mujeres, que protestan porque ellas son el chivo expiatorio de todo lo que va mal.

La reunión ha terminado. Llamo a Stela y le pido que me ponga en contacto con Varkatis. Espero, ansioso. Un cuarto de hora más tarde, Stela me informa de que Varkatis está al teléfono.

—¿El profesor Varkatis?

La respuesta es un escueto «sí».

—Habla con el director de la policía del Ática, Kostas Jaritos, señor profesor.

Sigue un nuevo y escueto «sí».

—Quisiera reunirme con usted para hablar sobre las Cariátides.

—No sé de qué puedo hablar con un policía.

—Sin duda, ya sabrá que anoche asesinaron a una joven que pertenecía a ese grupo.

—Ya me he enterado, sí.

—Quisiera saber su opinión sobre ellas. Tal vez pueda ofrecernos información útil para la investigación.

—Ya, pero ni yo iré a la policía ni ustedes vendrán a la universidad —contesta secamente.

Hago un esfuerzo por mantener las formas.

—No hay ningún inconveniente en que nos veamos en otro lugar.

—En el jardín del Museo de Numismática dentro de una hora, en la cafetería. Me reconocerá fácilmente: soy calvo, llevo perilla y visto traje con corbata. —Dicho esto, cuelga el teléfono.

La hora ya me va bien, porque no espero que las investigaciones de la unidad den resultados inmediatos. Y tampoco ha sonado el timbre de la próxima reunión.

Dejo pasar media hora y le pido a Stela que me consiga un coche patrulla. No tiene sentido ir con el Seat y tener que buscar aparcamiento.

Indico al agente que conduce que me deje en la esquina de Panepistimíu con Vukurestíu. Prefiero que los clientes de la cafetería no me vean bajar de un coche policial.

Entro en la cafetería del Museo de Numismática y observo a la clientela. Al fondo distingo a un tipo que está sentado solo y que concuerda con la descripción de Varkatis: un cincuentón calvo con perilla, trajeado y encorbatado. Como no hay otro en la cafetería que se le parezca, me acerco a él.

—¿El señor Varkatis?

—Sí. Siéntese.

Me pregunta si quiero tomar algo y pido un café expreso.

—¿Qué quiere saber de las Cariátides? —me pregunta cuando llega el café.

—He leído todo lo que usted ha colgado en internet y creo que no le inspiran mucha simpatía —digo, entrando en materia.

Le falta solo una chispa para estallar.

—¿Simpatía, dice? Mire, han venido empresarios interesados en reconstruir la antigua polis ateniense y promocionar nuestros tesoros antiguos, incluso en el espacio exterior, ahora que se está creando la próxima estación espacial internacional centrada en la supervivencia. Su plan no solo garantizaba la promoción de nuestra civilización antigua como primera ciudad espacial, sino que también traía inversiones, es decir, dinero. Y aparecen esas niñas sinvergüenzas, que se autoproclaman defensoras de la Antigüedad griega, y los echan. ¿Le extraña que no me caigan bien?

—¿Conoce a alguna de ellas?

Varkatis se encoge de hombros.

—Me he enterado de que algunas han estudiado arqueología. No sé si fueron alumnas mías; pero, si lo fueron, ninguna de ellas me llamó la atención ni por su inteligencia ni por su amor al conocimiento.

—Me ha dicho por teléfono que ya sabía que una de ellas fue asesinada anoche.

—La insensatez tiene consecuencias, algunas incluso trágicas —responde con frialdad.

—Le ruego que, por favor, deje de colgar escritos en contra de las Cariátides, profesor —le digo secamente.

—¿Por qué?

—En estos momentos sigue en libertad un asesino que tiene a las Cariátides en el punto de mira. Cualquier ataque contra ellas podría servirle de excusa para cometer un nuevo asesinato.

—¿Y qué va a hacer si no dejo de escribir? ¿Detenerme? —pregunta con sorna.

—No. No hay ninguna acusación contra usted; por lo tanto, no vamos a detenerlo. Pero no descarto que algún fiscal considere que sus publicaciones incitan a actos criminales y ordene abrir una investigación.

—La libertad de expresión es un derecho constitucional, tendría usted que saberlo —contesta con desdén.

—La libertad de expresión no incluye la inducción a un delito —le respondo con tranquilidad.

—No pienso dejar de expresar mi opinión. Son miles los que están de acuerdo conmigo, y no todos son asesinos ni criminales.

—Consideraba mi deber informarle de las posibles implicaciones para usted. La decisión es suya.

Varkatis se levanta hecho una furia y se marcha sin despedirse. Pago los cafés y llamo por teléfono al conductor del coche patrulla. Le pido que pase a recogerme en el mismo punto donde me ha dejado.

Pocas veces me las he visto con un personaje tan antipático. Lo único que ha conseguido es que me caiga todavía mejor la hermana de Ferlekis.

REGRESO a Jefatura muy inquieto. No he conseguido convencer a Varkatis. Es una de esas personas que se creen en posesión de la verdad y consideran idiotas a los demás. Estoy convencido de que seguirá echando leña al fuego hasta que lo impute un juez, pero, mientras tanto, nadie sabe cuántos incendios puede provocar.

Al llegar al despacho, me pongo en contacto con Antigoni para saber cómo sigue la investigación.

—Hay novedades. Voy a verle para informarle.

Pronto se encuentra sentada frente a mí.

—Hemos averiguado que Melina Gavdís no fue anoche a su bar habitual en Psirís. He pedido a Sotiría Vekos que venga a Jefatura para que hablemos con ella usted y yo. Podría facilitarnos datos útiles acerca de las Cariátides. Además, he encontrado un lugar donde poder reunirnos con ellas.

—Bien hecho. ¿Dónde?

—Gracias a la mediación de mi hermana, el Museo Benaki nos deja una sala en la avenida del Pireo.

—Bien, escuchemos primero lo que tiene que decirnos Sotiría Vekos y luego decidimos cómo proceder.

—Eso no es todo. Kula ha encontrado esto —me dice, entregándome un papel que llevaba en la mano.

Al desdoblarlo, veo que es algo sacado de las redes. Varkatis no es el único del que debemos preocuparnos.

Evidentemente, jamás aprobaré ni justificaré un asesinato. No obstante, las mujeres deben comprender cuáles son sus límites y dejar de inmiscuirse en todo. Antes las respetábamos y las queríamos porque eran nuestras madres. Ahora se sientan en nuestros despachos, nos miran por encima del hombro y nos tratan con desprecio. Se les ha subido el feminismo a la cabeza y han salido a defender la polis ateniense ante los bárbaros. ¿Cuándo tuvieron algo que decir las mujeres en la antigua polis de Atenas? Las que no eran heteras eran esposas o madres, justamente aquellas a las que nosotros respetamos. Que nos dejen a nosotros, los hombres, este asunto históricamente masculino, y que pongan freno a su impertinencia. Así no habrá consecuencias. Ni para ellas ni para nosotros.

A Solon Varkatis le han salido imitadores, y eso acrecienta el peligro. Le cuento a Antigoni

la conversación que he mantenido con el profesor de arqueología, y su opinión coincide punto por punto con la mía.

En cuanto se marcha, me llama el subdirector para volver sobre el consabido tema de las reuniones.

—En estos momentos —le digo— estamos esperando a una amiga de Melina Gavdís que podría facilitarnos información muy valiosa sobre el caso. Podré ir a la reunión en cuanto terminemos de hablar con ella, es decir, ya por la tarde —le informo.

—¿Ha leído lo último que ha escrito ese tal Varkatis?

—No solo lo he leído, sino que he hablado con él en persona. Se lo contaré todo en cuanto nos veamos.

—De acuerdo, convocaré la reunión para esta tarde y le haré saber la hora.

Sigue media hora de inactividad hasta que Antigoni vuelve a ponerse en contacto conmigo.

—Hemos localizado y hablado con los dos amigos de Melina Gavdís. Al parecer, se vieron en un bar, en Teseion. Zanos y Fotis están allí interrogando a los camareros. Mientras tanto, ha llegado Sotiría Vekos. La llevaré a la sala de interrogatorios.

—No, prefiero que la llesves a tu despacho, será más informal. Voy para allí.

Sotiría Vekos es joven, debe de rondar la treintena. Se sienta frente a Antigoni, pensativa. Tras las presentaciones de rigor, Antigoni me dirige una mirada interrogante, por si quiero empezar yo las preguntas.

—Tú tienes la palabra —le digo.

—Señora Vekos, la hemos llamado porque esperamos que pueda darnos alguna información que nos resulte útil para la investigación en curso.

La joven suelta un suspiro.

—Pueden preguntarme lo que quieran, pero sean comprensivos. El asesinato de Melina me ha dejado destrozada y no me resulta fácil hablar de ella.

—La entiendo. No se angustie, tenemos tiempo —le dice Antigoni—. ¿Habían recibido más amenazas antes del asesinato de Melina Gavdís?

—Sí, aunque todas a través de las redes, con una excepción.

—¿Qué excepción?

—El día de la protesta en Dionisio Areopagita, se concentraron un grupo de hombres que nos increparon y nos insultaron. Cuando subimos a la Acrópolis para continuar la protesta delante de las cariátides no nos siguieron, y aquello nos tranquilizó. Nos equivocamos. Cuando terminó la protesta y bajamos de la Acrópolis para ir a nuestros coches, algunos de ellos nos atacaron. Empezaron insultándonos, y después se lanzaron contra las que estaban en primera fila y comenzaron a golpearlas. Por suerte, al mismo tiempo bajaba el grupo de los jóvenes que habían participado en la protesta con nosotras. Empezaron a gritar y amenazaron con llamar a la policía. Los matones echaron a correr y desaparecieron. Precisamente por eso decidimos publicar las fotos con Golem.

—¿Ha habido otras agresiones, aunque solo fueran verbales? —le pregunta Antigoni.

—No, pero Melina nos comentó que tenía la sensación de que alguien la seguía.

—¿Cuándo se lo dijo? —pregunto yo.

—Un día antes de ir a Eubea. Pero nosotras estábamos tan contentas preparando la protesta que la tranquilizamos diciéndole que seguramente eran imaginaciones suyas. —No aguenta más

y se echa a llorar—. Debimos habérselo tomado en serio —nos dice cuando logra reponerse—. Melina fue la única que aquel día les gritó y les insultó cuando nos atacaron, a pesar de los golpes que recibió.

—¿Os describió, aunque fuera vagamente, al individuo que creía que la seguía? —pregunta Antigoni.

—No. Como ya les he dicho, solo era una sensación. No tenía pruebas.

—Ahora quisiera pedirle algo —le dice Antigoni—. Necesito que me dé los nombres, teléfonos y correos electrónicos de las mujeres que participan en el movimiento de las Cariátides. Es importante que nos reunamos y hablemos. Deben tomar las precauciones necesarias e informarnos de cualquier intento de agresión, incluso en sus puestos de trabajo.

—Haré una lista con los teléfonos y los correos y se la enviaré —responde Sotiría sin dudar.

Antigoni le da su correo electrónico personal, no el del trabajo, y me alegro de que lo haga así, porque en realidad no le hemos tomado una declaración oficial.

—Hemos conseguido dos datos muy importantes que podrían cambiar el curso de la investigación —le digo a Antigoni cuando Sotiría Vekos ya se ha ido—. Ahora sabemos que el asesinato de Melina Gavdís no fue un acto fortuito, sino que fue precedido por la agresión a las Cariátides, y que la víctima creía que la estaban siguiendo.

—No podemos descartar que surjan datos nuevos después de que me reúna con las Cariátides, aunque las posibilidades de que hayan reconocido a algún miembro del grupo que las atacó son escasas, por no decir nulas.

—Le diré a Velidis que recoja todo lo que se publicó *online* tras la protesta en la Acrópolis, a ver si sacamos algo en claro.

Se abre la puerta y entran Dervísoglu y Askalidis. Cuando me ven, se detienen y miran a Antigoni.

—Pasad, no hablamos de nada confidencial —les digo.

—¿Alguna novedad? —les pregunta Antigoni.

—La noche en que Melina Gavdís estuvo en el bar con sus amigos había también tres hombres —dice Dervísoglu—. No estaban juntos, se sentaban en mesas separadas. Uno de ellos suele frecuentar el bar, es un asiduo. En cambio, el camarero no recordaba haber visto antes a los otros dos.

—¿Se fijó, por casualidad, en si esos hombres se fueron antes o después que Melina Gavdís y sus amigos? —le pregunta Antigoni.

—El camarero está seguro de que uno de ellos se fue antes, porque cuando el grupo de Melina Gavdís pidió más bebidas, él se levantó para pagar y se fue. Pero no está seguro del otro.

—Os sugiero que volváis a hablar con los amigos de Melina Gavdís. Tal vez nos digan algo más sobre esos dos tipos —les indico.

Es posible que el asesino, al ver que el grupo de Melina Gavdís pedía otra ronda, se marchara para esperarla delante de su casa.

—No está mal para ser el primer día —los felicito mientras me pongo de pie—. Voy a hablar con Velidis para que esté pendiente de internet.

Le transmito a Velidis la información que nos ha dado Sotiría Vekos.

—Registrad las redes sociales en busca de comentarios agresivos que pudieran estar

relacionados con el episodio. Quizás podáis identificar a los autores.

—Lo haremos, aunque llevará su tiempo.

Por último, llamo a Alamanos y le cuento la agresión que sufrieron las Cariátides cuando bajaron de la Acrópolis. Si estuviera ahora mismo con él, lo vería tirándose de los pelos.

—Cuando las chicas subieron a la Acrópolis, vimos que ese grupo se retiraba y creímos que el peligro ya había pasado. Vale, nos equivocamos, pero ¿por qué no lo denunciaron?

—Yo me he hecho la misma pregunta. Cometieron el error de actuar por su cuenta e hicieron públicas las fotografías de Golem.

—Ya veo que con las unidades antidisturbios no es suficiente. Tendremos que contratar a palomas mensajeras para que sigan a los sospechosos desde el aire —es su comentario seco antes de colgar.

Stela me comunica que han programado la reunión con el ministro para las tres de la tarde. Me alegro, porque así tengo cierto margen si surge alguna novedad antes de esa hora.

Mi intuición se ve confirmada, porque al poco reaparece Antigoni.

—Nos han llamado de la comisaría de Kalizea. Un hombre ha ido a declarar porque leyó en alguna parte que el asesino pudo escapar de la calle Safo en moto. Resulta que, alrededor de la hora en que se cometió el crimen, ese hombre pasaba con su coche precisamente por esa calle y vio a un motociclista arrancar y alejarse a gran velocidad.

—¿Pudo verle la cara?

—No. Llevaba casco.

—¿Os han dado los datos del testigo?

—Sí, y Askalidis ha ido a interrogarle. —Hace una pausa y continúa—: Por otra parte, Sotiría Vekos me ha enviado la lista y Kula está organizando el encuentro para mañana. ¿Quiere usted asistir?

—No, encárgate tú. Aunque te sugiero que te lleves a Kula. Sé por experiencia que tiene un talento especial para hablar con mujeres.

—Bien, iremos juntas al encuentro.

Consulto mi reloj y le pido a Stela que solicite un coche patrulla. No puedo permitirme retrasos por culpa del tráfico.

Llego al despacho del ministro sin paradas intermedias. Tal como me imaginaba, están todos reunidos esperando a quien debe ponerles al corriente, es decir, a mí.

—Le escuchamos —me dice el ministro.

Les hablo del encuentro que estamos preparando con las Cariátides.

—En estos momentos, Homicidios ya cuenta con los datos de las Cariátides y está organizando una reunión con ellas. Antigoni Ferlekis, la jefa del departamento, ha conseguido una sala del Museo Benaki para llevarla a cabo.

—Muy bien hecho.

Es una de las raras veces en las que el ministro no pone algún pero. Aprovecho la oportunidad para añadir:

—También necesitamos su colaboración, señor ministro.

—Le escucho.

—Es imprescindible que respaldemos a la comisaría de Kalizea. El crimen se perpetró muy cerca de sus dependencias y no tardará en aparecer quien acuse a los agentes de indiferencia.

Como les he explicado, el asesinato fue repentino y silencioso. La víctima no pudo gritar, y los vecinos no se dieron cuenta de nada. Aun sí, me temo que los cuerpos de seguridad serán el blanco de los ataques de los periodistas y los medios de comunicación. Por eso propongo que los comunicados se emitan desde el más alto nivel, es decir, desde el gabinete de prensa del ministerio.

—Me ocuparé de eso. ¿Algo más?

—Sí, Solon Varkatis. —Les explico quién es Varkatis—. Es un hombre arrogante y tozudo que ha publicado reiteradamente comentarios ofensivos contra las Cariátides. Lo peor de todo es que también las tiene en el punto de mira por ser mujeres. Me he reunido con él esta mañana y le he pedido que deje de escribir sobre ellas, pero no me ha hecho caso. He llegado al punto de sugerirle que, tras el asesinato de Melina Gavdís, sus opiniones podrían considerarse una incitación a la violencia. Me ha dejado con la palabra en la boca y se ha ido muy enfadado. Me temo que tendrán que intervenir las altas instancias del ministerio. No les puedo ocultar mi preocupación.

—En cuanto aparezca una nueva publicación, avísenos y nosotros nos encargaremos —me dice el director.

Es una de las pocas ocasiones en que una reunión con el ministro no termina con quejas y malas caras. Todos estamos satisfechos.

AYER, antes de salir de mi despacho, me llamó Adrianí:

—Esta noche llegaré tarde porque Katerina tiene una reunión con un cliente. No me esperes. Cena tus *suvlakis* y vete a dormir.

—¿Estás proponiéndome que cene *suvlakis*? —No me lo podía creer.

—En primer lugar, sé que lo harás de todos modos. Y, en segundo lugar, en los momentos difíciles las excepciones son motivo de alegría.

—Estupendo. Seguiré tu consejo al pie de la letra —contesté, feliz.

De modo que cené *suvlakis* y caí rendido en la cama. La noche pasó sin darme cuenta. Cuando hoy he abierto los ojos, eran las ocho de la mañana y Adrianí ya se había levantado.

Esta mañana, mientras tomábamos el café, mi mujer me ha dicho que esta tarde Katerina y ella irían a ver a Zisis porque nuestra hija tenía información relacionada con el refugio y quería contársela. Hemos quedado en que por la tarde pasaré a buscarla y volveremos juntos a casa.

Mi jornada en Jefatura arranca con la visita de Velidis, que aparece con un dossier.

—Antes de intercambiar opiniones sobre los comentarios que hemos reunido, me gustaría hacerte una pregunta —me dice—. ¿La arqueóloga Elpida Ferlekis tiene alguna relación con tu subordinada?

—Sí, son hermanas. ¿Por qué lo preguntas?

Por toda respuesta, abre el dossier y me pasa una publicación impresa. Es de Elpida Ferlekis.

Atacar y difamar a unas jóvenes que han adoptado simbólicamente el nombre de las Cariátides porque luchan para proteger nuestra civilización y nuestros monumentos de individuos que pretenden convertirlos en lucrativos productos empresariales es inadmisibile.

Pero aplaudir el asesinato de una de ellas, siquiera indirectamente, con el argumento de que «se lo estaba buscando» es un ultraje y una vergüenza.

Y esta vergüenza no recae solo sobre esa persona que lo ha aplaudido, sino también sobre nosotros, los que componemos el mundo de la arqueología, porque es uno de nuestros colegas.

Al final, me digo, la hermana de Antigoni no ha podido resistirse.

—Antigoni ya me había advertido de que su hermana estaba muy enfadada con Varkatis —le comento.

—Admiro su valor, por decirlo públicamente —responde Velidis, y vuelve a abrir el dossier—. Hemos dividido lo que se ha publicado en dos categorías. La primera incluye lo que se colgó

en internet después de la agresión en la Acrópolis. Aquí hay un consenso casi total. La segunda categoría incluye los comentarios sobre el asesinato de Melina Gavdís. Te lo dejo todo para que lo leas y, si tienes preguntas, lo comentamos.

Cuando se marcha Velidis, llamo a Antigoni y le doy a leer la publicación de su hermana.

—Le hablé de su encuentro con Varkatis y se puso hecha una furia —me explica ella—. Siempre decía que no quería tener enfrentamientos públicos con sus colegas, pero esta vez no ha podido quedarse callada. Me llamó por teléfono y me leyó lo que había escrito. —Hace una pausa y cambia de tema—: El encuentro con las Cariátides será a las tres de la tarde.

—¿Cuándo lo has organizado? —me extraño.

—Si lo recuerda, le di a Sotiría Vekos mi correo electrónico personal. Ese mismo día por la tarde me envió todos los datos y antes de la noche ya tenía concertada la reunión. Hay algo más...

—Te escucho.

—Una de las Cariátides nos dijo quiénes eran los dos colegas de Melina Gavdís con los que se vio antes de que la asesinaran. Askalidis y Dervísoglu ya han ido a interrogarlos. Le informaremos en cuanto tengamos noticias.

Antigoni se retira y yo abro el dossier para leer las publicaciones, por si encuentro alguna relevante. De momento no tenemos ninguna pista que nos ponga tras las huellas del asesino. Seguimos buscando a ciegas.

Empiezo por los comentarios publicados tras la agresión contra las Cariátides, cuando bajaron de la Acrópolis. Es un montón de sentencias miserables: «Donde no opera la razón, opera el palo», y hasta groserías: «Dos cosas conocen bien las putas: la cama y las palizas».

Paso al otro grupo de comentarios, los que colgaron después del asesinato de Melina Gavdís. No veo diferencias en la combinación de proverbios e insolencias, hasta que me topo con un comentario en concreto:

Pasamos ocho años inmersos en una crisis económica que nos ha consumido. Cuando ya pensábamos que todo había quedado atrás, vivimos una pandemia. Esperábamos ansiosos a que llegaran fondos al país, como el cojo anhela una muleta. Y cuando parecía que se iba a hacer la luz, vinieron esas cotorras para cortarnos la corriente. Después de todo esto, ¿por qué nos sorprende que una de ellas fuera asesinada? En Grecia, como en el mundo entero, el crimen se castiga. El problema es que la justicia nunca se plantea quién es el verdugo y quién la víctima. En el caso de la cotorra, ella era el verdugo, y acabó siendo la víctima porque la asesinaron. Y a la víctima que la asesinó ahora la consideran verdugo.

Miro a ver quién ha escrito esa barbaridad. Es un tal Nikos Dikakis. Hojeo las demás publicaciones, pero, por suerte, no encuentro más que banalidades.

La publicación de Dikakis me preocupa por la misma razón por la que me inquietan los comentarios de Varkatis y aquel otro que me ha traído Kula: algún descerebrado podría interpretarlos como una incitación a un nuevo ataque contra las Cariátides.

La llegada de Askalidis y Dervísoglu interrumpe mis reflexiones.

—Antigoni ha ido a preparar el encuentro con las Cariátides —dice Askalidis—. De la conversación que hemos mantenido con los dos amigos de Melina Gavdís, ha surgido algo que podría sernos útil: en un momento dado, la chica quiso guardar un recuerdo del encuentro y sacó fotos para immortalizarlo.

—Les hemos preguntado si se fijaron en los clientes que estaban sentados solos, y nos han dicho que había varios a su alrededor —continúa Dervísoglu—. Con un poco de suerte, alguno saldrá en las fotos.

—Hemos de pedir ayuda a los de la Científica —le digo.

—Ya lo hemos hecho, y nos han enviado las fotografías —se adelanta Askalidis.

Abre un sobre y coloca cuatro fotografías encima de mi escritorio. En dos de ellas aparecen dos jóvenes. En las otras dos, esos mismos jóvenes están retratados junto a Melina Gavdís.

En las dos primeras imágenes de los chicos, un hombre sentado detrás de ellos observa con interés cómo se fotografían. En la primera foto con Melina Gavdís, distingo a la izquierda media cara de otro hombre. En la segunda, el tipo se ve con nitidez, pero mira hacia otro lado. Deduzco que debe de rondar los cincuenta.

—Id inmediatamente al bar de Teseion y preguntad cuál de los dos clientes solitarios pidió la cuenta cuando Melina Gavdís encargó la segunda ronda de bebidas —les digo.

Antes de marcharse, les pido que le digan a Kula que venga a mi despacho. Quiero darle la publicación del tal Dikakis para que siga de cerca sus comentarios, por si aparece alguno más de interés.

—Se ha ido con Antigoni al encuentro con las Cariátides —me responde Askalidis.

Se me había olvidado.

Puede que las fotografías sean la primera pista que nos muestre el aspecto del asesino.

Llamo al subdirector para ponerle al día.

—Esta vez las noticias que me da están empatadas: una es negativa y la otra positiva —comenta él riéndose.

—Sí, aunque bajo ningún concepto la prensa debe enterarse de la existencia de las fotografías —le advierto.

—No se preocupe. Yo me encargo.

Colgamos, y sobreviene un vacío. Me devora la ansiedad, pero solo puedo cruzarme de brazos y esperar. Por suerte, Dervísoglu y Askalidis vuelven apenas media hora más tarde.

—El camarero está seguro de que el tipo de la foto, el que mira hacia otro lado, es el que pidió la cuenta —dice Askalidis.

Llamo a Dimitríu inmediatamente:

—¿Podéis hacer un montaje con estas dos fotografías para tener una idea del aspecto de su cara?

—Lo intentaremos. Algo saldrá, pero no puedo garantizar nada.

Vuelta a esperar. Consulto mi reloj. Son las dos y media de la tarde. Pronto empezará el encuentro con las Cariátides. Ahora me entran ganas de estar presente, pero se impone la razón. Lo más apropiado es que Antigoni dirija la reunión con la ayuda de Kula.

La victoria de la razón da lugar a la inactividad. Poco a poco empiezo a comprender la diferencia entre ser el jefe del Departamento de Homicidios y dirigir todos los cuerpos policiales del Ática. El primero siempre está en movimiento, mientras que el segundo tiene que aguantarse y lidiar con la ansiedad y la impaciencia. La espera y las reuniones me ponen de los nervios. Me alegré del ascenso, pero ahora empiezo a descubrir las consecuencias.

En el instante en que me dispongo a dirigirme hacia el refugio, Stela me trae el fotomontaje. Aunque sea una combinación de dos fotografías, ayudará a identificar a ese hombre. Enseguida

llamo a Askalidis y a Dervísoglu.

—Mañana por la mañana id con la fotografía por las calles Menelau y Safo para preguntar a los vecinos. Averiguad si alguien vio al tipo por la calle antes del asesinato de Melina Gavdís.

Sigo sin saber nada de Antigoni. Imagino que el encuentro todavía no ha terminado. Ojalá eso signifique que ha obtenido nuevos datos. Decido ir al refugio y olvidarme de la reunión con Antigoni hasta mañana por la mañana.

Su llamada me pilla de camino:

—El encuentro ha durado más de lo que me esperaba, pero ha ido muy bien. Hemos conseguido cierta información que deberíamos analizar.

—Bien, hablamos mañana por la mañana, salvo que haya algo urgente.

—No, podemos esperar a mañana.

Sigo mi camino hacia el refugio, donde me recibe Melpo.

MI NIETO corretea por todo el refugio, desde el vestíbulo, donde está el columpio, hasta la cantina, donde está el caballito, pasando por las habitaciones de los residentes. La población femenina del local lo sigue entre exclamaciones.

Este es el respiro que necesitaba urgentemente tras la desazón que me provoca el trabajo. No solo me preocupan las incógnitas que sigue habiendo en la investigación del asesinato de Melina Gavdís; también temo que se produzcan nuevas agresiones.

—Es increíble. Ha convertido a las mujeres en niñas de su edad y el refugio en un parque infantil —se admira Adrianí mientras observa a nuestro nieto.

—¿Aún no ha llegado Katerina?

—Nos ha traído en coche y ha vuelto a su despacho porque mañana tiene un juicio y tenía que prepararlo. Durante la pandemia se angustiaba porque no podía hacer su trabajo, ahora se angustia porque le falta tiempo.

—Acabo de hacer la cena. ¿Queréis quedaros a cenar con nosotros? —pregunta Zisis.

Dejo la decisión en manos de Adrianí, porque no sé cómo había quedado con Katerina.

—Creo que Katerina vendrá enseguida a buscar al niño y se irán a su casa, pero nosotros podemos quedarnos —le responde mi mujer.

Nos interrumpe Anna, que se deshace en elogios hacia nuestro nieto:

—¡Es un niño fantástico! Cada vez que viene nos alegra el día.

—Solo falta que le compremos una camita para que duerma aquí algunas noches —respondo.

Lo he dicho de broma, pero Anna exclama con entusiasmo:

—¡Sí, sí, estaría muy bien!

Zisis está de acuerdo.

—Es verdad. Siempre nos levanta el ánimo.

Por solo unos segundos, Katerina se ha perdido los elogios a su hijo. Entra en la cantina y se deja caer en una silla.

—Estás cansada. Podrías haber venido mañana, la situación no es tan urgente —le dice Zisis.

—Estoy cansada, sí, y mañana tengo un juicio a las nueve, pero quería contarte hoy la información que he podido reunir, por si papá y tú queréis empezar ya a trazar un plan —le explica Katerina. Mira a su alrededor—. ¿Dónde está mi hijo?

—Está recorriendo el refugio acompañado de su harén —informa Adrianí.

—¿De qué harén hablas? —se extraña Katerina.

—De todas las mujeres del refugio —le aclara Zisis.

Katerina suelta una risita. Luego se dirige a Zisis:

—Bien. He hablado con mi colega de los servicios jurídicos del Ayuntamiento. Me ha confirmado que están interesados en el inmueble. Es grande y hay compradores potenciales que quieren convertirlo en un edificio de apartamentos. Debido a su ubicación, en el centro de Kypseli, y además en una calle peatonal, piensan que no les costará encontrar compradores que ofrezcan por el inmueble una cantidad nada desdeñable. Pero aún no han decidido nada. Y el alcalde todavía no ha presentado el proyecto en el pleno municipal.

Calla y espera a ver si Zisis tiene preguntas, pero él guarda silencio y la mira pensativo.

—También le he explicado que no queréis iros de Kypseli —continúa Katerina—. Aquí os sentís seguros y los vecinos os tratan como amigos. Entonces ha llegado la buena noticia. Me ha dicho que un poco más abajo, en la calle Lelas Karayanni, hay otro inmueble de tres plantas, y que el refugio podría trasladarse allí. Eso sí, habría que hacer algunos arreglos, pero ese no es el problema. El obstáculo es otro.

—¿Cuál? —pregunta Zisis.

—El edificio está ocupado por anarquistas y el Ayuntamiento no tiene las competencias para desalojarlos. Habría que hablar con la policía, y ellos decidirían. —Hace una pausa antes de añadir—: Por eso he dicho al principio que será mejor que lo habléis tú y mi padre. —Enseguida se pone de pie—: Perdonadme, pero me llevo a Lambros y nos vamos. Estoy muerta y mañana, como ya os he dicho, tengo juicio a las nueve.

—Deja a Lambros y vete a dormir. Nosotros cenaremos aquí y después te llevaré al niño a casa. Ya lo acostaré yo —le dice Adrianí.

—¿Y si esta noche duermes en casa de Katerina? —le propongo a Adrianí—. Si mañana tiene juicio a las nueve, tendrá que salir de casa a eso de las ocho. No tendrá tiempo para ocuparse de Lambros. Mejor quédate con él; si no, tendré que llevarte mañana a las siete.

—No me puedo quejar de mis padres, ¿verdad, tío Lambros? —dice Katerina con una sonrisa.

Adrianí sale de la cantina y reaparece poco después con Lambros en brazos. El niño protesta, llora y grita.

—Calla y dale un beso a tu madre, diablillo —le regaña mi mujer.

—Si el Ayuntamiento acaba vendiendo y vosotros tenéis que trasladaros, no me resultará muy difícil convencer a quien corresponda para desalojar a los anarquistas —le explico a Zisis.

—Lo sé, pero ese no es el problema.

—¿Cuál es entonces?

—Si en algún momento viene la policía para desalojar a los anarquistas, se producirán enfrentamientos y desperfectos en los alrededores, y es muy posible que los vecinos se vuelvan en nuestra contra. Creo que primero deberíamos reunirnos con los anarquistas y explicarles por qué necesitamos el edificio. Argumentarles que el espacio estaría destinado a personas sin hogar que, de lo contrario, se verían viviendo en la calle. Tal vez así logremos convencerlos de que se marchen sin problemas. Si no lo conseguimos, al menos los vecinos sabrán que hicimos lo que pudimos para evitar disturbios y que la culpa la tiene la terquedad de los anarquistas. —Se queda callado y me mira pensativo—. En todo caso, cuando llegue ese momento, y espero que nunca

llegue, ya hablaremos. —Al ver que Adrianí se acerca con Lambros en brazos, le dice—: He preparado un pastel de verduras mejor que el tuyo.

—Tu pastel de verduras siempre es el mejor, igual que las recetas de tu madre —le responde ella.

Mi mujer se sirve una porción en su plato y otra en el plato de nuestro nieto. Zisis y yo nos servimos dos porciones y empezamos a cenar. Como siempre, el pastel está tan bueno que nunca te cansarías de comer.

—Tenemos que irnos. Si no, me parece que Lambros dormirá aquí esta noche —me dice Adrianí cuando termino el último bocado.

Mi mujer y mi nieto se instalan en el asiento de atrás. El niño se estira y apoya la cabeza en el regazo de su abuela, cierra los ojos y se queda dormido al instante.

Cuando llegamos a la calle Azanasías, cojo al niño en brazos para subirlo al piso. Nos separamos en la puerta y vuelvo a bajar al coche.

Una vez en casa, voy directo al dormitorio. Tiro la ropa en la silla y me lanzo a la cama.

LA LLAMADA de Antigoni me pilla con la boca llena de cruasán.

—Si tiene un momento, me gustaría pedirle una reunión con todo el equipo. Tanto yo como Dervísoglu y Askalidis tenemos nueva información.

—Subid enseguida.

Pronto aparece el Departamento de Homicidios al completo. Nos sentamos alrededor de la mesa de reuniones.

—Empezad por donde queráis —les digo.

—Que Zanos y Fotis cuenten lo suyo primero. La conversación con las Cariátides nos llevará más tiempo —propone Antigoni.

—Zanos hizo las pesquisas en la calle Safo y yo en Menelau —empieza Dervísoglu.

—En Safo no lo ha reconocido nadie. Les era totalmente desconocido —dice Askalidis.

—Tan desconocido como para los vecinos del bloque de pisos donde vivía Melina Gavdís —continúa Dervísoglu—. Tampoco su compañera de piso lo había visto nunca. Le he preguntado si Melina Gavdís le había comentado que alguien la seguía, pero no, no le había dicho nada. El único que había visto antes al tipo ha sido el quiosquero. Me ha dicho que se parecía a alguien que había ido a comprar tabaco y que estuvo charlando con él. Quería saber si la calle estaba tranquila por las noches y a partir de qué hora, y cuando el quiosquero quiso averiguar por qué lo preguntaba, le contestó que pensaba alquilar un piso, pero que no soportaba los ruidos nocturnos. Este es el único dato que hemos conseguido.

—¿Cuándo fue eso?

—No se acordaba muy bien, pero, en todo caso, antes del asesinato de Melina Gavdís.

—Esta información refuerza la sospecha de que ese hombre podría ser el asesino —le digo—. Primero, las preguntas al quiosquero para estar seguro de que pasaría inadvertido y que nadie lo perseguiría. Después, su presencia en el bar de Teseion la noche del crimen y el hecho de que se marchara antes que Melina Gavdís. Y, por último, la sospecha de Melina Gavdís de que alguien la seguía.

—La cuestión es que no tenemos datos suficientes para identificarlo —puntualiza Antigoni.

—Volved a peinar los bares de Teseion y de Psirís, preferiblemente por la noche —propongo—. a ver si alguien lo reconoce. No es que tenga muchas esperanzas, pero en estos momentos no contamos con mucho más.

Dervísoglu y Askalidis han terminado, así que me vuelvo hacia Antigoni:

—Es tu turno.

—Para empezar, el encuentro fue muy bien. Las Cariátides nos han asegurado que tomarán precauciones y que nunca volverán solas a casa por la noche. Además, nos prometieron que si ven algo sospechoso nos informarán enseguida. En cuanto a la agresión que sufrieron mientras bajaban de la Acrópolis, todas reconocieron que no se la esperaban. Los otros datos interesantes provienen de su protesta en Eubea. Poco antes de la intervención de la policía aparecieron unos tipos que estuvieron siguiendo la manifestación. Las chicas no saben si eran lugareños o de Atenas, pero, en cualquier caso, no formaban parte de los que protestaban. Cuando intervino la policía, desaparecieron. Dos de las Cariátides le contaron más cosas a Kula, así que será mejor que se lo explique ella misma.

—Cuando terminó la reunión y empezamos a charlar de manera informal, se me acercaron dos de las chicas —dice Kula—. Me contaron que, tras la concentración y la intervención de la policía, la mayoría volvió a Atenas. Sin embargo, algunas se quedaron para ver si había repercusiones y, sobre todo, si venían los empresarios extranjeros. Al final, los empresarios no aparecieron y las muchachas volvieron al hotel para recoger sus cosas y regresar a Atenas. Entonces se les acercaron dos de los inmigrantes que habían estado en la concentración y les dijeron que, al acabar la protesta, mientras se dirigían a su campamento, los abordaron unos tipos que les preguntaron cuánto dinero querrían por darles una paliza a las chicas. Ellos no contestaron y siguieron su camino. Pero después se lo pensaron mejor y quisieron avisarlas para que tuvieran cuidado.

Kula concluye y nos quedamos todos callados. El grupo espera mi opinión mientras yo intento evaluar la información en su conjunto.

—La agresión en la Acrópolis, la presencia de unos extraños en Eubea y el intento de reclutar a los inmigrantes para que agredieran a las Cariátides tienen un denominador común —les digo—. Ahora bien, no sabemos si el asesino de Melina Gavdís pertenece a ese grupo, aunque es probable. Sin embargo, tan probable o más es que actúe como un lobo solitario. Tal vez tengamos suerte y podamos averiguarlo si les mostramos a las Cariátides la fotografía del sospechoso en el bar de Teseion.

Antigoni va a replicar cuando la interrumpe el timbre de mi teléfono. Estoy seguro de que será el subdirector, pero me equivoco.

—Le llamamos de la central de emergencias, señor director. Acaban de informarnos de que han hallado el cadáver de una mujer.

—¿Quién ha dado el aviso?

—La comisaría de la Acrópolis. Han encontrado el cuerpo en el bosquecillo que hay detrás del antiguo teatro de Dionisio.

—Decidles que vamos enseguida.

Todos los ojos están clavados en mí; es evidente que ha ocurrido algo grave. Cuando les comunico la noticia, Antigoni exclama:

—¡No! ¿Otra de las Cariátides?

—Vamos. Iré con vosotros —les digo. Quiero ver la escena, tener información de primera mano sobre el crimen y los hallazgos iniciales; así me preparo para el segundo plato: las llamadas y las reuniones—. Avisa de inmediato a la Científica y al forense —le pido a Kula.

En diez minutos estamos listos y nos ponemos en marcha en dos coches patrulla. Nos detenemos un poco antes del teatro de Dionisio y seguimos a pie, para ir haciéndonos una idea del escenario del crimen. La policía ya ha acordonado la zona. Preguntamos a los agentes dónde está la víctima y entramos en el bosquecillo.

La víctima es una joven. El asesino la ha atado a un árbol con una cuerda que le rodea la cintura. La cabeza y el torso están caídos hacia delante. Sujeto a su pantalón con un alfiler, hay un trozo de papel impreso con un ordenador: «Aquí tenéis a otra Cariátide para completar la colección de la Acrópolis».

—¡No es posible! Es una de las chicas con las que hablé ayer sobre la propuesta que les hicieron a los inmigrantes... —exclama Kula, consternada.

Los demás nos hemos quedado mirando a la víctima sin saber qué decir. Me acerco para echar un primer vistazo, seguido por Antigoni. A simple vista, no distingo ninguna herida de arma blanca ni otras señales de violencia, pero no soy experto y prefiero esperar al forense.

—¿Cuántas chicas te hablaron de los inmigrantes? —le pregunta Antigoni a Kula.

—Dos. Esta y otra.

—Tenemos que localizar a la otra para preguntarle si sabe qué hizo la víctima después de nuestro encuentro.

Primero llega la furgoneta del Departamento Forense, con Stavrópulos. En silencio, le señalo a la víctima, sin añadir ningún comentario.

—¿Otra vez? —me pregunta.

—Así es.

Se acerca a observar el cadáver de la joven. Después ordena a sus ayudantes que la desaten y la tiendan en el suelo. Primero examina a la víctima tendida de espaldas y, luego, boca abajo. Antigoni ordena a Askalidis y a Dervísoglu que realicen una primera inspección del entorno. Entretanto, llega el equipo de la Científica, con Dimitríu.

Stavrópulos termina y se me acerca para transmitirme sus primeras conclusiones:

—No hay señales de balas ni de cuchillo ni de ningún otro objeto —me dice—. La única conclusión lógica es que la muerte ha sido por estrangulamiento o asfixia. Ahora bien, si la mataron aquí o la trajeron ya muerta y la ataron al árbol, eso solo podrá decírnoslo la Científica a partir de los indicios que encuentren. En cualquier caso, ha muerto hará unas diez horas, quizás menos.

—Debieron de traerla ya avanzada la noche para evitar encontrarse con peatones y vehículos —deduzco.

—La otra pregunta es cómo la trajeron aquí —comenta Antigoni.

—Si queréis mi opinión, la trasladaron en coche hasta cierto punto y después arrastraron el cuerpo hasta el bosquecillo —explica Dimitríu, que ha escuchado nuestra conversación—. La parte trasera del pantalón está muy sucia, y no es del árbol. Probablemente sea de la tierra del camino.

Miramos todos a la víctima y vemos que tiene razón.

—Registradla por si lleva algo encima, aunque lo dudo —dice Dimitríu a sus hombres. Buscan, pero no encuentran nada.

Stavrópulos pide a los camilleros que trasladen a la víctima a la ambulancia, pero Dimitríu lo interrumpe:

—Antes tenemos que examinar la ropa de la víctima, por si encontramos huellas dactilares o material genético —le explica.

Sus hombres examinan el cuerpo, toman muestras y encuentran algo a la altura de la cintura, por donde pasaba la cuerda. Después le toman las huellas dactilares a la víctima.

—Comprobaremos si las huellas son de la víctima o de otra persona y os informaremos —me indica Dimitríu.

Antes de que arranque la ambulancia, Stavrópulos me dice que procederá enseguida con la autopsia, pero yo no espero ningún descubrimiento significativo.

Observo cómo Antigoni y su equipo se marchan para interrogar al personal y a los vigilantes de la Acrópolis, así que decido volver al despacho y aguardar su informe. Preveo que, mientras tanto, tendré otros quebraderos de cabeza.

LLEGO al despacho disgustado. Ha sucedido exactamente lo que me temía. Intento concentrarme para responder a una pregunta crucial: ¿nos enfrentamos a un solo asesino o a más de uno?

Los primeros indicios sugieren que debe de haber dos asesinos. El que mató a Melina Gavdís utilizó un cuchillo, y mi experiencia me dice que, cuando un asesino se familiariza con un arma, rara vez recurre a otros métodos para matar. Por otro lado, el asesino de Melina Gavdís iba en moto, mientras que el asesino de la segunda muchacha sin duda tenía un coche para poder trasladarla cerca del lugar donde la ató al árbol. Por supuesto, cabe aún otra posibilidad: que fueran más de dos asesinos, coordinados entre sí. Es decir, que estaríamos frente a una banda criminal. Lo dejo aquí, porque los datos que hemos reunido hasta ahora no me permiten llegar a ninguna conclusión.

Llamo por teléfono al subdirector. Por un lado, porque debo informarle sin más dilación y, por el otro, porque no quiero perderme en reflexiones inútiles. Mi superior, que no se había enterado del asesinato de la segunda Cariátide, se queda atónito.

—Nos ha caído otra desgracia encima —dice con voz apenas audible.

Le cuento también lo que les propusieron a los dos emigrantes, en Eubea.

—Como ya le comenté al ministro, temía que los ataques violentos en las redes pudieran tener consecuencias fatales. En estos momentos el equipo de Homicidios está realizando una primera investigación en la Acrópolis. Le informaré en cuanto tenga novedades. Sin embargo, lo que urge es bloquear todas las cuentas de Facebook y de Twitter que publiquen comentarios agresivos contra las Cariátides.

—Solicitaremos al ministro que se tomen estas medidas inmediatamente. Tiene razón, hay que poner fin a esta clase de publicaciones o tendremos que lamentar nuevos asesinatos.

Nada más colgar, telefono a Velidis. Le pido que sus colaboradores localicen todas las publicaciones hostiles contra las Cariátides y que se las envíen al subdirector para poder bloquear las cuentas correspondientes.

—Tienes razón. Deberíamos haberlo hecho antes —reconoce.

Vuelvo a estar en «modo de espera», aunque presiento que no durará demasiado. Me parece poco probable que el personal de la Acrópolis pueda facilitarnos información relevante. Las oficinas estaban cerradas cuando el asesino llevó a su víctima al bosquecillo. Nuestra única esperanza son las Cariátides; quizás alguna de ellas sepa qué hizo la víctima ayer por la noche.

El equipo vuelve con las manos vacías, tal como imaginaba.

—Nada de nada —anuncia Antigoni.

—Era de esperar. La zona estaba desierta cuando se produjo el crimen —le explico.

—Nos pondremos en contacto inmediatamente con las Cariátides; en primer lugar, para averiguar la identidad de la víctima y, en segundo lugar, para saber si había quedado con alguien anoche —continúa Antigoni.

—Me llama la atención que, a pesar de todas vuestras advertencias, quedara con alguien, o que al menos no os avisara —comenta Askalidis.

—Eso podría significar que había quedado con conocidos y que la agresión se produjo después de su encuentro —le explica Antigoni, levantándose—. Hablemos primero con las Cariátides, a ver qué pueden decirnos.

—Llevaos también la fotografía del tipo del bar de Teseion —les digo—. Tal vez alguna chica lo reconozca, o tal vez formara parte de ese grupo que estuvo durante la manifestación en Eubea.

Vuelve mi soledad. No lo niego: llevo muchos años acostumbrado al trajín de las investigaciones y los interrogatorios, siguiéndolo todo de cerca, y ahora la inactividad me desquicia. No obstante, no quiero meter las narices en todo, porque eso supondría menoscabar la autoridad de Antigoni.

Por suerte, cuento con un par de personas que me tienen siempre distraído. Ahí está la llamada de uno de ellos.

—El ministro —me dice el subdirector— ya ha ordenado el bloqueo de cuentas y *posts* que atacan a las Cariátides.

—Estupendo.

—El segundo asesinato le inquieta sobremanera. Teme que se produzcan más.

—Todos tememos lo mismo.

—Pide, también, que sea usted quien se encargue de informar a la prensa. No está seguro de que el portavoz del ministerio sepa manejarla adecuadamente y, además, quiere evitar cualquier filtración. —Tras unos segundos de silencio, añade—: Debo reconocer que estoy de acuerdo con él.

—Muy bien, que vengan aquí para que les informe yo. —De todas las cosas que echo de menos, me toca volver a la que más me aburre.

Más o menos una hora después, oigo el conocido barullo en la sala de espera. Stela me comunica que han llegado los periodistas. Yo ya había decidido recibirlos en mi despacho para dar más relevancia a las formalidades que exige mi nuevo cargo.

En cuanto entran en el despacho, reconozco a la mayoría de ellos. Empiezan a llover las preguntas:

—Señor director, se han cometido dos homicidios, pero la información llega con cuentagotas. ¿En qué punto se encuentra la investigación? —pregunta la periodista bajita que siempre lleva medias de color rosa.

—En este momento la investigación está en punto muerto. No disponemos de datos suficientes —le contesto—. Los dos asesinatos se cometieron de formas muy distintas, de modo que no sabemos si se trata del mismo asesino o no. Además, no podemos descartar la posibilidad de que se trate de una banda organizada.

—¿Cree que los asesinatos están relacionados con la lucha de las llamadas Cariátides y la marcha de los empresarios extranjeros, o eso no es más que una excusa? —me pregunta Merikas.

—Todavía es demasiado pronto para llegar a una conclusión. No obstante, consideramos que las publicaciones en las redes sociales contra las Cariátides han contribuido a los asesinatos.

—¿Cree que podrían producirse más asesinatos? —pregunta el joven de la camiseta naranja.

—Hasta que no hayamos detenido a los culpables nadie puede prever lo que sucederá. Por eso es de vital importancia avanzar con las investigaciones. El problema es que no nos enfrentamos a un conflicto entre hombres y mujeres. El conflicto comenzó entre un grupo de mujeres y unos inversores extranjeros. Los hombres aparecieron después. Eso dificulta la investigación y la identificación de los culpables.

—El problema no es ese. El problema es la propensión de algunos hombres a matar a mujeres —comenta la periodista alta y enclenque—. Todo lo demás es una cortina de humo; el objetivo es forzar la vuelta de las mujeres a la sumisión.

Nadie rechista, y el encuentro llega a su fin. Puede que la enclenque me ponga a veces de los nervios, pero inteligencia no le falta.

Por fortuna, esta vez la inactividad no dura demasiado. En menos de un cuarto de hora aparecen Antigoni y Kula.

—La víctima se llamaba Zoe Petrelis —anuncia Antigoni—. Había estudiado historia antigua y estaba preparando su doctorado.

—Era una de las chicas con las que hablaron los inmigrantes —añade Kula.

—¿Sabemos qué hizo anoche? —pregunto.

—Las otras dos chicas que volvieron de Eubea con ella nos han dicho que iba a quedar con dos amigas de la universidad para ver cómo estaba su solicitud para entrar como profesora en el Departamento de Historia y saber si tenía posibilidades de conseguir el puesto —me responde Antigoni—. Fotis y Zanos se han puesto en contacto y se reunirán con ellas, a ver si pueden averiguar algo más.

—¿Sabemos dónde vivía?

—Sí. En la calle Sozopóleos, en la plaza del Ática, con sus padres. Kula y yo vamos a hablar con ellos ahora.

—Muy bien. Cuando hayáis reunido todos los datos, volved para evaluar lo que ya sabemos y decidir cómo proceder.

Llamo al subdirector y le informo del encuentro con los periodistas, principalmente para engañarme a mí mismo y fingir que me ocupo de algo.

Primero vuelven Askalidis y Dervísoglu.

—Hemos decidido no esperar a que vuelva Antigoni porque lo que hemos averiguado podría dar un vuelco a la investigación —me dice Askalidis.

—Contadme, a ver si se hace la luz.

—Resulta que, al final, Zoe Petrelis no se vio con esas dos amigas, porque había quedado con un amigo —continúa Dervísoglu—. Según ellas, hacía poco que se conocían. Era solo su segunda cita y parecía que Petrelis estaba muy colgada.

—Este dato podría clave. Ahora es crucial averiguar la identidad de ese tipo y saber cuándo se conocieron. Si hacía poco, como os han dicho sus amigas, no podemos descartar que se tratara de una trampa.

—Hay algo más —interviene Askalidis—. Una de las chicas ha recordado que el tío de la fotografía del bar estaba entre los que increparon a las Cariátides en la protesta de Dionisio Areopagita. No recuerda haberlo visto en la bajada de la Acrópolis ni en Eubea, pero está casi segura de que estuvo en Areopagita. Además, era uno de los que más gritaban e insultaban.

—Ahora viene lo más difícil, porque hay que localizar a toda costa a esos dos hombres, y sé que no será sencillo. Empecemos por el segundo. En estos momentos, Antigoni y Kula están interrogando a los padres de Zoe Petrelis. Telefoneadlas para que les pregunten si su hija mencionó el nombre del tipo o cualquier otro dato relacionado con él. Esperemos a Antigoni y a Kula antes de decidir nuestros próximos movimientos.

Antigoni y Kula llegan poco después. Están destrozadas tras la conversación con los padres de Zoe Petrelis.

—No hemos conseguido averiguar nada relevante. Es un momento muy delicado; los padres estaban tan desorientados que les costaba mucho concentrarse y darnos respuestas —me aclara Antigoni—. Lo único bueno es que nos han dejado registrar la habitación de su hija. Allí hemos descubierto esta fotografía.

Kula me pasa la foto. En ella aparece Zoe Petrelis junto a un hombre de más edad sonriendo a la cámara.

—Sus padres no saben quién es y eso refuerza la posibilidad de que se trate del hombre que había conocido hacía poco.

—Si este es el asesino, no le supondría ningún problema meterla en el coche y llevarla a donde quisiera —comenta Askalidis.

—Exacto —confirma Antigoni—. Enseñaremos la fotografía a las Cariátides, por si alguna de ellas lo conoce, o por si Zoe Petrelis les hubiera hablado más de él.

—Es increíble —estalla Dervísoglu—. Tenemos las fotografías de los dos sospechosos pero no tenemos ni idea de su identidad. Es como si los árboles no nos dejaran ver el bosque.

—Vosotros dos y Kula, contactad enseguida con las Cariátides. Puede que con la ayuda de la fotografía averigüemos algo más —les digo—. Antigoni se queda para que podamos planificar nuestros próximos movimientos.

—A Sotiría Vekos dejádmela a mí. Quiero volver a hablar con ella personalmente, por si Melina Gavdís le hubiera contado algo de ese tipo —les dice Antigoni—. Antes de irnos, mandadme una copia de la fotografía.

—Te sugiero que le enseñes la foto a tu hermana. Puede que ese hombre esté relacionado con la universidad —le indico cuando nos quedamos solos.

—Se la enseñaré, aunque me parece poco probable. Si fuera así, evitaría exponerse.

De repente, se tapa la cara con las manos.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—No me lo puedo creer —farfulla—. Soy la primera mujer en dirigir el Departamento de Homicidios y el primer caso que me toca podrían ser dos feminicidios.

—Te comprendo, pero debes acostumbrarte. No será ni la primera ni la última vez que el trabajo te deprimirá. Tendrás que encontrar la manera de desconectar. ¿Vives sola?

—Sí, en un piso en San Eleuterio.

—De acuerdo. Esta noche te puedo ofrecer un poco de distracción. Ven conmigo a casa de mi hija, Katerina, que es abogada. Allí también conocerás a Fanis, su marido, que es médico, y al

pequeño Lambros, mi nieto. Adrianí también estará, por supuesto. Ven, te sentará bien.

Ella me mira indecisa.

—No quiero ser una carga.

—Cuando ocupaba tu posición, mi superior se llamaba Guikas. Nuestra relación era siempre formal, a veces incluso tensa. El día de mi ascenso me dejó pasmado: viajó desde Eretria, donde vive ahora, jubilado, hasta el ministerio para felicitarme. Solo entonces me di cuenta de que, por encima de todo, Guikas ponía distancia entre él y sus subordinados. Afortunadamente, la jubilación lo liberó de esa actitud. Yo no quiero repetir ese patrón, no va con mi carácter.

Ella me mira y sonríe.

—Lo sé —contesta—. Gracias. Iré con usted esta noche.

—Perfecto, saldremos sobre las seis y media.

Antigoni se levanta, pero se detiene delante de la puerta.

—Acabo de recordar que antes he de pasar por casa. ¿Me puede dar la dirección de su hija? Iré directamente.

Le doy la dirección y llamo enseguida a Adrianí.

—Claro que puede venir. Me gusta mucho esa chica. Seguro que Katerina y ella se caen muy bien.

La presión que los homicidios suponen para Antigoni me ha estado preocupando desde que se produjo el primer asesinato. Cuando una mujer principiante, y responsable de un departamento como ese, se enfrenta al homicidio de dos mujeres, todo el mundo la tiene en el punto de mira. Necesita apoyo, y yo, como su superior inmediato, debo dárselo.

PARA mi sorpresa, Katerina me abre la puerta, con mi nieto.

—¿Has vuelto pronto porque viene Antigoni? —le pregunto.

—No. He venido porque me han llamado a filas. Mamá me ha reclutado para cuidar de Lambros mientras ella prepara tomates rellenos. Le ha parecido que no podía darle la bienvenida a la familia a tu subordinada sin tomates rellenos.

Entre risas, nos dirigimos a la habitación de Lambros. Como aquí no tiene el columpio ni el caballito, se consuela con el trenecito. Por señas, me invita a que le dé cuerda y empieza a jugar.

Veo que Katerina está de buen humor, y se lo comento.

—El juicio ha ido muy bien y estoy contenta, la verdad —me explica.

En ese instante aparece Adrianí.

—La cena estará lista dentro de media hora —anuncia.

—Ya me he enterado de que has hecho tomates rellenos para impresionar a nuestra invitada —la pincho.

—No. Los he hecho para hacerle saber que es bienvenida. El ingreso en nuestra familia se hace siempre con tomates rellenos. Lo mismo hice con Zisis. —Se vuelve hacia su hija—: Te caerá bien, ya lo verás. Es una persona muy cálida.

—Te recomiendo que la tutees desde el principio. Se alegrará mucho —le aconsejo.

—¿La tuteo ya cuando me la presentes? —se extraña Katerina.

—Sí, porque ella cree que en Grecia el tuteo es un elemento de unión. Así habla con sus subordinados en el trabajo. A tu madre también le pidió que la tuteara. La única excepción soy yo y, aun así, no me llama «señor director», sino «señor Jaritos».

Nos interrumpe el timbre de la puerta. Adrianí va a abrir. Cuando oímos el «bienvenida» ya sabemos que ha llegado Antigoni.

—¿Qué es esto? —se oye preguntar a mi mujer.

—Déjalo aquí. Es un regalo para tu nieto —le responde Antigoni.

Vienen a la habitación de Lambros y empiezan las presentaciones.

—Antigoni, me alegro mucho de conocerte —le dice Katerina.

—También es un placer para mí, Katerina —contesta Antigoni.

Después se acerca a Lambros, que sigue jugando con su trenecito. Se arrodilla junto a él.

—Lambros, me llamo Antigoni. —El niño la mira fugazmente y sigue con su juego—. Te he

traído un regalo y quiero enseñártelo.

Sale de la habitación y vuelve con una enorme bolsa de plástico. La deja al lado del niño, que rápidamente se olvida del trenecito y clava la mirada en la bolsa. Antigoni saca de su interior una gran caja donde está pintada la figura de Karaguiosis.^[3]

—Hay más personajes, y también la pantalla donde se proyectan las sombras —explica a Katerina—. Me lo regaló mi abuela. Era mi juguete favorito y lo he traído para Lambros. Un día vendré para enseñarle cómo se juega.

—Antigoni, eres increíble —le dice Adrianí con admiración—. Tienes una forma única de ganarte a las personas.

—Yo también te estoy agradecido, Antigoni —le digo—. Ahora podré comprar *suvlakis* y nos los comeremos mientras disfrutamos de las sesiones de Karaguiosis.

Mi hija y Antigoni se ríen mientras Adrianí me lanza una mirada glacial.

—Llevaremos a Karaguiosis y a su *troupe* al refugio. A los residentes les encantará ver las representaciones, y a mi nieto, jugar delante de más público.

Como siempre, mi mujer me ha hecho callar en dos segundos.

—¿Qué refugio? —pregunta Antigoni.

Le hablo del refugio y de nuestra relación con el lugar.

—Me gustaría mucho conocerlos —dice ella.

—No te preocupes, pronto los conocerás. Y nuestro amigo Zisis, el viejo comunista, enseguida tendrá no uno, sino dos amigos policías.

Fanis aparece en la puerta de la habitación. Hacemos las presentaciones y luego levanta a su hijo en brazos. Katerina se pone de pie.

—Voy a preparar la cena de Lambros.

—Y yo, a poner la mesa —dice Adrianí.

El resto nos trasladamos a la sala de estar. Antigoni sienta a mi nieto en su regazo. El niño no solo no se resiste, sino que además apoya la cabeza en su pecho.

—Veo amor a primera vista —dice Fanis riéndose.

Los ánimos cambian en cuanto aparece Katerina con la cena de mi nieto. Lambros empieza a chillar y a retorcerse.

—¿Qué le pasa? —pregunta Antigoni.

—Es su revolución de todas las noches. Empieza a protestar en cuanto ve su cena porque quiere cenar con nosotros —le explica Katerina—. Pero eso no puede ser, porque se iría a dormir demasiado tarde.

Levanta a Lambros del regazo de Antigoni y lo sienta a la mesa. Antigoni se sienta a su lado.

—Mientras cenas te contaré un cuento —le susurra.

Empieza la narración. Lambros ha vuelto la cara para escucharla y abre y cierra la boca mecánicamente y come. Los demás observamos la escena en silencio para no interrumpirla. Cuando termina la cena, Katerina nos acerca al niño para que le demos las buenas noches y después lo lleva a su habitación.

—¿Puedo ir yo también para terminar el cuento? —suplica Antigoni.

—Claro que sí, aunque no entiendo cómo consigue mi hijo que todo el mundo lo malcríe —comenta Katerina.

Katerina y Antigoni vuelven poco después.

—En cuanto Antigoni ha acabado el cuento, Lambros se ha quedado dormido —explica Katerina y se vuelve hacia Antigoni—: ¿Dónde has aprendido a contar cuentos tan bonitos?

—Lo aprendí de mi abuela. Siempre me contaba un cuento para ayudarme a dormir.

Adrianí aparece con los tomates rellenos y el queso feta. Nos sentamos a la mesa.

—Para nosotros, los tomates rellenos son comida, pero para ti son un certificado —le explico a Antigoni.

—¿Un certificado? —se extraña.

—Sí, acreditan que ya formas parte de la familia. Nosotros certificamos las entradas en la familia con tomates rellenos.

Adrianí le sirve un tomate, un pimiento y un trozo de queso feta. Antigoni empieza a comer con apetito.

—Están exquisitos —declara con la boca llena.

—Antigoni, papá me ha dicho que también estudiaste derecho —le dice Katerina.

—Pues sí. Cuando acabé la Academia de Policía, continué estudiando derecho y me licencié. Me fue muy útil cuando trabajaba en Europol.

—Eso también significa que podría pedirte tu opinión y colaborar juntas en algunos casos —añade Katerina.

—Me encantaría.

—Que se sume Maña —interviene Adrianí—. Una policía con estudios de derecho, una abogada y una psicóloga. El trío perfecto.

—Maña es una amiga íntima de Katerina. Ya la conocerás, y también a Uli, su marido, que es alemán —le explica Fanis.

—Lástima que no podáis incorporar a tu hermana para formar un cuarteto —le digo—. Pero una arqueóloga no entra en la combinación.

—¿Tu hermana es arqueóloga? —le pregunta Katerina.

—Sí, es profesora asociada de arqueología en Atenas.

—Una hija es profesora de arqueología y la otra directora del Departamento de Homicidios. Tus padres deben de estar muy orgullosos de vosotras —dice Fanis.

Antigoni deja el tenedor y estalla en una carcajada tan amarga que más bien parece que esté llorando. Nos la quedamos mirando atónitos.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Adrianí.

—¿He dicho algo que te ha incomodado? —añade Fanis, preocupado.

Antigoni, tras unos segundos, recupera la compostura y nos mira:

—Como me habéis dado un certificado de ingreso en la familia, creo que puedo contaros algo que pocas personas saben. —Hace otra pausa y respira profundamente—. Crecí en una familia en la que mi padre era profesor de historia, mi madre actriz y mi hermana mayor arqueóloga. En mi casa solo se hablaba de intelectuales, de artistas y de la Grecia antigua. Mis padres querían que yo también fuera una intelectual o una artista. En mi habitación no había juguetes, solo libros. Hasta los juguetes que me traía mi abuela desaparecían en cuanto ella se marchaba. Cuando quería invitar a alguna compañera de clase a casa, mis padres tenían que dar antes el visto bueno a su familia. Todos los días, volver del colegio a casa era como ir del paraíso al infierno. Así fue mi vida de pequeña, en primaria, en secundaria y hasta primero de

bachillerato.

Nos mira a cada uno por separado. Nosotros guardamos silencio, desconcertados y sin saber qué decir.

Antigoni continúa. Parece sentirse un poco más aliviada.

—Cuando empecé el bachillerato comenzaron también las presiones para decidir qué iba a estudiar. Una noche, mientras cenábamos, les anuncié que había decidido que quería entrar en la Academia de Policía, que quería ser policía, vaya. No lo dije al tuntún, sino que fue una especie de venganza. En todos los años que viví con mi familia jamás los oí decir una sola palabra buena sobre la policía: pasara lo que pasara, la culpa era de la policía. Aquello fue la gota que colmó el vaso: al principio se quedaron en *shock*, luego se indignaron, y al final empezaron a coaccionarme para que cambiara de opinión, pero yo no cedí. —Toma aliento y prosigue—: Cuando se dieron cuenta de que no cambiaría de parecer, me echaron de casa y me mandaron a vivir con mi abuela. Consideraban que era la vergüenza de la familia, y no querían saber nada de mí. La única con la que mantuve cierto contacto, aunque solo fuera por teléfono, fue mi hermana. Y mi relación con ella ha cambiado gracias a usted, señor Jaritos —me dice.

—¿Gracias a mí? —digo, extrañado.

—Sí. Aquel día en que nos reunimos en su casa. Antes de marcharse, mi hermana me dijo que no teníamos por qué hablar solo por teléfono, que podríamos vernos de vez en cuando. Desde entonces nos hemos visto varias veces. —Vuelve a hacer una pausa y también vuelve a sonreír—. Mi vida cambió gracias a mi abuela. A su lado conocí por primera vez la risa y la alegría. —Se dirige a Adrianí—: Cada vez que nos encontramos, me acuerdo de ella. Era como tú: una persona cálida con un sentido del humor mordaz, y siempre me preparaba las comidas que me gustaban. Mi único problema era conciliar el sueño. En cuanto me acostaba, me invadía el dolor y sentía que me ahogaba. Entonces mi abuela venía a sentarse a mi lado y me contaba un cuento hasta que me dormía. Oí cuentos por primera vez a mis dieciséis años. También fue ella quien me habló del teatro de sombras tradicional. Cuando mi padre le dijo que iría a vivir con ella, lo único que pidió fue el juego de Karaguiosis que me había regalado. Empezó a hablarme de él y de sus personajes, y me fascinó. Como ya sabe, el teatro del Karaguiosis es un teatro de sombras, y yo crecí como una sombra en casa de mis padres; quizás por eso me identifiqué tanto con él. —Respira profundamente antes de continuar—: Antes de morir, puso a mi nombre el piso que tenía en San Eleuterio. Es donde vivo ahora, en una casa llena de recuerdos suyos.

Todos guardamos silencio. La primera en abrir la boca es Adrianí:

—Nos alegramos de que nos hayas contado tu historia, Antigoni —le dice, agradecida—. Ahora que sabemos lo que has sufrido, también sabemos que no necesitabas ningún certificado. Ni Kostas ni yo lo hemos tenido nada fácil en la vida. Pero cuando el sufrimiento no se convierte en una soga al cuello, se transforma en un eslabón que une a las personas. Eso, y no los certificados.

Se levanta de su asiento y se acerca a Antigoni. La abraza por la espalda y le da un beso. Lo mismo hace Katerina.

—Ahora ya no necesitas a mi padre. Intercambiamos teléfonos y nos llamamos para quedar.

—Vendré para enseñarle a Lambros quién es Karaguiosis —responde Antigoni.

Fanis es el tercero en acercársele.

—No sé qué hacer primero: abrazarte o felicitar a mi suegro por su elección.

Soy el último en ir a darle un abrazo.

—Aparte de feliz, también me siento aliviado.

—Aliviado, ¿a santo de qué? —dice mi mujer.

—Aliviado por no tener el mismo apellido ni ser parientes en primer grado. Si no, tendrían que trasladarla a otro departamento, por conflicto de intereses.

MIENTRAS conduzco hacia Jefatura no puedo dejar de pensar en las confidencias de Antigoni de ayer por la noche. Su desahogo fue totalmente inesperado, y nos conmovió la confianza que depositó en nosotros al contarnos el infierno que vivió de niña. Sin querer, lo comparo con mi propia experiencia. Yo no quería quedarme en el pueblo para ser agricultor, así que la única salida era seguir los pasos de mi padre, oficial de carabineros, e ingresar en la policía para tener, además de unos estudios, una cama y una residencia donde dormir de balde. Antigoni entró en la policía para vengarse de sus padres, la salvó su abuela y su carrera en el cuerpo es muy destacable, al menos hasta el momento. Los dos logramos salir de nuestros callejones sin salida y nos hemos encontrado gracias al subdirector, que no tiene ni la menor idea de todo esto.

Mis pensamientos me llevan a Adrianí. Me pregunto si yo habría podido llegar hasta aquí sin su apoyo, o Antigoni sin el apoyo de su abuela. La conclusión es la misma: cuando empiezas tambaleándote, necesitas una muleta que te ayude a mantenerte erguido.

Cuando entro en mi despacho, las preocupaciones que conlleva toda investigación se han desvanecido. Antigoni viene a contarme las novedades. Ojalá no me estropee el buen humor que ella misma ha provocado.

—He tenido una idea un poco loca —dice a modo de introducción—. He enviado a Fotis a que muestre a los padres de Zoe Petrelis la fotografía del tipo que estaba en el bar de Teseion. Pensé que cabía la posibilidad, aunque fuera remota, de que, además de a Melina Gavdís, el tipo también siguiera a Zoe Petrelis. Fotis acaba de llamarme: los padres de Zoe lo han reconocido. Resulta que es un repartidor, y llevaba a su hija los libros que esta compraba a editoriales extranjeras.

—Un dato muy interesante, sí, pero analicémoslo con calma —le digo—. Zoe Petrelis murió estrangulada, no apuñalada. Los asesinos rara vez cambian su *modus operandi*, aunque tampoco podemos descartarlo. Por otro lado, los repartidores circulan en moto, pocas veces disponen de coche. Aunque eso lo averiguaremos en cuanto consigamos sus datos.

—Hay algo más.

—¿Qué? —pregunto.

—La mayoría de las Cariátides han cursado estudios similares, si no los mismos. Es posible que compraran libros de las mismas editoriales y que se los entregara la misma empresa de mensajería. Ya sabemos que Melina Gavdís estuvo en la primera línea de la concentración en Dionisio Areopagita y que ese hombre, el repartidor, estaba entre los agresores. He hablado con

su compañera de piso, le he pedido que esperara y he enviado a Yannis. Estoy esperando a que me diga si ha podido averiguar algo.

—Muy bien pensado. No tengo nada que objetar. Si tu idea se confirma, habremos dado un gran paso. El siguiente será identificar al repartidor.

Antigoni vuelve a su despacho, pero poco después me llama por teléfono.

—La compañera de piso de Melina Gavdís recuerda vagamente haber visto a un repartidor que se parecía al de la foto cuando fue a entregarle un paquete a su amiga. Pero no está segura del todo.

—No importa. Cuando vuelvan Dervísoglu y Kollias, venid a mi despacho para decidir cómo proceder.

Pronto nos encontramos sentados a la mesa de reuniones.

—En este momento —declaro—, tenemos que dejar de lado la investigación del asesinato de Zoe Petrelis. Es prioritario averiguar la identidad del repartidor para poder localizarlo.

—Kula ya está redactando una lista de empresas de mensajería —me informa Antigoni.

—De acuerdo, pero hay un inconveniente. Si empezamos a contactar con las empresas de mensajería, corremos el riesgo de que algún empleado, aunque sea por puro chismorreó, avise al repartidor.

—Sí, ya hemos pensado en eso. Nos limitaremos a localizar a las empresas que reparten libros del extranjero —me dice Askalidis.

—Tal vez en esto puedan ayudarnos las Cariátides, que seguro que utilizan el mismo tipo de libros que interesaban a Melina Gavdís y a Zoe Petrelis —opina Kollias.

—Quizás haya una solución más rápida y más fácil —interviene Antigoni—. Podríamos ir a ver los libros que tenían en su casa las dos víctimas y apartar los extranjeros. Después nos pondremos en contacto con los editores para saber con qué empresa de mensajería envían los libros a Grecia.

—Vale, pero no podemos saber qué libros compraron aquí y cuáles encargaron al extranjero —comenta Dervísoglu.

—Le enseñaré la lista a mi hermana. Seguro que ella sabrá qué libros se pueden encontrar en Atenas y cuáles llegan de fuera —dice Antigoni. Calla y nos mira—: Aun así, hay otro asunto urgente.

—¿Cuál es? —le pregunto.

—Con Anna Kalini, la compañera de piso de Melina Gavdís, apenas hemos hablado. Pienso que deberíamos interrogarla más a fondo.

—Tienes razón. Arréglalo para que venga a Jefatura. —Ella me mira indecisa—. Si tienes algo más que decir, adelante.

—Toda esta búsqueda de las editoriales extranjeras, las empresas de reparto y el listado de los libros extranjeros nos llevará tiempo y nos mantendrá ocupados a todos. ¿Podría encargarse usted de hablar con Kalini?

—Por supuesto. Fijad la hora del encuentro e informadme.

El equipo se marcha para ponerse manos a la obra y yo llamo al subdirector para presentarle mi informe diario. Me escucha sin interrumpirme. Por primera vez en mucho tiempo, no puede disimular su alegría.

—Me parece que hay avances —dice.

—Eso espero —le respondo al tiempo que se me ocurre una idea—: ¿Es posible que el Ministerio de Comercio o el de Transportes tenga un listado de las empresas de mensajería que operan en Grecia? Nos sería muy útil para no tener que redactar el listado nosotros, así ganaríamos tiempo.

—Lo miraré y le avisaré en cuanto lo sepa.

Poco después me llama para decirme que sí hay un listado y que ya ha dispuesto que me lo hagan llegar.

Llamo a Kula y le digo que deje de buscar. Poco después, Stela me avisa de que Anna Kalini ha llegado.

Es alta y delgada, algunos años mayor que Melina Gavdís.

—Me ha avisado la comisaria Ferlekis y he venido enseguida porque tengo un compromiso de trabajo dentro de una hora —anuncia, para que sepa que no dispone de mucho tiempo.

—La he convocado para hacerle algunas preguntas adicionales que podrían facilitar nuestra investigación —le explico—. ¿Le dijo Melina Gavdís que tenía la sospecha o la sensación de que alguien la estaba siguiendo?

—No, nunca dijo nada parecido. Estaba muy excitada con la movilización de las Cariátides. «Por fin hemos decidido levantar la cabeza», decía. Estaba entusiasmada.

—¿Le contó de dónde surgió la idea?

—Sí, de su amiga Sotiría Vekos, que es guía turística. Según me dijo, cuando se enteró de la llegada inminente de los extranjeros, Sotiría empezó a gritar que aquello era una estafa, que solo pretendían explotar económicamente nuestra cultura antigua y que había que hacer algo al respecto. La movilización se organizó a través de contactos personales. Luego, a través de las redes sociales, se les unieron otras mujeres y, una vez constituido el grupo, hicieron la primera manifestación en Dionisio Areopagita.

Hasta aquí la información es precisa y no parece haber nada sospechoso.

—Pasemos a otro tema que nos preocupa —le digo—. Se trata del repartidor. Mis colaboradores me han dicho que lo ha reconocido en las fotografías que le han mostrado.

—Sí. La primera vez que vi la foto me resultó totalmente desconocido. Pero hoy, cuando su colaborador me ha dicho que era un repartidor, he recordado que un día trajo un paquete y, como Melina no estaba en casa, lo recogí yo. De todas maneras, no estoy del todo segura de que se trate de él.

—¿Melina Gavdís compraba libros a menudo? —le pregunto.

—Sí. Los libros extranjeros solían venir de Inglaterra, ya que su inglés era impecable. Pero no solo compraba libros del extranjero, también recibía paquetes de Grecia. Solían ser dossieres con estudios que necesitaba para su doctorado.

—¿Vio alguna otra vez al mensajero al que ha reconocido en la foto?

—No, pero piense que, cuando Melina estaba en casa, le entregaban a ella los paquetes. Yo solo los recogía cuando ella no estaba.

—¿Alguna vez le pareció ver a ese mensajero por la calle o por el barrio? —pregunto.

—No me acuerdo. Pero si lo hubiera visto, no me hubiera fijado en él. Además, si circulaba en moto, seguro que llevaba casco.

No tengo nada más que preguntarle. Le doy las gracias y me despido de ella para no retrasar inútilmente su cita de trabajo.

La verdad es que no esperaba sacar ningún conejo de la chistera. Ahora solo me queda esperar los resultados de la investigación sobre el terreno.

Para consolarme, le digo a Stela que me pida un café. Cuando intento pensar en el caso, veo que Anna Kalini no me ha ofrecido material para una posterior reflexión.

EL LISTADO de las empresas de reparto llega a primera hora de la tarde. Llamo de inmediato a Antigoni.

—Esto nos facilita el trabajo. Volvemos a Jefatura para recoger el listado y contactar con las empresas. Creo que ya no tiene sentido registrar los libros de las víctimas. Además —añade—, hasta el momento no hemos encontrado nada que nos pudiera ser útil.

Sé muy bien qué significa buscar a ciegas. Pierdes el tiempo, pierdes los nervios, y acabas con las manos vacías.

En cambio, a mí no me da tiempo a perder los nervios, porque me llama el subdirector, quien, dependiendo del día, puede ser mi maldición o mi salvación.

—Ha estallado una bomba —anuncia.

—¿Qué bomba? ¿Hay más víctimas? —pregunto, asustado.

—No, la bomba ha estallado con los empresarios. El gabinete de prensa de nuestra embajada en Washington ha informado al Ministerio de Exteriores que los empresarios han anunciado que, en colaboración con uno de esos billonarios obsesionados con el cosmos, están preparando un parque arqueológico en el espacio exterior, donde recrearán la civilización antigua.

—¿Y cómo lo van a hacer? ¿Acaso tienen permiso del Ministerio de Cultura para trasladar las antigüedades? —me extraño.

—No. Han anunciado que crearán reproducciones con la ayuda de la inteligencia artificial.

—En otras palabras, ¡nos han tomado el pelo! —me indigno—. Nos vendieron la moto de la reconstrucción de la polis ateniense y de la promoción de nuestro patrimonio cultural y nosotros les organizamos visitas a los recintos en compañía de arqueólogos. Tomaron buena nota de todo, escucharon a los expertos, y acabarán utilizándolo para crear reproducciones con inteligencia artificial.

—Exacto. ¿Se da cuenta de las polémicas que se desatarán cuando se sepa la noticia? El director quiere que nos reunamos para decidir qué hacer. —Se apresura a tranquilizarme—: No estará el ministro, solo nosotros tres.

—De acuerdo. Voy enseguida.

De todos modos, me digo, los resultados de la investigación en torno al repartidor tardarán en llegar. Subo al Seat y me pongo en marcha. En cuanto llego a la avenida del Mediterráneo comienza el embotellamiento. No hace falta devanarme los sesos para imaginar adónde va toda esa gente: los atenienses cogen el coche hasta para ir a comprar tabaco al quiosco de la esquina.

La única solución para que el tráfico de Atenas sea más fluido no es la construcción de grandes avenidas, sino un confinamiento permanente, como en los tiempos de la pandemia. Al final, no sin respirar hondo varias veces, consigo llegar al ministerio.

El director y el subdirector están charlando animadamente. Sin duda me esperaban antes. Sin más preámbulos, nos sentamos a la mesa de reuniones y vamos al grano.

—Como comprenderán, estallará el escándalo, y el Gobierno será el blanco de todas las críticas. Debemos estar preparados para enfrentarnos a consecuencias inesperadas —nos dice el director.

—¿Ahora también son cosa nuestra las consecuencias políticas? —le pregunta el subdirector.

—Sí, porque comenzarán los ataques de la oposición, que tratará de echar leña al fuego —le explica el director, y después se dirige a mí—: Al final, tenemos que reconocer que las Cariátides tenían razón y que lo han pagado con dos asesinatos. El círculo, por lo tanto, se ensancha, y no atañe solo al Departamento de Homicidios, sino también a todos los cuerpos de seguridad y a las unidades antidisturbios —me explica—. No me extrañaría que mañana convocaran una marcha y una concentración de protesta delante de la embajada estadounidense, y tampoco me sorprendería que alguien me dijera que los asesinos de las dos Cariátides se encuentran entre los manifestantes.

—Le sugiero que llame a Alamanos para que las unidades antidisturbios estén en alerta —me dice el subdirector.

—Me parece bien, pero no es suficiente. Tengo que hablar con Velidis para que esté pendiente de las redes sociales día y noche. No olvidemos que la incitación que ha conducido a los asesinatos de las dos Cariátides se originó en las redes.

—¿Cree que un mismo asesino mató a las dos jóvenes? —me pregunta el subdirector.

—No. Si no se trata de una organización criminal, tiene que haber dos asesinos. También sabemos que el asesino de Melina Gavdís, nuestra primera víctima, estuvo siguiéndola antes de atacarla. Ese no fue el caso con Zoe Petrelis, pero, por supuesto, estaremos más seguros cuando sepamos los movimientos de esta última antes de que la mataran. En estos momentos, nos hemos concentrado en el hombre que cometió el primer crimen. Si lo detenemos, tal vez podamos sacar algo de su interrogatorio.

La reunión concluye y yo emprendo el camino de vuelta a Jefatura. Afortunadamente, hay menos tráfico en la avenida del Mediterráneo y llego sin problemas.

Llamo a Alamanos para que tome medidas por si algunos alborotadores intentan aprovecharse de la situación. Alamanos me asegura que los antidisturbios estarán alerta y que también aumentará la presencia de patrullas motorizadas.

A continuación me pongo en contacto con todas las comisarías de Atenas y les pido que estén alerta en todo momento y que me informen de inmediato si detectan concentraciones o movimientos sospechosos.

Apenas he colgado el teléfono cuando Antigoni irrumpe en mi despacho.

—¡Lo hemos localizado! —exclama, orgullosa—. ¡Incluso sabemos su nombre! Se llama Kosmás Restis. Vive en la calle Várnalis, entre las avenidas de Ajarnón y Dekelías. ¿Lo traemos para interrogarlo?

Consulto mi reloj. Ya son las seis.

—Sí, antes de que llegue a su casa. No podemos descartar que algún colega

«bienintencionado» se haya dado cuenta de que estamos buscándolo y le haya avisado. Si conserva el cuchillo con el que cometió el crimen, seguro que lo tendrá en su casa e irá corriendo a deshacerse de él.

—En estos momentos está trabajando, pero, por si acaso, he enviado a Kollias a vigilar su casa para detenerlo antes de que pueda entrar. Askalidis lo está esperando delante de la empresa. Además, hemos averiguado que circula en una Suzuki. Dervísoglu ha ido a reunirse con el testigo que lo vio alejarse en moto de la calle Safo tras el asesinato para mostrarle la foto de la Suzuki.

—Pues avisa a Kollias y a Askalidis para que lo detengan en cuanto lo vean. Mientras lo interrogamos, los demás registrarán su domicilio junto con la Científica, a ver si encuentran el arma del crimen.

Antigoni se marcha para dar instrucciones. Si tenemos suerte y ese tal Kosmás Restis es, efectivamente, el asesino de Melina Gavdís, habremos resuelto el primer crimen y, al mismo tiempo, estaremos enviando un mensaje a sus posibles imitadores.

Telefoneo a Adrianí para decirle que es posible que hoy me retrase y que no me espere para cenar. Cinco minutos después, me llama Antigoni.

—Kosmás Restis ha pasado por los locales de la empresa de mensajería y Askalidis lo ha detenido a la salida. Antes ha avisado a la comisaría de la zona para que acudiesen varios agentes, listos para intervenir en caso de que el sospechoso se resistiera, así como un coche patrulla para trasladarlo.

—Muy bien. Solicita una orden judicial para registrar la vivienda y avisa a la Científica. Que vayan con un cerrajero.

Si encontramos el arma, todo irá sobre ruedas. Si no, necesitaremos más pruebas para poner a Restis a disposición del juez de instrucción, acusado de asesinato.

Antigoni me llama poco después para comunicarme que Restis ya está en Jefatura.

—He decidido que vamos a esperar a conocer los resultados del registro de su vivienda antes de interrogarlo —me dice.

—De acuerdo. Yo estaré aquí. Avísame si me necesitas.

Es la primera vez que no estaré presente en el interrogatorio de un sospechoso de asesinato y, para ser sincero, me duele. Sin embargo, debo limitarme a supervisar el trabajo de otros, como corresponde a mi nuevo cargo. Pronto, Antigoni me levanta el ánimo con una buena noticia:

—En la vivienda de Restis hemos encontrado un pasamontañas y un cuchillo que podría ser el arma del crimen. La Científica los ha llevado al laboratorio para analizarlos. Enseguida procederé a interrogarlo.

Si han encontrado un pasamontañas, es muy posible que el cuchillo sea el arma del crimen. No creo que el interrogatorio se alargue demasiado. Pero resulta que me equivoco. De repente me llama Kula:

—Creo que debería venir a la sala de interrogatorios.

—¿Por qué? ¿Ha surgido algo nuevo?

—No, pero me temo que corremos el riesgo de que el sospechoso se libre.

Bajo inmediatamente a la sala de interrogatorios. Todos están mirando a Restis y nadie se da cuenta de mi llegada, excepto Kula.

De pronto descubro a una Antigoni que me deja boquiabierto. Está roja como un tomate y

fuera de sí.

—El interrogatorio lo llevo yo y tú contestarás a mis preguntas, ¿te enteras? —le grita a Restis.

—No contesto a mujeres —dice el detenido.

Antigoni se pone de pie de un salto y le apunta con el dedo.

—Tú no decides quién te interroga. Yo hago las preguntas y tú contestas. Y si te niegas, te enviaré al juez de instrucción sin confesión y eso complicará todavía más tu situación, que no te quepa duda.

Doy un paso adelante y Antigoni me ve. Sorprendida, intenta recuperar la sangre fría.

—El sospechoso se niega a contestar a las preguntas porque soy mujer —me explica con voz temblorosa.

—Ve a tu despacho a tranquilizarte, yo me hago cargo del interrogatorio —le digo.

Antigoni se levanta y se marcha. La expresión de su cara delata que se ha venido abajo. Los demás, desconcertados, observan la escena en silencio.

Me siento en la silla que ocupaba Antigoni. Como de costumbre, Kula está lista para transcribir el interrogatorio. Sentado frente a Kollias y a Askalidis se encuentra Restis, un tipo casi cincuentón, con bigote, que dirige su mirada hacia mí.

—¿Puedes explicar por qué estabas junto a la mesa de Melina Gavdís en el bar de Teseion poco antes de su asesinato? ¿Acaso la estabas siguiendo? —le pregunto para empezar.

—Tenemos una fotografía —añade Askalidis— en la que se te ve sentado en la mesa de al lado de Melina Gavdís y sus acompañantes. El camarero que servía las copas nos dijo que tú te fuiste antes, en cuanto el grupo pidió una segunda ronda. Es obvio que te fuiste antes para esperarla delante de su casa y atacarla.

Restis reflexiona, buscando la manera de escabullirse.

—Solo contestaré en presencia de mi abogado.

—Primero no contestas a mujeres y ahora no lo haces sin un abogado —ironiza Kollias.

—Estás en tu derecho —le explico—. Aunque la pregunta que te hará el juez instructor es por qué se encontraban en tu casa el pasamontañas que llevaba el asesino de Melina Gavdís y el cuchillo que la mató.

Restis no se esperaba esto y se queda desconcertado. Guarda silencio un rato y luego se dirige a mí:

—¿Habéis registrado mi casa?

—Sí, con una orden judicial —le responde Kollias.

—Además, un conductor que te vio huir de la calle Safo inmediatamente después del asesinato ha reconocido tu moto —oigo una voz detrás de mí. Es Dervísoglu, que acaba de llegar.

Restis calla de nuevo, aunque en esta ocasión su expresión delata que está buscando argumentos para rebatir la acusación.

—En Atenas hay cientos de motos como la mía —afirma finalmente mirando a Dervísoglu.

Es una de las raras ocasiones en que Kula toma la palabra en un interrogatorio:

—Aparte de todo esto, hay testigos que te vieron atacar e increpar a las jóvenes que se manifestaban en Dionisio Areopagita.

Restis acusa los golpes que le caen, uno tras otro, y pierde los estribos.

—¡Esas cotorras echaron a los extranjeros con sus protestas! Si se hubieran quedado, ¿sabe cuánto habría aumentado el sueldo de algunos de nosotros, que repartimos sobres y paquetes y cobramos por entrega? Por eso fuimos a manifestarnos. Pero eso no significa que yo matara a esa tal... ¿cómo se llamaba? —sigue dirigiéndose a mí y haciendo caso omiso a Kula.

—Todo esto se lo cuentas al juez —le contesto, tajante.

Askalidis llama a los guardias para que se lleven a Restis al calabozo.

—¿Tenemos ya los resultados del laboratorio? —pregunto a mis antiguos agentes.

—Dimitríu está analizando el pasamontañas y el cuchillo en busca de rastros genéticos —me dice Kollias—. Está casi seguro de que se trata del arma del crimen, pero quiere cotejar resultados con el Departamento Forense.

—Hemos mandado la moto de Restis al laboratorio de la Científica —continúa Askalidis.

—Bien. Una vez que tengáis los resultados, ponedlo a disposición del juez de instrucción. Sobre todo, que no haya errores de procedimiento. —Hago una pausa porque ha llegado el momento de la pregunta crucial—. Lo que ha pasado con Antigoni, ¿ha ocurrido antes estando de servicio? —inquiero.

Ellos intercambian miradas, incómodos. Después miran todos a Kula. Ella guarda silencio, buscando la manera más correcta de hablarme.

—Antigoni es una superior muy competente y una compañera excelente —empieza, a modo de introducción—. Pero tiene un problema. A veces, si no estamos de acuerdo con ella o expresamos una opinión distinta a la suya, pierde los nervios y empieza a gritar. Dice que es ella la que decide y que solo rinde cuentas ante usted, su superior. Nosotros tenemos que hacer lo que ella nos diga, sin objeciones. Todo esto no lo dice tranquilamente, sino hecha una furia. Después nos deja y se encierra en su despacho. Cuando vuelve a salir, está deshecha. Nos pide perdón y vuelve a ser la Antigoni de siempre.

—¿Ocurre a menudo?

—No diría que a menudo, pero ha sucedido unas cuantas veces y nos supone un problema a todos.

—Habéis hecho muy bien en contármelo. Lo que ha sucedido hoy es la excusa ideal para que hable con ella.

—En todo caso, no creo que sea abuso de poder. Diría que es más un problema psicológico —comenta Kollias.

—También podría ser inseguridad —añade Askalidis—. Su primer caso la ha puesto a prueba desde el principio.

Cuando subo a mi despacho, recuerdo lo que Antigoni nos contó sobre su vida. A la presión familiar se le añadió la opresión que experimentó como mujer en los diferentes destinos donde sirvió. Ahora que es jefa, todo eso ha salido a la superficie. El homicidio de dos mujeres, su primer caso en Homicidios, ha sido la guinda del pastel.

Consulto mi reloj. Son casi las diez de la noche. No es momento para hablar de temas personales. Prefiero volver a casa y dejar para mañana la conversación con Antigoni.

AYER por la noche, Adrianí me calentó los tomates rellenos que habían sobrado de la cena de la víspera. Eran más de las diez y, para evitar una indigestión, solo me comí un tomate.

Mientras cenaba, Adrianí fue contándome cómo iba todo en casa de mi hija:

—Katerina está agotada pero feliz de volver a trabajar con normalidad. Fanis está más tranquilo, se han acabado los colapsos en el hospital. Y el niño también está más relajado. Además, ahora tiene el refugio, que es su guardería particular.

Las noticias agradables de mi mujer siempre me sientan bien y ahuyentan el insomnio.

Hoy no puedo dejar de pensar en la conversación que debo tener con Antigoni. Me limito a pedir un café sin el cruasán y le digo a Stela que la llame para que venga a mi despacho.

La que aparece en mi despacho es una Antigoni distinta. Ni buenos días ni sonrisa afectuosa. Es evidente que ha pasado la noche en blanco. Se sienta en la silla frente a mi escritorio, aunque con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué pasó ayer? ¿Por qué estallaste de ese modo mientras interrogabas al sospechoso? —le pregunto tranquilamente.

Ella no responde enseguida, pero se vuelve para mirarme.

—Oírle decir que no respondería a mis preguntas porque era una mujer me sacó de mis casillas. Resulta que él mata a mujeres pero no habla con ellas. —Hace otra pausa y mueve la cabeza en un gesto de fatalidad—. Estoy pagando mi falta de experiencia. Debería haberle pedido a usted que le interrogara, o que lo supervisara e interviniera si Restis se descontrolaba.

—Tienes una excusa. Por desgracia, tu primer caso te ha obligado a nadar en aguas profundas.

—Le agradezco su comprensión, pero, lamentablemente, eso no resuelve mi problema.

—¿Ha habido más estallidos como ese? —pregunto, sin concretar.

—Sí, los ha habido con mi equipo, durante el trabajo —se sincera.

—¿Y cómo los afrontas?

—Cuando me doy cuenta de que pierdo el control, me encierro en mi despacho hasta que me calmo.

—Tendrás que aprender a controlar estos estallidos de ira. Envenenan la relación con tus agentes. Pero podría ser peor: si se corre la voz y empiezan las habladurías, o si en algún momento te enfadas con compañeros de otros departamentos, tu carrera se resentirá.

Ella me mira en silencio.

—Usted conoce la historia de mi vida, señor Jaritos. Lo que no sabe, y lo que ni yo misma sabía hasta hace poco, son los traumas que me ha dejado la relación con mis padres. Mientras ocupaba puestos como subalterna, los traumas estaban dormidos. Ahora se han despertado y han aflorado. Debo encontrar la manera de hacerles frente. —Después me pregunta—: ¿Se acuerda de lo que le dije la primera vez que nos vimos?

—Dijimos muchas cosas. ¿A cuál de ellas te refieres, exactamente?

—Le dije que, si no estaba a la altura, yo misma solicitaría mi traslado.

—No hace falta que solicites un traslado. Hasta ahora has desempeñado muy bien tu trabajo, has tenido muy poco tiempo para aclimatarte, y encima es un caso muy duro. Tu único problema es encontrar la manera de dominar tus explosiones. —Callo y la miro—: ¿Crees que a mí me resultó fácil deshacerme de los modales autoritarios de mi padre?

—Lo intentaré, y creo que encontraré la manera —asegura, y se levanta. Me dedica la primera sonrisa cálida del día—. Gracias por ser tan comprensivo y por el apoyo que me brinda, señor Jaritos.

Se va con la moral más alta. Justo cuando me dispongo a disfrutar de mi café, entra Velidis como una bala.

—Las Cariátides han vuelto —anuncia cuando apenas he dado el primer sorbo.

—¿Qué quieres decir?

—Han publicado un nuevo texto.

Me deja la publicación impresa sobre mi escritorio.

Nos hemos visto vindicadas, pese a que hemos tenido que pagar un precio muy alto: el asesinato de dos compañeras de lucha muy queridas.

Los empresarios, a quienes recibimos con los brazos abiertos, han revelado sus verdaderas intenciones. Pretendían aprovecharse de nuestra megalomanía para apoderarse de lo que necesitaban para sus proyectos. El resto, todo eso de la reconstrucción de la antigua polis ateniense, no eran más que pamplinas y cortinas de humo.

Ya lo dijimos en nuestra anterior declaración: quieren convertir nuestra civilización antigua en un producto industrial. Aquellos que celebraron el triunfo de nuestra «industria esencial» no pensaron que los productos industriales ya pueden producirse con inteligencia artificial.

Algunos nos llamaron sinvergüenzas y otros cotorras. No somos sinvergüenzas, pero sí cotorras, porque las cotorras no callan y nosotras no callamos y denunciemos las verdaderas intenciones de aquellos buitres.

Las cariátides

Vuelvo a leer el texto. Entiendo su dolor y su necesidad de reivindicarse, pero me preocupa que la publicación caldee el ambiente. A quien mata por rabia o por odio le importa poco que su víctima tenga razón o no. Mata para liberar su ira.

Dejo de darle vueltas a eso cuando llegan los de Homicidios. Veo en todos una gran sonrisa.

—¿Qué hay? —les pregunto.

—Todo resuelto, señor —anuncia Antigoni triunfalmente—. La Científica y el forense no tienen la menor duda de que el cuchillo que encontramos en casa de Restis es el arma homicida. Además, la Científica ha hallado en el casco de la moto residuos del pasamontañas. Estamos

redactando el atestado para enviar a Restis ante el juez.

—Antes, volved a interrogarlo. Hay que averiguar si también está implicado en el asesinato de Zoe Petrelis.

—Ya lo hemos hecho. Según ha declarado, la noche del asesinato de Zoe Petrelis había ido a visitar a su madre, que vive en Tríkala. Estamos pendientes de que la comisaría de Tríkala corrobore su coartada —contesta Askalidis.

—Si dice la verdad, hay dos asesinos. Reanuda ahora mismo la investigación del asesinato de Zoe Petrelis —les digo.

A continuación llamo al subdirector:

—¡Por fin un éxito! —grita entusiasmado y continúa—: ¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta?

—Claro, dígame.

—¿Fue usted quien resolvió el enigma o fue la comisaria Ferlekis?

—La comisaria y el Departamento de Homicidios. Yo solo los supervisé, como siempre.

—Me alegro de no haberme equivocado en mi elección. Enviaré enseguida la noticia a los medios de comunicación.

Ojalá también tengamos suerte con el asesinato de Zoe Petrelis, pienso. Como no tengo nada urgente entre manos, llamo a Velidis para preguntar si ha localizado publicaciones que nos puedan interesar.

—Las hay, pero ya te digo yo que no te interesan —me contesta—. Los que hasta ahora despotricaban contra las Cariátides ahora despotrican contra los extranjeros, eso es todo.

Poco después aparece Antigoni para informarme de que han confirmado la coartada de Restis para la noche del asesinato de Zoe Petrelis. En Tríkala salió a cenar con unos amigos.

—Decididamente, hay otro asesino —comento.

—Sí, pero he pensado que no tiene sentido volver a hablar con las Cariátides. Ya nos han contado todo lo que sabían. Tenemos que abordar el caso desde otro punto de vista —me responde Antigoni.

—¿Otro punto de vista?

—Sí. Hay que hablar con el personal de la Acrópolis y con los guías turísticos que cubren el antiguo teatro de Dionisio, y preguntarles si vieron a una o más personas merodeando alrededor del teatro. Es muy posible que el asesino inspeccionara la zona para decidir dónde iba a dejar el cadáver de la víctima. He llamado a Sotiría Vekos, que está en Micenas con un grupo. Me ha facilitado los nombres de los guías turísticos que suelen trabajar en las inmediaciones del antiguo teatro.

—Estoy de acuerdo. Seguro que inspeccionaron la zona durante el día, para no tener que buscar el lugar adecuado a oscuras.

Antigoni se dispone a levantarse cuando un vocerío inesperado en la sala de espera la detiene.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Prepárate —le digo, porque caigo en la cuenta de que han llegado los periodistas.

Abro la puerta. Por suerte, solo hay tres: la alta y enclenque, Merikas y el joven de la camiseta. Parece que los demás no han leído todavía la nota de prensa que ha enviado el subdirector. Al verlos, Antigoni se levanta, pero le hago señas para que se quede.

—Acabamos de recibir la noticia de que han detenido al asesino de la primera víctima —me dice Merikas—. Hemos venido para que nos dé detalles de sus motivaciones y de cómo se ha producido su detención.

—Antes quisiera presentaros a la nueva jefa del Departamento de Homicidios, la comisaria Antigoni Ferlekis. Ella ha llevado la investigación y, por lo tanto, es la persona adecuada para responder a vuestras preguntas. A partir de hoy, os dirigiréis a la comisaria Ferlekis para cualquier información que podáis necesitar.

Las miradas se vuelven hacia Antigoni. Son miradas de sorpresa, pero la alta y enclenque le dedica además una sonrisa. Merikas repite la pregunta que me ha hecho a mí.

Antigoni empieza revelándoles la identidad del asesino.

—El asesino se llama Kosmás Restis. Trabaja como repartidor en una empresa de mensajería. Hemos constatado que hacía entregas de libros extranjeros a algunas de las Cariátides.

—¿Por qué sospechasteis de él? —le pregunta el joven de la camiseta.

Antigoni le habla de la concentración en Dionisio Areopagita y, después, de la presencia de Restis en el bar de Teseion la noche del crimen.

—En el registro de su vivienda hemos encontrado el cuchillo con el que cometió el crimen, el pasamontañas que llevaba cuando mató a Melina Gavdís y restos del pasamontañas en el casco de su moto.

—¿Les ha explicado por qué mató a la Cariátide? —le pregunta Merikas.

—Las pruebas son tan incriminatorias que no necesitamos su confesión —le responde Antigoni—. Solo declaró que las Cariátides han impedido que los empresarios extranjeros se establecieran en Grecia, y que eso tiene repercusiones en sus ingresos, porque cobra por entrega y los repartos habrían aumentado si los extranjeros se hubieran quedado en el país.

—Quiero hacerle una pregunta que no está directamente relacionada con el crimen —le dice la alta y enclenque—. ¿Cómo se sintió usted, una mujer policía, cuando se hizo cargo de la investigación de un posible feminicidio?

—Soy la directora del Departamento de Homicidios. Nuestra función consiste en esclarecer los crímenes y detener a los culpables. No importa si las víctimas son hombres o mujeres. Nuestra misión, repito, es detener a los asesinos —le responde Antigoni.

Admiro lo acertado de su respuesta y deseo que consiga controlar sus estallidos de ira, porque sería una lástima que una mente tan clara viera su carrera perjudicada por culpa de su temperamento.

Los periodistas no tienen más preguntas y se van. Antigoni suelta un suspiro de alivio.

—A partir de ahora, tú te encargarás de informar a los medios —le advierto—. Por suerte, yo voy a librarme de eso. Te aconsejo, además, que para ellos seas siempre la comisaria Ferlekis. Si permites familiaridades, te comerán viva.

—Esta parte de mis obligaciones no me entusiasma demasiado —declara ella con sinceridad.

—Lo sé. Los periodistas llevan años dándome la matraca... Me alegro de habérmelos quitado de encima.

Ella me sonríe y sale de mi despacho. Nos espera un nuevo embrollo con la investigación del asesino de Zoe Petrelis.

Empiezo a mentalizarme para entrar en un nuevo compás de espera cuando me llama

Alamanos.

—En la plaza Síntagma hay una protesta contra los estadounidenses —anuncia.

—¿Quiénes protestan?

—Un grupo de hombres y mujeres, de entre cuarenta y cincuenta años. No espero altercados. Por suerte, no son muchos, una cincuentena, tirando alto. En el peor de los casos, se dirigirán hacia la embajada estadounidense; será más un paseo que otra cosa. Aunque llevan una pancarta divertida.

—¿Qué dice? —pregunto curioso.

—«Cuando los yanquis no nos venden armas, roban los arcos y las lanzas de nuestros antepasados.»

La manifestación tiene algo bueno. Justifica y blindo a las Cariátides.

LA CONCENTRACIÓN en la plaza Síntagma ha transcurrido tal como preveía Alamanos. Han marchado hacia la embajada de Estados Unidos, han coreado algunas consignas y luego se han ido a tomar un café. No ha habido altercados. Solo han salido malparados los conductores: la avenida Reina Sofía ha estado horas bloqueada y todos buscaban desesperadamente una salida. En Grecia, unos montan el espectáculo y otros pagan la función.

Por la tarde me llama Adrianí para decirme que esta noche estamos invitados a cenar en casa de Maña y de Uli.

—Cocina Uli —anuncia.

La pareja vive en la calle Kostís Palamás, cerca de la plaza de la Libertad, en Nuevo Psijikó. Quedamos en que la pasaré a recoger a las siete.

Llego a la calle Azanasías poco antes de la hora convenida. Katerina pasará por el hospital con el niño para recoger a Fanis, y nos encontraremos todos allí.

El embotellamiento se ha trasladado a la avenida Kifisiás y avanzamos centímetro a centímetro hasta llegar a Kostís Palamás, donde nos recibe Maña. El resto de la familia aún no ha llegado, no hay nadie en la sala de estar. Evidentemente, Uli está ocupado en la cocina.

Al cabo de poco, aparecen Katerina con Fanis y el comediante de la familia, que es mi nieto. Maña lo coge en brazos para llevarlo a ver a Uli.

—Está pasando por un periodo de inmersión en la cocina —nos dice riéndose—. Cuando nos conocimos, de vacaciones en la playa, poco imaginaba que Uli pasaría de zambullirse en el mar a zambullirse en las cacerolas.

Vuelve poco después, deja a Lambros en el suelo y empieza a poner la mesa. Hasta que nuestros anfitriones se unan a nosotros y podamos charlar tranquilamente, observamos en silencio los juegos de mi nieto.

Uli deja una fuente en la mesa y viene a saludarnos.

—Perdonadme que no haya salido a recibirlos, estaba en la cocina.

—La comida es griega, pero la cortesía, alemana —comenta Maña—. Si Uli no fuera mi marido, ya habría hecho un estudio sobre el desdoblamiento de personalidad que sería todo un éxito.

Nos sentamos a la mesa entre risas. Miro los platos sorprendido. Uli ha preparado, como ya sabíamos, cebada con marisco. Pero también ha hecho puré de guisantes secos con cebolletas picadas y remolacha.

—Uli, ¿has hecho *fava*? —le pregunta Adrianí, que no sale de su asombro.

—Se me ocurrió también hacer salsa *skordalia* para acompañar la remolacha, pero el ajo no pega con la cebada —le explica Uli.

—¿Sabes hacer *skordalia*? —le pregunta Fanis.

—¿Qué os decía el otro día? Si abriéramos un restaurante griego en Alemania, nos haríamos de oro —interviene Maña.

—Jamás aceptaría, por una sencilla razón: no quiero humillarte —le responde Uli.

—¿Humillarme? —se sorprende Maña.

—Sí. De abrir un restaurante, yo sería el cocinero. ¿Y qué serías tú? ¿La camarera?

—La cajera —contesta Maña sin vacilación—. Me sentaría detrás de la caja, la vería llenarse noche tras noche y a disfrutar.

Empezamos a cenar de buen humor. La comida está muy sabrosa y a Uli le llueven las felicitaciones. Pero el que más disfruta es nuestro nieto, porque cena en compañía. De vez en cuando emite un gruñido y señala una de las fuentes para que le sirvan más.

—Veo que te gusta más que la comida de casa, ¿eh? —bromea Katerina mientras vuelve a llenarle el plato.

—Uli, eres un gran cocinero —declara Adrianí con entusiasmo—. Raras veces he probado platos tan deliciosos. Te felicito.

—Ahora que te has ganado la aprobación de Adrianí, incluso podrás dedicarte a dar clases de cocina —le dice Maña. Después se vuelve hacia mí, cambiando de tema—: He leído que habéis detenido al asesino de una de las Cariátides.

—Sí. Era un repartidor que trabajaba en una empresa de mensajería.

—¡Un repartidor! ¿Qué relación puede tener un repartidor con una Cariátide para que llegue al extremo de matarla? —se extraña Katerina.

—Dijo que, si se hubieran quedado los extranjeros, las empresas de reparto habrían tenido más trabajo y él habría ganado más, puesto que cobra por entrega. —De repente, se me ocurre una idea y me dirijo a Maña—: Tú que eres psicóloga, ¿puedes explicarme por qué una persona ataca y mata a una mujer con un pretexto tan ridículo?

Maña sonríe.

—Te daré una explicación simple, no científica, Kostas. Lo vemos a diario en el ámbito geopolítico. Los estados poderosos no dudan en usar su superioridad militar para atacar a los estados más débiles, a menudo con pretextos ridículos. Sin embargo, cuando el adversario es igual de poderoso, recurren a la diplomacia y tratan de negociar, conscientes de que no les resultará fácil ganar. Este patrón se refleja también en la sociedad. Los hombres hacen alarde de poder, mientras que las mujeres, consideradas eslabones débiles, se convierten en víctimas fáciles con las que demostrar ese poder.

—Hay algo más —interviene Uli.

—¿Sí? —se interesa Fanis.

—Las redes sociales. Yo, que me paso los días delante del ordenador, observo cómo el nivel va bajando día tras día. Ya no hay argumentos y lo único que queda es... —se detiene y le dice a Maña una palabra en alemán.

—El insulto —traduce ella.

—Lo único que queda es el insulto y la agresividad. Solo así consiguen llamar la atención.

—Estoy de acuerdo contigo —intervengo—. Antes de los asesinatos de las Cariátides, en las redes sociales hubo un alud de comentarios insultantes y ofensivos, incluso por parte de profesores universitarios.

—Lástima que Antigoni no esté aquí para escuchar esta conversación —dice Katerina.

—¿Quién es Antigoni? —pregunta Maña.

Katerina le explica quién es.

—Es encantadora, y muy inteligente. Ya quedaremos un día para que la conozcáis.

—Podríamos salir todos juntos una noche e ir a aquella taberna especializada en pescado que tanto le gusta a Kostas —propone Adrianí.

—Creo que no sería conveniente —le contesto.

—¿Por qué? —se extraña mi mujer.

—Porque si alguien se entera de que el director de la policía del Ática y su familia están cenando con una subordinada, se correrá la voz y seremos la comidilla del día en Jefatura. En los cuerpos de Seguridad, basta una chispa para que empiecen los cotilleos y las pullas, y después cuesta mucho atajarlos.

—De acuerdo, lo hacemos de otra manera —propone Adrianí, que nunca se rinde—. Nos reuniremos todos en el refugio y cocinará Uli. Ya os imagináis la que se montará cuando los residentes cenén comida griega preparada por un alemán.

Seguimos cenando en buena armonía. Mi nieto, sin embargo, está a punto de caer rendido. Ha cenado mucho y, además, es tarde.

Katerina lo acuesta en el sofá para que podamos quedarnos un rato más, pero nadie quiere que Lambros lo pase mal, así que enseguida nos despedimos, felicitando una vez más a Uli por su deliciosa cena.

—TENEMOS nuevos datos que podrían conducirnos a alguna parte —me anuncia Antigoni al día siguiente, como si quisiera prolongar mi buen humor de la víspera.

—¿De qué datos se trata?

—Uno de los guías turísticos nos comentó ayer que, tras acompañar a un grupo que visitó el teatro antiguo, vio a tres hombres charlando en el bosquecillo y, más importante aún, precisamente en el mismo punto donde encontramos el cuerpo de Zoe Petrelis.

—¿Os los pudo describir, aunque fuera a grandes rasgos?

—Solo nos dijo que dos de ellos eran jóvenes, en torno a los treinta. El tercero parecía mayor.

—¿Vio, por casualidad, algún coche? —pregunto.

—No. No vio ningún coche a lo largo del recorrido que hizo con los turistas.

—Si eran los agresores, debieron de aparcar el coche y fueron a examinar los accesos al bosquecillo para elegir el lugar apropiado donde dejar el cadáver —deduzco.

—Hemos empezado a peinar los cafés cercanos a la zona de la Acrópolis y el Teseion, por si los vio algún camarero.

—Bien hecho, aunque no es suficiente. Tenéis que investigar los aparcamientos de la zona. Es muy posible que dejaran el coche en un parking y que algún empleado los viera cuando lo dejaron o cuando se marcharon —le explico.

—Tiene razón —responde, y enseguida llama a Kula para que avise a los tres que están investigando. Después se dirige a mí otra vez—: Hay una cosa que me da que pensar.

—Te escucho.

—No hacían falta tres hombres para estrangular a Zoe Petrelis. Bastaría con dos: el conductor del coche y el ejecutor. La existencia de un tercer hombre me hace sospechar que se trató de un asesinato por encargo: uno dio la orden y dos sicarios la ejecutaron.

—Puede que tengas razón —reconozco—. Ponte en contacto con el equipo y diles que, en cuanto localicen el parking, pregunten quién conducía el coche, si el de mayor edad o uno de los más jóvenes. Si tu hipótesis resulta acertada, no podemos descartar que el hombre mayor fuera el que dio la orden y los dos más jóvenes los sicarios. Claro que también podría ser que la orden procediera de otra persona, que se mantendría en las sombras.

Antigoni se marcha para coordinar la investigación. La posibilidad de que el asesinato de Zoe

Petrelis sea obra de unos matones a sueldo me preocupa. Primero, porque nos costará más identificar al que encargó el asesinato. Y, segundo, porque los profesionales saben cómo borrar sus huellas y desaparecer.

Decido no darle vueltas al asunto inútilmente y esperar a los resultados de la investigación.

Es la primera vez en muchos días que la espera no se ve interrumpida por una llamada telefónica. Parece que todo el mundo está ocupado con el asesino de Melina Gavdís y, por el momento, han olvidado que tenemos un segundo crimen por esclarecer.

Pasa una hora, más o menos, antes de que el equipo aparezca en mi despacho. Nos sentamos a la mesa de reuniones. Estoy expectante. Ojalá aporten datos que nos allanen el camino.

—Su idea ha resultado ser acertada. Dejaron el coche en un parking —me dice Antigoni.

—El empleado del parking los vio cuando fueron a recoger el coche para irse —continúa Kollias—. Era un Volkswagen. Las edades coinciden con las que describió el guía turístico.

—¿Quién conducía?

—El mayor. Según el empleado del parking, debía de tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años.

—Estupendas noticias. Ahora sabemos qué coche conducían y la edad de los sospechosos —afirmo, satisfecho.

—Sí, pero hay más —me dice Antigoni mirando a Askalidis, que toma la palabra.

—El hombre mayor era griego. Los otros dos eran extranjeros y les costaba hablar en griego. Entre ellos hablaban una lengua totalmente desconocida. El empleado nos ha dicho que, si fuera una de las lenguas que hablan los turistas extranjeros, la habría reconocido aunque no la entendiera. Esta, en cambio, no le sonaba de nada.

—Por lo tanto, es muy probable que a Zoe Petrelis la asesinaran unos sicarios extranjeros —les digo—. Ahora bien, nos resultará difícil averiguar su país de procedencia, no disponemos de ningún dato ni sabemos en qué lengua hablaban entre sí. Os aconsejo que centréis la investigación en la identificación de su jefe, el griego.

—De acuerdo, pero el asesinato por estrangulamiento no encaja con el *modus operandi* de los profesionales —objeta Dervísoglu.

—No podemos descartar que fuera elección del jefe —opino—. Quizás quería que el cuerpo de Zoe Petrelis quedara intacto, para poder atarlo al árbol y engancharle el manifiesto que él mismo habría redactado.

—Empezaremos por el jefe, aunque mucho me temo que a él tampoco nos será fácil identificarlo —dice Antigoni.

—Lo sé. En mi opinión, deberíais volver a interrogar a los padres de Zoe Petrelis y hablar con las Cariátides, sobre todo con las que eran amigas de la víctima.

—Hay algo más que hemos pasado por alto —indica Antigoni.

—¿El qué?

—No hemos interrogado a ninguno de los arqueólogos que acompañaron a los empresarios extranjeros al templo de Poseidón y luego al Peloponeso. Quizás aporten información.

—Tienes razón, nos hemos despistado —reconozco—. Dejad el círculo de amigos y familiares de Zoe Petrelis para más adelante, los arqueólogos tienen prioridad.

—Podemos llevar a cabo las dos investigaciones al mismo tiempo —me explica Antigoni—. Fotis, Zanos y Yannis se ocuparán de los familiares y amigos, mientras yo me ocupo de los

arqueólogos.

Me enfado conmigo mismo por no haber pensado antes que debíamos interrogar a los acompañantes de los empresarios. Sin embargo, tengo que tomármelo con filosofía, porque preveo que la investigación llevará su tiempo. Pero me equivoco. Apenas ha pasado una hora cuando Antigoni vuelve a mi despacho.

—Por suerte, mi hermana no estaba dando clase —anuncia con alegría—. Conoce a los tres arqueólogos que acompañaron a los extranjeros y, con su ayuda, he podido contactar con ellos por teléfono. Los tres me han dicho que un griego los acompañó en todos los desplazamientos y visitas de los extranjeros a los recintos arqueológicos. Siempre se mantenía al margen y apenas participaba en las conversaciones. Ninguno de los tres sabe su apellido porque los extranjeros le llamaban simplemente «Stavros». Además, coinciden en que debía de rondar los cuarenta años —añade con una mirada insinuante.

—¿Un cuarentón?

—Exacto. En un momento dado, uno de los arqueólogos le preguntó qué relación tenía con los extranjeros y él contestó que era su enlace y su coordinador en Grecia, y que iba a ayudarlos con los trámites para su establecimiento en el país.

—Esta información es realmente interesante...

—Hay más —me dice Antigoni con una sonrisa—. Cuando los empresarios extranjeros se enteraron de las protestas en Eubea, mandaron al tal Stavros a estudiar la situación e informarles.

—Me parece que hemos encontrado el cabo suelto. La cuestión es cómo averiguar el apellido de Stavros.

—Nuestra única esperanza es el hotel Gran Bretaña, donde se hospedaron los extranjeros. Ya he mandado a Kollias a interrogar al personal de recepción.

—Si averiguamos su apellido, también podremos localizar el coche. Estoy prácticamente seguro de que el vehículo que dejaron en el parking es del cuarentón. Si el coche de ese Stavros es un Volkswagen, se trata de la misma persona.

—Ojalá tengamos suerte y alguien de recepción sepa o pueda recordar su nombre —dice Antigoni.

—En todas las investigaciones hace falta un poco de suerte. Aunque esta aparece cuando se sabe dónde y cómo buscar —le explico.

Antigoni se levanta para volver a su despacho, pero la entrada de Kollias la detiene.

—¿Traes algo para alegrarnos el día? —le pregunta.

—Dos empleados de la recepción se han acordado de un hombre que solía verse con los extranjeros. Pero no están seguros del apellido. Uno cree que se llama Terkidis y otro Terlekis.

—Investigad ambas posibilidades, a ver si localizamos al propietario del Volkswagen, sea con un apellido o con el otro —les digo.

Nos interrumpe la entrada de Stela en el despacho.

—Tengo al teléfono al jefe de la comisaría de Marusi. Ha llamado para informar de que han encontrado a una mujer muerta en un piso de la calle Dimitrios Ralis, número 34.

—Pásame la llamada, quiero hablar con él.

Mientras espero la conexión informo a Antigoni.

—Espero que no se trate de otra Cariátide —susurra.

Stela me pasa la llamada.

—He creído necesario informarle, señor director —dice el hombre—, porque mucho me temo que se trata de un asesinato.

—¿Por qué lo dice? —le pregunto.

—Se lo cuento desde el principio. La muerta se llama Zeta Kalkanis. Trabajaba en las oficinas de una empresa, pero hoy no se ha presentado en su puesto de trabajo. La han llamado desde la empresa, pero no ha contestado ni al móvil ni al fijo de su casa. Un compañero de trabajo ha ido a su casa para ver qué pasaba y al llamar a la puerta no le ha abierto nadie. Entonces ha hablado con los vecinos del piso contiguo, y estos nos han avisado. Cuando hemos entrado en la vivienda, hemos encontrado a Zeta Kalkanis en la sala de estar, muerta y con la cara llena de magulladuras. Por eso le he llamado.

—Ha hecho muy bien. Enviaré a alguien de Homicidios para que haga una primera valoración. Mientras tanto, que nadie toque nada en el apartamento.

—¿Qué pasa? —pregunta Antigoni cuando cuelgo el teléfono. Le resumo la conversación—. Ojalá no esté relacionado con las Cariátides —dice, inquieta.

—Manda a Dervísoglu para un examen inicial. Avisad también al forense y a la Científica. Si surge cualquier cosa, que Dervísoglu me llame. Los demás os ocuparéis del cuarentón. Bajo ninguna circunstancia debemos retrasar la investigación del asesinato de Zoe Petrelis.

Antigoni se marcha, y yo rezo para que no se trate de otra Cariátide.

MIS PENSAMIENTOS giran en torno al asesinato de Zoe Petrelis, aunque, al mismo tiempo, me preocupa la nueva víctima. Estoy seguro de que nos enfrentamos a otro asesinato. Me arrepiento de haberme quedado en el despacho en vez de haber ido al escenario del crimen con Dervísoglu. A pesar de todo, la investigación del asesinato de Zoe Petrelis tiene prioridad. Es decir, tengo que estar disponible para coordinar las pesquisas en ambos frentes.

Dervísoglu me llama al cabo de una hora.

—El espectáculo es espeluznante. Hasta yo, que he visto tantos asesinatos, me he quedado horrorizado.

—¿Cómo la han matado?

—A golpes. No hay rastro de un arma homicida, pero tiene la cara y el cuerpo cubiertos de cardenales. El forense cree que, muy probablemente, la muerte se produjo mientras el asesino sostenía a la víctima de pie y golpeaba su cráneo con fuerza contra el borde de uno de los muebles de la sala de estar. Lo confirma el hecho de haber encontrado a la víctima caída delante de ese mueble.

—¿Te ha dicho a qué hora, más o menos, se ha producido la muerte?

—Sí. Pudo ocurrir entre las diez de la noche y las tres de la madrugada. Será más preciso tras la autopsia.

—¿Has podido realizar una investigación inicial?

—Lo único que he averiguado es que la víctima era jefa de suministros en una cadena de material electrónico. Los inquilinos del piso contiguo me han dicho que tiene un hermano, pero no saben cómo se llama ni dónde vive. La Científica tendrá que desbloquear el móvil de la víctima para buscar su número de teléfono.

—Empieza a llamar a las puertas por si algún vecino del edificio sabe o escuchó algo.

—Los de al lado no han oído nada porque no estaban. Hablaré con los demás, aunque estoy solo y me llevará tiempo.

Se me ocurre enviar a Kula, pero está ocupada cruzando los apellidos con propietarios de vehículos de marca Volkswagen.

—Ya voy yo a ayudarte —digo, porque veo que no nos queda otra opción.

Encargo a Stela que informe a Antigoni y que me pida un coche patrulla. No puedo perder tiempo yendo con el Seat.

El agente que me lleva a Dimitrios Ralis circula como un kamikaze para sortear el tráfico. El número 34 corresponde a un edificio de cinco plantas. Los efectivos del coche patrulla aparcado delante de la entrada me informan de que el piso de Zeta Kalkanis se encuentra en la tercera planta.

Me abre la puerta otro agente, que me conduce directamente a la sala de estar. A la víctima ya se la han llevado para practicarle la autopsia. Me encuentro con Dervísoglu y con Dimitríu, de la Científica.

—¿Alguna novedad?

—No hemos encontrado en el piso ningún indicio relacionado con el crimen —me responde Dimitríu—. Y, en efecto, no hay arma homicida.

Estoy a punto de preguntarle a Dervísoglu si ha podido hablar con los demás inquilinos cuando irrumpe en el piso un hombre joven. Se detiene en medio del salón y se nos queda mirando completamente desubicado.

—Soy Andreas Kalkanis, el hermano de Zeta. ¿Qué ha pasado?

—Siéntese, tenemos que hablar —le digo.

El tipo se sienta y vuelve a preguntar:

—¿Qué ha pasado?

—Su hermana ha sido víctima de una agresión en el interior de su vivienda —le explico pausadamente.

Kalkanis se queda estupefacto.

—Pero ¿cuándo ha ocurrido? —farfulla al final.

—Anoche, entre las diez y las tres de la madrugada.

—¿Dónde está Zeta ahora?

—Por desgracia, no ha sobrevivido al ataque.

Kalkanis, con la mirada perdida, sigue sin saber qué decir.

—¿Quién le ha avisado a usted? —le pregunto.

—Me ha llamado su secretaria. Me ha dicho que a Zeta le pasaba algo grave y que debía ir a su casa.

—¿Cuándo la vio o habló con ella por última vez? —le pregunta Dervísoglu.

—Hacía días que no la veía. Los dos trabajamos y estamos muy ocupados. Hablamos por teléfono hace dos o tres días, no recuerdo con exactitud cuándo.

Dervísoglu me mira, pero no sé qué más le puedo preguntar.

—No tenemos más preguntas en estos momentos. Puede irse. Pero antes déjenos la dirección de su domicilio y de su trabajo, y el número de su teléfono móvil. Si hay alguna novedad, me pondré en contacto con usted —le digo.

Kalkanis le da las direcciones y el número a Dervísoglu.

—Si no me necesitan para nada más... Ahora tengo que intentar tranquilizarme y encontrar la manera de decírselo a nuestros padres, que viven en Katerini.

Cuando Kalkanis se marcha, me dirijo a Dervísoglu y a Dimitríu:

—Antes de ir de puerta en puerta, estaría bien realizar una primera valoración de las circunstancias del asesinato —les digo.

—El asesino tiene que ser un conocido de Kalkanis. Me parece poco probable que una mujer

que vive sola abra la puerta por la noche a un desconocido —apunta Dimitríu.

—Tienes razón. En estos momentos solo contamos con dos círculos de relaciones: el de los vecinos del edificio y el de las personas que la víctima conocía a través de su trabajo. —Me vuelvo hacia Dervísoglu—: Empezaremos con los vecinos y continuaremos con la empresa en la que trabajaba.

Nos repartimos las plantas y nos ponemos manos a la obra. El primer dato es que el tercer piso de la planta donde vivía Kalkanis está desocupado.

La información recabada en los demás pisos es de carácter general y no guarda relación con el asesinato. Zeta Kalkanis era una vecina tranquila que pasaba muy poco tiempo en su piso. Debía de estar muy ocupada con su trabajo, porque los demás vecinos raras veces se la encontraban entre semana, solo pasaba más tiempo en casa los días festivos. A menudo, los vecinos la veían salir del edificio los sábados o los domingos, generalmente por la tarde, para dirigirse a su coche. Conducía un Audi.

Voy a entrar en el ascensor para bajar a la primera planta cuando me llama Dervísoglu.

—¿Puede subir al cuarto, al piso que está encima del de Kalkanis? —me pregunta.

Me lo encuentro en la entrada del piso. La puerta está abierta y una mujer de avanzada edad espera en el recibidor.

—Le ruego que le cuente a mi superior lo que me ha dicho a mí —le pide Dervísoglu.

La mujer nos conduce a la sala de estar. Un hombre de su misma edad está sentado en un sillón.

—Yorgos, el policía quiere que repitamos a su superior lo que le hemos contado.

—Únicamente lo que tiene que ver con el hermano —puntualiza Dervísoglu.

—¿Le conocían? —les pregunto.

—Solo de vista —me responde el hombre—. Pero últimamente nos llamaba la atención que, después de encontrárnoslo en el vestíbulo del edificio o en el ascensor, cuando entraba en el piso se oían gritos y discusiones. Parece que su hermana y él se peleaban cada vez que venía a visitarla.

—¿Oyeron gritos anoche? —les pregunto, para estar seguro de que el hermano nos ha dicho la verdad.

—No, anoche no oímos gritos —responde la mujer—. Solo ruidos, como si alguien arrastrara muebles.

—¿A qué hora fue eso? —pregunta Dervísoglu.

—Debió de ser hacia las once. Nosotros acabábamos de acostarnos y me enfadé mucho porque no son horas para cambiar los muebles de sitio. Estuve a punto de bajar para quejarme, pero luego pensé que Zeta era una vecina muy tranquila y que por un día que hiciera ruido no pasaba nada.

Por fin hemos conseguido información que nos puede resultar útil.

—Quiero que les preguntes a los inquilinos del piso contiguo al de Kalkanis si también oían discusiones con el hermano. Y después ve a preguntar a la empresa; tal vez sus compañeros sepan algo más sobre esas broncas.

Aquí termina mi contribución a la investigación. Vuelvo a subir al coche patrulla para ir a Jefatura. Stela me comenta que Antigoni está esperando mi llegada para hablar conmigo. Le digo que la llame inmediatamente.

Pronto llega Antigoni, acompañada de Kula. Se sientan frente a mí, desconcertadas.

—Hemos resuelto el enigma del acompañante de los empresarios extranjeros, pero no el enigma del Volkswagen.

—Explicádmelo para que lo entienda.

—Nada más empezar, Kula ha planteado, sensatamente, que si el Stavros ese acompañaba a los extranjeros, debió de alojarse en el mismo hotel que ellos en el Peloponeso. Los arqueólogos nos han facilitado el nombre del hotel y hemos llamado. El tipo se llama Stavros Terkidis. Hemos buscado en la web de la Dirección General de Tráfico y hemos encontrado su coche, pero es un Honda.

Ahora me toca a mí conjeturar.

—Quizás el Volkswagen sea de algún amigo, aunque me parece muy poco probable que corriera ese riesgo.

—Es más probable que usara el coche de algún familiar —opina Antigoni.

—Hay una explicación más sencilla, no hace falta que nos devanemos los sesos —interviene Kula—. Busquemos otra vez en la base de datos de Tráfico, pero esta vez solo el apellido, Terkidis, a ver qué resultados obtenemos.

—¡Bravo, Kula! —exclama Antigoni con entusiasmo y se dirige a mí—: Quizás debería trasladar a Kula a Delitos Informáticos —bromea.

—¿Para qué? ¿Para que venga a sustituirla algún inútil?

—Tiene razón —admite Antigoni con una carcajada.

Ella y Kula se retiran y comienza la ronda de llamadas telefónicas. La primera es de Adrianí:

—Ha llamado Zisis. Quiere que cenemos juntos en el refugio esta noche, así todos tendrán la oportunidad de conocer a Antigoni. Pregúntale si puede ir y avísame.

—Se lo preguntaré, aunque más tarde. Está a cargo de una investigación complicada y aún no sabemos adónde nos llevará.

Quedamos en que la llamaré sobre las seis de la tarde. La segunda llamada es del subdirector, que quiere expresar, una vez más, sus quejas:

—Ahora hay dos investigaciones de asesinato en curso y no he sido informado —me dice en tono grave.

—No ha sido informado porque, en estos momentos, todavía estamos recopilando datos. Espero haber concluido las investigaciones antes de mañana al mediodía. Le llamaré entonces para presentarle un informe completo.

Colgamos y aguardo, impaciente, la llegada de noticias de las dos investigaciones.

CUANDO desenrollas una madeja, hay que tener cuidado para que no se te caiga de las manos, porque el hilo se puede enredar. Esa es la sensación que me invade cuando, una hora más tarde, Dervísoglu aparece en mi despacho.

—Puedo confirmarle que la relación de Zeta Kalkanis con su hermano no era buena —me comunica—. He hablado con su secretaria y me ha dicho que este asunto era un constante dolor de cabeza para Zeta.

—¿Y sabe por qué se llevaban tan mal?

—Me ha dicho que el hermano trabaja para una compañía farmacéutica. Tiene una muy buena formación y cree que el sueldo que recibe no le hace justicia, así que presionaba a su hermana para que le encontrara un puesto en su empresa. Zeta Kalkanis intentaba hacerle entrar en razón, porque la dirección de la empresa prohíbe la contratación de dos familiares de primer grado, aunque sea en secciones distintas, pero él seguía insistiendo y creía que su hermana no quería ayudarle.

—Bien, ahora conocemos el motivo de su conflicto. Puede que hubiera otros, pero este en sí ya es muy significativo.

Dervísoglu me mira.

—¿Cree que es el momento adecuado para interrogarlo? —me pregunta.

—No. Esta disputa podría ser el móvil del asesinato, pero en estos instantes no tenemos ningún indicio, ni siquiera una simple sospecha, de que Andreas Kalkanis sea el presunto asesino. Ninguno de los vecinos lo vio entrar ni salir del edificio la noche del crimen. Él mismo nos ha dicho que hacía días que no hablaba con su hermana. Antes que nada, tenemos que averiguar sus movimientos la noche del asesinato. Eso nos llevará un tiempo, pero debemos disponer de más datos antes de interrogarlo.

Dervísoglu se marcha para continuar su trabajo, pero las visitas continúan. Poco después aparece Antigoni con Kollias y Askalidis. Antigoni está pensativa.

—Hemos encontrado al propietario de un Volkswagen, aunque no sabemos si eso ayuda o nos confunde todavía más.

—No te entiendo.

—Hemos encontrado a un propietario de un Volkswagen que se llama George Terkidis y que vive en Los Ángeles. —La información me deja boquiabierto, y Antigoni prosigue—: Todavía no sabemos si es pariente de Stavros Terkidis o si se trata de una simple coincidencia. ¿Cree que

ayudaría si interrogáramos a Stavros Terkidis?

—No, sería demasiado precipitado —le contesto categóricamente—. Primero debemos averiguar más datos sobre el Terkidis de Los Ángeles, y también de Stavros Terkidis, para descubrir si existe alguna relación de parentesco entre ambos. Solo después decidiremos cómo proceder. Otra cosa que debemos investigar es si Zoe Petrelis y Stavros Terkidis se conocían. Ya deberíamos haberlo hecho, pero nos ha retrasado la búsqueda del Volkswagen.

—También he pensado que podría llamar a algún colega de Europol para que se pusiera en contacto con nuestro consulado general en Los Ángeles, pero enseguida he descartado la idea —me dice Antigoni—. Si procedemos por la vía oficial, cabe la posibilidad de que algún conocido del consulado avise a George Terkidis y este, a su vez, alerte a Stavros Terkidis. Prefiero hablar yo con el consulado para que no haya filtraciones.

—Tienes razón.

Antigoni se dirige a Askalidis y a Kollias:

—Decidle a Kula que reúna los datos sobre Stavros Terkidis, y después empezad a interrogar a las Cariátides.

Askalidis y Kollias se marchan.

—¿Cómo va la investigación del otro crimen? —me pregunta Antigoni.

Le cuento la información que hemos podido reunir hasta el momento y cómo pensamos proceder.

—Por lo menos están seguros de que el asesinato no está relacionado con las Cariátides.

En ese instante recuerdo que Zisis nos ha invitado a cenar en el refugio.

—Sea como sea, la investigación no concluirá hoy, necesita su tiempo. Por cierto, ¿estás libre esta noche? Estás oficialmente invitada al refugio para que te conozcan los residentes.

—¡Claro! Tengo muchas ganas de conocerlos.

Le doy la dirección del refugio y quedamos a las siete en la entrada, para llegar juntos y poder hacer las presentaciones.

Consulto mi reloj y decido informar hoy a mis superiores. Si lo dejo para mañana, con las dos investigaciones en curso, no sé si podré asomar la nariz fuera de mi despacho.

Llamo al subdirector, que acepta que nos reunamos de inmediato.

—Eso significa que tiene información fresca, ¿no? —me dice satisfecho.

Me pongo en marcha con el Seat para luego poder ir directamente al refugio. En plena avenida Katejakis me encuentro metido en un atasco que, por suerte, no se alarga demasiado. Llego al ministerio y me dirijo al despacho del director. Está solo. Llamo al subdirector para informarle de mi llegada y nos sentamos a la mesa de reuniones.

Empiezo con el asesinato de Zoe Petrelis, que es el caso más complicado:

—Hasta el momento, la conclusión de nuestras investigaciones es que algún familiar o amigo tenía acceso al vehículo de ese tal George Terkidis que vive en Estados Unidos. Si son parientes, lo sabremos en cuanto hayamos reunido los respectivos datos familiares.

—En cualquier caso, si le confía las llaves del vehículo cuando no está en Grecia, deben de ser familiares muy cercanos —observa el director.

—Nosotros pensamos exactamente lo mismo. La otra pregunta es si el sospechoso conocía a Zoe Petrelis y por qué planeó su asesinato. Espero que averigüemos eso a través de las otras Cariátides, amigas de la víctima.

Después paso al otro caso, que no precisa de una puesta al día tan extensa.

—A juzgar por los datos que nos ha ofrecido, a primera vista no parece que los dos crímenes estén relacionados —dice el subdirector.

—De momento no hemos encontrado nada que los relacione.

—¿Le parece probable que el hermano esté implicado en el asesinato de su hermana? —me pregunta el director.

—Lo único que sabemos hasta el momento es que la relación entre los dos hermanos era tensa. Por otra parte, ningún vecino vio al hermano entrar o salir del edificio la noche del crimen.

—¿Qué podemos contar de todo esto a los medios de comunicación, si nos preguntan? Usted es el responsable de informar a la prensa, pero no descarto que también llamen a nuestra puerta.

—En lo que se refiere al asesinato de Zoe Petrelis, en ningún caso debemos revelar la información que nos facilitó el guía turístico con respecto a los tres hombres a los que vio en el bosquecillo. Y, más importante aún, nadie debe saber nada del Volkswagen ni de su propietario. En cuanto al asesinato de Zeta Kalkanis, no hay razones para ocultar la disputa entre hermanos, aunque no hace falta entrar en detalles. De todos modos, los periodistas podrán averiguarlos por su cuenta preguntando a los compañeros de trabajo de la víctima.

—La nueva jefa de Homicidios ha tenido mala suerte. Nada más cruzar la puerta de su despacho ya se ha encontrado con tres homicidios, y las tres víctimas son mujeres —comenta el director.

—A pesar de todo, es muy inteligente y eficaz —respondo, echando una mirada al subdirector.

Él sonríe satisfecho.

No hay nada más que decir. Subo al Seat y pongo rumbo al refugio.

SOY EL primero en llegar y voy directo a la cantina. Hay quienes se sientan siempre a la misma mesa en las cafeterías, y yo tengo mi lugar asignado en la cantina del refugio. Avisan a Zisis, que viene a mi encuentro.

—En la cocina ya hay movilización general para preparar la cena de bienvenida a tu subordinada —me dice.

—Os caerá bien enseguida. Tiene un modo muy peculiar de ganarse a la gente.

—Lo sé. Adrianí no para de elogiarla. —Hace una pausa y me mira—: Hay algunos asuntos de los que me gustaría hablar con Katerina. ¿Te parece apropiado que los comente delante de Antigoni?

—Por supuesto. Si necesitas ayuda, ella estará dispuesta a prestártela, no tengas la menor duda.

Consulto mi reloj. Ya son las siete, así que salgo a la puerta para esperar a Antigoni, que llega puntualmente. Al entrar, le llaman la atención el columpio y el caballito.

—¿Qué es esto?

—Los juguetes de mi nieto —le explico, y ella se echa a reír.

Zisis sale para darle la bienvenida. Les presento.

—Me alegro mucho de conocerla —dice Zisis.

—No —intervengo al instante—. Os vais a tutear. Para Antigoni, el tuteo es una especie de medicina.

—Por favor, señor Jaritos. No es ninguna medicina. Es una ideología o, si lo prefiere, una fijación ideológica —me corrige Antigoni con una de sus sonrisas.

—Me alegra saberlo. A mí, como viejo militante de izquierdas, tampoco me gusta tratar a nadie de usted. —Calla y la mira—: Pero a Kostas no lo tuteas, ¿no?

—Porque es mi superior. Encontramos un término medio. No le llamo jefe ni señor director, sino, sencillamente, señor Jaritos.

—También podrías llamarle tío Jaritos —le propone Zisis.

—¡Imagínate las risas en el trabajo! —replica Antigoni, y Zisis sonríe.

Tal como esperaba, Antigoni se lo ha ganado ya con sus primeras palabras.

Nos dirigimos juntos a la cantina, pero Zisis está entusiasmado y parece que tiene prisa.

—¿Quieres que te presente ahora a la *troupe* del refugio o prefieres conocerlos durante la

cena? —le pregunta a Antigoni—. Si te los presento ahora, conocerás también el refugio.

—Mejor ahora.

Se alejan para comenzar la exploración y me dejan solo. Pronto llega Adrianí, acompañada de Katerina y de Fanis. No veo a mi nieto, aunque ya oigo sus gritos en el vestíbulo.

—Lambros ha ido directo a sus juguetes —me dice Adrianí.

—¿Antigoni no ha llegado todavía? —pregunta Katerina.

—Sí, pero Zisis se la ha llevado para enseñarle el refugio —le explico.

—Estupendo, porque yo también tengo noticias.

Zisis y Antigoni no tardan en volver. Antigoni se acerca primero a Adrianí y le da un abrazo.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido el refugio? —le pregunta Adrianí tras saludarla efusivamente.

—¿Qué puedo decir, Adrianí? Si hubiera sabido de su existencia, me habría mudado aquí cuando murió mi abuela —le responde Antigoni, y se dirige a Katerina—: Veo que Lambros dispone aquí de su parque infantil particular.

—¿Cómo no lo iba a tener, si es la mascota oficial del refugio? —bromea Zisis.

Fanis junta dos mesas más y nos sentamos. La cantina está vacía.

—¿Hablamos del refugio, ahora que estamos tranquilos? —le pregunta Zisis a mi hija.

—Venga, cuéntame primero lo que has averiguado tú —responde Katerina.

—El Ayuntamiento nos ha informado de que la compraventa del inmueble se encuentra en la fase final y que pronto habrá concluido. Después solo quedarán algunos temas jurídicos por resolver.

—Lo mismo he averiguado yo, pero esas cuestiones jurídicas de las que hablas no son tan sencillas —le explica Katerina—. El inmueble era propiedad de alguien que lo donó al Ayuntamiento en vida y, cuando murió, uno de los herederos impugnó la donación y solicitó la anulación. La demanda está en el juzgado, pendiente de la decisión del juez.

—El funcionario me ha dicho que la decisión es inminente —comenta Zisis.

—No hagas caso —le responde mi hija para tranquilizarlo—: Nadie, ni siquiera nosotros, los abogados, sabemos cuándo se hace pública la resolución de un juez. Esperemos a conocer primero la resolución y después trazaremos un plan de acción.

—¿De qué se trata? —se interesa Antigoni, que desconoce el caso.

Zisis le explica el problema que ha surgido con el refugio y después le habla del edificio ocupado en la calle Lelas Karayanni.

—Todavía no lo he dicho por aquí para no alarmarlos. Nos trasladaríamos encantados al inmueble de Lelas Karayanni, pero la cuestión es cómo convencer a los okupas de que se marchen sin enfrentamientos. Esperemos a ver primero cómo van las cosas y luego ya tomaremos una decisión —concluye Zisis.

—Cuando llegue el momento de tener que convencer a los okupas de que se vayan, me avisas y yo me encargo —dice Antigoni a Zisis—. Dejemos al señor Jaritos al margen de este asunto. Ya tiene suficientes quebraderos de cabeza.

—Un momento, a ver si lo entiendo. ¿Acabas de llegar al Departamento de Homicidios y ya piensas pedir un traslado a Antidisturbios para ocuparte de los desalojos de okupas? —pregunto con ironía.

—De ninguna manera. No pienso meterme en embrollos ahora que estoy cómoda con usted

—asegura—. Pero he pensado que entre los okupas también suele haber mujeres. Quizás a otra mujer le resulte más fácil convencerlas y que ellas, a su vez, convengan a los demás.

—Antigoni tiene razón —reconoce Katerina—. Estaremos en contacto y te informaré del desenlace.

—Es la segunda vez que nos vemos y me has dejado boquiabierto, Antigoni —le dice Fanis—. Tu altruismo es de otra época. No sé cómo te ha dejado escapar la Cruz Roja.

—¡O, si viviera en Estados Unidos, el Ejército de Salvación! —se ríe ella.

La conversación queda interrumpida por la procesión de mujeres que traen los manjares para la cena. Descubro sorprendido que traen cuatro fuentes.

—¡Aquí hay comida para un regimiento! —exclama Adrianí.

—Ensalada de berenjenas y albóndigas de calabacín de primero, y bacalao con salsa de ajo de segundo. Son platos que solíamos comer en casa, querida Adrianí —le explica Melpo.

—Voy a buscar al niño. Preparaos para gritos y lamentos —nos advierte Katerina.

—Traeré también el caballito, a ver si le calma un poco —dice Adrianí y sale con ella.

—Pero, bueno, ¿por qué habéis preparado tantos platos? —se extraña Antigoni.

—Para darte la bienvenida —le explica Zisis.

—Lo sé, Lambros. Muchas gracias. Tuve que vivir con mi abuela para conocer la generosidad de la gente sencilla. —Se vuelve hacia mí—: ¿Y luego le extraña que quiera ayudarlos?

—No me extraña en absoluto porque ya te conozco —le contesto.

Nos interrumpen los chillidos de protesta de mi nieto, que aparece en brazos de su madre, seguidos de Adrianí, que arrastra el caballito. Katerina deja al niño en el suelo y le dice, resignada:

—De acuerdo, si no quieres, no te sientes con nosotros. Puedes ir de mesa en mesa.

Como si estuviera esperando al pistoletazo de salida, el niño deja de llorar y empieza a correr. Cuando su interés en una mesa queda satisfecho, pasa a la siguiente.

Zisis alza su vaso de vino.

—Antigoni, bienvenida. Es una alegría tener una amiga como tú —le dice.

Todos alzamos nuestros vasos y Fanis añade:

—Como diría Humphrey Bogart en *Casablanca*: Creo que este es el principio de una hermosa amistad.

Toda la sala estalla en aplausos, calurosos pero breves, porque queremos atacar los platos de la cena. Todo está riquísimo. Con cada bocado que prueba, Antigoni suelta un gruñido de entusiasmo.

—Ahora ya no hace falta que te acompañen para que vengas a vernos —le dice Zisis—. Puedes venir siempre que quieras.

AESO de las diez de la mañana, Dervísoglu entra en mi despacho.

—Traigo buenas noticias —anuncia, sonriente.

—Habla, porque estamos bloqueados en todos los frentes y necesitamos avituallamiento con urgencia.

—Me ha llamado el hijo de la familia que vive en el piso contiguo al de Kalkanis. Ayer oyó por casualidad a sus padres decir que nadie había visto a Andreas Kalkanis entrar ni salir del edificio la noche del crimen. Entonces él les dijo que había visto el coche del hermano aparcado en la acera de enfrente, un poco más abajo del bloque de pisos. He podido hablar con él por teléfono, pero todavía no nos hemos reunido.

—¿Te ha dicho a qué hora vio el coche, más o menos?

—Sí. Estuvo con unos amigos en un bar y volvió a casa en moto. Debía de ser alrededor de la medianoche.

—Si se confirma, esta es una noticia excelente. Pero hay que hablar con él. En primer lugar, porque el dato es crucial y no podemos permitirnos que luego se desdiga. En segundo lugar, porque podría facilitarnos información adicional.

—Ahora está en clase, en la universidad. Estará disponible para hablar a partir de las doce. ¿Quiere que le interrogue yo o prefiere que lo traiga a Jefatura para que lo hagamos juntos?

—Mejor juntos, sí. Tal vez lo que nos cuente nos dé alguna idea para sacarle más información —le explico.

Dervísoglu se va y yo llamo por teléfono a Antigoni para preguntarle si ha habido novedades en el frente de Zoe Petrelis. Me responde que estaba esperando a que terminara con Dervísoglu para venir a hablar conmigo. Cinco minutos más tarde, entra en el despacho, acompañada de Kula y de Askalidis.

—Empecemos por la confirmación de los datos del Terkidis yanqui —dice, y se vuelve hacia Kula—: Cuéntalo tú, que te has ocupado de investigarlo.

—Hemos reunido todos los datos referentes a Stavros Terkidis. Es soltero, estudió conservación y restauración de monumentos antiguos y vive solo. También tenemos datos de sus padres. Estamos esperando a que el consulado de Los Ángeles nos envíe los datos de George Terkidis para cruzarlos.

—Yo misma he llamado al cónsul general —continúa Antigoni—. Le he explicado que la investigación no tiene como objeto al Terkidis de Los Ángeles, sino a un ateniense con el mismo

apellido, y le he rogado que no informe a Terkidis del tema porque podría avisar por teléfono al de aquí. Me ha prometido que no trascenderá nada y que me enviará los datos hoy mismo, a lo largo del día. En Estados Unidos ahora es de noche, así que tenemos que esperar un poco. — Sigue tras una pausa—: Mientras tanto, Zanos ha hablado con los padres de Zoe Petrelis y ha conseguido un dato que podría conducirnos a alguna parte.

—Sí —dice Askalidis—. Al principio no tenían nada que añadir a lo que nos contaron la primera vez que hablamos con ellos. Pero, de pronto, la madre ha recordado que, un día, Zoe le dijo que se le había acercado un tipo para proponerle un trabajo con unos extranjeros que venían a Grecia.

—¿Sabe la madre qué tipo de trabajo le propusieron? —inquiero.

—No, ni idea. Y Zoe tampoco volvió a hablarle de eso.

—¿Habéis hablado con las otras Cariátides? —pregunto a Antigoni.

—Kollias ha ido a reunirse con ellas. La única a la que no hemos podido encontrar es a Sotiría Vekos, sigue fuera de Atenas con un grupo. Vuelve esta noche.

—Esta información podría ser la clave para esclarecer el asesinato de Zoe Petrelis —les digo—. Aun así, necesitamos más datos para tener una visión más completa.

—Es posible que Zoe Petrelis le hablara de ese trabajo a Sotiría, que es guía turística, para saber su opinión —me responde Antigoni.

El equipo se marcha para seguir investigando. No me queda más remedio que esperar a que Dervísoglu venga con el testigo que vio el coche del hermano de Zeta Kalkanis.

Llegan sobre las doce y media. El chico se llama Ayis Zeodosú.

—¿A qué hora, más o menos, viste el coche de Andreas Kalkanis aparcado en la calle? —le pregunto.

—Debía de ser cerca de medianoche. Había salido con unos amigos y volví a casa a esa hora. Estaba buscando dónde aparcar la moto cuando vi el coche estacionado en la acera de enfrente, un poco más abajo del bloque de pisos.

—¿Estás seguro de que no te confundes? —le pregunta Dervísoglu.

—Imposible —contesta el joven categóricamente—. Es un Toyota azul, y he visto al tipo subir y bajar del coche un montón de veces.

—Esa noche, al llegar, ¿viste al hermano de Zeta en el coche, o entrando o saliendo del edificio? —prosigue Dervísoglu.

—No.

—¿Oíste ruidos o alboroto en el piso de Zeta Kalkanis? —intervengo yo.

—No oí nada. Silencio absoluto.

—¿Cuándo te enteraste de la muerte de Zeta Kalkanis? ¿A la mañana siguiente? —le pregunta Dervísoglu.

—No. Salí de casa a las nueve, porque estoy preparando un trabajo y quería ver a mi profesor para comentar algunos detalles con él. Me enteré por la noche, al volver a casa, cuando me lo dijeron mis padres. Enseguida llamé a la policía. El agente que me atendió me dijo que llamara a Homicidios y me dio el número de teléfono.

—Tienes que hacer una declaración oficial —le dice Dervísoglu, y luego me pregunta—: ¿Le acompaño para que Kula le tome declaración?

—Sí, y luego vuelve, que quiero hablar contigo.

Dervísoglu reaparece a los cinco minutos.

—Usted dirá.

—Creo que ha llegado el momento de interrogar a Andreas Kalkanis. Ve a buscarle inmediatamente. Llévate a dos agentes y un coche patrulla. Avísame en cuanto estéis en la sala de interrogatorios.

Dervísoglu se marcha y yo intento preparar las preguntas que voy a hacer a Kalkanis, el hermano de la víctima, para desmontar su posible defensa, aunque sé que no puede oponer mucha resistencia.

Pienso que quizás deberíamos tomar las huellas dactilares de Kalkanis para cotejarlas con las que se han encontrado en la ropa y en el piso de su hermana. Le pido a Stela que llame a la Científica para que alguien venga a tomarle las huellas dactilares.

Poco después, Dervísoglu me avisa de que Kalkanis ya se encuentra en la sala de interrogatorios. Kula, con su ordenador, también está lista.

En cuanto entro, el hermano de Zeta Kalkanis se pone de pie, fuera de sí.

—¿Era necesario venir a mi lugar de trabajo para ponerme en evidencia? ¿No podían esperar hasta que terminara la jornada?

Hago caso omiso a su arrebato de ira y con un gesto le indico que vuelva a sentarse.

—¿A qué hora te fuiste de la casa de tu hermana la noche en que la asesinaron? —le pregunto.

Él sigue indignado y vocifera:

—Me lo preguntó también el día que me vio en su piso, y le dije que hacía días que no la veía.

—Ya, pero uno de los vecinos que volvió a casa hacia medianoche nos ha dicho que vio tu coche aparcado en la acera de enfrente, un poco más abajo del edificio donde vivía tu hermana.

—Obviamente se equivoca —contesta Kalkanis con convicción.

—Ha asegurado que conoce muy bien el coche. Es un Toyota azul y te ha visto subir y bajar de él montones de veces.

—Además, sabemos que la relación con tu hermana no era lo que se dice muy buena —le suelta Dervísoglu—. Los inquilinos de la misma planta y de la superior os oían discutir a gritos cada vez que ibas a verla. Lo sabían hasta en la empresa de tu hermana. Su secretaria incluso nos ha explicado el motivo: tú le pedías que te buscara un puesto en la compañía donde trabajaba y ella replicaba que eso era imposible porque erais parientes en primer grado.

Por primera vez se le ve cohibido.

—Vale, pero que a veces discutiéramos no significa que la matara —dice al final.

—Escúchame bien. Tenemos la ropa que llevaba tu hermana cuando la mataron. Te tomaremos las huellas dactilares. Si encontramos ADN tuyo en la ropa o en otros puntos del cuerpo, significará que tuviste contacto físico con ella. Además, la Científica puede distinguir entre huellas dactilares recientes y otras más antiguas, si permanecen todavía.

Llamo a Stela y le pido que nos envíe al técnico de la Científica, para que le tome las huellas. Kalkanis permanece callado, sumido en sus pensamientos.

—Además, vamos a visionar las grabaciones de las cámaras de Tráfico —añade Dervísoglu—. Seguro que, aquella noche, registraron el trayecto del Toyota.

Las palabras de Dervísoglu lo desmontan por completo. Mira al frente con gesto pensativo

hasta que, al final, levanta lentamente la cabeza.

—Es cierto que Zeta y yo teníamos nuestras diferencias —reconoce al final.

—¿Porque querías un puesto en la empresa donde ella trabajaba? —le pregunta Dervísoglu.

—Sí. Mi empresa me paga un sueldo de miseria. Por eso le propuse a Zeta que me buscara un puesto, pero se negó desde el principio con el pretexto de la política de su empresa. Cada vez que tocaba el tema me daba la misma respuesta. Pero ese no era nuestro único conflicto. Cuando me di cuenta de que no iba a convencerla, le propuse que me ayudara a abrir una tienda de electrónica. Me contestó que se armaría un escándalo en la empresa y en el comercio minorista, porque la acusarían de favorecer a su hermano.

—¿Por eso discutisteis hace dos noches? —inquiero.

—No. Esa noche fui a verla con otra propuesta. Le dije que pensaba abrir una tienda de productos higiénicos y le pedí que me ayudara económicamente hasta que empezara a ser rentable y yo pudiera salir adelante solo. Sabía que cobraba un buen sueldo y que tenía dinero ahorrado. Me contestó que no, a secas, con la excusa de que no tenía tanto dinero como para sostener económicamente mi proyecto.

—¿Y empezasteis a discutir? —le pregunta Dervísoglu.

—No. No quería que volviéramos a pelearnos y, para calmarnos, cambié de tema. Empecé a hablar de los extranjeros que habían venido para promover nuestro patrimonio cultural. Dije que había sido un gran error echarlos, porque iban a invertir en el país, y que, tras la crisis económica y la pandemia, necesitábamos desesperadamente ese dinero. Estaba convencido de que Zeta estaría de acuerdo conmigo; era una ejecutiva de una gran empresa y conocía la importancia de las inversiones. Me quedé estupefacto cuando me respondió que las Cariátides tenían razón, que las felicitaba por haber comprendido que los extranjeros eran unos estafadores y por haberlos echado. En la empresa donde trabajo tengo una jefa que se dedica a amargarme la vida, y en la familia una hermana que, le pida lo que le pida, siempre da con la puerta en las narices. Y ahora me venía con que esas tipas tenían razón. Me sacó de mis casillas. Me levanté y le di una bofetada. Entonces ella me dijo: «Así sois los hombres. Cuando no podéis salir con la vuestra, lo único que sabéis hacer es dar bofetadas y palizas». Perdí los estribos y empecé a golpearla. Luego la dejé y me fui.

—Ya, pero no solo eso. La autopsia demuestra que le golpeaste la cabeza contra el canto de un mueble de la sala de estar —le digo.

—Recuerdo que en cierto momento se cayó y que la levanté para decirle que aquel era el fin de toda relación entre nosotros, que en adelante seríamos como dos extraños. Y me largué.

—¿Y por qué no la llamaste por teléfono el día siguiente? ¿Porque habías cortado toda relación o porque sabías que estaba muerta? —le plantea Dervísoglu.

Kalkanis se lo piensa antes de contestar.

—No sé si no llamé porque había roto la relación o porque estaba seguro de que ella no contestaría al teléfono. Pero, desde luego, no sabía que estaba muerta.

—Tanto si lo sabías como si no, su muerte fue resultado de la violencia que ejerciste sobre ella. El resto es competencia del fiscal y del juez instructor. Ellos decidirán —le digo, haciendo un ademán a Dervísoglu.

Este se pone de pie y llama a dos agentes.

—Ahora vamos al calabozo. Allí firmarás tu declaración y esperarás a que te llame el juez —

explica a Kalkanis.

Tras su marcha, Kula se levanta.

—Tengo que irme, hay más problemas urgentes en la cola —nos dice, y añade con una risa—: Las mujeres han tardado en reclamar la atención de nuestro departamento, pero ahora no damos abasto.

Dervísoglu me mira:

—Por una parte, teníamos razón cuando creímos que el asesinato de Kalkanis no estaba relacionado con las Cariátides. Por la otra, resulta que las Cariátides han sido, en parte, la causa de su muerte.

—Tienes razón, aunque lo que dices no me entusiasma precisamente —le contesto—. Si las Cariátides acaban siendo la causa de todos los homicidios de mujeres, estamos apañados.

En cuanto vuelvo a mi despacho, me digo que tengo que llamar al subdirector para informarle de que ya hemos resuelto el segundo de los tres casos. El asesinato de Zoe Petrelis, más complejo, requiere paciencia, y nos va a exigir a todos más tiempo y esfuerzo.

PRIMERO llamo al subdirector. Después me llama el director: está tan satisfecho con el arresto del asesino de Zeta Kalkanis que ha querido que se lo contara personalmente.

Le resumo los pasos que hemos dado y las pruebas conseguidas que han conducido a la detención del hermano de la víctima. Mientras se lo explico, pienso que este éxito es como un respiro entre los asesinatos de Melina Gavdís y de Zoe Petrelis.

—Ahora ya solo nos queda esclarecer el asesinato de la segunda Cariátide —dice el director, que parece haberme leído el pensamiento.

—Esta investigación es más complicada. Tendremos que dedicarle tiempo y redoblar los esfuerzos para resolverlo —le comento.

—Lo entiendo, pero, al menos, con este éxito inesperado cerraremos algunas bocas —me contesta.

Él podrá cerrar bocas, pero a nosotros nos queda un buen trecho, y cuesta arriba. La conexión estadounidense dificulta aún más las cosas.

Consulto mi reloj. Aún es temprano para recibir los datos sobre Terkidis desde Los Ángeles. Además, necesitaremos más tiempo para averiguar si existe una relación de parentesco entre el Terkidis estadounidense y el griego.

Antigoni y Kollias entran en mi despacho, y yo dejo de elucubrar.

—¿Hay novedades?

—Ninguna, por desgracia —me responde Antigoni.

—De las Cariátides a las que he preguntado, ninguna sabe si Zoe Petrelis conocía a Terkidis o si tenía alguna relación con él —continúa Kollias.

—Nuestra única esperanza es Sotiría Vekos, pero no podremos interrogarla hasta mañana.

—Centrémonos, de momento, en los datos que nos proporcione el consulado de Los Ángeles. Quizás podamos extraer conclusiones preliminares.

De repente oigo alboroto en la sala de espera. Se abre la puerta y aparece Stela:

—Han venido los periodistas —anuncia.

Seguramente han ido al ministerio y el director los ha redirigido a Jefatura. Mi primer impulso es derivarlos a Antigoni, pero enseguida recapacito. Antigoni no se ha ocupado en absoluto del caso de Kalkanis y no podría responder a sus preguntas.

—Volved a vuestros despachos para no perder tiempo —les digo, y me dirijo a Stela—:

Cuando Antigoni y Kula se hayan ido, haz pasar a los periodistas.

Pronto irrumpen en mi despacho.

—Nos han dicho que han resuelto el asesinato de Zeta Kalkanis —dice la alta y enclenque.

—Así es. El asesino es su hermano, Andreas Kalkanis. Ya ha sido detenido y comparecerá ante el juez de instrucción.

—¿Y por qué la asesinó? —me pregunta Merikas.

—Kalkanis discutía a menudo con su hermana. —Les explico brevemente cuáles eran las causas de la disputa que acabó con la vida de la víctima—. Kalkanis afirma que cambió de tema para que se calmaran los ánimos, pero que se puso como una fiera cuando su hermana declaró que las Cariátides habían hecho bien en forzar la marcha de los extranjeros. Sostiene que esa fue la razón definitiva por la que la agredió.

—Ya tenemos la excusa perfecta. A partir de ahora, cada vez que alguien pronuncie la palabra «cariátides», un hombre asesinará a la primera mujer que se le ponga delante —comenta la enclenque, torciendo el gesto.

—No te pongas feminista —le suelta el joven de la camiseta—. El asesino buscaba un pretexto para agredirla y lo encontró.

La sesión informativa acaba rápido. Consulto mi reloj. Ya es casi mediodía. A partir de este momento, empieza la cuenta atrás para la recepción de los datos del Terkidis de Los Ángeles.

Pasa un cuarto de hora antes de que Antigoni me confirme que los datos han llegado y que Kula los está estudiando. Por suerte, el análisis no dura tanto como para provocarme una crisis nerviosa.

—Kula ha cotejado los datos recibidos del consulado con los que han reunido nuestros departamentos. Ahora le informará de los resultados —me dice Antigoni.

Kula toma la palabra:

—George Terkidis es primo hermano de Stavros Terkidis, es decir, sus padres son hermanos. George vive en Estados Unidos desde niño, aunque viene a Grecia a pasar las vacaciones de verano y a visitar a la familia. Esa podría ser la razón por la que compró el coche, para sus desplazamientos por el país. Al parecer, cuando regresaba a Los Ángeles, le dejaba las llaves del vehículo a su primo.

—¿Sabemos a qué se dedica George Terkidis? —pregunto.

—El vicecónsul me ha dicho que tiene una asesoría y que trabaja con estadounidenses y con canadienses que desean invertir y abrir negocios en Grecia. También me ha dicho que colaboró con los empresarios extranjeros que vinieron con la intención de reconstruir la polis ateniense —me informa Antigoni.

—O sea, que fue él quien propuso a su primo como acompañante en las visitas de los recintos arqueológicos —deduzco.

—Es lo más probable —afirma Kula.

—¿Le parece conveniente que interroguemos ya a Stavros Terkidis? —me pregunta Antigoni.

—No, será mejor que no nos precipitemos. Hasta el momento, el único dato irrefutable que tenemos de él es que acompañó a los inversores extranjeros, y eso lo reconocerá sin problemas. Todo lo demás son pruebas circunstanciales. Quizás sí estuvo en el bosquecillo de detrás del teatro de Dionisio, pero podría alegar que fue allí porque se lo pidieron los extranjeros; además,

por cómo terminó la visita de los inversores, cualquiera los localiza en Estados Unidos para que confirmen este dato. Tampoco sabemos por qué eligió a Zoe Petrelis, y en eso ni sus padres ni las Cariátides pueden ayudarnos.

—Es decir, nuestra única esperanza es Sotiría —concluye Antigoni.

—Exacto. Y si Zoe Petrelis tampoco habló con Sotiría, nos veremos obligados a buscar otros caminos.

—Prefiero que Vekos venga aquí para que la interroguemos juntos mañana —me dice Antigoni.

—De acuerdo. Te diría, además, que no la interroguemos solo nosotros dos, sino que estén presentes Askalidis y Kollias. Cuantas más preguntas le hagamos, más probable será que se acuerde de algo que podría haber olvidado.

Son las seis de la tarde. Ya es suficiente por hoy, me digo. Hemos detenido al asesino de Zeta Kalkanis y hemos hecho algunos avances en el caso del asesinato de Zoe Petrelis. Me merezco un descanso junto a mi familia.

SOY EL último en llegar. La familia está charlando en la habitación del pequeño Lambros, que se entretiene con sus juguetes.

Miro a mi alrededor.

—¿Viene Zisis también? —pregunto.

—No, está ocupado organizando grupos —contesta mi yerno.

Lo miro, sin entender a qué se refiere.

—Aris Lefkatis, aquel médico al que conociste, ha ido hoy al refugio para examinar a los residentes —me explica—. Todos están muy bien excepto Stellos, que tendrá que hacerse un electrocardiograma, aunque los demás también han de hacerse análisis para valorar su estado de salud. Aris ha venido a verme y hemos hablado del tema. Lo arreglaremos para que todas las analíticas se lleven a cabo en el hospital, aunque no pueden hacerse todas en un solo día. Tendrán que acudir de cinco en cinco, en días estipulados, así que Zisis se ha quedado en el refugio para constituir ya los grupos.

—Mi enhorabuena a Lefkatis. Dicho y hecho —comento con satisfacción.

—Sí, es muy buena persona, y un médico excelente —asiente Fanis—. No sé si seguirá con nosotros, pero, vaya al hospital que vaya, tendrán a un médico de primera.

Mi nieto deja sus juguetes y corre hacia la caja con el teatro de Karaguiosis que le regaló Antigoni. Empieza a gritar dando palmadas a la caja.

Adrianí le para los pies.

—Olvídate. La caja no se abre si no está Antigoni. —Se vuelve hacia nosotros—: O viene Antigoni para enseñarle cómo jugar con las figuras de Karaguiosis o tendré que llevar la caja al refugio. Solo así nos dejará tranquilos. Cada día igual: todo el rato dándole golpecitos a la caja para que se la abra.

—Mamá, ¿en serio estás pensando en llevar el teatro de Karaguiosis al refugio? —le pregunta Katerina—. En cuanto se duerma, subimos la caja al altillo y ya está.

Metó baza:

—En cualquier caso, no esperéis que Antigoni venga mañana ni pasado. Está investigando un caso muy complejo que le llevará un tiempo resolver.

—¿Las Cariátides otra vez? —me pregunta Adrianí.

—Se ocupa del segundo asesinato, sí, que es el más enrevesado —le explico.

—Papá, ¿es verdad lo que he leído hoy en las redes? ¿Que ese que mató a su hermana lo hizo porque ella le dijo que las Cariátides tenían razón en echar a los estafadores?

—Es lo que utilizó como pretexto, pero discutían por muchas otras cosas —le contesto.

Adrianí se dirige a mí:

—¿Recuerdas lo que se decía antiguamente? «Al garrulo, dadle el dedo y se tomará la mano.» Ahora algunos se han vuelto muy valientes. Pagan su resentimiento con las mujeres y echan la culpa a las Cariátides.

—Tienes razón. Aunque en este caso no es ningún paleta. Tiene estudios y trabaja en una empresa —le explico.

Mi mujer me mira con desdén.

—Pero ¿qué dices, Kostas? Todos los hombres llevan dentro a un energúmeno que se despierta cuando trata con mujeres. Eso es al menos lo que veía en el pueblo donde crecí. Cada dos por tres, un tipo se tomaba el dedo del proverbio, luego la mano... y acababa matando a su mujer. Cuando lo detenían, declaraba a la policía: «Le asesté cinco cuchilladas, pero después no me acuerdo de nada». Pero las cinco cuchilladas sí que las había contado bien.

—¿Yo también llevo dentro a un garrulo que se despierta contigo? —le pregunto.

—No. Tú eres la excepción y yo la afortunada.

Katerina se pone de pie.

—Voy a preparar la cena de Lambros.

—Déjalo cenar con nosotros. ¿Qué hay de malo en ello? —se queja Adrianí.

—Mamá, ya es suficiente con que en el refugio se le consientan todos sus caprichos. Déjame tener la falsa ilusión de que cumple alguna norma en su día a día, por favor —le contesta su hija.

Adrianí hace lo que siempre hace cuando no sabe qué decir: se santigua.

Cambiamos de escenario y nos trasladamos a la sala de estar. Katerina continúa hacia la cocina y Adrianí empieza a poner la mesa. Yo subo a Lambros a mi regazo.

—¿Cómo van las cosas en el hospital? ¿Cada vez mejor? —pregunto a Fanis.

—Sí, todo está más tranquilo, aunque todavía no hemos vuelto a la normalidad. No te dejes engañar porque las Cariátides hayan desbancado al coronavirus en las noticias. Antes había un tema principal y después, el resto. Ahora hay un tema único y todo lo demás desaparece.

Katerina llega con la cena de Lambros. Lo coge de mi regazo y lo sienta a la mesa. Inmediatamente empieza a chillar y a llorar.

—Escucha, hijo mío, que no todos los días hay fiesta mayor. No siempre puedes hacer lo que quieras —le dice su madre.

—Echas de menos el refugio, ¿eh, pillín? —le consuela Adrianí.

—Como diría Bogart en *Casablanca*, «siempre nos quedará... el refugio» —me dice Fanis riéndose.

—Sí, pero no sé cuántas veces más podrá ir de fiesta allí —replica Katerina.

Se me disparan las alarmas.

—¿Por qué lo dices? —pregunto.

—Sentémonos primero a la mesa y te cuento.

La preocupación me cambia de golpe el humor. ¿Qué habrá pasado? ¿El juez ha fallado que el Ayuntamiento tiene derecho a vender el inmueble? Empezaba a relajarme y, de pronto, me

corroe la desazón. Parece que a Adrianí le ocurre lo mismo, porque me dirige una mirada de preocupación. Decido olvidarme de eso y esperar a que nos sirvan la cena. No obstante, impera un silencio de mal agüero. Las palabras de Katerina me inquietan. Nadie quiere que Zisis y los residentes del refugio tengan problemas.

Poco después, Katerina se reincorpora al grupo y Adrianí trae judías verdes estofadas con queso feta.

—He pensado que sería mejor cenar ligero esta noche, después de los excesos de ayer —nos explica.

Espero a que hayamos tomado el primer bocado para hacerle a Katerina la pregunta que me reconcome, pero Fanis se me adelanta:

—¿Por qué has dicho que a nuestro hijo le quedan pocas fiestas en el refugio? ¿Ya hay sentencia judicial? —pregunta a su mujer.

—No, pero al tío Lambros no le he contado todos los detalles para no desanimarlo antes de tiempo —le contesta Katerina—. La verdad es que, falle como falle el juez, la decisión no será buena para el refugio. Si desestima el recurso, se abre el camino para la venta del inmueble. En caso de que lo admita, no sabemos si quien recurrió es el único heredero o hay más. Si hay más, no sabemos cómo son sus relaciones ni si se pondrán de acuerdo; lo que está claro es que preferirán que el edificio se quede vacío y disponible para la venta cuando lleguen a un acuerdo. Y, si se trata de un único heredero, seguro que los echará en cuanto se produzca el fallo judicial.

Adrianí aparta su plato.

—En otras palabras, van a tener que irse —dice desesperada.

—¿Se lo has contado a Antigoni? —le pregunto.

—No. Me ha parecido más adecuado esperar el fallo judicial. Seas tú o sea Antigoni quien se encargue de negociar con los okupas del otro edificio, si vas a hablar ahora con ellos os acusarán de haberlo preparado todo a propósito para echarlos. Cuando el juez falle, en cambio, podréis argumentar que el refugio se debe abandonar obligatoriamente y tal vez os resulte más fácil convencerlos.

—Tienes razón —dice Fanis.

—Te informaré cuando se produzca el fallo judicial —me dice Katerina.

—A mí no. A Antigoni —le respondo—. Quizás me hayan visto alguna vez con Zisis, y eso les haría sospechar. A Antigoni no la conocen de nada. Además, es una mujer muy eficiente y estoy seguro de que lo conseguirá.

Seguimos cenando, aunque nuestro apetito ha desaparecido, igual que nuestro buen humor.

De regreso a casa, ni mi mujer ni yo abrimos la boca. Tenemos el ánimo por los suelos.

ANTIGONI ha concertado el encuentro con Sotiría Vekos para las diez. Le pido que la conduzca a mi despacho para evitar la frialdad de las salas de interrogatorio. También me parece importante que hablemos antes Antigoni y yo para preparar las preguntas que le haremos y a cuáles hemos de dar prioridad.

Tampoco sé cuántos miembros del Departamento de Homicidios deberían estar presentes en la conversación con Sotiría. Si hay demasiados, podría sentirse cohibida y paralizada. Llego a la conclusión de que serán tres: además de Antigoni, debe estar Kula, que investigó la relación de Terkidis con su primo de América, y Kollias, que habló con las Cariátides. Los convoco a mi despacho y nos acomodamos en torno a la mesa de reuniones.

—El objetivo de nuestro encuentro con Sotiría está claro —les explico—. Nos interesa saber si Zoe Petrelis le comentó que había recibido una propuesta de colaboración y, de ser así, quién se la hizo. Aparte de esto, hay otros puntos que quizás nos ayude a aclarar.

—Por ejemplo, nos interesaría saber si también les hizo esa propuesta a otras Cariátides —comenta Kollias.

—¿Te dijeron algo sobre eso cuando hablaste con ellas? —le pregunta Antigoni.

—No, pero eso no descarta que ocurriera. Tal vez se asustaran tras el asesinato de Zoe Petrelis y decidieran mantener la boca cerrada.

—Tienes razón, no podemos descartar esta posibilidad —le contesto.

Es el turno de Kula:

—Otra pregunta es si Sotiría sabe algo más sobre las actividades de Stavros Terkidis.

—Muy bien, eso podría ayudarnos en la investigación —reconoce Antigoni.

A las diez en punto, Stela nos anuncia que Sotiría se encuentra en la sala de espera. Antigoni se levanta para ir a recibirla y presentármela. En cuanto se sienta entro en materia:

—Señora Vekos, no la hemos llamado para un interrogatorio oficial —le digo—. Nos urge aclarar algunos puntos oscuros del asesinato de Zoe Petrelis y necesitamos su ayuda. —Me dirijo a Antigoni—: Continúa tú, que estás a cargo de la investigación.

—Sotiría, ¿Zoe Petrelis te comentó algo relacionado con alguna propuesta de trabajo? —le pregunta Antigoni.

—Sí —responde Vekos sin vacilación—. Vino un día para decirme que le habían propuesto algo que no sabía si aceptar o no. Alguien que organizaba viajes y excursiones con extranjeros le pidió que trabajara con él, encargándose de grupos interesados en visitar principalmente los

recintos arqueológicos. Me lo comentó porque soy guía turística y le podía dar una idea del tiempo que requeriría ese trabajo; temía que las visitas guiadas le ocuparan demasiado tiempo y su doctorado se resintiera.

—¿Qué le dijiste? —pregunta Antigoni.

—Que no tenía que preocuparse, no parecía un trabajo de plena dedicación. Por otra parte, tampoco me parecía que fuera a ganar mucho dinero. Como mucho, se aseguraría unos ingresos dignos que le permitirían no abusar de la economía de sus padres.

—¿Sabe si aceptó la propuesta? —le pregunta Kollias.

—Me parece que al principio dijo que sí. Es lo que deduzco porque, pasados algunos días, vino a verme y estaba enfadadísima. Me dijo que el tipo le había pedido que hiciera de guía al grupo de empresarios extranjeros recién llegados para la reconstrucción de la antigua polis ateniense. Zoe le dejó claro que los consideraba unos estafadores y que no quería tener nada que ver con ellos. La colaboración quedó interrumpida antes de empezar siquiera.

—¿Te dijo el nombre de la persona que se lo propuso? —pregunta Antigoni.

—No, nunca me lo dijo. Siempre se refería a él como «el tipo» o simplemente «ese». Quizás porque yo trabajo en lo mismo y no quería ponerme en una situación incómoda.

—¿Le suena de algo el nombre de Stavros Terkidis? —le pregunta Kula.

—He oído hablar de él, pero no le he visto nunca. No se dedica en exclusiva al mundo antiguo, que es mi especialidad.

—¿Sabe si otras Cariátides recibieron la misma propuesta? —prosigue Kollias.

—No, solamente Zoe —responde Sotiría y, de repente, se calla, como si se le hubiera ocurrido una idea—: Zoe tenía una relación con un profesor de historia antigua. A lo mejor a él le dijo el nombre.

—¿Sabes quién es? —pregunta Antigoni, que apenas puede contenerse para no levantarse de un salto.

—Claro. Se llama Menélaos Kurakis.

Miro a mis colaboradores. Nadie tiene más preguntas para Sotiría.

—Muchas gracias, señora Vekos. Su testimonio nos ha resuelto muchas dudas —le digo.

—Ojalá pillen al bestia que la mató —responde ella, y se levanta.

Antigoni la acompaña a la puerta. Cuando regresa, no puede ocultar su satisfacción:

—Hemos conseguido dos datos muy valiosos —afirma con alegría—. El primero confirma que Zoe Petrelis rechazó la colaboración cuando supo que se trataba de aquellos extranjeros. El segundo, su relación con un profesor adjunto. No descarto en absoluto que el profesor sepa el nombre del tipo que le propuso ese trabajo.

—Tenemos que interrogar a Menélaos Kurakis inmediatamente —les señalo.

—Déjemelo a mí —dice Antigoni, y se vuelve hacia sus colaboradores—: Propongo que regreséis a vuestros despachos y tracéis un plan para nuestros próximos movimientos.

Cuando Kula y Kollias se marchan, Antigoni continúa con el tema:

—No quería que oyeran lo que voy a decirle —me explica—. He pensado que sería conveniente que hablara con mi hermana antes de conversar con Kurakis. Seguro que lo conoce y podrá facilitarnos información sobre él. Nos será muy útil.

—Tienes razón. ¿Cuándo piensas llamarla?

—Lo intentaré ahora mismo. Espero que no esté en clase ni en ninguna reunión, a ver si

tenemos suerte.

Yo también estoy muy satisfecho con la conversación con Sotiría. Ciertamente, nos ha abierto nuevos caminos por los que avanzar. Uno de ellos nos lleva a la reunión con el profesor Kurakis.

Antigoni tarda en volver y yo trato de contener mi impaciencia. Al final, reaparece al cabo de media hora.

—He tardado un poco pero he conseguido hablar con mi hermana —anuncia—. Conoce muy bien a Menélaos Kurakis. Incluso ha colaborado con él en algún trabajo académico. Circulaban rumores de que mantenía una relación con una antigua alumna suya, aunque nadie sabía de quién se trataba, nunca se los vio juntos. Le he dicho a mi hermana que debemos interrogarlo, pero me ha recomendado que no lo traigamos a Jefatura porque entonces empezarían los cotilleos en el departamento. Me ha dicho que sería mejor que uno de nosotros fuera a su despacho.

—De acuerdo, no tenemos por qué dejarle en evidencia ante sus colegas y sus estudiantes. Ve tú a interrogarle.

—Lo mismo he pensado yo, y se lo he propuesto cuando le he llamado por teléfono, pero él parecía indeciso. La verdad, es una persona muy reservada. Al final me ha dicho que prefiere venir él a mi despacho.

—La explicación es sencilla: no quiere que nadie se entere de que habla de Zoe Petrelis. Interrógale en tu despacho. Nos conviene.

—Iba a proponerle que lo interrogáramos juntos —me dice Antigoni.

—El caso es tuyo, no mío.

—Señor Jaritos, no quiero perder el control a las primeras de cambio. Usted ya vio cómo todo lo que tenía reprimido afloró en la superficie. No creo que mi ego sufra ningún trauma más si estamos los dos. Es un caso importante.

—De acuerdo. Cuando llegue Kurakis venid a mi despacho. Lo interrogaremos juntos. Según los datos que nos proporcione, planificaremos nuestros próximos movimientos.

Después llamo al subdirector para ofrecerle el parte de noticias que preparo a diario para mis superiores. No quiero oír sus quejas otra vez.

ANTIGONI aparece a eso de la una, acompañada de Menélaos Kurakis. Viste según los cánones de la época: lleva traje pero sin corbata. Como de costumbre, nos sentamos a la mesa de reuniones. Miro a Antigoni. Ella pilló el mensaje y se dirige a él:

—Señor Kurakis, le hemos llamado para hacerle una serie de preguntas que pueden ayudarnos a avanzar en la investigación del asesinato de Zoe Petrelis.

—Contestaré con mucho gusto, aunque dudo de que mis respuestas aclaren algo —le responde Kurakis.

Antigoni no comenta nada al respecto y continúa:

—En el curso de la investigación, los padres y las amigas de Zoe Petrelis nos han comentado que había recibido una propuesta de colaboración con una agencia que organiza visitas de turistas extranjeros. La querían como acompañante. ¿Le habló de esa propuesta?

Kurakis no responde enseguida. Mira a Antigoni en silencio y, en lugar de contestar, plantea su propia pregunta:

—¿Por qué me lo iba a contar a mí?

Antigoni tiene que esforzarse para mantener la calma.

—Señor Kurakis, una relación se puede mantener en secreto, incluso durante años. Pero cuando sucede lo peor, es decir, un crimen, la investigación saca a la luz hasta los secretos mejor guardados. Respetamos su deseo de mantener en secreto su relación con Zoe Petrelis, pero eso no significa que ella no hablara con sus amigas. Precisamente a través de ellas nos enteramos de su relación.

Kurakis la mira desconcertado. De nuevo, se toma su tiempo para decidir qué contarnos.

—Zoe preparaba su tesis de doctorado. Yo no quería que circulara el rumor de que había aprobado la tesis gracias a mi influencia. Hubiera sido perjudicial para ella.

Siento que ha llegado el momento de intervenir en la conversación.

—Escuche, señor Kurakis. Lo que nos pueda contar aquí es confidencial. Se incorporará al expediente del caso, y a este, aparte de nosotros, solo tienen acceso el fiscal, el juez instructor y los letrados. Además, Zoe Petrelis está muerta y a nadie le interesa ya su tesis doctoral.

Antigoni repite la pregunta tras mis explicaciones:

—¿Le habló Zoe de esa propuesta de trabajo?

—Sí, me habló de ella —contesta Kurakis, esta vez sin titubear.

—¿Le explicó también por qué acabó rechazándola? —continúa Antigoni.

—Sí. Una tarde me comentó que no tenía ganas de trabajar con unos tipos que venían con grandes discursos sobre la supuesta promoción de la antigua polis ateniense cuando, en realidad, lo único que les importaba era su beneficio particular. Le di toda la razón. Es más, mientras hablábamos del tema decidió sumarse al movimiento de las Cariátides y a su resistencia.

—¿Le dijo quién le hizo la propuesta? —le pregunta Antigoni.

—Un tal Stavros Terkidis.

Antigoni se vuelve para mirarme.

—¿Usted conocía a ese Stavros Terkidis?

—No, era la primera vez que oía su nombre —responde Kurakis.

—¿Le dijo Zoe si había quedado con Terkidis la noche en que la asesinaron?

—Estuve con ella la víspera, pero no me dijo nada. Pero la noche en que la asesinaron no nos vimos porque Zoe había quedado con un amigo para hablar de sus respectivas tesis doctorales y aclarar algunos detalles.

—¿Sabe quién es ese amigo con el que había quedado?

—No, no me lo comentó. De su doctorado hablábamos solo de aspectos académicos muy concretos.

Antigoni me mira, como cediéndome la palabra, pero yo tampoco tengo más preguntas.

—Gracias, señor Kurakis. Nos ha dado información muy útil —le digo.

Kurakis se pone de pie y Antigoni lo acompaña hasta la sala de espera. Luego vuelve con una sonrisa.

—Al final me ha dejado el interrogatorio a mí.

—No tenía por qué intervenir. Solo lo he hecho la única vez que ha hecho falta.

—Pero todo apunta a que Terkidis fue el cerebro del asesinato.

—Sí, aunque nos sería de gran ayuda poder localizar al amigo con el que se reunió para saber qué pensaba hacer ella después de su encuentro.

—Intentaremos averiguarlo a través de las Cariátides —contesta, y se pone de pie.

Si tenemos suerte y encontramos al amigo de Petrelis, quizás sepa decirnos adónde fue ella después de su cita. Ese dato nos ayudaría a precisar el punto o los puntos donde posiblemente Terkidis pudo hacer que se subiera a su vehículo.

Parece que el esclarecimiento del asesinato de Zeta Kalkanis nos ha traído suerte. Antigoni me llama por teléfono apenas media hora más tarde.

—El amigo de Petrelis se llama Yannis Nikas —me comenta—. Una de las Cariátides se acordaba, pero, por desgracia, no sabe dónde vive ni su número de móvil. He pedido a la Científica que localice su móvil. En cuanto lo tengamos, hablaremos con Nikas y le informaré.

No me cabe duda de que encontraremos ese número de móvil fácilmente. Pronto aparece Antigoni para confirmármelo.

—Nikas vive en Petrálona, y se vieron en casa de él. Le ha dicho a Askalidis que Petrelis no debía de tener otra cita, porque le dijo que regresaría a casa en metro.

—Esto acota los lugares donde Terkidis pudo meterla en su coche —le indico—. Seguramente, la estaba siguiendo y, cuando vio que se dirigía sola al metro, le propuso llevarla a casa en coche. Descarto que lo hiciera después de salir del metro y ya de camino a su casa. Ahora bien, en algún momento subieron al coche los dos asesinos, que ya estaban avisados. Lo

más probable es que Terkidis bajara y los dejara solos para que la mataran.

—¿Qué hacemos? ¿Traemos a Terkidis para interrogarle?

—No, aún no. Antes debemos explorar los alrededores de la estación de metro de Petrálona para localizar los puntos más probables donde la hizo subir al coche. Lo más apropiado sería ir en torno a las diez, para ver de primera mano qué calles tienen tráfico de noche y cuáles no —le explico.

—Lo arreglaré para que Askalidis y Kollias vayan con nosotros. Mientras tanto, llamaré otra vez a Nikas para que me dé la dirección de su domicilio.

Poco después me llama de nuevo para decirme que Nikas vive en la calle Ekaterinis, cerca de la estación de metro.

Acordamos ponernos en marcha a eso de las nueve y media. Aviso a Adrianí de que esta noche no podremos cenar juntos por culpa del trabajo.

—¿Te preparo algo de cenar?

—No, porque no sé cuánto durarán las pesquisas. Podríamos acabar de madrugada.

Para evitar miradas curiosas y chismorreos, no salimos en coche patrulla, sino en nuestros propios vehículos. Antigoni se lleva a Askalidis y yo a Kollias.

Hacemos una primera parada junto a la boca del metro. Enseguida descartamos la posibilidad de que Terkidis se hubiera llevado a Petrelis desde aquí: la zona está muy concurrida, y hay quioscos, puestos de *suvlakis* y algunos cafés.

Deliberamos brevemente y decidimos empezar por la calle donde vive Nikas. Ayías Ekaterinis es un pasaje estrecho en el que se alza la iglesia de Santa Ekaterinis. Desde Ayías Ekaterinis se sale a la calle Kyriadón, y desde Alopis o Yleón, directamente a la parada del metro.

—No hace falta darle más vueltas —concluye Askalidis cuando terminamos la inspección del terreno—. La esperé en una de las tres calles y le propuso llevarla a casa en coche.

Nos hemos reunido todos en el Seat para evitar las cafeterías.

—Mañana por la mañana tenéis que hablar con la Científica y con la policía de tráfico para que revisen las grabaciones de las cámaras. Urge identificar el coche de Terkidis y determinar su recorrido.

—También me gustaría saber cómo la convenció para que subiera al coche —se pregunta Antigoni.

—Si quieres mi opinión, probablemente la engañó con otra propuesta de trabajo que nada tenía que ver con los extranjeros —le responde Kollias.

—Tienes razón —reconoce Antigoni—. Y a los dos extraños que subieron al coche más tarde debió de presentárselos como miembros del nuevo equipo.

—Quedan dos preguntas para las que aún no tenemos respuestas —les digo—. La primera: ¿en qué coche iba cuando se llevó a Petrelis? ¿En el suyo o en el de su primo?

—No lo sé —responde Antigoni—. Si Petrelis conocía el coche de Terkidis, dudaría antes de subir a un vehículo desconocido. Claro que todavía no hemos investigado la posibilidad de que robaran un coche, pero no me parece probable. Lo más seguro es que condujera el coche de su primo.

—La otra incógnita es cómo identificar a los dos sicarios extranjeros.

—Para averiguarlo tenemos que interrogar a Terkidis —me dice Antigoni—. Ya contamos

con el testimonio del empleado del parking que los oyó hablar en una lengua desconocida. Tratar de localizar a los sicarios extranjeros podría llevarnos semanas, y ser un proceso infructuoso. El camino más corto es interrogar a Terkidis y presionarle con los datos que tenemos.

—Bien, entonces llevadlo a Jefatura mañana por la mañana para interrogarle —les digo.

Nos separamos delante de la estación del metro. Es casi medianoche. Askalidis y Kollias se dirigen al metro y Antigoni pone rumbo a su casa.

Solo quedo yo. Espero hasta que se van y entro en un local de *suvlakis*. Pido dos con pan de pita, tomate y cebolla, pero sin salsa *satziki*. Si me acuesto junto a Adrianí oliendo a ajo, despertará a todo el edificio con sus gritos.

—¿A QUÉ hora volviste anoche? —me pregunta Adrianí por la mañana.

—A las doce pasadas.

—¿Cenaste o te fuiste a la cama con el estómago vacío?

—Algo cené.

—Este «algo» significa *suvlakis*, ¿no?

—¿Te molesté cuando me acosté?

—No, porque renunciaste al *satziki*. Ya sabes que no soporto el olor a ajo en la cama.

La dejo en la calle Azanasías, delante de la casa de mi hija, y continúo hacia Jefatura. Cuando entro en la sala de espera con el café y el cruasán, le pido a Stela que convoque al equipo de Homicidios. Pronto aparecen todos, incluido Dervísoglu, que ya ha terminado con los trámites del asesinato de Zeta Kalkanis y se ha pasado al grupo de Zoe Petrelis.

—¿Ya habéis decidido cuándo traeréis a Terkidis?

—No, antes queríamos aclarar con usted si le traeremos para hablar o para un interrogatorio en toda regla —me responde Antigoni.

—Para un interrogatorio oficial, y en la sala de interrogatorios —le respondo—. Con lo que ya sabemos tenemos suficiente. No necesitamos charlas ni triquiñuelas: urge detener a los asesinos extranjeros. ¿Sabéis dónde está su despacho?

—Sí, claro. —Se dirige a Dervísoglu y a Askalidis—: Id a buscarle con un coche patrulla y dos agentes —les ordena.

—Diría que podríamos empezar por la propuesta de trabajo que le hizo a la víctima y, paso a paso, llegar a su presencia en el bosquecillo, donde los vio el guía turístico, y en el parking. De allí al coche del primo de América y a la noche del crimen. Ahora bien, cuándo y cómo saldrán a relucir los dos sicarios, eso creo que dependerá de cómo vaya avanzando el interrogatorio.

—De acuerdo. A mí también me parece buena idea empezar por la propuesta de colaboración y la posterior negativa de Zoe Petrelis.

Nos separamos hasta que llegue Terkidis. Su comparecencia en Jefatura le sentará como un mazazo y tengo curiosidad por ver cómo reacciona. Lo complicado será arrancarle la información relacionada con los dos matones.

Tenemos que esperar un buen rato hasta que Kula me anuncia que Terkidis ha llegado y que se encuentra en la sala de interrogatorios. Bajo a la tercera planta después de informar a Stela de

que voy a asistir a un interrogatorio que podría ir para largo.

Terkidis está custodiado por Antigoni y el equipo de Homicidios al completo. Cuando me ve, comprende que soy el de rango superior y se dirige a mí:

—¿Por qué me traen para interrogarme? ¿Piensan que fui yo el que echó a los extranjeros del país?

—No, ya sabemos que no los echó usted. Le hemos traído para hacerle algunas preguntas relacionadas con el asesinato de Zoe Petrelis.

Terkidis parece confuso.

—¿Y qué tengo que ver yo con el asesinato de la Petrelis esa?

—Señor Terkidis, no perdamos tiempo fingiendo ignorancia y recurriendo a subterfugios —le dice Antigoni—. Ya sabemos que usted le propuso a Petrelis colaborar con su agencia para que acompañara a determinados grupos de extranjeros.

—Sí, se lo propuse, pero ella no aceptó. Me dijo que estaba preparando su doctorado y no quería retrasarlo —le responde Terkidis sin vacilación.

—Me gustaría que contestara con sinceridad y con todos los pormenores —insiste Antigoni—. Petrelis no le dijo que no desde el principio. Se negó cuando le propuso acompañar precisamente a los extranjeros que habían venido con la intención de revivir la antigua polis ateniense. Le dijo que eran unos estafadores que querían lucrarse con la explotación de nuestra civilización antigua.

—Por eso, al final, los acompañó usted. No vuelva a decir que no, porque hay testigos que lo confirman —continúa Askalidis.

—Así es, aunque no quería decirlo para no mancillar su memoria —responde Terkidis.

—¿Y por qué motivo estuvo usted en el bosquecillo que hay detrás del teatro de Dionisio dos días antes del asesinato de Zoe Petrelis? —le pregunta Antigoni.

—Y en el punto exacto donde encontraron su cuerpo, además —añade Kollias.

—No sé dónde encontraron el cadáver de Petrelis, nosotros estuvimos inspeccionando la zona para un grupo de extranjeros que estaba a punto de llegar. Como Zoe Petrelis se había negado, tenía que encontrar sustitutos para poder hacer mi trabajo.

El interrogatorio queda interrumpido por la llegada de Stela.

—Agente Askalidis, le llaman por teléfono.

Askalidis abandona la sala y Antigoni continúa con las preguntas:

—¿Qué grupo era ese al que iban a guiar?

—Un grupo de alemanes.

—¿Cuál era la nacionalidad de sus nuevos colaboradores?

—Ni lo sé ni me importa.

Antigoni sigue presionándole:

—¿Y eligió a dos colaboradores que chapurreaban en griego con usted y entre ellos hablaban una lengua totalmente desconocida?

Terkidis se la queda mirando en silencio. Empieza a darse cuenta de que lo estamos arrinconando y de que la situación es más grave de lo que se había imaginado.

El regreso de Askalidis le da aún más que pensar. Askalidis se sienta y me mira primero a mí y luego a Antigoni.

Kollias retoma el hilo del interrogatorio:

—¿Y fue al bosquecillo caminando, sin el coche? —pregunta a Terkidis.

—Dejamos el coche en un aparcamiento porque después íbamos a visitar más lugares —le responde Terkidis.

—¿De qué marca es el coche que conduce usted?

—Un Honda.

—¿Por qué, entonces, fue con un Volkswagen? —le pregunta Antigoni.

Terkidis no se esperaba que lo supiéramos y nos mira desconcertado.

—El Volkswagen es el vehículo de su primo George Terkidis, que vive en Los Ángeles —interviene Kula—. Él lo utiliza cuando viene a pasar los veranos en Grecia y, cuando se marcha, le deja las llaves a usted.

Terkidis, entretanto, ya se ha inventado una excusa:

—Sí, ahora me acuerdo. Cogí el coche de mi primo porque el mío tenía una avería.

—Terkidis, ya ha durado demasiado este juego —le digo—. El coche no lo cogió solo cuando fueron a elegir el lugar donde dejarían el cadáver de Zoe Petrelis. En ese mismo coche la esperó usted cerca de la estación del metro de Petrálona. No sabemos cómo la convenció para que subiera al vehículo. Lo que es seguro es que en algún momento subieron también los dos asesinos de Petrelis. Usted abrió la puerta y se apeó con alguna excusa mientras los otros dos se quedaban con ella. Uno la estranguló, el otro era el conductor. A no ser que estuviera usted también en el coche en el momento del asesinato...

—En las grabaciones de las cámaras de seguridad hemos localizado su coche en dos puntos: en la calle Kiriadón y en la avenida de Salónica —le dice Askalidis. Es la información que la Científica le acaba de comunicar por teléfono.

Terkidis nos mira ofuscado. Lo único que se le ocurre decir es:

—Todo esto son conjeturas.

—No son conjeturas, y solo es cuestión de tiempo que averigüemos dónde subieron en el Volkswagen los dos sicarios —le contesta Askalidis.

Continúa Antigoni:

—Sabemos que usted fue el cerebro del crimen, aunque no el ejecutor. A Petrelis la mataron los otros dos. Díganos quiénes son.

Terkidis guarda silencio. Poco después abre la boca:

—No contestaré más preguntas si no es en presencia de mi abogado. Ustedes quieren implicarme en un crimen con el que no tengo nada que ver.

—Escuche, Terkidis, sabemos que organizó el asesinato de Petrelis —le digo—. Su única esperanza de conseguir un atenuante es revelar el nombre de los asesinos y colaborar en su detención. Si no lo hace, si los encubre, su situación empeorará. Tenemos pruebas suficientes en su contra para decretar prisión provisional y presentar una acusación formal. El resto es tarea del juez y el fiscal.

—No se engañe —continúa Antigoni—. Tarde o temprano localizaremos a los asesinos. Si abandonaron Grecia inmediatamente después del crimen, lo averiguaremos a través del control de pasaportes. Estamos casi seguros de que provienen de algún país de los Balcanes o de la antigua Unión Soviética. Si en efecto han huido, solicitaremos su extradición con una orden internacional de arresto. Sea como sea, saldrá usted perdiendo. Colaborar con la policía en la

búsqueda de unos asesinos es un atenuante que se tendrá en cuenta en la instrucción.

Terkidis no contesta. Parece estar pensándoselo.

—Son dos georgianos —susurra al final—. Solo sé sus nombres de pila. Uno se llama Mijeíl y el otro Georgui.

—¿Sabe dónde viven? —le pregunta Antigoni.

—Nunca he estado en su casa, pero me comentaron que vivían en Llosia.

—¿Quién se los presentó?

—Un taxista que es amigo suyo y al que yo a veces contrato cuando acompaño a extranjeros. Le dije que el encargo no iba a ser fácil y me contestó que bastaba con pagarles bien, porque trabajaban por una miseria.

—Una última pregunta. ¿Por qué les encargó que mataran a Zoe Petrelis?

—Porque ella me arruinó profesionalmente. Ella y las demás que se jactaban de ser las Cariátides —le responde Terkidis—. Todo empezó cuando me llamó mi primo estadounidense, que organiza viajes de inversores al extranjero. Me dijo que pronto vendría un grupo de empresarios y me propuso que coordinara sus desplazamientos por el país y los trabajos que empezarían después. Yo daba saltos de alegría, ¡era la oportunidad de mi vida! Entonces pensé que Zoe Petrelis sería la persona más apropiada para acompañarlos, porque era experta en historia antigua y estaba seguro de que conocía a la perfección la polis ateniense. Petrelis se puso hecha una furia cuando vio de qué se trataba. Me dijo que eran unos embaucadores que pretendían explotar nuestro legado antiguo para forrarse. No le hice caso, pensé que era la típica loca conspiranoica. Decidí ocuparme yo mismo para evitar también los gastos innecesarios, pero, cuando vi a esas supuestas Cariátides en Eubea sacar pecho y supe que los extranjeros desistían de su proyecto, monté en cólera.

—¿Y era necesario matarla?

—Yo la conocía a ella, y con ella me vengué. Lo único que pretendían esas pelanduscas era llamar la atención, ser admiradas, como todas las mujeres que han destruido las oportunidades de mi vida. Ella iba a pagar por el daño que me hicieron.

—¿Hay más preguntas? —me dirijo al equipo. Todos niegan con la cabeza—. Entonces, firme su declaración y lo pasaremos a disposición judicial —le digo.

Dervísoglu viene con los agentes que conducirán a Terkidis al calabozo.

—Venid a mi despacho para decidir cómo arrestamos a los sicarios.

Subo a la quinta planta y les doy unos minutos para recomponerse.

EL EQUIPO de Homicidios, salvo Kula, se reúne en mi despacho. Todas las miradas se dirigen a mí.

—¿Cómo procedemos? —me pregunta Dervísoglu.

—No creo que necesitemos un plan concreto. Tenemos que ir inmediatamente a Llosia para localizar a los dos georgianos y rezar para que no se hayan ido ya y nos veamos obligados a cursar órdenes de arresto internacionales.

Antigoni se dirige a sus colaboradores:

—Sé por experiencia que algunas órdenes internacionales pueden tardar años en ejecutarse, sobre todo cuando se trata de países donde resulta muy difícil investigar. Más nos vale rezar para que sigan en Grecia.

—Pues no perdamos más tiempo —dice Askalidis, y se levanta.

Los demás lo siguen y el despacho se queda vacío. Sé que pronto me acribillarán a llamadas, para informar paso a paso de la búsqueda de los georgianos, y decido llamar al subdirector ahora que la situación está aún tranquila.

El subdirector se muestra satisfecho.

—¡Habéis detenido a los tres culpables! ¡Mi enhorabuena! —me felicita.

—Gracias, aunque de momento solo hemos detenido a dos culpables y al cerebro del tercer asesinato. Nos queda por arrestar a los ejecutores. Espero que sigan en nuestro país; si no, a ver quién es el guapo que los busca en el Cáucaso...

Colgamos y vuelve a empezar el martirio de la espera. Con mucho gusto habría acompañado al equipo de Homicidios, pero, como siempre, pienso en las consecuencias y me quedo quietecito.

Toda espera llega a su fin. La mía termina satisfactoriamente al cabo de dos horas, cuando me llama Antigoni:

—Hemos podido detenerlos, con la ayuda de la comisaría de Llosia, y vamos camino de Jefatura —anuncia.

Se me quita un peso de encima. Pasa una hora hasta que el equipo entra en mi despacho.

—De momento están en el calabozo. Antes queríamos pasarle el parte —dice Antigoni y saca una hoja de papel—. Uno se llama Georgui Tekasvili y el otro Mijeíl Sajvatze. Trabajan en Super-Fast, una empresa de transportes. Hemos registrado el piso donde vivían y hemos

encontrado sus pasaportes.

—Me extraña que no volvieran a su país después de cometer el asesinato —observo.

—Quizás creían que no los encontraríamos y prefirieron no perder su trabajo —conjetura Dervísoglu.

—Tal vez, aunque podría haber otra explicación —argumenta Antigoni.

—¿Cuál?

—Que tengan antecedentes penales en Georgia y les dé miedo volver. Tal vez podamos averiguarlo a través de Interpol. Llamaré a un excolega de Europol que está en contacto con Interpol y le pediré que lo investigue.

—Mientras tanto podemos interrogarles —le digo.

—Por supuesto. Pediré que los traigan.

Se va a la sala de espera para avisar a los agentes encargados de los calabozos. Volvemos a bajar a la sala de interrogatorios. Los agentes no tardan en traer a los georgianos. Son dos muchachos altos y musculosos. Basta con echarles un vistazo para comprender que matar a Zoe Petrelis fue un juego de niños para ellos.

Antigoni les señala dónde han de sentarse y los agentes les quitan las esposas. Ellos se sientan, observan y esperan.

—Tú te llamas Georgui Tekasvili —dice Antigoni a uno de ellos. El aludido asiente con la cabeza—. Y tú, Mijeíl Sajvatze —dice al otro.

—Sí —confirma él.

—Los dos trabajáis en la empresa de transportes Super-Fast. ¿A qué os dedicáis?

—Yo, conductor —responde Georgui.

—Y yo, cargador —dice Mijeíl.

—Os hemos traído aquí para que nos expliquéis por qué matasteis a una joven que se llamaba Zoe Petrelis la noche del 12 de mayo y la dejasteis en el bosquecillo que se encuentra detrás del antiguo teatro de Dionisio —les explica Antigoni.

Los dos georgianos intercambian miradas.

—¿Nosotros? —dicen a la vez.

—¿Conocéis a un tal Stavros Terkidis o Stavros a secas? —les pregunta Kollias.

—No —responden al unísono.

—Si no lo conocéis, ¿cómo es que estabais con él en el mismo bosquecillo un día antes de matar a la joven? —les pregunta Dervísoglu—. Estabais con Stavros Terkidis buscando dónde dejar el cadáver, porque fue precisamente allí donde lo encontramos.

Los georgianos empiezan a sentirse en apuros.

—No saber nada de chica. Él nos quiere para otro trabajo —responde Georgui.

—¿Cómo podía ofrecer os otro trabajo si acabáis de decirnos que no le conocíais? —le pregunta Antigoni.

—No conocer su nombre —responde Mijeíl esta vez.

—Ya basta de tonterías —les digo categóricamente—. La noche en que matasteis a la muchacha, Stavros Terkidis la había recogido en Petrálona con el mismo Volkswagen que dejasteis en el aparcamiento para ir al bosque. Lo hemos comprobado con las grabaciones de las cámaras de Tráfico. En algún punto, él detuvo el coche con cualquier pretexto y se bajó.

Entonces subisteis vosotros al vehículo, bloqueasteis las puertas y la estrangulasteis. Después la dejasteis atada a un árbol del bosquecillo donde os habían visto con Terkidis y enganchasteis en su vestido el trozo de papel que él os había dado.

—Todo mentiras —grita Georgui—. ¡Todo mentiras!

—Eso se lo contáis al juez de instrucción, que, mientras tanto, habrá leído la confesión de Terkidis —le dice Antigoni.

—¿Algo más? —pregunto a mi equipo.

—Sí, que nos digan cuánto cobraron para matar a Petrelis —responde Askalidis.

—Nosotros no matar —insiste Georgui.

Pido que vengan los agentes para trasladar a los georgianos al calabozo y a Kula que prepare el expediente para el juez.

—Nos habría sido útil encontrar el dinero —comenta Dervísoglu.

—Volveremos a registrar el piso más a fondo junto con la Científica —le dice Antigoni—. Organizadlo. Yo me pondré en contacto con mi colega de Europol para averiguar si hay más acusaciones u órdenes de búsqueda pendientes contra ellos en su país.

—Pueden haber enviado el dinero a sus familias, en Georgia —puntualiza Askalidis.

—En este caso, tendrán el resguardo de la transferencia, no lo habrán tirado —le explica Antigoni.

El equipo se pone en marcha para seguir reuniendo pruebas adicionales. Vuelvo a sentarme en mi despacho y respiro profundamente, aliviado. Hemos logrado esclarecer los tres asesinatos, y eso es bueno. No solo para Antigoni, sino también para mí y para mi nuevo cargo.

Llamo al director. Sé que sigue pendiente poner al corriente al ministro, y creo que tendría que recibir la información de primera mano.

—El ministro estará encantado —me dice él jubiloso—. No solo porque se han esclarecido los tres homicidios, sino porque los nuevos nombramientos han dado fruto rápidamente. Como comprenderá, el éxito de ustedes también repercute en él.

Tengo ganas de decirle que, para ser unos novatos, no lo hemos hecho tan mal, pero me contengo. No nos pasemos con la modestia.

Poco después me llama Antigoni para decirme que ha hablado con su excolega y que este le ha prometido que solicitará información del departamento correspondiente de Interpol.

Sigue una segunda llamada de la propia Antigoni:

—Hemos encontrado el dinero. Estaba al fondo de una bolsa de plástico, en una caja envuelta en ropa sucia.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—De dos mil euros. ¿Se da cuenta? —prosigue ella furiosa—. Para Terkidis, la vida de esa joven valía dos mil euros.

—Ese es tu punto de vista. Para los georgianos, dos mil euros son una fortuna.

En todo caso, ya no quedan zonas oscuras en el asesinato de Petrelis. El cerebro y los ejecutores están a buen recaudo. Espero que haya remitido la cólera contra las Cariátides y que no se cometan más asesinatos.

Creo que mi trabajo ya ha terminado por hoy. Solo tengo que esperar una hora antes de poner rumbo a la calle Azanasías para disfrutar de mi nieto.

Las cosas, sin embargo, rara vez salen como uno las ha previsto. Poco antes de ponerme en

marcha aparece Antigoni.

—¿Recuerda el viejo refrán «No hay mal que por bien no venga»? —me pregunta.

—Claro que lo recuerdo.

—Pues a veces ocurre lo contrario, que de algo bueno llega algo malo.

—¿Por qué lo dices? —me inquieto.

—Acaba de llamarme Katerina. El juez ya ha fallado sobre el inmueble del refugio. Ha desestimado el recurso del heredero. Es decir, el Ayuntamiento puede proceder a la venta del edificio. Katerina me ha propuesto quedar para hablar del tema.

No contesto enseguida.

—Habladlo, pero es prioritario informar a Zisis. No podemos dejarlo de lado.

—¿Sugiere que nos reunamos en el refugio?

—No, mejor que no. ¿Estás libre esta tarde?

—Sí, iba a ver a Katerina de todas formas.

—Bien. Yo llevaré a Zisis al despacho de Katerina para que esté presente en la conversación.

¿A qué hora habéis quedado?

—Cuanto antes.

—Entonces ve tú al despacho de Katerina para que te ponga al día. Yo ya llegaré con Zisis.

Después llamo a Zisis. Cuando le digo que tenemos que reunirnos en el despacho de Katerina, me hace la inevitable pregunta:

—¿Hay novedades sobre el refugio?

—Entiendo que sí, aunque todavía no sé nada. Pasaré a recogerte dentro de un cuarto de hora.

Ordeno mi escritorio, bajo al garaje y subo al Seat.

ZISIS está esperándome en la puerta del refugio, como siempre que lo paso a buscar con el Seat. Se limita a saludar con un «buenas tardes» escueto, se sienta a mi lado y se sumerge en sus pensamientos. Poco después rompe el silencio y me pregunta:

—Decías que es por lo del refugio, ¿no?

—Katerina me ha dicho que hay novedades y quiere ponernos al día —respondo sin concretar—. Estará también Antigoni.

—Si está Antigoni, entonces significa que tenemos que mudarnos —razona, desolado.

—No te precipites. Espera a que escuchemos primero lo que tenga que decirnos mi hija.

Katerina nos recibe en la entrada y nos dirigimos a su despacho. Allí nos aguarda ya Antigoni.

Katerina va directa al grano:

—Ya hay sentencia judicial. El juez ha desestimado el recurso del heredero —son sus primeras palabras.

Zisis ya se lo esperaba. Pero una cosa es esperarlo y otra encontrarte ante hechos consumados.

—Esto significa que hay que buscar otro refugio. Tengo que hablar con los okupas de Lelas Karayanni —farfulla.

—Un momento —dice Antigoni y se vuelve hacia Katerina—: ¿De cuánto tiempo disponemos hasta la redacción definitiva de la sentencia y la firma del juez?

—No hay un tiempo prefijado. Depende del número de fallos pendientes y de su prioridad —le explica Katerina—. Pero yo diría que disponemos de, como poco, un par de semanas.

Antigoni se dirige a Zisis:

—¿Me dejas, por favor, que me ocupe yo del asunto, Lambros?

Zisis la mira indeciso y desconfiado.

—¿Crees que una policía conseguirá mejores resultados? A no ser que me digas que llevarás a tus colegas para que desalojen por la fuerza a los okupas. Puede que lo consigas, pero ya sabes que eso nos crearía problemas con los vecinos del barrio.

—Te equivocas, Lambros. Iré a hablar con ellos sin el uniforme. Les explicaré la situación e intentaré convencerles sin recurrir a amenazas.

—Dejemos que Antigoni lo intente, no tenemos nada que perder —digo a Zisis—. Si fracasa,

ya decidiremos cuáles han de ser los siguientes pasos.

Zisis transige.

—De acuerdo. Ahora debo volver al refugio para hablar con los residentes.

—No, no te precipites, tío Lambros —le pide Katerina—. Se asustarán, la noticia se propagará antes de tiempo y eso no hará más que perjudicarnos. Esperemos a ver primero los resultados del plan de Antigoni.

Zisis calla y no pone objeciones. A él también se le hace cuesta arriba hablar con los del refugio y prefiere evitarlo.

Antigoni se dirige a mí:

—Hemos resuelto todos los casos que nos traían de cabeza, señor Jaritos. ¿Puedo ausentarme del trabajo mañana por la mañana para ir a hablar con los okupas?

—Mañana tenemos la rueda de prensa —le recuerdo—. Me gustaría que te encargaras tú. Pero creo he encontrado una solución que será satisfactoria para todos.

—¿Ah, sí?

—Mañana llamaré al subdirector y le pediré que organice un encuentro con la prensa en las dependencias del ministerio. Eso alegrará también al ministro, que tendrá su momento de gloria. Añadiré que tú no podrás estar porque tienes que finiquitar algunos asuntos burocráticos.

Katerina se echa a reír.

—Ahora entiendo por qué os lleváis tan bien —dice y se levanta—. Venga, vayamos todos a mi casa a cenar y a relajarnos un poco. Creo que lo necesitamos.

En la calle Azanasías nos esperan Adrianí, Fanis y nuestro nieto. Por sus miradas está claro que están impacientes por saber qué ha ocurrido. Katerina nos manda a Antigoni y a mí a la habitación de Lambros mientras se lleva a los otros dos, además de a Zisis, a la sala de estar para ponerles al día.

Antigoni levanta a mi nieto en brazos.

—Ahora vamos a jugar. Y después, mientras cenas, te contaré un cuento.

El niño, feliz, empieza a jugar con Antigoni. Está claro que yo he pasado al papel de segundón. Poco después viene Katerina para decirnos que ya podemos ir a la sala de estar. Coge a Lambros en brazos, pero el niño mantiene la mirada fija en Antigoni. Imagino su dilema: ¿qué es mejor?, ¿seguir jugando o escuchar el cuento?

—Katerina nos lo ha contado todo con más detalle y nos hemos enterado de que tienes un plan —dice Fanis a Antigoni—. Espero que salga bien.

—Fanis, mientras serví en Europol aprendí una expresión que hoy en día está en boca de todos —le responde Antigoni.

—¿Qué expresión? —pregunta Fanis.

—El Plan B. Si el plan que he pensado no nos lleva a ninguna parte, tengo un Plan B. Todavía no voy a decirlos cuál es, porque requiere ciertos preparativos. Lo sabréis cuando llegue el momento.

Mientras la escucho me pregunto cómo una joven tan bien preparada en todo momento, dentro y fuera del trabajo, puede perder repentinamente el control y arremeter contra quien tenga delante.

Fanis me devuelve al presente.

—Tú tienes lo que se llama un cerebro femenino. Pares ideas —dice a Antigoni,

impresionado.

—No es cuestión de cerebro, sino de experiencia —le explica ella—. Tanto en Europol como en Homicidios, donde trabajo ahora, las investigaciones se encallan a menudo. Tienes que estar siempre preparado para encontrar una salida, es decir, un Plan B.

—¿Tú conoces ese Plan B? —me pregunta Adrianí.

—No, yo sé lo que aprendí en Epiro: el muchacho habilidoso siempre se sabe otros atajos.

—Mientras tanto, a mí también se me ha ocurrido una solución *in extremis* —dice Zisis.

—Cuéntanos lo que has pensado, tío Lambros —le anima Fanis.

—No tiene sentido que hable yo con los okupas. No cederán, les parecerá una traición a su ideología anarquista. Sin embargo, sí puedo hablar con los vecinos del barrio. Ellos nos quieren y creo que nos apoyarán. Aunque se mantengan al margen del conflicto, al menos no nos enfrentaremos a actitudes hostiles si nos vemos obligados a echar a los okupas, porque sabrán que habremos hecho todo lo posible para convencerlos pacíficamente.

—Es una idea excelente, tío Lambros —le dice Katerina—. Si los planes de Antigoni no dan resultado, pondremos en marcha tu solución de última hora.

Se levanta y vuelve poco después con la cena de Lambros. Cuando la ve, Antigoni se levanta también.

—Ya hemos hablado de todo. Ahora, con vuestro permiso, os dejo, que Lambros tiene prioridad —declara.

Se sienta junto a mi nieto. Al verla, este le dedica una sonrisa. Antigoni empieza a contarle un cuento.

Adrianí comienza a poner la mesa y los hombres nos quedamos solos. Fanis es el primero en tomar la palabra para manifestar su optimismo.

—Creo que alguno de los planes funcionará y que el refugio acabará trasladándose al edificio ocupado —dice.

—Estoy completamente de acuerdo. Yo pienso lo mismo —declaro.

El único que sigue pensativo es Zisis.

—¿Todavía tienes dudas, tío Lambros? —le pregunta Fanis.

—Amigo mío, me he llevado tantas hostias en la vida que siempre tengo pocas expectativas —le contesta Zisis.

Mi nieto termina de cenar y Katerina lo lleva a la cama. Antigoni se reincorpora al grupo y Fanis le cuenta brevemente de qué hemos estado hablando.

—Un plan u otro saldrá adelante, ya veréis. Confío en que, aunque tengamos que recurrir al desalojo forzoso del edificio, los vecinos se pondrán de nuestro lado —comenta Antigoni.

Adrianí trae la cena.

—Sabía que esta velada sería triste y he preparado algo ligero para no cargar el cuerpo, además de con tristeza, con comida copiosa.

—¿Qué has preparado? ¿Pastel de verduras? —le pregunta Zisis.

—Lambros, tú siempre pensando en el pastel de verduras... —repite Adrianí—. He hecho caldo de verduras y espaguetis con salsa de tomate.

El ambiente se ha distendido un poco y cenamos con apetito, sobre todo el caldo, que está delicioso. Al final incluso nos animamos y comemos un poco de espaguetis.

Tras la cena, nos sentimos todos agotados y decidimos irnos a dormir. Zisis viene con

nosotros para que lo dejemos en el refugio. Nadie tiene ganas de hablar. Ya nos lo hemos dicho todo.

T ENGO que adelantarme a los periodistas, antes de que aparezcan en mi despacho.

Llamo inmediatamente al subdirector. Primero intento animarlo contándole las buenas noticias relacionadas con el asesinato de Zoe Petrelis.

—Hemos detenido al cerebro del plan, es decir, a Stavros Terkidis, pero también a los dos sicarios. Son georgianos. También hemos encontrado el dinero que les pagó Terkidis. En definitiva, hemos resuelto los tres homicidios.

—¡Un gran éxito! —exclama él con entusiasmo.

—Sí, un éxito, pero también hay que saber gestionarlo. Todos hemos colaborado para lograrlo, por eso quería proponerle que organice una rueda de prensa en el ministerio para que el ministro pueda hablar también con los periodistas. Si vienen a mi despacho, limitaremos la comunicación al ámbito policial.

—Tiene razón. Enseguida hablo con el director y le llamo.

Colgamos y llamo a Antigoni para pedirle que venga a mi despacho. Primero le informo de la conferencia de prensa. Luego le pregunto acerca de su plan.

—Pensaba ir a hablar con los okupas sobre las once, de modo que, si las cosas no salen según lo planeado, tenga tiempo de poner en marcha el Plan B hoy mismo.

Acordamos volver a hablar cuando haya concluido la rueda de prensa. Antigoni se va y yo me quedo esperando la llamada del subdirector. Por suerte, no tarda mucho en producirse.

—Hemos convocado la rueda de prensa a las doce. Estará también el ministro, que desea verle antes para poder felicitarle.

Son las diez. Es decir, no tengo que salir a toda prisa hacia el ministerio, puedo seguir relajado un rato más. Velidis, sin embargo, no opina lo mismo:

—Los viejos pecadores reclaman la absolución.

—¿Qué quieres decir?

—El ciberespacio está lleno de comentarios de aquellos que insultaban e increpaban a las Cariátides por obstaculizar los planes de los extranjeros. Ahora están arrepentidísimos y buscan el perdón. Ya verás, te envío lo que ha escrito un viejo conocido nuestro.

Cuelga y poco después leo la publicación de Solon Varkatis:

Todo el mundo sabe que estaba en contra de esas jóvenes que se alzaron, enarbolando la bandera de las cariátides, para echar a los extranjeros de Grecia como si fueran contrabandistas.

Pensaba, y sigo pensando, que la marcha de los empresarios extranjeros nos ha perjudicado mucho. Pero eso no significa que considere legítimo matar a tres mujeres por venganza o como castigo. Todo lo contrario. Condeno categóricamente los asesinatos y expreso mi más sincera enhorabuena a la policía por haber detenido a los criminales.

Vaya, aquí lo tenemos, esgrimiendo la excusa del «si lo hubiera sabido antes...». Cuando se lo advertimos hizo oídos sordos. Me entran ganas de llamar a Kula y dictarle una réplica a la publicación de Varkatis para recordarle que yo ya se lo había dicho.

Descarto la idea de inmediato: en mi nuevo cargo, no es conveniente que me enzarce en polémicas, y menos en las redes. Lo que tengo que hacer es salir hacia el ministerio no solo para llegar a tiempo, sino también para no ir apurado antes de la rueda de prensa.

Cojo el Seat. El tráfico, por suerte, es fluido y llego sin retrasos. Voy directo al despacho del director, donde me lo encuentro solo.

—El subdirector y el jefe de prensa están ocupados organizando la conferencia. Cuando terminen avisaré al ministro.

Poco después llega el subdirector. Sonríe de oreja a oreja. El director llama a la secretaria del gabinete ministerial para informarles. Pronto le comunican que el ministro nos espera.

En cuanto entramos en su despacho, el ministro se levanta de un salto y se me acerca.

—Mi más sincera enhorabuena, señor director. Ha podido resolver los tres homicidios y, además, en muy poco tiempo. La asunción de su nuevo cargo ha sido coronada con un gran éxito.

—Se lo agradezco de veras, igual que al director y al subdirector. Pero también quisiera dejar claro que comparto este éxito con la comisaria Antigoni Ferlekis, la nueva jefa del Departamento de Homicidios, una oficial con capacidades extraordinarias.

—Sin embargo, no ha venido con usted —observa el subdirector en tono tranquilo, para que no suene a reprimenda.

—En estos momentos lo prioritario es mandar a Terkidis y a los dos georgianos al juez de instrucción —le explico—. Por desgracia, la comisaria Ferlekis ha tenido que quedarse en Jefatura para que el Departamento de Homicidios concluyera la investigación. Además, me la recomendó usted, y sabe de primera mano hasta qué punto es cumplidora.

—Tiene razón.

Entretanto, los periodistas ya han llegado y se agolpan en la sala de prensa. Nos dirigimos allí junto con el ministro. Me basta un vistazo para comprobar que han venido todos, sin excepción. Entonces, el ministro toma la palabra.

Su discurso es un elogio a los cuerpos de seguridad y a todos los que han trabajado en los casos. Comenta que me deja a mí las explicaciones sobre la detención de los criminales, y cierra su intervención deseando que este éxito contribuya a aumentar el prestigio de los cuerpos de seguridad del país y a evitar críticas apresuradas.

El ministro me cede la palabra y se retira. Me lleva un rato ofrecer un relato pormenorizado del curso de las investigaciones que han conducido a cerrar los casos. Aprovecho todas las oportunidades para referirme al trabajo impecable del Departamento de Homicidios y de su nueva directora, Antigoni Ferlekis.

Concluyo con este dato:

—En estos momentos, los responsables del asesinato de Zoe Petrelis están siendo conducidos

ante el juez. Solo faltan algunos detalles que el Departamento de Homicidios está reuniendo para completar el expediente. Por lo demás, la investigación de los tres crímenes ha concluido.

Me quedo callado, a la espera de la consabida ronda de preguntas. La primera la hace Merikas:

—¿Cree que habrá más asesinatos de las llamadas Cariátides?

—Le diría que me parece poco probable. En mi opinión, el huracán ha pasado, dejando atrás tres víctimas. Ahora, incluso aquellos que atacaron a las Cariátides por haber provocado la marcha de los extranjeros están retractándose y condenan los asesinatos.

—¿Cree que la detención de los tres asesinos puede contribuir a disminuir el número de feminicidios, que en los últimos tiempos han aumentado notablemente? —pregunta la bajita de medias rosa.

—Si la detención de los asesinos constituyera un elemento de disuasión, hace mucho que no se producirían asesinatos —le contesto en tono amargo, y veo que el director se echa a reír.

—Lástima que no esté presente la nueva jefa de Homicidios —dice la periodista alta y enclenque—. Me gustaría preguntarle cómo se sintió cuando, justo después de su nombramiento, tuvo que ocuparse de tres homicidios seguidos.

—Puede ir a verla o llamarla por teléfono para preguntárselo —le respondo.

Los periodistas intercambian miradas, pero parece que no hay más preguntas.

Volvemos juntos al despacho del director. Mis dos superiores están exultantes.

—La resolución de los casos han sido una bendición. Y además han incrementado el prestigio y la reputación de la policía —me dice el director.

—¿Cree que la periodista llamará a Ferlekis? —me pregunta el subdirector.

—Eso espero. Debo confesarle que a mí también me preocupó iniciar la investigación del primer caso con Antigoni como directora. —Me dirijo al director—: Eso se lo debo al señor subdirector, que me la recomendó para el cargo —le explico.

—Lo sé. Tiene buen ojo.

Después de esta charla, que me ha dejado un buen sabor de boca, vuelvo a subir al Seat para dirigirme a Jefatura. Estoy contento porque, a pesar de su ausencia, el nombre de Antigoni ha sonado repetidamente. Sin embargo, también siento curiosidad por saber cómo ha ido su encuentro con los okupas.

Antigoni ya ha vuelto y me está esperando.

—Por desgracia, el primer intento ha fracasado —anuncia.

—¿Cómo han reaccionado?

—De entrada, debo decir que no les oculté que soy policía. Pensé que sería mucho peor si lo averiguaban *a posteriori*. Cuando se han enterado se han puesto hechos una furia. Me han dicho que lo que hacía representaba la caricia antes de la paliza: primero intentaba camelármelos y después, cuando me dijeran que no, enviaría a los antidisturbios para echarlos del edificio. Dicen que no piensan marcharse. Resistirán hasta el último minuto, y aseguran que algunos vecinos están de su parte.

—¿Qué hacemos entonces?

—Pasar al Plan B. Requiere ciertos preparativos, y también necesito que usted me ayude.

—Dime qué puedo hacer.

—Calculo que el Plan B estará listo para mañana a las once de la mañana. Puesto que hasta

entonces estaré ocupada, quisiera pedirle que avise a Katerina, a Adrianí y al señor Lambros de que estén mañana a esa hora en la calle Lelas Karayanni, enfrente del edificio. Le llamaré a usted esta noche o, como muy tarde, mañana por la mañana para decirle si seguimos adelante con el plan o no.

—¿Qué estás tramando? —pregunto curioso.

Ella me dedica una de aquellas sonrisas que te dejan desarmado.

—Todavía no puedo decírselo. Y le ruego que vaya usted también, aunque no se ponga con los demás, sino un poco alejado. Lo digo porque a usted le conocen en el vecindario y podría levantar sospechas.

—¿Dónde estarás tú?

—Estaré allí, pero sin que me vean.

Mi primera reacción es pensar que me parece arriesgado que nos ausentemos los dos a la vez de Jefatura. Si pasa cualquier cosa, tendremos problemas. Luego lo medito con más calma: en estos momentos no hay ningún caso urgente, los tres asesinatos ya son cosa de la justicia; si ocurriera algo inesperado, Kula nos llamaría enseguida.

—De acuerdo. Avisaré a todos. Pero dile a Kula que me llame de inmediato si mañana ocurre cualquier imprevisto.

Como no he sufrido bastante durante las investigaciones, ahora, de postre, tengo la ansiedad de esperar el Plan B de Antigoni.

ANTIGONI me llama a la mañana siguiente para confirmar el punto de encuentro en Lelas Karayanni. Yo ya había hablado ayer por la noche con Adrianí y con mi hija, que decidieron dejar a mi nieto en el refugio por la mañana para que jugara con esas maravillosas canguros voluntarias que son las mujeres que allí viven, y poder ir con Zisis a la calle Lelas Karayanni.

Antes de integrarme en la tropa, paso por Jefatura para asegurarme de que no ha surgido ningún imprevisto a lo largo de la noche y les pido a Stela y a Kula que, si ocurre algo, me llamen al móvil.

Tratar de encontrar una plaza de aparcamiento en Kypseli a esta hora es como buscar agua en el desierto. Tras dar veinte mil vueltas, por fin encuentro un hueco en la calle Kypru, un poco antes de Ayías Zonis.

Aparco el Seat, pero no me dirijo a Lelas Karayanni por Ayías Zonis. Antigoni me pidió que me mantuviera a cierta distancia de los demás. Entro en la calle Eptanisu y me planto en la esquina de esta calle con Lelas Karayanni.

Echo un vistazo a mi alrededor. Adrianí, Zisis y Katerina charlan tranquilamente frente al edificio. En la calle reina la calma. A Antigoni no la veo por ningún lado, como me había advertido. Me muero de curiosidad por saber qué plan ha preparado.

No hace falta que espere demasiado. De repente oigo barullo y, desde Ayías Zonis, irrumpen en Lelas Karayanni las Cariátides, encabezadas por Sotiría Vekos. Veo que no soy el único que se ha quedado de piedra. Algunas de las Cariátides lucen sus túnicas antiguas, las demás visten normal.

Al ver a las Cariátides, los okupas que están en el patio del edificio corren a avisar a los demás. Muy pronto el patio se llena de chicos y chicas que contemplan el espectáculo e intercambian miradas sin entender qué está pasando.

Sotiría se dirige a los que están congregados en el patio:

—Somos las cariátides y hemos venido para hablaros de los sin techo que viven en el refugio —les dice—. Sabemos que el refugio está en venta y que van a desalojarlos. Algunos de los residentes encontrarán cobijo en otros refugios, pero la mayoría de ellos tendrá que volver a dormir en la calle. Queremos proponeros que les cedáis el edificio que ocupáis para que eso no ocurra.

Sigue un breve silencio y luego suena la voz de un joven okupa:

—¿Ahora os dais cuenta?

—¿Dónde habéis estado todos estos años? —les grita otro—. Todos los barrios, desde Kypseli hasta Exarjia y Patisia, están llenos de refugiados e inmigrantes que pasan hambre, ¿y vuestra empatía se ha despertado ahora por los sin techo que viven en el refugio?

—Si hubierais venido a apoyarnos en la manifestación de protesta que organizamos en Eubea contra los extranjeros que vinieron para llenarse los bolsillos gracias a nuestra civilización antigua, habríais visto que llevamos a un grupo de refugiados para mostrar a los extranjeros que hoy en día también hay esclavos, como los había en la Antigüedad —le grita una de las Cariátides.

Mientras tanto, algunos transeúntes se han detenido para observar la escena. Tres mujeres del barrio han empezado a hablar con Zisis.

—¿Fuisteis a Eubea como habéis venido aquí, vestidas como figurines de la Antigüedad, para promocionar vuestra imagen? —grita otro joven okupa desde la entrada.

—Exacto. Y por eso hemos tenido que llorar a dos amigas y compañeras de batalla que pagaron nuestra lucha con sus vidas —le contesta Sotiría—. Las mataron porque no les gustaban nuestras vestimentas.

Sigue un silencio. Entretanto, el número de vecinos va en aumento.

—Pero, bueno, ¿solo os importan los refugiados? Nuestros sin techo, que viven como refugiados en su propio país, ¿os traen sin cuidado? —grita una mujer de entre la muchedumbre.

Una joven del patio se acerca a la verja.

—Chicas, no tenemos por qué enfrentarnos entre nosotras —les dice a las Cariátides—. Entrad y hablamos tranquilamente, a ver si encontramos una solución.

Al oírla, un okupa grita indignado:

—¿Ahora vamos a charlar con las que han venido a vacilarnos?

—Si no te gusta, Nikos, mantente al margen o métete dentro —le responde la joven.

—Aquí no decides solo tú, aquí decidimos todos —le grita otra.

El chico calla y la primera muchacha abre la verja para que entren las Cariátides. Parece que han decidido de antemano quiénes negociarán con los okupas, porque entran en el patio Sotiría y otras tres jóvenes. Las demás se quedan esperando en la calle.

Los curiosos empiezan a dispersarse mientras veo que Adrianí, Zisis y Katerina intercambian miradas en silencio. Es evidente que están desconcertados. No saben si quedarse o irse. Al final, echan a andar Karayanni arriba y giran a la derecha por Ayías Zonis. Lo más probable es que se dirijan al refugio.

Creo que, por si acaso, debería quedarme. Si surgen problemas, tendré que avisar a la comisaría del barrio.

Mis temores resultan infundados, porque todo se mantiene en calma. Las Cariátides salen del edificio una hora más tarde. Intercambian sonrisas y palabras amistosas con las muchachas del edificio ocupado. A primera vista, parece que todo ha ido bien.

Ha llegado el momento de que yo también me dirija al refugio. Entro en la calle Eptanisu y de allí a Tenedu, y por el camino me topo con Antigoni y las Cariátides, que se acercan todas juntas. Sotiría me reconoce enseguida.

Antigoni me presenta a las demás:

—Os presento a Kostas Jaritos, mi superior.

—Es la primera vez que respiro tranquila desde que asesinaron a Melina y a Zoe —confiesa

Sotiría—. Creo que este ha sido el mejor homenaje posible a su memoria.

—Entonces, ¿todo ha salido bien? —pregunto.

—Sí, las Cariátides lo han conseguido. Se lo contaré con detalle en el refugio —me dice Antigoni.

Yo me adelanto y, al llegar, veo que allí están todos en pie de guerra. Se apiñan dentro y fuera de la cantina, escuchando las explicaciones de Zisis. La única que se ha quedado en el vestíbulo es Adrianí, que entretiene a Lambros para que no alborote.

—Por cómo han salido las jóvenes, parece que la negociación ha ido bien. Ahora estamos esperando a Antigoni para que nos lo confirme —dice Zisis.

Poco después suena el timbre. Adrianí abre la puerta. Melpo, que está fuera de la cantina, es la primera en ver a Antigoni.

—¡Ha llegado Antigoni! —grita entusiasmada a los que están dentro.

La conversación se interrumpe en el acto y Zisis sale al vestíbulo.

—¿Vienes a contárnoslo? —le pregunta.

Antigoni entra en la cantina con él. Echa un vistazo a su alrededor y comprende que todos están pendientes de sus palabras. Habla primero con Zisis:

—Tengo la impresión de que lo hemos conseguido —le dice—. Al principio ha habido algunas tiranteces, pero se han acabado pronto, gracias a las muchachas que estaban en el edificio. Al final, nos hemos puesto de acuerdo y nos han dicho que se marcharán a lo largo de las dos próximas semanas. No creo que cambien de opinión.

—¡Si cumplen con su palabra, estamos salvados! —exclama Zisis alborozado.

—Solo hay un problema... —le interrumpe Antigoni.

—¿Cuál? —grita Stellos—. No lo echés a perder ahora, amiga mía.

—Hay que reformar el edificio para que sea habitable —le explica ella—. Está hecho una ruina: los que ahora viven allí se hacían en pocas habitaciones y en la cocina no se puede ni hervir agua.

—No hay problema. Tenemos amigos que han trabajado en la construcción y nos echarán una mano —dice Stellos.

—Yo también puedo ayudar en eso —añade Katerina—. Conozco al contratista que arregló nuestro piso. Hablaré con él, a ver si nos ofrece alguna solución.

—Es decir, ¿el nuevo refugio está asegurado? ¿Podemos ser optimistas? —pregunta Anna.

—Nos hemos puesto de acuerdo y no creo que se echen atrás —le responde Antigoni—. Lo bueno es que contamos con el apoyo de algunos okupas, de las chicas sobre todo.

—Pero esta vez debemos blindarnos jurídicamente —observa Zisis.

—Eso déjame a mí —le dice mi hija.

—Y también nosotros deberíamos reunirnos con los okupas para agradecerles que nos cedan el edificio.

—Por supuesto, pero dejemos pasar unos días, Lambros —aconseja Antigoni—. Le diré a Sotiría, que seguirá en contacto con ellos, que organice un encuentro.

Consulto la hora. Son las dos de la tarde y debo volver a Jefatura. Antigoni me mira y pillla el mensaje al vuelo.

—El señor Jaritos y yo tenemos que volver al trabajo —dice a los demás.

—Vale, pero venid a cenar esta noche —dice Melpo—. Esto hay que celebrarlo.

—Yo me apunto —le digo.

Antigoni también, por supuesto. Poco después nos marchamos. Me dice que ha aparcado cerca de la plaza Kypseli, y nos separamos en la calle Kypru.

SOY EL primero en llegar al refugio, a las seis y media. Eso no tiene nada que ver con mi pasión por la puntualidad. Simplemente, quiero pillar a Zisis a solas antes de que llegue el resto de la familia. Tengo curiosidad por saber qué opina de Antigoni.

Veo que está sentado en la cantina con los demás hombres del refugio. De lejos oigo que hablan de las reformas del otro edificio. Al verme, Zisis indica a los demás que continúen y se acerca hacia mí.

—He venido antes porque quiero saber qué opinas de Antigoni.

Una gran sonrisa ilumina su rostro y me hace señas para que salgamos al vestíbulo.

—Me ha dejado de piedra. Me esperaba cualquier cosa, pero que movilizara a las Cariátides para convencer a los okupas ni se me había pasado por la cabeza.

—Por la mía tampoco —confieso.

—Nosotros, los de izquierdas, cuando ninguno de los planes salía adelante solíamos decir: «Ahora nos hace falta una intervención subversiva». Eso es exactamente lo que ha hecho Antigoni: una intervención subversiva.

Nos interrumpe el timbre de la puerta. Llega el resto de la familia y la conversación se queda a medias. Mi nieto corre hacia el columpio y los demás entramos en la cantina.

Los sin techo también detienen sus deliberaciones para saludarnos. La última en aparecer es Melpo, que viene a pedirle a Zisis que esté pendiente de la comida.

Nos sentamos en la cantina.

—¿Todo bien? ¿Nos hemos tranquilizado, problemas técnicos aparte? —pregunta mi hija a los que están ahí reunidos.

—No sé qué decir, Katerina —responde Stellos—. Os estaremos eternamente agradecidos por no decirnos que el refugio se iba a vender. Nos librasteis de la angustia de la incertidumbre. Ahora las cosas son más fáciles. Haremos las reformas en el nuevo refugio y seguiremos adelante con nuestras vidas en el mismo vecindario.

—Nosotros también hemos estado intranquilos hasta que hemos dado con la solución —le responde Fanis.

—Bien está lo que bien acaba. Cuando se vayan del edificio, nos arremangaremos y lo arreglaremos lo más rápido posible —añade Adrianí para animar a todos.

Vuelve a sonar el timbre. Esta vez es Antigoni, con una bolsa que entrega a Zisis.

—¿Qué es esto? —pregunta él.

—Vino para celebrar la victoria —le explica ella.

—¿Tú logras la victoria y también traes el vino? —se extraña Zisis.

—No lo celebro solo yo, lo celebramos todos —contesta Antigoni.

Algunas mujeres empiezan a preparar las mesas. Primero ponen la nuestra. Nos sentamos con Zisis. Él dirige la mirada a Antigoni y la observa como si estuviera explorando sus facciones.

—La izquierda de mis tiempos estaría orgullosa de tu lucha, Antigoni.

—No tengo nada que ver con la izquierda, Lambros —contesta ella—. Todo lo que sé se lo debo a mi abuela, que se pasó la vida cosiendo y remendando la ropa de las mujeres pobres para poder pagar los estudios de su hijo. Ella me dijo una vez: «Niña mía, en mis tiempos, cuando a alguien le pasaba algo o necesitaba ayuda, el barrio entero corría a ayudarlo». Es lo que yo he hecho, aunque lo aprendí de mi abuela, que era pobre, y no de izquierdas.

Las mujeres del refugio empiezan a traer los platos. Han preparado potaje de judías y pastel de verduras.

—La comida confirma lo que has dicho —le dice Adrianí a Antigoni con una sonrisa.

Zisis sirve vino en todas las mesas y reserva una botella para la nuestra. Cuando estamos todos sentados, abre esa botella y nos llena los vasos. Después se pone de pie y alza el suyo:

—Antigoni, quiero darte las gracias en nombre de todos por tu esfuerzo en procurarnos un nuevo techo. Gracias a ti no nos quedaremos en la calle.

Todos alzamos nuestras copas, mientras que los sin techo dicen al unísono:

—¡A tu salud, Antigoni!

Y empiezan a aplaudir.

Miro a mi subordinada. Está a punto de echarse a llorar. Veo que las mujeres forman una cola delante de nuestra mesa. Una tras otra la abrazan y la besan.

—¿Cuántos años hace que no veía algo así? —susurra Adrianí.

La emoción ha contagiado también a Fanis y a Katerina. Hasta mi nieto se da cuenta de que ocurre algo especial y nos observa callado y curioso.

—¡Vaya metedura de pata! Es para matarnos —exclama Melpo de repente.

—¿Qué te pasa? —se extraña Stellos.

—No hemos invitado a las Cariátides. ¿Cómo es posible que estemos celebrándolo sin ellas, que son las que nos han salvado?

—Tranquila, Melpo. Ya las invitaréis a la inauguración del nuevo refugio —le dice Antigoni—. Ese será el momento perfecto para agradecerse.

—Claro. Serán nuestras invitadas de honor —añade Zisis.

Antigoni se dirige a mi nieto:

—Lambros, prepárate para jugar con Karaguiosis —le dice—. En la inauguración del nuevo refugio habrá una representación teatral.

—Sí, estupendo —asiente Adrianí, y después se vuelve hacia su hija, susurrándole—: Mañana tenemos que bajar la caja del altillo.

—Veo que lo tienes todo controlado —le digo a Antigoni.

—Excepto una cosa...

—¿El qué?

—La posibilidad de que nos caiga encima un nuevo asesinato —contesta, riendo.

Nos ponemos en fila para que nos llenen el plato con potaje de judías. Luego nos sentamos para disfrutar de ese guiso que comíamos casi todos los días cuando éramos niños. Todavía falta un poco para la inauguración del nuevo refugio, pero esta es la mejor despedida posible del viejo.

La revuelta de las cariátides

Petros Márkaris

Título original: Η εξέγερση των Καρυάτιδων (*Y exégersi ton kariátidon*)

Ilustración de la cubierta: cariátides del Erecteón (Acrópolis de Atenas). © Joe Daniel Price / Getty Images

© Petros Márkaris, 2023, y Diogenes Verlag AG Zürich, 2024. Reservados todos los derechos excepto para la lengua griega.

Traducción: © Ersi Marina Samará Spiliotopulu, 2024

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662 – 664 – 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

ISBN: 9788411074612

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NOTAS

[1] Himno religioso ortodoxo de lamento por la muerte de Cristo. (*N. de la T.*)

[2] Plural de la palabra *kuros*, estatuas de jóvenes varones del periodo arcaico del arte griego. (*N. de la T.*)

[3] Figura tradicional y muy popular del teatro de sombras griego. (*N. de la T.*)